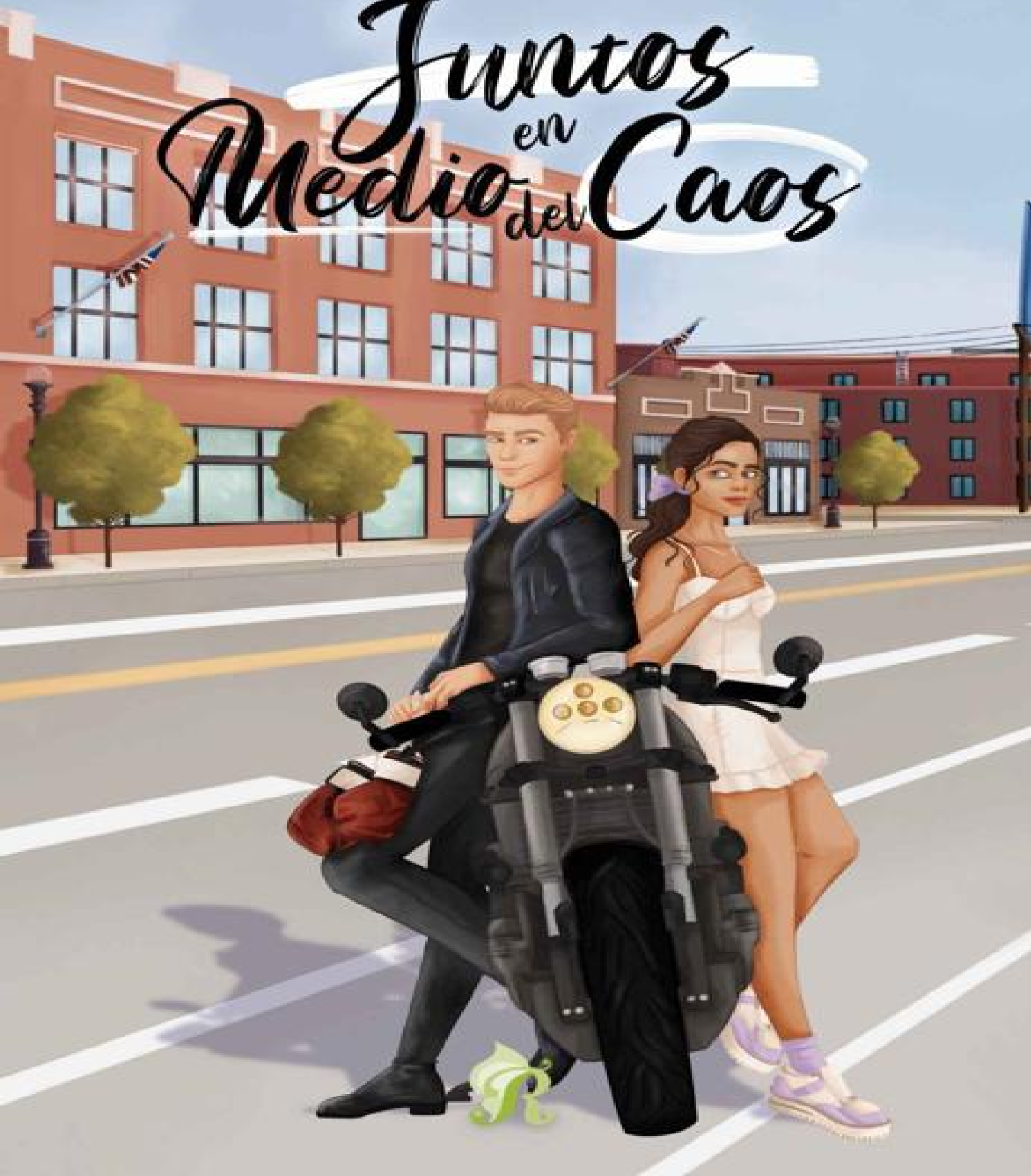


PRISCILA SERRANO

Juntos en Medio del Caos



Juntos Medio^{en} del Caos

Priscila Serrano



Primera edición digital: noviembre 2023
Título Original: Juntos en medio del caos
© Priscila Serrano, 2023
©Editorial Romantic Ediciones, 2023
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: @Artcane_
Ilustración de capítulos: @thebabypes
ISBN: 978-84-19545-57-2

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*Si el caos es tan malo. ¿Por qué me he enamorado del tuyo?
Tú y yo, siempre buscaremos ese equilibrio entre la calma y el caos.*

PRÓLOGO

—¡Vamos, Marcus! ¿Así quieres ganarle a Silver? —La voz de Nick, mi entrenador, venía con mucha fuerza, pero yo estaba demasiado concentrado golpeando el saco de boxeo—. ¿Eres una niña o un campeón? ¡Vamos, chico! Demuestra lo que vales.

Seguí golpeándolo con todas mis fuerzas, como si se me fuera la vida en ello y todo gracias a que me imaginaba el rostro ensangrentado del hijo de puta de Jamie Silver, el mayor cabrón de la historia.

Llevaba años preparándome para la gran competición, una en la que él mordería el polvo. Acabaría con él como si de una hormiga se tratara, lo pisotearía.

Os preguntareis el motivo de mi odio hacia ese capullo, pero no era nada del otro mundo. Simplemente no me gustaban las personas como él, que se creen que son los reyes de mundo, haciendo y deshaciendo a su antojo.

No es que no hubiésemos peleado nunca, habíamos tenido algún que otro encuentro y siempre, siempre, ambos acabábamos mal heridos; era un duro contrincante. Sin embargo, le ganaría esta vez, de eso estaba seguro.

—Venga, déjalo ya por hoy, chico. —Seguí pegando puñetazos, ignorándole por completo—. Marcus, ¡basta!

Sentí su mano sobre mi hombro y se me fue la mano. Me giré y lo empujé como si fuera él la persona a la que quería golpear. A veces sentía que una nube oscura se posaba sobre mi cabeza y me nublaba la mente, tanto, que hasta me daba miedo. No era solo por Silver... en mi mundo todo estaba mal. Yo lo estaba.

—¡¿Qué cojones haces?! —vociferó muy cabreado.

—Lo siento, Nick —me disculpé en cuanto me percaté de lo que había hecho.

Suspiré una tres veces intentando controlar la furia que me recorría de pies a cabeza, pero, a veces, era imposible de controlar.

Me di la vuelta sin decirle nada más y salí del gimnasio para fumarme un cigarrillo, lo necesitaba con urgencia. Agarré el pitillo entre mis labios e inhalé el humo con el deseo de tranquilizarme. Me hicieron falta más de cuatro caladas para conseguirlo y, en cuanto me terminé el primero, encendí otro.

—No deberías fumar después de entrenar, Marcus. —Ahí estaban de nuevo las quejas de Nick. No obstante, esta vez tenía razón, y lo tiré al suelo para después pisarlo.

—Me voy a mi casa. —Le miré unos segundos y me encaminé hacia mi moto.

—¡Recuerda que hoy tienes trabajo! —me avisó antes de que arrancara.

Solo cuando me subía a mi moto me sentía libre, podía notar el aire chocar con mi rostro y

permitirme soltar toda la mierda que aún seguía torturándome día y noche. No sabía si algún volvería a sentir esa paz que un día perdí. No tenía certeza de nada en esta vida. Bueno, de algo sí que la tenía, y eso era que quería boxear hasta que los músculos se me agarrotaran.

CAPÍTULO 1

Tracy

Tenía claro lo que haría ese día, lo tenía clarísimo. Una pena que mi mejor amiga, Aylin, no pensase igual que yo.

Solo quería encerrarme en mi habitación, coger mi guitarra y terminar la canción que estaba componiendo. Sabía que mi música nunca se escucharía, pero lo hacía porque lo amaba con todo mi ser.

Entré en mi habitación reventada, la carrera de Derecho era una tortura. Me descalcé alzando los pies para que los zapatos cayeran de mala manera en cualquier rincón de esas cuatro paredes. Suspiré unos segundos, solo unos poquitos segundos, para volver a recobrar un instante de tranquilidad. Había sido una mañana muy complicada en la universidad y Aylin quería salir por la noche a una fiesta a la que nos invitaron unos compañeros suyos de Química. No era una chica de asistir a muchas fiestas, algo extraño a mi edad. Tenía veinte años, pero, según ella, parecía una abuela de cincuenta... «no, de cincuenta no, pues hasta una mujer con esa edad tenía más marcha que yo», estas eran palabras de Ailyn, no mías. A veces me costaba entender cómo, siendo tan diferentes, podíamos ser amigas. La realidad era que nos conocíamos desde primaria y no podíamos vivir la una sin la otra.

Bueno, también estaba Curtis. Él, en cambio, era el mejor amigo que podía tener, y no exageraba, para nada lo hacía. Nuestros padres también eran amigos, se conocieron en la universidad y establecieron un vínculo muy grande, haciendo que nosotros, desde pequeños, lo creásemos igual de fuerte.

Me tumbé boca arriba en mi cama con el móvil entre las manos, estaba a punto de enviarle un mensaje cuando escuché unos toques en la puerta de mi habitación. No respondí, sabía que era mi madre y ella nunca esperaba mi respuesta, entraba sin más. Algo que me enfadaba mucho y que jamás escuchaba por mi parte. Entró y, antes de saludarme, miró a su alrededor buscando cualquier excusa para regañarme como si fuera una niña pequeña.

—Hola, mamá —la saludé incorporándome antes de que dijera algo, pues vi cómo enarcaba una ceja al encontrar mis zapatos tirados. Era una obsesa del control y todo debía estar perfectamente colocado, incluso la ropa, y pobre de ti si llegaba a ver una arruga en tu camisa, ahí sí que la liaba.

Había que reconocer que el ser así le abrió muchas puertas, a la gente de nuestra «clase social» le gustaba las personas como ella. Era demasiado correcta y jamás había estado involucrada en un escándalo. Quería que yo fuese su calco, pero no. Christine Ross intentaba meterme en una jaula de oro, una que solo ella pudiese abrir cuando lo creyese conveniente. Nunca lo conseguiría, nunca la iba a dejar conseguirlo.

Me gustaba la libertad y los paseos por la noche. La música era una parte fundamental en mi vida, y aunque mi mejor amiga decía que no me gustaba divertirme, lo hacía. Pasar las noches en

vela componiendo, cantando... eso era lo que yo más amaba y lo que debía esconder para que mis padres no lo supieran, de ser así, me lo prohibirían y eso no entraba en mis planes.

—¿Cómo es posible que tengas la habitación así si acabas de llegar? Cualquier día te comerá la mugre, hija. —Rodé los ojos agotada.

—Mamá, acabo de llegar y no me ha dado tiempo de recogerlo todo. Siento mucho que *mi mugre* te moleste tanto —ironicé llevándome una mala mirada por su parte.

—Esta noche tenemos una cena importante con la familia Hale y no puedes faltar —comentó como si nada, aunque en sus palabras se podía leer fácilmente en ese «no puedes faltar» que yo tenía que ir por cojones.

—¿En serio? —bufé exasperada.

—Sí, Tracy. —Giró sobre sus talones, martilleándome los oídos con el insufrible sonido de sus tacones al chocar con la madera del suelo de mi habitación—. Espero que te vistas decentemente. Iré a hacer unos recados, no te vayas de casa sin avisar —exigió antes de salir, sin darme opción a respuesta.

En cuanto me quedé sola, volví a tumbarme en la cama. Dejé la mente en blanco mientras miraba a un punto neutro del techo y los ojos comenzaron a cerrarse, estaba bastante cansada. Antes de quedarme dormida, me levanté y fui a darme una ducha para despejarme.

Estuve bajo el agua bastante tiempo y cuando salí, me puse ropa cómoda. Debía aprovechar que estaba sola en casa para coger la guitarra que tenía escondida en un rincón de mi gran vestidor. La verdad es que tenía bastante hueco para guardar cualquier cosa con la tranquilidad de que mi madre jamás lo encontraría.

Me senté en la cama con la libreta donde escribía las canciones, un bolígrafo y la guitarra. Comencé a tocarla despacio, intentando coger la nota correcta para seguir apuntando. No es que fuese una gran compositora, solo escribía lo que me salía del corazón y la melodía parecía estar quedando bastante bonita. Mientras tanto, cantaba lo que ya tenía escrito y sonreía como una boba. Sí, una boba muy feliz.

Mi inspiración eran Demi Lovato, Ed Sheeran, Sam Smith, Olivia Rodrigo y alguno más. Su música era tan especial, que cuando la escuchaba se me llenaba el corazón de una sensación inexplicable.

Estuve al menos una hora metida en mi mundo, hasta que la llamaba de Aylin me interrumpió. Dejé la guitarra sobre la cama y cogí el móvil para contestar a la loca de mi mejor amiga.

—Dime —respondí algo seca.

—Vaya, qué seca. —Lo que yo decía—. Estabas componiendo, ¿verdad? —aventuró—. Solo cuando estás con eso me respondes así por interrumpirte. ¿Es que no soy igual de importante que esa guitarra? —solté una carcajada a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Lo siento, amiga de mi alma. Ya sabes que eres una de las cosas más importantes de mi vida, junto con mi guitarra, claro.

—Anda, ahora soy una cosa en tu vida. Lo estás arreglando, Ross —me llamó por mi apellido y no había cosa que me molestase más. Menos mal que sabía que ella lo hacía solo para picarme.

—Será mejor que pares antes de que me enfade, Aylin —amenacé, aunque sin perder la

sonrisa.

—Bueno, lo siento, solo bromeaba.

—Ya lo sabía, tontita. —Nos reímos con ganas.

Tal como ya sabía, me llamaba para recordarme que esa noche teníamos una fiesta en la Hermandad de los Lobos Azules. Ya, sé que es un nombre estúpido, pero en el campus estaban los lobos azules, los lobos negros, las panteras blancas y las panteras rojas. Estas dos últimas eran las hermandades de las chicas que se creían las más populares de la universidad y solo eran unas petardas de mucho cuidado. Una vez Aylin me pidió que intentásemos entrar en alguna de las dos, pero ni muerta entraba en ese círculo tan tóxico y necio. No obstante, lo intenté solo por ella y no fuimos admitidas. Mi amiga se cabreó bastante, pero me importó una reverenda mierda que esas pijas no me quisieran en su patético grupo.

—¿Sigues ahí? —Su voz me apartó de mis pensamientos.

—Sí, aquí sigo.

Continuamos hablando unos veinte minutos más, el tiempo que ella tardó en convencerme de ir a esa gilipollez de fiesta. Claro que, en cuanto me dijo que Curtis había sido el que nos había invitado, no pude negarme. Él se movía por ese círculo y tenía muchos amigos en esa hermandad.

Cuando colgué, guardé todas las cosas antes de que llegasen mis padres y bajé a comer algo; desde que llegué no había probado bocado y estaba hambrienta. Encontré en la cocina a Joselyn, la empleada que teníamos. Ella quiso prepararme algo, pero me negué y le dije que yo lo haría. No me gustaba tener a nadie detrás de mí haciéndomelo todo, yo misma podía.

Me preparé un sándwich de jamón y queso, me serví un vaso de zumo y me senté en un taburete alrededor de la isla de la cocina. Mientras comía, miraba a mi alrededor pensando en los lujos que teníamos y que no necesitábamos. Mi cocina era más grande que un apartamento universitario y, ciertamente, me molestaba que a mis padres les gustase tanto esa vida. Lo peor de todo era que bajo esa fachada de familia feliz, se encontraba un matrimonio aburrido que trabajaba más horas de las que podían aguantar, solo para no tener que verse. Suponía que por eso seguían juntos, solo se veían por la noche y no les daba tiempo a discutir.

Mi padre era uno de los mejores abogados de Oklahoma, tenía su propio bufete, donde trabaja solo la élite. En cambio, mi madre, era la dueña del club de golf más importante de la ciudad; una herencia de mis abuelos. En definitiva, podíamos bañarnos en dinero como Scrooge McDuck.

Recogí todo lo que había usado para comer y subí de nuevo a mi habitación, ya eran las seis de la tarde y mi madre no tardaría en llegar. No sabía cuán importante era esa cena y, sin duda, mi progenitora era dada a la exageración y a lo mejor no tenía importancia. Aun así, comenzaría a arreglarme antes de que ella llegase y tuviese un motivo más para quejarse.

Fui hasta el vestidor y cogí un vestido malva que me encantaba. Este me llegaba por encima de las rodillas y era algo entallado hasta la cintura, lo que hacía que mis pechos se vieses bastante bonitos. Seguidamente, salía la falda con algo más de vuelo, detalle que le encantaba a mi madre. No obstante, no me lo estaba poniendo solo para darle gusto, también me servía para la fiesta por la forma sexi de la parte superior. Me calcé unos tacones altos de color amarillo y preparé el bolso del mismo color para cuando llegase la hora de irnos tener todo listo.

Solo me quedaba maquillarme y arreglar mi cabello. Esto último me era más fácil, lo tenía

largo y liso por lo que me lo recogería en una cola de caballo, ya que las temperaturas eran algo altas y terminaría con la espalda sudada de no recogerlo.

Cuando terminé, me miré al espejo y me encantó lo que vi, me sentía bastante atrevida.

La puerta de mi habitación se abrió de repente de par en par y me asustó; era mi padre. Otro que le daba igual la intimidad de las demás personas, en este caso, la mía.

—Buenas noches, querido padre. —Lo saludé con una sonrisa, aunque con un deje burlón que no le gustó ni una pizca—. ¿Sabes que cuando una puerta está cerrada hay que dar unos toques para que a la persona que está al otro lado no le dé un infarto cuando entres?

—Deja la tontería, Tracy, y baja de una vez. La familia Hale acaba de llegar y tu mejor amigo está preguntando por ti. —Fruncí el ceño.

«¿En serio han llegado? ¿En qué momento? No me he enterado», pensé a la vez que asentía y me encaminaba hasta la puerta para salir.

—Por cierto, estás muy guapa. —Besó mi mejilla, algo que me sorprendió.

—Gracias, papá.

Salí de mi habitación con él pisándome los talones y bajamos las escaleras. En la sala de reuniones, mi mejor amigo hablaba animadamente con mi madre y esta le sonreía con un cariño que no había visto nunca hacia mí y, aunque estaba acostumbrada, me molestaba bastante.

Curtis, en cuanto me vio, se disculpó con mi madre y vino hacia mí para, después de mirarme de arriba abajo, cogerme en volandas y darme un sonoro beso en la mejilla. Debo decir que todo el mundo comentaba que algún día íbamos a terminar casándonos, algo que a nuestras familias les encantaba, pero no a mí. Solo éramos muy amigos y hasta lo veía como mi hermano mayor. Jamás sería de diferente modo, por mucho que todos quisieran escribir nuestra vida como si de un libro de romance se tratara.

CAPÍTULO 2

—Estás muy guapa, como siempre —me dijo Curtis al oído.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. —Enarqué una ceja.

Llevaba un pantalón negro, camisa azul y, por unas horas, una corbata del mismo color que los pantalones. Otro que debía hacer lo que sus padres le impusieran. Su cabello era rubio y tenía los ojos verdes más bonitos que había visto en mi vida. Mi mejor amigo era todo un bombón y eso no podía negarlo. La verdad es que tenía mucho éxito con las féminas y no solo era por lo que se veía a simple vista. Cuando te sonreía, te dejaba babeando. Menos mal que yo ya era inmune a su atractivo, aunque en primaria estaba loca por él. No obstante, nuestra amistad era tan importante para mí, que no la estropearía teniendo una relación con él. Además, tenía a Sandree, una novia espectacular con la que llevaba saliendo a escondidas desde hacía un mes. Si sus padres se enteraban de esa relación, se volverían locos y harían lo imposible para romper dicha unión.

—Esta noche tenemos una fiesta. ¿Te lo ha dicho Aylin? —preguntó en mi oído para que solo yo lo escuchara.

—Sí, no te preocupes. En principio no quería ir, pero cuando me ha dicho que tú habías sido quien nos invitó, no he podido negarme. Ya sabes que consigues de mí lo que quieres.

—Lo que quiera, ¿eh? —Alzó una ceja con picardía.

—No te pases. —Soltamos una carcajada.

Nos dimos cuenta de que nuestros padres nos miraban con una sonrisa de oreja a oreja. Nos acercamos a ellos y fui hacia los Hale.

—Hola, Emma. ¿Qué tal? —Le di un beso en la mejilla para saludarla.

—Hija, qué guapa estás y qué pareja más bonita harías con Curtis. —Su madre fue la primera en soltar el comentario y ambos rodamos los ojos agotados.

El padre de Curtis, Mathew, era un poco más serio, pero siempre muy amable. Me saludó con un apretón de manos como si estuviese haciendo un gran negocio y justo en ese momento, mi madre anunció que la cena estaba servida. Miré el reloj que reposaba en el mueble y marcaba las ocho de la tarde. Sería la primera vez que cenaríamos tan pronto. Que no es que me importase, cuando antes empezáramos, más pronto acabaríamos y nos largaríamos a la fiesta.

Nos encaminamos hacia el comedor y nos sentamos cada uno en los asientos que mi queridísima madre había asignado a cada uno; era así de perfeccionista. Obviamente, Curtis y yo estábamos sentados uno al lado del otro, como no. La verdad es que ya lo que mi familia hacía no me sorprendía para nada.

Joselyn comenzó a traer los platos y me dio mucha rabia que tuviera que hacerlo sola. Si no fuera porque Christine Ross me hubiera matado, me habría levantado para ayudar a esa pobre

mujer que llevaba soportando los caprichos de mi madre desde hacía diez años.

Comenzamos a cenar, y mi mejor amigo y yo hablábamos de la universidad mientras que nuestros padres hablaban de trabajo. Bueno, solo los hombres. Las mujeres preferían comentar los escándalos de algunos socios del club de mi madre. Muy correcta para unas cosas y muy chismosa para otras.

Sobre las nueve y media ya habíamos terminado de cenar. En la hora y media que llevábamos sentados, no se había hablado de la cosa tan importante por la que había preparado esta cena. Estaba segura de que mi madre solo utilizó esa excusa para obligarme a cenar con ellos. De ella, me lo esperaba todo.

Cuando pensé que nos dejarían irnos tranquilos a hacer cosas de jóvenes, nos obligaron a seguir con la tertulia en la sala. Bufando cabreada, y llevándome una mala mirada de mi progenitor, me levanté junto con mi amigo para seguirles.

—Tracy, me ha dicho tu madre que sigues sin tener novio —dijo Emma de pronto, lo que me hizo fruncir el ceño.

—Así es, pero tampoco estoy buscando ahora mismo tener una relación con alguien. Los estudios me tienen absorbida y debo ser la mejor para que mi papi me considere una abogada digna de su bufete —respondí sin dejar de mirar a mi progenitora, porque sabía que ella había sido la culpable de ese estúpido comentario.

—Tracy, no te pases —la escuché decir.

Curtis no pudo reprimir la carcajada y, bajo la perpleja mirada de sus padres, se rio como si hubiese escuchado el mejor chiste de la historia. Clavé mis ojos en él y de solo ver su rostro rojo como un tomate, no pude aguantar la risa.

—Estos críos —comentó Mathew.

—Lo siento, lo siento. Es que Tracy tiene unas ocurrencias que me hacen reír. —Me abrazó y a todos les brillaron los ojos.

—No me abrasces o alimentarás sus ansias de vernos juntos —le regañé a la vez que le pegaba un codazo en el estómago.

Cogió mi mano y me llevó al porche para que nos dejaran en paz. Aunque no dejamos de seguir escuchando sus tonterías. Al abrir la puerta, la brisa fresca de la noche hizo que cerrara los ojos por un momento. Solo necesitaba respirar, sentir que podía hacer lo que quisiera, cuando yo quisiera y sin ser juzgada por nadie. ¿Tan difícil era eso?

No entendía por qué, siendo mayor de edad, tenía que seguir acatando las ordenes de mis padres, y eso cada día me agobiaba más. Incluso llegué a pensar en irme a vivir al campus o compartir piso con alguna compañera. Pero estaba segura de que, de hacer eso, mi padre dejaría de pagarme la carrera Derecho solo para hacerle feliz a él, pues no me gustaba para nada.

—¿En qué piensas? —La voz de Curtis irrumpió mis pensamientos y suspiré antes de responderle.

—En todo y nada.

—¿Qué? —Hizo una mueca con la boca muy graciosa.

—Te pones muy guapo cuando haces ese gesto. —Me sonrió sonrojándose—. Estoy cansada

de todo esto, ¿sabes? A veces quisiera escapar y poder vivir mi vida como yo quiero y no como quieren ellos. ¿Tú no? —Bajó la mirada y asintió.

—Claro que quiero lo mismo, Tracy, pero no nos dejarán en paz hasta que nosotros estemos juntos. —Alcé una ceja sin comprender a dónde quería llegar—. Por eso... estaba pensando que podríamos hacerles creer que lo estamos.

Mis ojos se abrieron tanto que comenzaron a arderme. Parpadeé dos veces y negué con la cabeza. Estaba loco si creía que iba a aceptar eso.

—Ni lo sueñes —dije tajante.

—Piensa que nos dejarán en paz y podremos hacer lo que queramos —aseguró acercándose a mí—. Con solo decirles que somos novios, podremos salir cuando queramos... siempre y cuando piensen que estamos juntos. Así tú podrás irte a donde quieras a seguir componiendo, o incluso apuntarte a clases de música.

Esa idea comenzaba a gustarme. Me quedé pensando unos minutos, unos larguísimos minutos en los que mi mejor amigo no paraba de mirarme fijamente. Alcé la cabeza, miré el cielo estrellado y, tras suspirar un par de veces, asentí.

Curtis me abrazó con fuerza mientras sonreía feliz y yo ponía los ojos en blanco de ver tanta felicidad de golpe.

—Tenemos que poner unas normas —puntalicé haciendo que parara en el acto—. Solo seremos novios para nuestros padres, los demás no tienen por qué vernos de ese modo, ¿está claro? —asintió—. Somos amigos, Curtis, y no quiero confusiones.

—Será como tú digas, hermana —se burló—. Además, ahora mismo estoy con Sandree y esa chica me gusta bastante. No pienso perderla por culpa de nuestros padres.

—Así me gusta. —Comencé a caminar de un lado al otro—. Otra cosa. —Levanté un dedo—. Tenemos que contarle todo a Aylin para que no meta la pata, ya sabes lo bocazas que es y si llega a escuchar algo de mi madre, ella lo negará. Así que debe saberlo todo. —Paré en seco—. Mañana les diremos que hemos decidido darnos una oportunidad.

—¿Mañana? Que yo sepa no tenemos ningún plan con vosotros. —Volví a enarcar una ceja. Mi mejor amigo era un olvidadizo.

Le recordé que al día siguiente nos veríamos en el club de golf para almorzar por el cumpleaños de mi padre. Ahí sería donde le dijéramos lo de nuestra relación. Le gustó la idea, pero me hizo ver que, si lo hacíamos delante de los demás socios, comenzarían las habladurías y se enteraría todo el mundo.

—Tenemos que pensar otra cosa.

—Bueno, ya lo vamos viendo durante la noche —me propuso—. Vamos a despedirnos, tenemos que ir a recoger a Aylin.

Entramos de nuevo y les dijimos adiós a nuestros padres, aunque no sin antes prometerles que no nos separaríamos en toda la noche para que, a mí, que era una princesa desvalida, no me pasase nada. Irónicamente hablando, claro. Obviamente no le dijimos que íbamos a una fiesta de una hermandad de la universidad, ellos odiaban esos actos donde solo había sexo, drogas y alcohol. Si mis padres supieran las veces que había llegado borracha como una cuba a mi casa, me encerrarían para el resto de mi vida.

Nos montamos en el Jeep de Curtis y le mandé un mensaje a Aylin para que estuviese lista. En quince minutos llegamos a su casa y la loca corrió hasta el coche y se montó en el asiento de atrás.

—¡¡Fiesta!! —gritó como una posea y los tres nos carcajamos. Después, mi amigo arrancó de nuevo para emprender el camino hasta el campus de la universidad.

Con la música entrando en mi cuerpo, empecé a animarme mientras que nuestro destino se acercaba más y más. Me encantaba cerrar los ojos, escuchar la melodía y si le unía la brisa chocando con mi rostro, era una sensación indescriptible. *Give me the reason* de James Bay sonaba a todo volumen y me encantaba esa canción.

Noté la mano de mi amiga sobre mi hombro y, con el móvil en la mano, se acercó a mí para hacernos un selfi. Cada una puso un gesto diferente. Mientras que yo guiñaba un ojo con una sonrisa, ella sacaba la lengua y abría los ojos exageradamente. Escuchamos las protestas de nuestro mejor amigo por no incluirle en la foto, así que Aylin me dio el aparato para que pudiera hacer la foto yo.

Unos minutos después, llegamos a la Hermandad de los Lobos Azules. Aún era temprano, aun así, había bastantes estudiantes en la entrada con vasos en las manos.

Curtis aparcó justo delante y nos bajamos del vehículo. Mi mejor amiga vino hasta mí y puso su brazo por debajo del mío como siempre hacía, y avanzamos hasta la casa con ganas de pasarlo muy bien. Al final me estaba gustando la idea de pasar la noche en una fiesta.

—Voy a buscar a mi amigo John —anunció Curtis en cuanto entramos, alzando la voz porque la música estaba muy alta.

Aylin y yo asentimos a la vez que caminábamos entre los estudiantes buscando alguna cara conocida. Encontramos a Sandree con sus amigas y nos acercamos para saludarla.

—Hola, San. —Le di un beso.

—Hola, chicas ¡Habéis venido! —En cambio, ella me dio un abrazo.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo —dijo Aylin saludándola de la misma manera.

—¿Queréis algo de beber? —asentimos—. ¿Cerveza? —volvimos a asentir con la cabeza.

Con una carcajada, Sandree desapareció y unos segundos después, llegó con dos vasos. Mi mejor amiga se bebió el suyo de un solo trago y me carcajeé incrédula.

—¡Empiezas fuerte, amiga!

—Estaba seca —respondió en mi oído—. Voy a por otra.

Me quedé unos minutos con Sandree y llegó Curtis con su amigo John. Al instante, se acercó a su novia y le dio un beso con lengua que ya me gustaría que me besaran así.

Giré sobre mis talones y me fijé que en otra habitación estaban jugando al *beer pong* y no lo dudé; me gustaba demasiado ese juego. Además, aún no estaba borracha y eso me daba bastante ventaja a la hora de ganar.

En ese momento, solo estaban jugando dos chicos y me quedé mirándolos con una ceja alzada, provocándoles para que me desafiaran. En cuanto lo hicieron, me puse en frente del moreno y sonreí de lado sabiendo que eso estaba ganado.

CAPÍTULO 3

Marcus

Llegué a mi casa más tarde de lo que me esperaba, el día había sido bastante largo. Después de entrenar por la mañana, vine a comer y regresé al gimnasio para trabajar; enseñaba a adolescentes a boxear. No es que yo fuera una eminencia, pero llevaba en este mundillo bastante tiempo y a mis veintitrés años era uno de los mejores.

Por eso, cuando Nick me ofreció el trabajo, no dudé en aceptarlo. Así, mi hermano no se sentiría tan mal al coger el dinero que le faltaba para la universidad.

Devon y yo estábamos solos desde que nuestra madre murió cuando yo tenía dieciocho años, mi hermano era menor de edad aún, tenía dos años menos que yo y tuve que hacerme cargo de él. Menos mal que nuestra madre pudo comprar una vivienda gracias a su trabajo; era médico de familia y, aunque no tenía un sueldo de locos, nos daba para vivir cómodamente. No obstante, yo siempre intentaba ayudarla con los gastos, aunque fuera haciéndole trabajos de jardinería a nuestros vecinos.

Dejé mis estudios para poder trabajar y que a mi hermano no le faltase de nada. No iba a permitir que él también dejase de estudiar, así que nos planteamos el futuro de esa manera.

—Hola, pensé que no estabas en casa —le saludé sorprendido. Creí que estaría por ahí con sus amigos de la universidad. Al ser viernes, era lo más natural, ¿no?

—Te estaba esperando. —Fruncí el ceño.

—¿Para qué? ¿Acaso me echas tanto de menos que quieres pasar el rato conmigo? —asintió esbozando una sonrisa—. ¿Qué planes tienes?

—Iremos a una fiesta en el campus. —Comencé a negar con la cabeza. Ni de coña iría a esas fiestas de niños pijos que te miraban por encima del hombro como si fueras una mierda recién salida del culo de un perro—. Venga, lo pasaremos bien —insistió.

Me senté en el sofá y reposé la espalda, estaba bastante cansado. Siguió mirándome para convencerme y después de varios minutos sin apartar sus ojos de mí, me sentí bastante incomodo, así que me levanté aceptando, algo que le emocionó sobremanera.

—Vamos, arréglate que ya ha empezado.

—Está bien, me daré un ducha. —Accedí y pasé por su lado—. No tardaré.

Me demoré más o menos veinte minutos, todo gracias a que mi hermanito no paraba de meterme prisa. Me puse unos pantalones rotos, una camiseta blanca básica y una chaqueta vaquera. Me calcé las botas y, tras echarme gomina en el pelo para dejarlo despeinado, salí de mi habitación.

—Nos vamos en mi moto —afirmé tajante, de modo que Devon no pudo negarse.

Salimos de casa, nos montamos en la moto y arranqué en cuanto nos pusimos los cascos.

Yo no sabía llegar al campus, así que mi hermano me guio lo que duró el trayecto. En tan solo diez minutos llegamos. Esa era la ventaja de ir en moto y otro de los motivos por los que me encantaba.

Aparqué delante de un Jeep y nos bajamos. Entramos con los cascos en la mano y mi hermano fue a buscar a su amigo John. Cuando lo encontró, le pidió un lugar donde dejar los cascos y se los llevó hasta un armario que tenía debajo de las escaleras. Me lo presentó, pues yo no lo conocía en persona, solo las cosas que Devon me contaba de la universidad.

—Encantado, tío. —Estrechó mi mano—. ¿Queréis beber algo? —Rápidamente asentimos.

Fuimos detrás de él hasta la cocina donde estaban todos los barriles de cerveza. Nos servimos un vaso cada uno y volvimos a la fiesta. Por un momento, perdí de vista a mi hermano, supuse que se habría ido a saludar a otros amigos.

Caminé entre los invitados viendo todo a mi alrededor. La música estaba en todo su apogeo: risas por un lado, y juegos de mesa y retos de beber por otro. Algunos ya estaban borrachos y otros ya se metían mano en cualquier rincón de la gran casa de la hermandad. De lejos, me fijé que estaban jugando al *beer pong* y no dudé ni un segundo en acercarme, me gustaba bastante ese juego y la verdad hacía mucho que no me divertía.

Cuando llegué, me sorprendí al ver que una chica, ataviada con un vestido bastante provocativo de color morado y tacones amarillos, había tumbado a tres tipos bastante grandes. No podía dejar de mirarla y mis ojos viajaron desde su cabello castaño, recogido en una cola de caballo, hasta esos hoyuelos que adornaban su bonito rostro. Tenía los ojos más azules que había visto en mi vida y unos labios carnosos que invitaban a morderlos sin descanso. Seguí el recorrido por su cuello y clavé mi mirada en sus pechos, no eran demasiado grandes pero, con ese vestido, se veían muy apetecibles. Mi polla pegó un brinco en cuanto se dio cuenta de que la ojeaba y cruzó su mirada con la mía. Solo duró unos segundos, solo unos jodidos segundos y sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Sonrió a la vez que volvía la vista a sus contrincantes y me quedé sin aliento pensando en la manera de acercarme y no se me ocurrió otra cosa que enfrentarme a ella en el juego.

Decidido, me aproximé y me puse en el lado contrario, donde el último que perdió estaba tirándose en el sofá que tenía detrás, borracho.

—Hoyuelos, enfréntate a mí —pedí con un deje de diversión.

Alzó una ceja, gesto que la hizo parecer mucho más sexi de lo que ya se veía.

—¿Quién eres tú y por qué crees que aceptaré? —respondió dejándome escuchar su dulce voz.

—¿Quién soy? Eso no importa. —Elevé las comisuras de mis labios—. Aquí lo verdaderamente importante, es que te voy a ganar —sentencié y soltó una sonora carcajada a la que se unieron los que nos miraban—. Hagámoslo mucho más divertido.

Eso hizo que parase de reír y volviera a clavar sus azules ojos en mí de un modo curioso. Asintió para que le contara la idea pero, ciertamente, no sabía muy bien lo que estaba haciendo, solo necesitaba acercarme a ella y debía conseguirlo como fuera.

—Apostemos. —Escuchamos un «uhh» de los demás—. Si gano yo, me darás un beso. —

Tras esto fue un «wow» bastante alto que hizo que se acercaran más universitarios para curiosear.

—¿Tan seguro estás de que vas a ganar? —Posó las manos en su cintura y con cada movimiento que daba, más ganas tenía de besarla.

—Hoyuelos, ganaré y me besarás —le aseguré.

—Deja de llamarme así. —Se agachó y se apoyó en la mesa, dejándome ver su escote desde un mejor ángulo.

—Es que no sé tu nombre y de verdad que tienes unos hoyuelos muy bonitos. —Seguí sacándola de quicio, empezando un juego del que no sabía cómo salir.

—Está bien. —Se incorporó—. Si gano yo —dijo poniendo un dedo en su barbilla haciendo como que pensaba—, dejarás ese absurdo intento de besarme.

Le sonreí con picardía y comencé a negar a la vez que me quitaba la chaqueta vaquera. Cogí del bolsillo la cajetilla de tabaco y saqué un cigarrillo para después llevármelo a los labios. Ella no podía dejar de mirar cada uno de mis movimientos y eso me gustó mucho más que sacarla de quicio. Me encendí el cigarro e inhalé la primera calada.

Observé a mi alrededor y me di cuenta de que teníamos un corrillo bastante grande, por lo que el juego iba a ponerse muy divertido.

—Te aseguro que después de besarte... tú misma me lo pedirás de nuevo.

De pronto, vi que se acercaba mi hermano junto con John y otra pareja que no me habían presentado aún.

—¿Vas a jugar? —me preguntó Devon.

—Parece que sí y están apostando —respondió un desconocido por mí.

—¿Apostando? —Esta vez habló un tío rubio y alto acercándose a ella.

—Así es. Por lo visto cree que me puede ganar y quiere que le dé un beso —contestó mi contrincante y el otro abrió los ojos sorprendido, aunque enfadado a su vez.

—No tienes por qué jugar con él.

—No le tengo miedo, Curtis.

—Pero, Tracy...

«Tracy, se llama Tracy», pensé sin dejar de observarlos.

—Nada, será mejor que te apartes porque esto va a empezar.

El tal Curtis se acercó a una chica morena, la que parecía ser su novia.

—Así que eres el hermano de Devon. —Se dirigió de nuevo a mí—. Empecemos...

—Marcus, me llamo Marcus —respondí, pues parecía que quería saber mi nombre y, si no era así, yo deseaba que lo supiera.

Antes de empezar, una chica a pleno grito corrió hacia ella, interrumpiéndonos de nuevo. Esta era un poco más bajita que Tracy, delgada, morena y una cabellera rizada que le llegaba hasta la cintura; era muy guapa también, pero no tanto como ella.

—¿Quién es este bombón? —Le escuché decir, lo que me hizo reír.

—Espera que termine con él y te lo diré. —Su amiga se alejó unos centímetros—. ¿Quién empieza?

—Echémoslo a suertes.

—Aylin, lanza una moneda. Elijo cruz —dijo tajante, estaba picada.

Aylin, que así se llamaba la morena, lanzó una moneda que mi hermano le dio y todo fue como a cámara lenta. Vi como esta miraba a Tracy con asombro y eso solo me anunciaba que yo sería quien debía empezar.

—Ha salido cara —anunció.

—Está bien... empieza. —Me miró con una ceja alzada.

Agarré la pelotita y me agaché unos milímetros para medir bien, pues mi metro ochenta y ocho no ayudaba en nada. Escuché su risita y tiré la pelota, dando en el blanco. Dejó de reír en cuanto se dio cuenta de que sería la primera en beber. Sin decirme ni media palabra, cogió el vaso y se lo bebió de un trago sin apartar su mirada de la mía.

Cogió la pelota y me imitó, aunque con su estatura no hacía falta que lo hiciera, y me percaté de que se estaba burlando de mí. La tiró y también encestó sin problema, lo que la hizo elevar las comisuras de sus labios en una amplia sonrisa. Me bebí la cerveza rápidamente para seguir. Así estuvimos varios minutos, escuchando los ánimos de unos y las risas de otros. Volví a tirar y esa vez fallé.

—Ups, has fallado, amigo. —Me guiñó un ojo a la vez que tiraba ella—. Te toca beber. —Rodó los ojos—. Esto va a ser divertido.

Tiramos unas cinco veces cada uno y solo quedaban tres vasos. Cada vez estaba más interesante y, cuando quedaba el ultimo vaso, el definitivo, ella tiró y falló.

—¡No jodas! —gritó—. Te toca.

Si encestaba, sería el ganador. En cambio, si fallaba, el juego se acabaría y ambos quedaríamos empate. Tenía que hacer lo posible por meter la maldita pelota en su vaso porque me moría por callarla con un beso que la dejase temblando.

—Es para hoy —me apremió.

—¿Tienes prisa por besarme? —En respuesta puso los ojos en blanco.

—No vas a meter la...

Enmudeció, porque mientras ella hablaba, yo tiraba la pelota y esta entró en su vaso, haciéndome ganador de ese juego al que no me invitaron a jugar. La ganadora, la misma que había tumbado a varios tíos, había sido humillada y tendría que besarme.

—Los juegos son así, unas veces se gana y otras se pierde —dijo a la vez que me encaminaba hacia ella—. Has perdido, hoyuelos.

Me puse muy cerca, obligándola a alzar la cabeza para mirarme a los ojos. Me di cuenta de su nerviosismo, de cómo tragó saliva, y más cuando me agaché hasta su altura para besarla tal y como habíamos apostado. En ese momento no se escuchaba nada. La música se paró, la gente estaba a nuestro alrededor mirándonos muy atentos y, sin hacerlos esperar, ella misma fue la que pegó sus labios a los míos. Me sorprendió que fuera la que tomase la iniciativa, pero más me gustó rodear su pequeña cintura con mis brazos para pegarla a mi cuerpo.

Rocé mi lengua con la suya, arrancándole un pequeño jadeo que me excitó en menos de un segundo.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero no quería dejar de besarla hasta el cansancio... hasta que la falta de oxígeno nos obligara a separar nuestros labios.

CAPÍTULO 4

Tracy

El tiempo se paró, todo a mi alrededor se congeló en cuanto noté sus manos cogiendo mi cintura y no pude esperar. El tipo era bastante atractivo. «Está muy bueno, no nos vamos a engañar», pensé.

Percibí el roce de su lengua, arrancándome un jadeo involuntario del que me arrepentí nada más soltarlo. Sentí su sonrisa sobre mi boca y temblé como una hoja dándome cuenta de que este desconocido había sido capaz de noquearme en cuestión de segundos.

Busqué fuerzas en mi interior para separarme de él, cosa que me costó horrores y lo logré tras un largo tiempo. Nuestros ojos se encontraron y él seguía con esa sonrisa de canalla que haría que hasta la Antártida se derritiera.

—Joder —musitó.

Me solté de su agarré y salí espantada de allí, necesitaba aire con urgencia. Escuché los gritos de Aylin tras de mí y paré cuando llegué al Jeep de Curtis. Me subí en el coche, dejándome caer sobre el asiento delantero; después, alcé la cabeza cerrando los ojos buscando tranquilizarme y recobrar la cordura que ese tipo me había arrebatado.

—Tracy, ¿estás bien? —Se interesó mi amiga.

Abrí los ojos y asentí, aunque la realidad era otra. No estaba bien, claro que no.

—Menudo beso —murmuré arrancándole una carcajada a mi mejor amiga.

—Pues sí, perra. Menudo besazo te ha dado ese tío. —Se subió al coche también—. ¡Y qué bueno está!

Escucharle decir eso, me hizo reír y ambas acabamos a carcajadas. También tenía que aceptar que estaba un poco achispada. Había bebido bastante jugando con ese capullo. Mis ojos viajaron hasta la puerta al notar que alguien salía y comprobé que era él junto a su hermano. Me escondí lo que pude, pues estábamos bastante cerca y no quería que me viera. La casualidad hizo que su moto estuviera aparcada justo delante y, entonces, se giró y me vio. Cuando pensaba que me diría algo, se puso el casco y se montó en la moto como si nada hubiera pasado... eso me molestó. En cambio, su hermano se despidió de nosotras con la mano y los vimos alejarse a toda velocidad.

—¡Vaya! —soltó Aylin.

—Quiero irme a mi casa de una puta vez —escupí cabreada.

—Está bien, buscaré a Curtis para decírselo.

Mi mejor amiga se bajó del coche y se adentró en la casa para buscar a nuestro amigo. La verdad estaba bastante cansada. «Estás muy cabreada, reconócelo», habló mi subconsciente y

tuve que darle la razón. Me había enfadado que no se despidiera después de lo que había pasado hacia apenas unos minutos entre nosotros. No es que quisiera que me diera su teléfono, ni mucho menos, él y yo no podíamos ni quiera ser amigos. Pero, al menos, por educación, podría haber dicho un simple «adiós».

Mis amigos salieron de la casa y se montaron en el coche en completo silencio. Curtis, parecía enfadado, aunque no me extrañaría que lo estuviera conmigo, le había jodido la fiesta obligándole a irnos antes de tiempo. Tan solo eran las tres de la madrugada y seguramente se lo estaba pasando muy bien con Sandree. Tenía que decirle que se quedara.

—Curtis, si no quieres irte, puedo coger un taxi —hablé antes de que arrancara.

—¿Estás loca? No dejaré que te vayas a tu casa en ese estado. —Me miró de reojo y Aylin soltó una risita burlona—. Además, recuerda que tus padres deben vernos juntos y si se dan cuenta de que has llegado sola, se enfadarán.

—¿Por qué deben veros juntos? ¿Acaso me he perdido algo? —intervino mi amiga con notable curiosidad.

Curtis y yo nos miramos a los ojos y asentimos, debíamos contarle la idea que habíamos tenido para que todo saliera bien y nuestros progenitores nos dejaran en paz de una jodida vez.

De camino a su casa, le contamos todo y por poco le da algo. No podía creer que hubiésemos pensado en hacer eso y mucho menos creía que fuera buena idea. Sin embargo, nos ayudaría porque para eso estaban los amigos, ¿verdad? Así fue como terminó la frase y nos reímos. En realidad no podíamos tener mejor amiga.

—Ya sabes, Aylin. No puedes decirle a nadie de esto, solo es una noticia para nuestros padres —le recordé antes de que se bajara del coche—. No queremos que Sandree piense que Curtis le está poniendo los cuernos conmigo y lo deje. Eso sería un escándalo en la universidad y la pobre no se merece eso.

—Tienes razón, Tracy. —Me dio un beso en la mejilla y después a él—. Me cae bien Sandree.

Se bajó del coche y, antes de entrar en su casa, se despidió alzando su mano derecha. Esperamos unos segundos a que entrara y volvimos a la carretera. El camino a mi casa lo hicimos en completo silencio, aunque estaba segura de que estaba loco por comentar la locura de juego que Marcus y yo habíamos tenido. Sobre todo, el beso... ese beso. Inconscientemente, llevé los dedos hasta mis labios y los rocé recordándolo. Sentí un cosquilleo que me recorrió el cuerpo entero y una pequeña sonrisa se dibujó en mi boca.

—¿Estás bien? —La voz de Curtis me sacó del trance en el que llevaba metida varios minutos—. Te noto distraída.

—Sí, estoy bien, tranquilo —mentí.

Claro que no estaba bien, no lo estaba cuando salí de la fiesta y seguía sin estarlo porque no podía parar de pensar en ese estúpido desconocido que irrumpió en mi vida. Rodé los ojos y suspiré buscando calma. Lo peor de todo, es que esa calma estaba demasiado lejos de mí y no sabía si volvería a encontrarla. ¿Qué cojones me estaba pasando?

Llegamos a mi casa, pero nos quedamos unos minutos más hablando en la puerta. Aún no me había bajado del Jeep, estaba bastante cómoda, siempre lo estaba con mi amigo.

—¿Seguro que estás bien? —repitió la pregunta y tuve que reírme para que dejase la

preocupación.

—Si, Curtis, estoy perfectamente. —Frunció el ceño—. ¿Lo dices por lo de ese tal Marcus? —asintió—. No pasa nada, solo hemos jugado a un juego y...

—Os habéis besado —me interrumpió.

—¿Y qué? Estábamos en una fiesta y eso es lo que se hacen en las fiestas, ¿no? Te emborrachas, te besas con cualquiera y no pasa nada. —Quise restarle importancia porque no debía dársela tampoco—. Además, ¿cuándo te he mentado yo a ti?

—Nunca, Tracy.

Nos quedamos unos minutos en silencio y decidí que era hora de descansar. Me despedí de él con un beso en la mejilla y me bajé del coche.

Curtis era muy buena compañía y si no fuera porque estaba agotada, me quedaría con él hasta las siete de la madrugada hablando de mil cosas. Pero, por mucho que le dijera que no me pasaba nada, necesitaba estar sola para entender por qué sentía esta presión en el pecho cada vez que recordaba ese maldito beso.

Entré en mi casa y subí hasta mi habitación con los tacones en la mano para no hacer ruido. No estaba segura de que mis padres estuvieran dormidos y, la verdad, tampoco quería comprobarlo. Fui hasta mi habitación y lo primero que hice fue soltarme el pelo, me estaba doliendo la cabeza. «Pero eso es por las muchas cervezas que te has tomado esta noche. No le echas la culpa al peinado», me dije a mí misma.

—Muy graciosa—. Miré hacía arriba como si estuviera hablando con alguien. Reconozco que el alcohol me había sentado fatal.

«Ajá, el alcohol», volví a escuchar mi voz interior.

—Shh. —Chisté.

Me quité el vestido, me puse una camiseta holgada que me llegaba hasta debajo de las nalgas y me tiré en la cama.

Clavé mis ojos en un punto neutro de la lámpara que colgaba del techo, aún tenía la luz encendida. Mi mente comenzó a hacer de las suyas de nuevo, proyectándome todo lo sucedido en la fiesta, desde el primer segundo en el que nuestros ojos se encontraron cuando él solo era un mero espectador. Lo que me sorprendió fue que me desafiara y más que al final me ganase a algo que se me daba tan bien.

Después, cuando llegué de nuevo a recordar el beso, me quedé dormida, aunque estaba segura de que sería parte de mis sueños.

Hacía calor, bastante, a decir verdad. Me había levantado temprano gracias a mi madre y la odié por ello; estaba agotada. Teníamos un almuerzo con la familia Hale en el club de golf y debía ir, siempre era un deber todo lo que ella me pedía. No obstante, aunque siempre intentaba escabullirme de sus planes, ese día iría porque, además de ser el cumpleaños de mi padre, sería cuando les dijésemos a nuestros padres que estábamos juntos. Todavía me costaba hacerme a la idea, pues no estaba segura de que fuera a salir bien. Pero, como decía Curtis, era una mentirijilla

que a nuestros progenitores les haría muy felices y, lo mejor de todo, nos dejarían en paz. Así que había que hacerlo por el bien de nuestra libertad.

Sobre la una de la tarde ya estábamos sentados alrededor de una mesa redonda en la mejor zona del restaurante; al ser mi madre la dueña, no había problema en conseguir algo así. Estábamos justo al lado del ventanal y podíamos ver a varios socios disfrutar de un buen día de golf.

El camarero vino a tomarnos nota y, cuando escuché su voz, alcé la cabeza para comprobar quién era ya que me sonaba bastante.

—Devon —dije y todos me miraron—. No sabía que trabajabas aquí.

—Hija, ¿de qué conoces al camarero? —me preguntó la señora Ross. Sí, ya sé que era mi madre, pero me sacaba de quicio.

—Es un compañero de la universidad, mamá. —Enarcó una ceja con altanería.

—Vaya, ya dejan entrar a cualquiera en esa universidad —soltó con desprecio.

Mi boca se abrió, los ojos de Curtis comenzaron a echar chispas y la cara de Devon era todo un poema. Por no decir, que ni siquiera pudo saludarme porque tenía prohibido hablar con los clientes.

—Qué asco, mamá. —Me levanté furiosa para salir a la terraza del restaurante—. Devon, me alegro mucho de verte —le dije y él asintió agachando la cabeza.

¿Por qué era así? ¿En qué momento tener más dinero que otros te hacía mejor persona? Joder, no entendía por qué debía despreciar a otros solo por su posición social. Para mí, el hecho de que estuviera trabajando honradamente, ya lo hacía mejor que muchas personas de nuestro círculo social.

Sentí una mano sobre mi hombro y me giré; era mi mejor amigo.

—¿En qué piensas? —Se interesó—. Qué estúpida pregunta, está claro que en lo que ha dicho tu madre.

—¿Lo puedes creer? ¿Cómo puede decir esa barbaridad? Me avergüenzo de ser hija suya, Curtis. —Me abrazó.

—Te entiendo, pero es tu madre y la quieres —afirmó y asentí como una estúpida.

Pues claro que la quería, pero odiaba su forma de ser y daba gracias por no parecerme ni un ápice a ella, a esa mujer fría y calculadora que lo único que le interesaba era la posición y el dinero.

Entramos de nuevo y ya habían pedido la comida, como no. Ni siquiera esperaron para ver qué nos apetecía a nosotros. Puse los ojos en blanco y comenzamos a comer en silencio, aunque notaba la mirada de mi madre sobre mí todo el tiempo y eso me ponía muy nerviosa. Estaba claro que quería decirme algo, pero no le daría pie a comenzar una conversación con la que solo acabaríamos discutiendo. Decidí pegarle una patada a Curtis por debajo de la mesa para que me mirara y apremiarlo para contar de una vez «lo nuestro».

—Queríamos contaros algo —dijo a la vez que agarraba mi mano—. Tracy y yo...

—¿En serio? ¿Es verdad lo que estás a punto de decir? —comenzó a decir su madre muy emocionada.

—Si me dejas terminar, mamá —regañó con cariño.

—Por supuesto.

—Curtis y yo somos novios —intervine para soltarlo de una vez, mi amigo pensaba demasiado las cosas y esto tenía que ser como quitarse una tirita; mejor hacerlo de golpe.

—Eso —suspiró mirándome de reojo.

No hizo falta decir nada más, ya estaban felices por la noticia y tuve que frenar a mi madre porque ya estaba levantándose para gritarlo a pleno pulmón para que todos los ahí presentes se enteraran. Les pedimos discreción, pues estábamos empezando. No estuvieron de acuerdo, aunque logramos convencerles.

Justo en ese momento, giré mi cabeza y me fijé en que tenía a Devon a escasos centímetros de nosotros, por lo que estaba segura de que se había enterado de toda la conversación y eso no hizo más que incrementar mis dudas. Al final, esto no iba a ser tan buena idea.

CAPÍTULO 5

Marcus

Mi hermano se acercó a mí y me preguntó si quería marcharme y la verdad es que sí, no me sentía cómodo con tantas miradas puestas en mí. No me gustaba ser el centro de atención. «Podrías haberlo pensado antes, ¿no?», pensé a la vez que negaba con la cabeza agachada. Caminamos hasta sus amigos y, tras presentarme al tal Curtis y a su novia Sandree, salimos de la casa después de coger los cascos del armario. Nos fuimos de la fiesta unos minutos después que ella, quería dejarle espacio después del beso.

—¿Puedo saber que ha pasado ahí dentro? —me interrogó Devon nada más salir.

—Nada, no ha pasado nada.

En el interior de la casa era imposible hablar, aunque apenas unos minutos antes todos estaban en silencio pendientes de nuestro juego. Nos dirigimos hacia la moto y me fijé en el Jeep que tenía justo detrás. Sonreí al percatarme de que Tracy se escondía de mí, así que me puse el casco y me subí a la moto ignorándola. Mi hermano se despidió de ellas, también estaba la morena en el vehículo.

Cuando llegamos a nuestra casa, aparqué en el pequeño jardín y entramos en silencio.

—¿Por qué no te has despedido de ella? —Ahí venía otra pregunta—. Al menos, podrías ser más educado.

—¿Educado? No la conozco de nada, Devon.

—Eso no te importó cuando le metiste la lengua hasta la campanilla, hermano —ironizó haciéndome reír.

—Cierto.

Nos tiramos en el sofá a la vez y me descalcé, estaba cansado. Había sido un día bastante duro.

—¿De qué conoces a Tracy? —quise saber y me miró fijamente—. Es decir, había mucha gente y...

—Es mi compañera, ambos estudiamos Derecho.

—Entiendo. —Bufé, exasperado.

Ni siquiera sabía por qué le estaba preguntando por una chica como ella, alguien inalcanzable para mí. Me daba la sensación de que éramos de mundos muy diferentes.

Mi hermano no me dijo nada más y dejó que me fuera a descansar, ya era bastante tarde. Me levanté y me fui a mi habitación para dormir o, al menos, intentarlo porque no paraba de recordar la estupidez que había pasado en esa fiesta.

Me desvestí, quedándome solo con el bóxer y me acosté boca arriba. Clavé mi mirada en un punto del techo y mi mente comenzó a hacer de las suyas, proyectándome a cámara lenta todo desde el momento en que nuestros ojos se encontraron. ¿Por qué la desafié? ¿Por qué tuve la necesidad de besarla?

Justo cuando llegué al beso, ese beso que me había dejado con ganas de más, empecé a quedarme dormido, aunque con la seguridad de que formaría parte de mis sueños lo que quedaba de noche.

Unos fuertes toques en mi puerta me hicieron abrir los ojos de par en par. Me pasé las manos por el rostro y miré la hora que marcaba el reloj que descansaba en la mesita de noche, solo eran las ocho de la mañana. Me incorporé despacio y fui a abrir a Devon, porque no podía ser otra persona.

—Buenos días, hermanito —me saludó con una sonrisa burlona.

—Buenos días —respondí bostezando.

—Anda, sigue durmiendo. Solo venía a despedirme, tengo que trabajar —asentí—. Nos vemos a la noche.

Volví a cerrar la puerta y tirándome boca abajo, cerré los ojos y me quedé dormido otra vez.

Unas horas después, me desperté por el sonido del móvil; alguien me estaba llamando. Lo descolgué sin comprobar quién era y la voz de Nick me hizo abrir los ojos de golpe. Me incorporé en la cama en cuanto oí lo que me estaba diciendo y me despedí de él enseguida, después de responderle con un simple «sí».

Me levanté de una vez, tenía cosas que hacer antes de irme para el gimnasio. Me duché y comí algo y, antes de salir, le dejé una nota a mi hermano avisándole de que esa noche llegaría tarde. Él ya sabía que cuando le decía eso, no debía preocuparse.

Arranqué en cuanto me puse el casco y salí del jardín para incorporarme a la carretera. En poco tiempo llegaría a mi destino, pues estábamos bastante cerca. Vivíamos en la parte suburbana de Oklahoma.

En cuanto llegué, me metí de lleno con el entrenamiento. Esa noche tenía una pelea y no podía perderla, no cuando me jugaba tanto con ella.

El tiempo comenzó a pasar deprisa, mi mente se bloqueó y lo único en lo que podía pensar era en golpear el saco con todas mis fuerzas. Estuve así más de dos horas y ya sentía los músculos doloridos, pero ese dolor físico no era nada comparado con lo que sentía en mi pecho cuando los recuerdos me atenazaban. Por un momento me dejé llevar y seguí sin descanso hasta que, de pronto, el rostro de Tracy entró en mi mente de un modo tan fuerte que echó de una patada todo lo demás.

Por primera vez en mi vida era capaz de controlar mis impulsos y parar. Por primera vez en toda mi existencia era capaz de escapar de los peores recuerdos de mi infancia.

Agarré el saco con ambas manos y pegué mi frente a él a la vez que me calmaba y comenzaba

a respirar. Cerré los ojos varios minutos porque sabía que, al abrirlos, dejaría de verla.

—Marcus. —La voz de Nick me sacó del trance—. Tienes que descansar. —Me tendió una botella de agua helada y bebí tras sentarme en uno de los bancos—. Toma. —Me dio una toalla a la vez que tomaba asiento a mi lado—. ¿Estás seguro de que quieres pelear esta noche? —Lo miré con el ceño fruncido.

—¿A qué viene esa pregunta? Ya sabes que mi respuesta siempre será la misma.

—Pero es muy peligroso, Marcus. —Bufó—. No me fío ni un pelo de Dixon.

—Yo tampoco, pero hay mucho dinero en juego y ambos lo necesitamos. Tú para terminar de pagar tu deuda con ese hijo de puta, y yo para ayudar a mi hermano con la universidad —expresé consciente de lo que perdería de no ir a ese combate.

—Lo sé, pero siempre que peleas con Silver, acabáis malheridos y no quiero que te pase nada. —Puso una mano sobre mi hombro—. Eres como un hijo para mí. Lo sabes, ¿verdad? —asentí agachando la cabeza—. Le prometí a tu madre que cuidaría de vosotros y creo que lo estoy haciendo mal.

Me levanté como un resorte y negué. No estaba de acuerdo con él y jamás lo estaría, no en eso al menos. Nick, había cumplido con creces la promesa que le hizo a mi madre en su lecho de muerte. Cuidó de nosotros, nos aconsejó y nos enseñó muchas cosas. No obstante, yo tenía dieciocho años cuando mi madre falleció y solo el apoyo moral que me dio, me sirvió de mucho.

—Has sido un gran apoyo todo este tiempo, Nick. —Se levantó y me dio un abrazo.

—No me perdonaría que te pasase algo por mi culpa —negué de nuevo.

—Esta noche... ganaré —dije seguro de mí mismo.

Con una sonrisa, me dio dos palmadas en la cara y se giró para dejarme seguir con el entrenamiento.

Estuve unos segundos mirando en su dirección, hasta que desapareció de mi vista. Volví a ponerme frente al saco de boxeo y, dejando la mente en blanco, comencé a entrenar con más ganas. Porque sí, esa noche ganaría esa pelea como fuese.

Sobre las cinco de la tarde me fui a comer algo. Ese día no iría a mi casa hasta la noche, así que me ducharía en el gimnasio y saldría de allí mismo.

Nick me pidió que fuera a descansar, que debía recuperar fuerzas para lo que venía, pero eso no era la mejor idea, no si quería que la adrenalina siguiera recorriendo mi cuerpo.

Sobre las ocho, recibí un mensaje de mi hermano, lo leí y guardé el móvil en la mochila. Sabía cuál era su opinión acerca de lo que hacía y era mejor dejarlo así, jamás nos pondríamos de acuerdo en algo que yo tenía tan claro.

Devon: No pelees esta noche, por favor.

—Marcus —me llamó Nick—. Es la hora.

Agaché la cabeza a la vez que me colgaba la mochila en el hombro y salimos juntos del gimnasio. Subí en mi moto y él en su coche. Siempre lo hacíamos así por lo que pudiera pasar; y, de ese modo, si yo no podía conducir, él me llevaba a mi casa y después cuando me recuperaba,

recogíamos la moto.

Recordé que una vez acabé tan mal que no salí de la cama en varios días. Fue una de las peores peleas que había tenido con Silver. Lo único que me alentaba era que él estaba igual de destrozado que yo, ninguno ganó esa noche y eso cabreó tanto a Dixon, que seguía buscándonos enfrentamientos hasta conseguir un ganador. Él era el entrenador de Jamie Silver y el que organizaba los combates de boxeo. No es que se hicieran muy seguidos, a veces me tiraba dos meses sin enfrentarme a nadie.

Media hora después, llegamos al polígono industrial donde se organizaban ese tipo de encuentros. En aquel lugar había personas de mucha influencia y, sobre todo, de dinero. Luego estaban los que les gustaba ver las peleas y apostaban miserias buscando sacar un buen pellizco. Claro que los que verdaderamente ganaban dinero eran los peces gordos. No tenía nombres, no conocía a nadie de ellos, pues no se dejaban ver. De ser así, sería un escándalo.

—Has venido —dijo Dixon nada más verme entrar.

—¿Lo dudabas? —respondí con una ceja alzada.

El tipo se acercó con sus guardaespaldas detrás y se puso a escasos milímetros de mí pensando que así le temería, cosa que no pasó. Deseaba encontrármelo solo, sin nadie que le salvara el culo y así demostrárselo.

—No —gruñó—. Espero que estés preparado para perder. —Esbocé una sonrisa sarcástica contagiándole y pegué mi rostro al suyo.

—Esta noche no.

Tras eso, me giré y caminé hacia los vestuarios para prepararme. Era un proceso de mucha tranquilidad, de buscar todo aquello que me absorbía negativamente y utilizarlo para pelear con más fuerza.

Sobre todo los recuerdos eran lo que más me enfadaba y el motivo por lo que lo hacía, aunque evitaba pensar en mi hermano en esos instantes por el simple hecho de poder concentrarme. Con los ojos cerrados, me centraba en todo eso y apretaba los puños a cada lado de mi cuerpo.

—Serénate, Marcus —me pidió Nick en tono conciliador—. Solo cuando lo consigues, eres el mejor.

Abrí los ojos y asentí repetidas veces para demostrarle que estaba preparado y que iría a por todas. Esa noche nos llevaríamos el dinero.

Salí del vestuario decidido con él, mi *sparring*, pisándome los talones. A cada paso que daba, más fuerte se escuchaban los gritos de los espectadores: vítores, abucheos, silbidos. Se escuchaba de todo.

También oí como decían mi nombre llamándome campeón, aunque aún no lo fuera, y caminé lanzado para entrar rápido en el cuadrilátero. Obviamente, Silver ya estaba allí esperándome, era el favorito del público y lo presentaban el primero. La verdad es que me importaba una mierda, igualmente le daría una paliza.

Nos miramos fijamente, desafiándonos, y él levantó su mano derecha para señalarme. Sabía que me estaba amenazando, no era algo nuevo, siempre lo hacía.

Nick me dio el protector bucal y me lo coloqué, solo faltaba un minuto para que comenzara el combate.

Cuando estuvimos preparados, dejé de escuchar lo que había a mi alrededor y me centré en mi contrincante. Volví a notar esa nube espesa sobre mí, nublando mi mente y me acerqué rápidamente a él para propinarle el primer puñetazo.

Uno, dos, tres, cuatro y perdí la cuenta de las veces que lo había golpeado. Era el primer asalto y, aunque no debía dar todo de mí desde el principio, tenía mucha rabia contenida. Recibí un golpe seco en el pómulo que no pude esquivar y caí al suelo de rodillas. Pero cogí fuerzas para defenderme y me levanté.

El tiempo en las peleas pasaba demasiado lento y, en realidad, no tardaban tanto hasta que el primer asalto terminaba, solo tres minutos. Lo único importante era acabar antes de que sobrepasáramos los doce asaltos, solo así me aseguraba la victoria, una que acabaría siendo mía.

CAPÍTULO 6

Tracy

Tras un fin de semana de lo más extraño, llegó el lunes de nuevo y me levanté temprano para ir a la universidad. Ya faltaba poco para que acabasen las clases y, aunque todavía me quedaba bastante tiempo para terminar la carrera, tener vacaciones me hacía muy feliz.

A veces pensaba en la posibilidad de dejar de estudiar Derecho y hacer lo que realmente me gustaba: la música. Quería ser compositora y que cantantes de la talla de Demi Lovato, por ejemplo, cantasen alguna. Sabía que era un sueño absurdo que jamás se haría realidad, pero en esta vida se podía soñar.

—Buenos días, mamá —saludé al verla en la cocina.

Me extrañó que aún siguiera en casa a esa hora, normalmente la veía solo por la noche.

—Buenos días, hija. —Me miró de arriba abajo juzgando mi atuendo.

Me había vestido bastante cómoda ese día: *shorts*, camiseta de manga corta y deportivas. Para mi madre debía ir presentable a esa gran universidad a la que, según ella, dejaban entrar a cualquiera.

—¿No tenías otro modelito para hoy? —negué cogiendo una manzana del cesto de frutas.

—Me voy, mami.

Giré sobre mis talones y salí de la cocina y de mi casa. Subí a mi coche y me fui a toda prisa de esa jaula de oro en la que vivía. Encendí la radio para poder relajarme antes de llegar a la universidad. Siendo sincera, me gustaba estudiar, aunque no hubiese elegido la carrera por mí misma.

El camino fue ameno, era lo mejor de mis mañanas. Recogí a Aylin y seguí con ella a mi lado cantando a pleno pulmón. Sonaba la canción *I love me more* de Davina Michelle, a mi mejor amiga le encantaba y cada vez que sonaba se apoderaba de ella de un modo muy cómico. Me hacía reír con los movimientos que hacía.

Lo peor de todo era cuando estábamos llegando a la universidad y la canción iba por la mitad, ya que me hacía quedarme en el coche hasta que acababa.

Salimos del vehículo y fuimos en busca de Curtis para ir juntos. Era un poco tonto que Aylin nos acompañase, dado que no estudiábamos lo mismo. Aun así, le encantaba las charlas mañaneras de camino.

—¿Qué planes tenéis para después? —preguntó Curtis.

—Pues nada nuevo, estudiar. —Puse un dedo en mi barbilla—. Estudiar. ¿He dicho ya que voy a estudiar? —soltamos una carcajada.

—Tendrás que comer, ¿no? —negué, estaba muy agobiada.

—¿Sabes cuántos exámenes tengo? —Alzó un ceja señalando lo evidente—. Lo siento, claro que lo sabes.

Aunque él estaba en un curso superior al mío, también tenía muchos exámenes por delante.

—No seáis angustias —comentó Aylin—. Aprended de mí, no estudio y apruebo.

—Pero eso es porque tienes memoria fotográfica. Ojalá yo poseyera ese don —respondí con seriedad.

—Bueno, amiga, tienes otros dones que ya quisiera yo tenerlos. —Me dio un sonoro beso en la mejilla—. Nos vemos a la hora de comer.

Ambos asentimos y seguimos nuestro camino hasta la facultad. Cuando entramos, cada uno se fue a su clase y ya no volvíamos a vernos hasta pasadas tres horas.

Cuando entré en el aula, me senté en el sitio de siempre y, unos minutos después, vi a Devon colocarse delante de mí. Me puse nerviosa nada más verle, aún me sentía muy avergonzada por lo que pasó en el restaurante.

Durante toda la mañana estuve sumergida en los estudios. Hice un examen y salí bastante satisfecha, estaba segura de que lo aprobaría.

Cuando llegó la hora de comer, salí con Devon pisándome los talones y le dije que nos acompañara. Al menos, por el camino, podría disculparme por la falta de respeto de mi progenitora. Ninguna persona se merecía una humillación así solo por no tener una cuenta bancaria con una gran cifra.

—¿Qué tal el examen? —Se interesó.

—Pues bien, pensé que me costaría mucho más —respondí con una sonrisa—. Por cierto, Devon. Me gustaría pedirte disculpas por lo que dijo mi madre en el club. —Se encogió de hombros restándole importancia—. No sabes lo mal que me sentí y lo que odio que sea así.

—No te preocupes, Tracy. Al menos a ti sí que te caigo bien. —Le regalé una sonrisa.

—Pues claro, eres encantador.

Seguimos hasta los aparcamientos, donde siempre me encontraba con mis amigos.

—Ahora soy yo el que te pide disculpas por el espectáculo de mi hermano en la fiesta. —Me tensé al recordarlo e hice lo mismo que él, restarle importancia—. Él no suele ir a las fiestas y tampoco se comporta así. Es que...

—No pasa nada, lo pasé muy bien esa noche.

Nos paramos justo delante de mi coche y esperamos a que aparecieran los demás. La primera fue mi mejor amiga que, cuando vio a Devon, se le iluminó el rostro y eso me hizo bastante gracia. No sabía que le gustase mi compañero.

—Hola, chicos —nos saludó Aylin nada más llegar hasta nosotros—. ¿Dónde está Curtis? —Miré a mi alrededor para buscarlo con la mirada.

—Allí viene —señalé en dirección a nuestro amigo.

Él venía con Sandree y se unió también a nosotros para comer en la cafetería de siempre, que se encontraba en la calle de detrás de la universidad.

Comimos entre risas y nos pusimos al día con cosas que a veces no nos daba tiempo a

contarnos por culpa del poco tiempo libre que disponíamos. Normalmente no teníamos demasiados minutos de descanso, y menos cuando estábamos en época de exámenes. Sin embargo, intentábamos vernos aunque fuera solo media hora al día.

Me fijé en que Aylin hablaba mucho con mi compañero y sonreí mirando a Curtis, que también se había dado cuenta. La verdad es que hacían buena pareja, pero mi mejor amiga era una alocada y rara vez se la veía así de emocionada con un chico.

El tiempo con ellos pasaba deprisa, y cuando Sandree y Curtis terminaron de comer se fueron para asistir a la última clase. Yo, en cambio, ya había terminado las mías por ese día, así que decidí acudir a la biblioteca para estudiar. Normalmente lo hacía en mi casa, pero no estaba segura de que mi madre todavía siguiera allí y prefería no tener distracciones.

Me levanté y me despedí de Aylin y de Devon, ellos no tenían intención de ir a ningún lado, así que los dejé en la cafetería. Me puse los auriculares y me dirigí hasta el aparcamiento de la universidad para coger mi coche. La música me envolvía, me dejaba llevar tanto por ella que perdía la noción del tiempo y de todo en general.

No me di cuenta de que estaba cruzando la carretera sin mirar. No me percaté de nada hasta que noté cómo la rueda de una moto paraba justo delante de mí dándome un pequeño toque en la pierna. Eso fue lo que hizo que despertara de mi ensoñación. Alcé la mirada a punto de gritarle a la persona que había estado a punto de atropellarme y cuando vi al conductor, mis pies se anclaron al suelo, pues no esperaba volver a verle tan pronto y mucho menos después de cómo nos habíamos conocido.

—¿Estás demente? ¿Cómo se te ocurre cruzar sin mirar? ¡Podría haberte matado!

Se bajó de la moto hecho una furia a la vez que se quitaba el casco, parecía que aún no me había reconocido porque cuando sus ojos se clavaron en los míos, dejó de gritar y me regaló una maldita sonrisa... esa sonrisa de canalla.

—Vaya, no solo querías besarme... ahora también pretendes atropellarme —escupí con una ceja alzada.

Marcus se acercó quedándose a escasos milímetros de mí y mis ojos se cerraron en cuanto su olor entró en mis fosas nasales. No recordaba que oliese tan bien.

—Has cruzado sin mirar, hoyuelos —inquirió en tono burlón.

—No... —Tragué saliva—. Eso no ha sido así.

—Eres demasiado terca.

—¿Yo, terca? —asintió sin apartar su mirada de la mía—. Deberías tener más cuidado, te recuerdo que estás en un aparcamiento y por aquí pasa mucha gente.

—¿Lo ves? —me interrumpió—. No vas a reconocer tu fallo.

Crucé los brazos por encima de mi pecho y noté cómo sus ojos viajaban hasta ese lugar que en ese momento quise tapar. No lo hice conscientemente, es un gesto que suelo tener cuando estoy intranquila.

Nos quedamos en silencio unos segundos, aunque sin dejar de mirarnos. Ese tipo me ponía muy nerviosa y no sabía muy bien el por qué. Solo quería que se marchase de una vez para

seguir con mi día sin interrupciones. Como vi que no me diría nada más, bajé los brazos y me di la vuelta para llegar hasta mi coche.

Marcus cogió mi brazo y tiró de mí, pegando mi cuerpo al suyo, dejando muy poco espacio entre ambos. Mis ojos viajaron desde sus pupilas hasta sus labios y ahí estaba de nuevo esa estúpida sonrisa que me sacaba de quicio. Apretó mi brazo con delicadeza y dejé de pensar en todo lo que nos rodeaba, era como si solo estuviéramos él y yo en ese aparcamiento. Estando tan cerca, pude fijarme en la cicatriz que tenía en la ceja y que daba la impresión de ser reciente. Tenía el pómulo algo rojo y el labio partido. Eso le hacía parecer mucho más atractivo de lo que ya era.

—Echo de menos tus labios —dijo en mi oído cerca, muy cerca, casi rozando el lóbulo de mi oreja.

Que me dijera eso, teniéndole a escasos milímetros de mí, no me ayudaba en nada. Intenté buscar la forma de escapar de sus ojos, de sus brazos, de él. Intenté olvidarme a que sabían sus labios, y digo lo intenté, porque no lo estaba consiguiendo. No podía decirle que yo también los echaba de menos, aunque solo nos hubiéramos besado una sola vez, pero es que jamás me habían besado así.

Me parecía una persona que escondía su verdadera forma de ser tras esa boca que me besó hacía varias noches. Sus ojos me escrutaban con una intensidad que me mataba y me desarmaba a partes iguales. Tras varios intentos, encontré la forma de cambiar de tema.

—¿Te has peleado con alguien?

—Eso no es tu problema —respondió con altanería a la vez que me soltaba.

Parecía que el asunto que había sacado no era de su agrado y eso alimentó mi curiosidad mucho más.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a mi hermano? —asentí—. ¿Podrías decírmelo? —Su humor cambió en menos de un segundo.

—Está en una cafetería en la calle de aquí detrás.

Se giró para subirse de nuevo a su moto, se colocó el casco y, antes de arrancar, me echó una última mirada que me dejó temblando.

Me quedé observándole hasta que lo vi girar hacia la derecha. Expulsé todo el aire que no sabía que estaba reteniendo, fui hasta mi coche y me subí para ir a la biblioteca, aunque había perdido tanto tiempo hablando con ese sujeto que no sabía si era mejor regresar a mi casa y estudiar en la tranquilidad de mi habitación.

Al final aparqué delante de la biblioteca y me concentré lo máximo posible en los libros que tenía que devorar. No podía permitirme bajar la nota, mi padre me lo reprocharía y prefería estar de buenas con él. Además, tampoco era una chica que le gustase sacar malas calificaciones, así que siempre daba todo de mí. El tiempo que estuve estudiando me costó mucho concentrarme, pues sus ojos no salían de mi mente y estaba segura de que, a partir de ese segundo encuentro, iba a ser mucho más complicado olvidarme de él.

CAPÍTULO 7

Marcus

Conseguí ganar esa maldita pelea contra Silver. Aquella noche fue muy intensa, no solo por lo que había detrás de todo aquello, sino por lo que conseguiría tras la victoria.

Nos costó mucho salir de allí, ya que Dixon entró en colera en cuanto vio a su campeón morder el polvo. Sus guardaespaldas vinieron a buscarnos al vestuario para llevarme con él y me negué. No era mi jefe y no tenía por qué acatar ordenes de un hijo de puta como ese.

Nick y yo regresamos al gimnasio con los bolsillos llenos, lo que me haría respirar un par de meses hasta la siguiente pelea.

—Vamos, chico, te curaré antes de que tu hermano te vea —dijo sacando el botiquín en su despacho.

No tenía demasiadas heridas, solo algún que otro rasguño sin importancia que dejaría de notarse en menos de una semana. Se veían las marcas y me saldría un buen moratón en el pómulo, pero nada que no hubiese tenido ya.

Sobre las cinco de la madrugada, llegué a mi casa y Devon estaba dormido. Esperaría hasta por la mañana para darle el dinero que debía pagar en la universidad, aunque estaba seguro de que se negaría y no lo querría coger por ser un dinero sucio. Si por él fuera, yo no pelearía y no sería boxeador, pero debía entender que no solo lo hacía por el dinero, también porque me gustaba.

Me fui a mi habitación, me tiré boca abajo sobre mi cama y, nada más poner la cabeza sobre la almohada, me quedé dormido.

El sol comenzó a colarse entre las cortinas, dándome de lleno en los ojos. Ni siquiera tenía constancia de la hora que era, aunque escuchaba a mi hermano trastear en la cocina. No creía que un domingo hubiese madrugado. Recordé que tenía que trabajar y fue cuando me di cuenta de la hora que era. Si quería verle, debía levantarme, si no, ya no sería hasta la noche y, normalmente, se complicaba por mis entrenamientos.

Pasábamos mucho tiempo en la calle cada uno en sus cosas, y a veces echaba de menos pasar más tiempo con él.

—Buenos días —lo saludé.

En cuanto vio mi rostro, comenzó a negar. Se acercó a mí algo cabreado y cogió mi barbilla con su mano derecha para verme con mejor ángulo.

—¿Estás bien? —preguntó intranquilo y asentí.

—No te preocupes, hermanito. Ya sabes que son gajes del oficio. —Me serví un café y le di la buena noticia—: Además, he ganado la pelea.

Caminé hacia mi chaqueta que había dejado la noche anterior sobre el sofá. Saqué el dinero y lo conté delante de él para darle lo que necesitaba. Devon lo miró con el ceño fruncido y negó de nuevo. No lo cogería por mucho que yo le insistiera.

—Ya te he dicho mil veces que no quiero ese dinero, Marcus. Prefiero echar horas extras en el club. —Se alejó de mí, dejándome con la mano alzada sujetando los billetes.

—Vamos, hermano, lo necesitas.

—Lo siento, pero no —sentenció dándome la espalda—. Lo que quiero es que dejes esa mierda de vida y hasta que no lo hagas, no quiero saber nada más de... —Se quedó callado—. No me esperes esta noche, no vendré a dormir.

Eso ultimo lo dijo antes de abrir la puerta para salir de la casa. Sentí como cada palabra se clavaba en mi pecho haciéndome daño, pero le entendía, siempre lo haría. Yo solo quería ayudarlo, y lo único que conseguía era alejarlo más y más de mí.

—Espera, Devon —lo llamé antes de que pusiera un pie fuera—. No te vayas así.

Me ignoró y cerró la puerta con un portazo. Tiré el dinero al suelo cabreado, muy cabreado. ¿De qué me servía ganar si no podía compartirlo con la persona más importante de mi vida?

Agotado, regresé a mi habitación para seguir descansando.

Me había pasado todo el día de la cama al sofá y viceversa. Mi hermano no volvió, tal y como me dijo. Pensé que después de enviarle varios mensajes a los que no me respondió, regresaría, pero no fue así.

Sobre las dos de la madrugada me acosté de nuevo, aunque no tenía nada de sueño, ya había dormido suficiente.

El lunes me levanté creyendo que vería a Devon en su habitación y fui a buscarlo. Obviamente no estaba, aunque tenía esperanza de que así fuera. Regresé a mi habitación y cogí la ropa que me pondría después de ducharme; tenía que ir al gimnasio a trabajar, un curro que sí era honrado, pero que no me daba la cantidad necesaria para subsistir.

Me subí a la moto y arranqué. No eran ni las diez de la mañana y yo entraba a las once. Pero la casa me asfixiaba y mucho más cuando mi hermano estaba cabreado conmigo, pero debía entender que todo lo que hacía era por los dos, para poder tener una vida mejor. A veces, recordaba cómo mi madre me pedía que estudiara, que no pensara en el boxeo como algo que tenía futuro y nunca la escuché; jamás lo hice y se fue de este mundo creyendo que algún día lo dejaría.

Iba acelerando mucho la moto sin percatarme de nada. Ni siquiera escuchaba los cláxones de los otros vehículos que, por mi culpa, tuvieron que frenar. No quería hacerlo, no me gustaba conducir así; pero cuando el pasado me envolvía, mi mente se tornaba oscura. Entonces, volví a pensar en ella: en sus ojos, sus labios y esos hoyuelos que se me habían quedado marcados a fuego en mis recuerdos.

Llegué al gimnasio en menos tiempo del debido y cuando Nick me vio, se sorprendió. Por eso quería salir de mi casa y no descansar. Para no estar solo y seguir dándole vueltas a la cabeza.

—¿Qué haces aquí? Pensé que no vendrías en unos días. —Ese fue su saludo, lo que me hizo sonreír.

—Estoy bien, Nick. Ya sabes que no puedo dejar de trabajar.

—Has vuelto a discutir con Devon, ¿verdad? —asentí, clavando los ojos en mis botas. Me conocía bien—. Debes entenderle, Marcus —dijo dejándome entrar en su despacho—. Tiene miedo de que un día no te levantes del suelo y...

—Nunca me pasará, no pienso permitirlo.

—Eso es algo que no podemos controlar, muchacho. —Me estaba cabreando que él también pensara eso. Yo podía, yo tenía que conseguirlo—. ¿Te crees que es fácil para él saber que su hermano está en una pelea de la que no tiene la certeza de si saldrá mal herido? Pueden pasar mil...

—¡Basta! —grité—. Soy adulto, Nick, y tú no eres mi padre para darme sermones. Dedícate a entrenarme y deja lo demás en mis manos.

Solté cada palabra lleno de cólera y sabía que no se quedaría callado, nunca lo hacía. Nick no era mi padre, pero a veces actuaba como tal y me hacía respetarle porque así debía ser.

—No seas gilipollas, Marcus. ¿Es que quieres morir? Porque un mal golpe y adiós.

No le escuché más, no podía. Apreté los puños a cada lado de mi cuerpo a la vez que apretaba los labios con tanta fuerza que la herida del labio se me abrió de nuevo. Sentí el sabor metálico de la sangre en mi boca y me di la vuelta para salir de ahí e irme al vestuario para cambiarme; necesitaba desahogarme y la única manera de hacerlo era sacudir el jodido saco.

Mientras me cambiaba, pensé una y mil veces en todas las cosas que me había dicho, en lo que mi hermano sentía y en lo que yo quería. Nunca íbamos a estar de acuerdo, no cuando yo deseaba tanto ser boxeador.

Me coloqué delante del saco de arena y comencé a golpear con fuerza y con toda la rabia que tenía contenida. Notaba mi cuerpo en tensión y mi mente viajaba a una velocidad de vértigo. Mi niñez volvió a reproducirse en mi mente, esta vez con más fuerza, como si me estuviera avisando de que algo estaba por suceder. Si quería controlar mi furia, debía dejar de pensar en todo eso y no hacer caso a mis pensamientos.

No supe el tiempo que estuve así y solo cuando percibí el flaqueo de mis músculos, fue cuando paré y me senté en el suelo rendido y destrozado. Era como si hubiera estado toda la noche peleando con otra persona y, en realidad, lo hacía conmigo mismo.

Esperé a que llegase algún alumno y, como no vino nadie, decidí marcharme. Supuse que mi entrenador avisó de que yo no iría y por eso no tuve trabajo esa mañana. Tras asearme, me vestí y salí de allí sin despedirme de Nick; tenía que buscar a mi hermano para conseguir que me perdonase aunque, en realidad, no sentía que le hubiese hecho nada. Conduje directo a la universidad donde, con suerte, lo encontraría antes de que se fuera a almorzar y lo haríamos juntos.

Me adentré en el aparcamiento del campus a bastante velocidad, pero pude parar antes de atropellar a una persona que estaba cruzando sin mirar. Rocé su pierna con la rueda de la moto,

solo fue un simple toque que podría haber sido algo mucho peor. Aún no sabía quién era, no le había visto la cara. Me bajé quitándome el casco para enfrentarla.

—¿Estás demente? ¿Cómo se te ocurre cruzar sin mirar? ¡Podría haberte matado!

Cuando vi quien era, me quedé anclado al suelo: era Tracy. Nuestros ojos conectaron en décimas de segundo y la sonreí de lado.

—Vaya, no solo querías besarme... ahora también pretendes atropellarme —escupió con una ceja alzada.

Caminé hasta ella. Necesitaba su cercanía y me puse a escasos milímetros de su cuerpo viendo cómo cerraba sus ojos a la vez que aspiraba despacio, era como si estuviera oliendo mi perfume. No estaba seguro de que fuera eso exactamente, pero esperaba que sí lo fuera.

—Has cruzado sin mirar, hoyuelos —dije en tono burlón.

—No... —Tragó saliva y, por unos segundos, me pareció que estaba inquieta—. Eso no ha sido así.

—Eres demasiado terca.

—¿Yo, terca? —asentí sin dejar de mirarla, no podía hacerlo; era demasiado hermosa—. Tú debes tener más cuidado, te recuerdo que estás en un aparcamiento y por aquí pasa mucha gente...

—¿Lo ves? No vas a reconocer tu fallo —la interrumpí.

La miré de arriba abajo, no podía dejar de observar cada movimiento que hacía, parecía nerviosa. Mis ojos se quedaron más tiempo del permitido sobre sus pechos, pues se habría cruzado de brazos y eso me provocó mucha más curiosidad.

Nos quedamos sin aliento unos segundos sin dejar de mirarnos. Quería marcharme, ella también, estaba seguro de ello; pero no podía escapar de su mirada, de ella... no podía escapar de la mujer que tenía delante y solo fantaseaba con tenerla debajo de mi cuerpo ardiendo de deseo y jadeando mi nombre.

Bajó los brazos y se giró para marcharse de una vez. Sin embargo, no la dejé. Agarré su brazo y la pegué a mi cuerpo, comprobando lo que yo tanto temía: encajaba con el mío a la perfección. Me percaté de cómo sus ojos viajaban hasta mis labios y volví a sonreírle, aunque no lo hice para sacarla de quicio, solo para que supiera que yo pensaba exactamente lo mismo que ella. Deseaba besarla de nuevo, morder su labio inferior y lamerlo a mi antojo.

—Echo de menos tus labios —dije sin pensar en su oído, casi rozando el lóbulo de su oreja con mi boca.

Entonces, se fijó en mis cicatrices y eso hizo que los dos despertáramos de ese trance.

—¿Te has peleado con alguien? —preguntó a la vez que se zafaba de mi agarre.

Que me preguntase eso hizo que me quisiera alejar de ella, no quería darle explicaciones a una niña pija que no entendería lo que hago y mucho menos el motivo.

—No es tu problema —solté un poco borde—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a mi hermano? —cambié de tema y ella asintió—. ¿Podrías decírmelo?

—Está en una cafetería en la calle de aquí detrás.

En cuanto lo supe, me subí a la moto y me puse el casco. Le eché una última mirada y arranqué para salir de ese aparcamiento de una jodida vez.

«¿Por qué cojones te comportas así?», pensé a la vez que aceleraba. Jamás había sentido la necesidad de escapar de alguien como de ella. Nunca había tenido que esconder lo que hacía para no defraudar a una persona. «Esa chica es un peligro para ti», me recordó mi subconsciente y tenía razón. Si seguía pensando en Tracy... si seguía deseando tenerla entre mis brazos hasta que nuestros cuerpos fuesen uno solo, todo se iría a la mierda y no estaba dispuesto a que eso me pasara.

CAPÍTULO 8

Tracy

Los siguientes días fueron un calco del lunes: ir a la universidad, almorzar con mis amigos e irme a la biblioteca a estudiar. Ya solo me faltaban tres exámenes y sería libre de una vez.

Lo bueno de estar con la cabeza metida en los libros, era que apenas veía a mis padres y eso era un aliciente bastante grande. No obstante, ellos estaban planeando algo para el fin de semana, lo sabía. Aunque no me lo hubieran dicho, los conocía bien: estaba claro que ayudaba que fuese mi cumpleaños el martes de la siguiente semana y ellos celebrarían antes una fiesta por todo lo alto.

No podía decir que no me gustaran las fiestas, claro que sí, pero no las que mi madre organizaba. Solo invitaba a sus amigos y no a los míos. Bueno, al único que dejaba venir era a Curtis y solo porque era el hijo del mejor amigo de mi padre.

—Buenos días, Tracy —me saludó mi madre con voz cantarina.

—¿Te ocurre algo? —pregunté a la vez que fruncía el ceño.

—¿Qué me va a pasar? Estoy contenta porque mi pequeña pronto cumplirá veintiuno. —Me sonrió y pude ver algo de cariño en su gesto. La verdad es que no estaba acostumbrada a ello—. Haremos una fiesta esta noche. —Abrí los ojos desorbitadamente.

—¿Esta noche? ¿No crees que es un poco pronto para preparar una fiesta de las tuyas, mamá?

Sabía que lo haría, pero no que fuese a ser tan rápido. Me la esperaba para el sábado o, incluso, el domingo. Se había vuelto loca... no, ya estaba loca de antes.

—Tracy, Tracy. ¿Sabes con quién estás hablando? Tengo la fiesta preparada desde hace semanas, cielo. —Me dio un abrazo.

Recibir un achuchón de la mujer de hielo fue algo que me sorprendió, pero lo disfruté bastante. No sabía cuándo volvería a hacerlo y debía aprovecharme de ello. Cerré los ojos unos instantes y me dejé mimar. Tras un suspiro, se alejó de mí unos milímetros y me miró a los ojos.

—Eres muy hermosa, mi niña...

—Hacía mucho que no me llamabas así, mamá —la interrumpí emocionada.

—Siento si he sido fría, pero el trabajo me absorbe tanto que no tengo tiempo para nada más. Por eso, esta noche será especial. Te lo prometo —asentí a la vez que cogía mi mochila.

Me dio un beso en la mejilla y, tras coger una manzana, salí de la cocina con ella pisándome los talones; quería acompañarme a la salida.

—¿Puedo invitar a algunos amigos de la universidad? —quise saber, pero no le gustó porque cambió el gesto por uno de desagrado.

—Prefiero que no, cielo. Ya sabes que vendrán personas muy importantes y no conozco a

todos tus amigos, no sé cómo son. —Ahí estaba la negativa. Era demasiado bonito para ser verdad.

—Entiendo... está bien, será como tú digas, mamá.

Me fui sin decirle nada más, pues de haberme quedado unos minutos más, le hubiera gritado todo lo que me hacía sentir cuando siempre me prohibía hacer lo que yo quería. En realidad, me hubiera gustado que acudieran varios amigos a mi fiesta de cumpleaños. Era lo normal, ¿no? Pues no, para mi madre lo normal era hacerlo con sus amistades y no con las mías. Lo único que quería era que pasase pronto, que empezase y acabase rápido para seguir con mi vida.

La mañana en la universidad fue un caos. Faltaron algunos profesores y justo uno de ellos tenía que ponernos uno de los tres exámenes que me quedaban. Así que tendríamos que esperar y hacer dos el mismo día.

Almorcé con Curtis, Sandree, Devon y Aylin en la cafetería de siempre. Mi amiga cada vez se veía más emocionada con mi compañero de clase y no sería yo quien le bajase de esa nube, no cuando parecía haber interés por parte de él. Lo que sí haría sería aconsejarla para que no se lanzara tan pronto a sus brazos. Al menos así se ahorraría el sufrimiento si la cosa no iba bien.

Sobre las cuatro de la tarde, me despedí de todos menos de Curtis porque quiso acompañarme al aparcamiento.

—Esta noche tenemos fiesta, ¿no? —asentí cabizbaja—. ¿Qué ocurre?

—Le pedí a mi madre invitar a algunos amigos y me dijo que no, como siempre. Estoy harta, Curtis... muy harta. —Nos detuvimos justo delante de mi coche.

—Lo sé y te entiendo, ya sabes que mis padres piensan exactamente igual que los tuyos —comentó apenado—. No sabes lo que daría por poder ir con Sandree a todos lados sin miedo a que me vean. Es más... me encantaría llevarla a tu fiesta, pero no se puede.

—Hazlo, Curtis. —Me miró perplejo—. No tienes por qué esconderte, no estás haciendo nada malo —suspiré—. El día que yo esté saliendo con alguien.... —Me quedé en silencio—. ¡Qué estupidez estaba a punto de decir! Tengo claro que hasta que no nos vayamos de casa, tendremos que seguir acatando sus órdenes.

Mi amigo se quedó callado unos segundos, parecía estar pensando algo y no sabía si me iba a gustar lo que su rubia cabecita estaba maquinando. A veces le temía, pues no siempre tenía buenas ideas; si no, que nos vieran cómo estábamos, teniendo que fingir ante nuestras familias que éramos novios cuando ni siquiera nos gustábamos. Estaba claro que la situación no iba a cambiar pronto y debíamos aceptarlo.

—¿Por qué no nos vamos a vivir juntos? —Ahí estaba la idea de mierda que se le había ocurrido. Puse cara de no haberme enterado, lo que le hizo reír—. Para ellos seremos una pareja que se va a vivir juntos, pero para nosotros solo seremos compañeros de piso. Si queremos libertad, es lo único que se me ocurre, Tracy.

En realidad, lo que decía tenía mucho sentido y no podíamos descartarla como la mejor idea que había tenido en mucho tiempo. Aun así, eso había que pensarlo muy bien y no me veía capaz de hacerlo en ese momento.

Me despedí de él recordándole que si quería llevar a su novia, podía hacerlo. Ya pensaríamos qué decirles a nuestros padres. Yo, por mi parte, no iba a perder la oportunidad de invitar a Aylin

y a Devon si así le jodía la velada a mi santa madre. Además, me apetecía pasarlo con ellos y no con veinte carcamales que solo hablaban de trabajo y dinero. No, no estaba dispuesta a que mi cumpleaños se convirtiera en un evento social más de Christine Ross.

Cuando llegué a mi casa, casi todo estaba listo. Subí rápidamente a mi habitación, no quería que nadie me viera. Al menos tendría un poco de tranquilidad antes de que llegasen los invitados.

Me duché rápidamente y cogí mi móvil para enviarle un mensaje a Aylin, no iba a dejar de invitar a mi mejor amiga a mi cumpleaños por mucho que mi progenitora se negara.

Tracy: Aylin, te espero esta noche en mi casa.

Solo le escribí eso y esperé a que me respondiera, sabía que no tardaría en hacerlo. Iba a soltar el teléfono sobre la cama cuando recibí la notificación.

Aylin: ¿Esta noche? ¿Para qué?

Tracy: Mi madre ha preparado una fiesta por mi cumpleaños.

Así que estás invitada y puedes traer a quien quieras.

Aylin: ¿A quién yo quiera? Me gusta la idea.

Sonreí con malicia a la vez que leía el mensaje de mi amiga y ya, por mi parte, estaba todo hecho. Si mi madre quería guerra, eso le daría. Nunca más iba a permitir que me condicionara la vida, que me prohibiera invitar a gente a mi casa solo porque mis amigos no le gustaban. No, ya no.

Me vestí con calma, todavía faltaba una hora para que todo el mundo llegara y me sentía bastante animada después de haberle hablado a mi mejor amiga. Estaba segura de que la fiesta iba a ser de las mejores que habían celebrado en mi casa.

Me puse un vestido negro de palabra de honor que, aunque me llegaba por encima de las rodillas, era un poco más corto que el de color malva. Sin querer recordé aquella fiesta, el juego y los labios de Marcus. Comencé a abanicarme, me había entrado mucho calor al pensar en ese hombre que solo me sacaba de quicio. Sin embargo, también me provocaba desconcierto y algo de... no podía siquiera decirlo. En pocas palabras, me excitaba y mucho.

Por último, me maquillé y dejé el cabello suelto con ondas y salí de mi habitación después de calzarme unos tacones del mismo color del vestido.

Mientras bajaba las escaleras, empecé a escuchar bastante jaleo y música, aunque no estaba demasiado alta. En estos eventos, no subían tanto el volumen como nos gustaba a los jóvenes. Justo cuando puse un pie en el último escalón, sonó el timbre. Al abrir la puerta, mi cuerpo se tensó y mis ojos se abrieron tanto que hasta me escocieron. Para nada me esperaba que él viniera con Aylin y Devon. «No mientas, una parte de ti sabía que había una posibilidad», dijo mi subconsciente y rápidamente saqué de mi mente esos pensamientos.

—¡Wow! —Escuché su voz detrás de mi amiga.

—¡Esta noche estás cañón! —me piropeó Aylin cogiendo mi mano para hacerme girar sobre mis pies.

—Espero que no te importe que hayamos venido, Tracy —dijo Devon cuando ella me soltó.

—Claro que no, sois bienvenidos... todos. —Esto último lo dije mirándole a él y, acto seguido, me guiñó un ojo.

—Felicidades, Tracy. —Me dio un beso en la comisura de los labios y mi cuerpo comenzó a temblar como si tuviera frío—. Toma. —Clavé mi mirada en la suya algo confundida, me había traído un regalo—. Es de parte de los tres —explicó para quitarse el mérito.

—Muchas gracias, no debisteis traer nada. —Sonreí.

—Ábrelo —me apremió Aylin.

Estaba a punto de rasgar el papel de la cajita cuando la voz de mi madre me interrumpió. Me di la vuelta y sus azules ojos me asesinaron y no pude hacer otra cosa más que sonreírle. Alzó una ceja y cambió su gesto a la vez que se acercó a nosotros lo suficiente como para ver a quienes había invitado y por qué ella no estaba enterada.

—Buenas noches, señora Ross —saludó mi amiga.

—Buenas noches, Aylin. ¿Cómo tú por aquí? Bueno, los tres. —Los miró con altanería. Sí, no quería creer que estuviera mirándolos con asco.

—Yo los invité. Es mi cumpleaños, ¿no? —Me regaló una de sus sonrisas falsas y asintió.

—Claro que sí, hija. —Cogió mi brazo para alejarme de ellos unos centímetros, como si con eso no nos fueran a escuchar—. Te dije que esta noche no podías invitar a nadie y, como siempre, acabas haciendo lo que te da la gana —murmuró en mi oído—. Estoy cansada de tus juegucitos, Tracy, muy cansada.

—Mis amigos se quedan, mamá.

—Tus amigos se van, Tracy.

Ninguna apartaba la mirada, ninguna bajaría la cabeza ni daría su brazo a torcer. Éramos madre e hija, pensamientos muy distintos, pero el mismo carácter y eso le molestaba mucho más.

—Si mis amigos se van, me iré con ellos. ¿Lo entiendes, mamá? —amenacé con seguridad, algo que la sorprendió.

—No serás capaz de hacerlo... pobre de ti como...

—Mira cómo me largo de tu maldita fiesta.

Me solté de su agarré y me encaminé hacia mis amigos donde, tras decirle que nos íbamos, salimos de mi casa con mi madre gritándome desde la puerta.

No les gustó mucho a mis amigos que hiciera eso. Pero no porque pensaran que lo estaba haciendo mal, todo lo contrario. El motivo era porque creían que había sido su culpa. Sin embargo, lo que estaba pasando era culpa de mi madre, solo de ella.

Vi a Marcus reírse y me uní a su risa; era muy contagiosa. Llegamos hasta dos motos y me puse nerviosa. Aylin se subió detrás de Devon y a mí me tocaba ir con su hermano.

—Sube, hoyuelos. —Le escuché decir y negué—. ¿Por qué? ¿Acaso te dan miedo las motos?

Sin responderle, porque de hacerlo se volvería a reír, me monté con cuidado de que no se me subiera el vestido demasiado. Menos mal que la tela estiraba y no iría tan incómoda. Me dio un casco y, cuando se aseguró de que lo tenía puesto, agarró mis manos con una de las suyas y las colocó en su estómago.

—Agárrate fuerte —me pidió elevando un poco la voz para que pudiera oírle.

—Lo haré.

CAPÍTULO 9

Marcus

Dejé a Tracy en el aparcamiento con desgana, lo que más me apetecía era seguir a su lado sacándola de quicio, pero debía buscar a mi hermano para hablar con él. No podía permitir que no regresara a dormir a la casa.

Aparqué justo delante de la cafetería y solo esperaba que fuera la que ella me había dicho, ya que no veía ninguna más a mi alrededor. Entré, lo busqué con la mirada y lo encontré sentado en la última mesa con Aylin. Sonreí. Parecía que a mi hermano le gustaba esa chica y eso me emocionaba.

Me acerqué a ellos y cuando Devon me vio, su rostro cambió a uno de desconcierto. Ella, sin embargo, me sonrió. Me caía bien.

—¿Qué haces aquí, Marcus? —Fue lo primero que me dijo. Al parecer, no me merecía ni un hola de mi hermano.

Me senté sin pedir permiso, frente a él y la morena, que se dio cuenta de que necesitábamos estar solos, así que se disculpó y se levantó para que pudiéramos hablar.

—¿Vas a decirme de una vez para qué has venido hasta aquí? —Seguía cabreado y, aunque sabía que sería así, tenía la esperanza de que se le hubiera pasado.

—Lo siento, Devon —me disculpé.

—No es suficiente, Marcus. No puedes arreglarlo todo con una disculpa y luego volverlo a hacer —explicó, parecía más calmado—. ¿Te crees que es fácil para mí saber que puede pasarte algo? No quiero que sigas solo por tener que ayudarme.

Entendía lo que trataba de decirme, de verdad que sí, pero él debía también comprender que necesitábamos esa ayuda y que si no fuera por ese maldito dinero, estaríamos mucho peor.

—¿Crees que no lo sé? Soy yo quién pelea, Devon. —Se quedó callado—. ¡Joder! —exclamé cabreado—. Lo necesitamos, hermano.

—No, yo no, y si quieres ganar dinero puedes trabajar en otra cosa que...

—¡Basta! Estoy cansado de tener que explicártelo y no quieres entenderlo.

Me levanté para marcharme de una vez, no podía continuar hablando con él de algo que no quería aceptar y si quería estar enfadado conmigo era su problema. Antes de marcharme, me llamó, pero salí de la cafetería con él siguiéndome.

Estaba a punto de subirme a mi moto, cuando me agarró del brazo. Devon sabía que cuando me cabreaba era mucho más terco que él.

—No te vayas así, hermano —suspiré.

—Solo quiero que vengas a casa a dormir —asintió—. Nos vemos esta noche.

No esperé respuesta y arranqué, aunque sin saber muy bien a dónde ir. No tenía ganas de entrenar ni tampoco de ver a nadie, así que conduje sin rumbo solo por placer, porque me relajaba acelerar y que el viento chocase con mi cara.

Elegí una carretera con poco tráfico, apenas había vehículos y eso me sirvió para ir más rápido. Me estaba acercando a la playa y se me ocurrió parar y meterme en el agua, sumergirme hasta que mis pulmones necesitasen aire. Me quité el casco, lo dejé atado a la moto y me descalcé en cuanto llegué a la orilla. No había mucha gente ya que era una playa bastante solitaria, así que me quité toda la ropa y la dejé sobre las botas. Me adentré en el agua despacio y cuando me empezó a llegar por el pecho, me sumergí.

No supe el tiempo que llevaba dentro, solo salí cuando necesité respirar. Mientras estaba allí abajo, dejé la mente en blanco, algo que no conseguía nunca y sentí una paz increíble. No me daba cuenta de lo mucho que necesitaba dejar de pensar en todo lo que nos había pasado y en lo que yo, por imprudente, podría dejar que pasase. Tenía que cambiar, lo sabía, pero no podía... no cuando nuestra situación económica no era la mejor.

Para mí sería muy fácil dejarlo todo y dedicarme a otra cosa, algo que fuera menos peligroso; pero estaba seguro de que no me daría lo mismo que conseguía peleando.

Estaba anocheciendo, así que decidí que era hora de regresar. Con suerte, mi hermano ya estaría en casa y eso haría que me sintiera mejor. Pero que él regresara, no significaba que cambiase de parecer.

Tardé más de media hora en llegar y, cuando aparqué la moto, me percaté de que la luz del salón estaba encendida. Sonreí y entré en mi casa.

—Buenas noches, hermanito —lo saludé.

Devon estaba preparando algo de cena y me gustó verle en esa tesitura. Hacía mucho que no cocinaba para los dos, siempre estábamos muy ocupados entre sus estudios y nuestros trabajos. Casi nunca teníamos tiempo para cenar o ver una película juntos.

—¿Dónde has estado? He llegado hace más de dos horas pensando que te encontraría aquí. — Me miró de arriba abajo percatándose de mi pelo mojado, al traer puesto el casco, aún no se me había secado—. ¿Está lloviendo? —Se asomó por la ventana.

—Estaba en la playa, necesitaba... —Me quedé en silencio.

Mi hermano y yo teníamos confianza, pero desde que nuestra madre nos dejó, no había querido hacerle ver lo mal que estaba en mi interior.

—Entiendo —musitó.

Mientras él servía dos platos, llevé los cubiertos a la mesa. Había preparado pasta y rodé los ojos, algo que le hizo reír. No es que fuera mal cocinero, claro que no. De hecho, lo hacía mucho mejor que yo, pero de la pasta no salía y, aunque estaba deliciosa, podría aprender otras recetas.

Cenamos en armonía, dejando fuera todas las broncas y los malentendidos, y volvimos a tratarnos como siempre, con el gran cariño que nos teníamos. Éramos nuestra única familia, solo nos teníamos el uno al otro y odiaba cuando discutíamos.

—Por cierto, te he visto muy risueño con Aylin. ¿Te gusta? —No pude aguantarme más esa pregunta.

—Eh, yo... no, para nada. Solo somos amigos —titubeó nervioso y solté una carcajada.

—Ya... —asentí, y me llevé el tenedor lleno a la boca.

Dejamos el tema porque no aceptaría la realidad y no quería que volviera a enfadarse conmigo, aunque esa vez fuera por una chica. Cuando terminamos, recogí todo y él se encargó de elegir una película. Claramente, sería de Marvel, le encantaba y, para que mentir, a mí también; así que preparé palomitas y me senté a su lado en el sofá para disfrutar de ese momento de hermanos que tanto extrañaba.

Los siguientes días no volvimos a sacar el tema de los combates y seguimos con nuestras vidas como siempre. Yo iba de casa al gimnasio y viceversa, y él a veces llegaba más tarde, pero era porque estaba haciendo vida social, una que antes no tenía. Me gustaba la idea de que tuviera amigos de su edad, que fuera a fiestas y disfrutara de la vida como debía. Yo me encargaría de lo demás, era el mayor y así se lo prometí a nuestra madre.

El viernes estábamos en casa los dos, algo raro, todo había que decirlo. Ese día ninguno trabajaba y decidimos salir a tomar algo. Justo cuando él iba a avisar a sus amigos para que se nos unieran, Aylin lo llamó a él.

—Vaya, estáis conectados —me burlé y me pegó un codazo.

—Hola, Aylin. Pensaba llamarte ahora —habló con algo de nerviosismo.

No lograba entender lo que la morena le decía, aunque fuese fácil porque chillaba demasiado. La verdad es que estaba un poco loca y hablaba muy deprisa.

—¿Es el cumpleaños de Tracy? No lo sabía. —Eso lo dijo mirándome y pegué mi cabeza a la suya para escuchar mejor lo que le estaba diciendo—. Claro, iré a la fiesta. ¿Esta noche?

Comencé a señalarme para que le preguntase si podía ir yo, no quería perderme el cumpleaños de la única chica que había sido capaz de desconectarme de mi pasado y de meterse en mi cabeza cuando los recuerdos me aterrorizaban. Mi hermano sonrió con malicia, sabiendo lo que estaba provocando en mí y se alejó para que no siguiera oyendo la conversación. Aunque no dejaría que lo consiguiera.

—Dile si puedo ir yo, Devon —le pedí en tono conciliador.

Al final, terminó preguntándole y asintió para mi tranquilidad. Sonreí como un estúpido y mi estómago se contrajo descolocándome. ¿Qué cojones me pasaba? Jamás me había sentido así con una chica. Nunca había tenido la necesidad de desear volver a ver a nadie, de querer escuchar sus gritos o acercarme a ella para hacerla temblar. Lo que Tracy no sabía era que yo temblaba también cuando la tenía cerca.

—Tenemos que llevarle un regalo —dije sorprendiéndole.

—Aylin. ¿Le has comprado algo a Tracy? —le preguntó—. ¿Sabes qué le gusta? Yo no la conozco tanto... —Se quedó en silencio mientras ella le contestaba—. Entiendo.

Colgó tras unos larguísimos minutos y enseguida quise saber más detalles de la fiesta, del lugar y de si llevaríamos algún regalo. Devon me dijo lo que le gustaba y eso me dio una idea de lo que podía comprarle. Me despedí de mi hermano y salí de mi casa a toda prisa para ir en busca

de algo especial para ella. Escuché sus carcajadas mientras subía a mi moto y arranqué a la vez que le sacaba el dedo de en medio para que dejara de ser tan gilipollas.

Poco después, llegué al centro comercial y me pateé todas las joyerías hasta que encontré una que vendía lo que yo buscaba. Solo esperaba acertar y que le gustase lo suficiente como para ponérselo. Supuse que sí, su amiga la conocía mejor que nosotros y si ella decía que eso le encantaba, debía ser verdad, ¿no?

Pagué y me entregaron la cajita negra dentro de una bolsita de tela. Salí de aquella tienda con una sonrisa marcada en la cara, una que no se borraría en mucho tiempo. Me sentía extraño, pues nunca había percibido esta sensación, estas ganas de hacer feliz a alguien más. Pero no podía ser, no podía dejar que Tracy entrase en mi vida con esa fuerza, debía dejar que solo fuera amiga de mi hermano y no mía. Debía hacer muchas cosas, pero era tarde, ya había entrado.

No sabía qué tenía esa chica y, aunque me daba miedo descubrirlo, deseaba hacerlo.

Por la noche, mi hermano cogió su moto para recoger a Aylin y después ir hasta la casa de Tracy. A la morena, cuando vio a Devon, se le iluminó la mirada, aunque mi hermano no se quedó atrás. Ese par se gustaba y acabarían juntos, de eso estaba seguro.

Cuando Aylin nos dio la dirección de su mejor amiga me puse nervioso, vivía en uno de los mejores barrios de Oklahoma y eso hizo que me diera cuenta de que esa chica no estaba a mi alcance y que, si teníamos una amistad, sería suficiente.

¡Qué estúpido había sido al emocionarme con alguien como ella! Cuando llegamos, aparcamos las motos y me quedé perplejo al ver su casa. Estaba seguro de que la cocina de ese lugar sería del mismo tamaño que mi casa entera.

—Vaya, qué grande —comentó mi hermano.

—Sí, y muy bonita. La madre de Tracy tiene muy buen gusto —comentó Aylin.

Nos encaminamos hacia la puerta y ella tocó el timbre. No tardaron mucho en abrir y, cuando lo hicieron, Tracy fue la que apareció en nuestro campo visual.

Mis ojos viajaron desde su rostro hasta sus piernas y mi boca se secó; estaba preciosa. Llevaba un vestido negro y se veía espectacular, mucho más que aquella noche en la que nos vimos por primera vez.

—¡Wow! —Se me escapó, lo que hizo que me mirase.

Tragué saliva, estaba nervioso. Aun así, le sonreí intentando esconder lo que me hacía sentir con su sola presencia, con solo una mirada suya.

Tras ver cómo se saludaban, me acerqué a ella y le di un beso en la comisura de los labios. Hubiese querido estampar mi boca en la suya, pero no era el momento y mucho menos el lugar. Le tendí el regalo y vi que se sorprendió, ya que no escondió su gesto de desconcierto y eso me gustó.

De repente todo cambió, el ambiente se volvió tenso gracias a la aparición de su madre. Tracy acabó discutiendo con ella y abandonó su fiesta por culpa de esa señora que parecía no ser muy amable, lo noté en su mirada porque, por desgracia, yo estaba acostumbrado a esa clase de personas. Tracy dejó atrás todos aquellos lujos para irse con nosotros.

Entre risas, llegamos hasta las motos y se quedó parada delante de la mía, mirando hacia su amiga y dándose cuenta de que, si quería salir de allí, tenía que hacerlo conmigo.

—Sube, hoyuelos —le pedí y comenzó a negar—. ¿Por qué? ¿Acaso te dan miedo las motos?

Sin responderme, se subió con cuidado. No llevaba el mejor atuendo para ello y estaba seguro de que eso le preocupaba. Después de que se pusiera el casco no lo pensé, solo actué, y agarré sus manos para que me abrazara la cintura. Las puse sobre mi estómago y tardé más tiempo del debido en volver a soltarlas. Me costaba mucho concentrarme cuando la tenía cerca y, en ese momento, lo estaba aún más y no pude evitar ponerme muy nervioso.

—Agárrate fuerte.

—Lo haré.

CAPÍTULO 10

Tracy

En ningún momento me imaginé que acabaría subida en la moto de Marcus sin saber exactamente a dónde me llevaba. Y, mucho menos, que dejaría tirada a mi madre en la gran fiesta que, supuestamente, había preparado para mí. Claro que no estaba tan segura de que eso fuera así de verdad, que lo hubiese hecho por mí, pues de ser así, me hubiera dejado invitar a todo el que me diese la gana, algo que no había ocurrido.

En esas ocasiones era cuando más rabia me daba ser su hija. Sabía que tenía algún parecido a ella, era mi madre y lo llevaba en los genes, pero deseaba que no fuera así o, al menos, que fuese solo físicamente.

Marcus conducía despacio, parecía estar cohibido por mí y se lo agradecí; las motos me daban mucho miedo. Me gustó que fuera tan atento y que, de vez en cuando, cogiera mis manos con una de las suyas. Cuando lo hacía, se me erizaba la piel y me ponía mucho más nerviosa de lo que ya estaba. ¿Por qué me pasaba eso con alguien del que no sabía nada más que su nombre y que era hermano de un compañero de la universidad? Estaba claro que me intrigaba de un modo casi demencial y deseaba saber mucho más de él.

Unos largos minutos después, aparcó delante de un búguer y sonreí complacida. Era justamente lo que necesitaba, una buena hamburguesa para olvidarme del mal trago.

Nos bajamos de la moto y él se acercó para ayudarme con el casco. Sus ojos me escrutaron curiosos y siempre sin borrar su bonita sonrisa. ¿Podía ser más perfecta?

—¿Tienes hambre? —asentí—. Vamos. —Cogió mi mano, entrelazando nuestros dedos y provocándome un escalofrío que me recorrió de pies a cabeza.

Aylin y Devon se nos quedaron mirando, pues era todo muy surrealista. Yo misma pensaba que todo lo que estaba pasando era más de lo que podía procesar. Me estaba viendo agarrada de la mano de un desconocido que solo había visto dos veces en mi vida. «Una de esas veces fue bastante caliente», pensé y comencé a negar. Todavía recordaba aquel beso y me temblaban las rodillas.

Me había besado con diferentes chicos en mi vida, incluso me acosté con alguno de ellos, pero jamás un beso me había generado tanta ansiedad, tanto calor y, mucho menos, tanto deseo.

Entramos y el camarero, al ver a Marcus, se acercó para darle un abrazo con una gran sonrisa. Parecía ser un buen cliente. Me soltó la mano y lo que percibí tras eso, fue peor: nunca había sentido mi mano tan desnuda. Intenté calmarme y agradecí que mi mejor amiga supiera exactamente cuándo me encontraba desconcertada porque vino hacia mí y me cogió del brazo para que los siguiéramos.

—Tío, cuanto tiempo. ¿Qué es de tu vida? ¿Sigues con el boxeo? —¿Boxeo? ¿Marcus boxeaba?

—Siento no haber venido en tanto tiempo, los entrenamientos y el trabajo me tienen absorbido. Pero aquí me tienes y hoy traigo a una cumpleañera, así que tenéis que darle...

—Su cena especial, entiendo —lo interrumpió a la vez que ambos me miraban.

—¿Cena especial? ¿A qué te refieres? —quise saber.

Ambos se encogieron de hombros y el camarero nos llevó hasta la mejor mesa del local que estaba muy cerca de la ventana y eso me gustó. La noche era bastante cálida, así que podíamos abrirla para no morir de calor.

—Perdón, no os he presentado. Él es mi amigo Dexter —dijo al fin—. Ella, Tracy.

—Encantado, Tracy. —Extendió su mano y la estreché con amabilidad.

—A mi hermano ya lo tienes muy visto. —Se carcajearon—. Ella es Aylin, su novia.

Cuando afirmó eso, mi amiga y yo nos miramos y esta se puso de todos los colores. Lo mejor de todo es que ninguno lo desmintió, así que sí, mi amiga ya tenía novio y ni siquiera lo sabíamos.

Nos sentamos y lo primero que pedimos fueron las bebidas que, a decir verdad, llegaron bastante rápido.

Estábamos absortos en una conversación entre Devon y Aylin cuando, de pronto, se escuchó la música de cumpleaños a todo volumen. En ese momento, quise ser lo más invisible posible o esconderme en algún lugar seguro para que nadie me viese. Estaba siendo el centro de atención de todos los allí presentes. Miré a mi derecha y me encontré al camarero con una bandeja llena de comida, mucha comida. Mis ojos se abrieron desmesurados intentando visualizar todo el contenido, pero me fue imposible, así que me tapé la cara avergonzada, haciéndoles reír a todos.

—Felicitemos todos a Tracy, es la primera vez que viene a este sitio y estamos seguros de que regresará. ¿A qué sí, Marcus? —Dexter alzó la voz.

—Ya me encargaré yo de traerla. —Le miré y me guiñó un ojo.

Cada vez que Marcus hacía cualquier cosa, la que fuera, mi pecho se inflaba tanto que, en cualquier momento, iba a necesitar primeros auxilios.

—Bueno, Tracy, esto es lo que tienes que hacer: si consigues comerte todo lo que hay aquí, estáis todos invitados a la cena —explicó señalando lo que había traído.

—¿Cómo? —pregunté incrédula.

¿Comerme todo? Era físicamente imposible que yo, una joven con el estómago tan pequeño, acabase con toda esa comida. Ya la tenía delante de mis ojos y, aunque tenía muy buena pinta, no sería capaz. Había patatas fritas, una hamburguesa gigantesca, alitas de pollo, bacón con queso y otras cosas que no sabía qué eran. También me había traído un gran batido de chocolate con nata.

—Una pregunta —dije alzando la mano como si estuviera en el colegio—. ¿Alguna vez alguien lo ha conseguido? —Dexter señaló a Marcus.

—Bueno y más personas aparte de él. En aquella pared tienes a todos los valientes —señaló la pared que había cerca de la puerta de la cocina—. El reto no es por la cantidad, Tracy.

—¿No?

—Explícaselo tú, Marcus —le pidió—. Tengo que irme, nos vemos en un rato.

Me quedé mirando a Marcus esperando a que me dijera de qué iba todo ese reto. No sabía por qué, pero me daba que no me iba a gustar.

Comenzó a contarme todo como si fuera la mejor de las historias, desde el primer día que ese búrger tuvo la grandiosa idea de hacer concursos de comida hasta cómo él había ganado alguno de ellos. Por lo visto, la hamburguesa era la protagonista de ese reto, contenía bastante picante y muy pocos eran capaz de terminársela entera.

—Oh, por eso el batido. —Comprendí que, para ganar, tenía que soportar que la lengua y garganta me ardieran durante horas.

—Si te da miedo un poquito de picante, puedes rendirte, hoyuelos —susurró cerca de mi oreja, tan cerca que su aliento chocó con mi cuello erizándome la piel de nuevo.

Giré mi rostro y mi nariz rozó la suya, nuestros ojos se encontraron y deseé que me besara. Me estaba creando una necesidad, una que no sabría cómo parar. Necesitaba volver a juntar mis labios con los suyos. Necesitaba sentir su lengua dentro de mi boca y... bueno, en más sitios que no podía decir.

Un carraspeo nos sacó del trance en el que nos habíamos metido y miramos a Devon y Aylin que, aunque no lo parecía, seguían allí con nosotros y nos estaban mirando bastante sorprendidos de que no nos importara nada ni nadie.

—Bueno, vamos a por ello —dije convencida mientras que cogía la hamburguesa con ambas manos.

—¿Estás segura? —Marcus puso su mano sobre la mía y asentí clavando mis ojos en los suyos.

—Está bien... cenemos —suspiramos a la vez.

Segundos, minutos, ¿horas? No, horas no, aunque no sabía con exactitud el tiempo que llevaba comiendo; pero los demás ya habían acabado y yo seguía peleándome con esa maldita hamburguesa que me estaba calentando hasta el alma. Sentía la lengua dormida y, como me había acabado el batido, me pidieron otro. Todos me miraban ojopláticos, algo que me hizo reír en alguna ocasión. Pensé en rendirme cuando llevaba la mitad, pero después cogí fuerzas para seguir. No era solo por demostrarle a Marcus que alguien como yo sería capaz, era como si quisiera demostrármelo a mí misma. Yo no era de las típicas chicas que comían en estos lugares o que frecuentaba sitios que no eran suficientes para mí por mi estatus social y debía hacérselo ver a él, ya que me importaba mucho lo que Marcus pensase de mí y eso me preocupaba. ¿Me gustaba tanto como para eso? ¿Qué más daba si éramos de mundos diferentes? A mí no me importaba de dónde venía él y mucho menos lo iba a juzgar por nada, pero... sí me importaba lo que pensasen de mí. Y todo eso se lo debía a mi madre, ella me hizo ser así, pues vivía intentando hacer que ella me viera como soy en realidad y no como quería que fuera.

Me quedaba un cuarto de hamburguesa y mi rostro transpiraba como nunca. El maquillaje lo tenía corrido y seguramente parecía una muerta. Marcus se encargó de limpiar mi sudor en todo momento, algo que agradecí.

—Vamos, Tracy, tú puedes. —Escuché la voz de mi amiga, pero no era capaz de vislumbrarla, tenía la vista nublada.

—Bebe un poco de batido. —Marcus me acercó el vaso—. Si no puedes más, déjalo. Ya he visto que eres capaz de todo, hoyuelos.

—¿Dejarlo? —Sentía la lengua dormida—. Nunca, capullo. —Se carcajeó.

Empecé a escuchar ánimos de otras personas, al menos diez o quince, no estaba segura. Todos me gritaban que siguiera, que podía y eso me ayudó.

Solo me quedaba un bocado, un minúsculo bocado que parecía enorme dado la gravedad del asunto. Lo cogí y lo acerqué a mis labios, y cuando el líquido del picante cayó sobre mi lengua, me dieron náuseas; estaba a punto de vomitar. Devon, percatándose de ello, me dio el batido rápidamente y bebí un gran sorbo para calmarme y, solo así, pude meter en mi boca el trocito de la victoria. Cuando conseguí tragármelo, me levanté y comencé a gritar como una posesa; lo había logrado.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Chúpate esa, Marcus!

Justo al acabar de decir la frase, cogió mi mano para obligarme a sentar y agarró mi rostro con su mano derecha para acercarlo al suyo y, tras ese movimiento que vi a cámara lenta, su boca colisionó con la mía con la fuerza de un león.

Sus labios me supieron a gloria y fueron el bálsamo para las heridas invisibles que tenía tras ese reto. Todo con él había sido así: dos retos, dos besos; y me moría por un tercero y un cuarto y un quinto y todas las veces que quisiera retarme. Dejaría que me besara si siempre lo hacía de ese modo tan... tan... no me salían las palabras, mi mente no era capaz de pensar con claridad.

Su lengua saboreó la mía, arrancándome un poco ese sabor picante que me había adormecido. Volvimos a ser interrumpidos por un carraspeo. Bueno, en realidad fueron varios, solo que no quisimos escucharlos. De pronto, abandonó mi boca, sus labios se alejaron y volví a sentir otra parte de mi cuerpo desnuda. No podíamos dejar de mirarnos ni de sonreír ni de pensar en repetir.

CAPÍTULO 11

Marcus

Cuando Tracy decidió que nos iríamos de su fiesta, no sabía dónde llevar a una chica como ella. Tenía claro que no era como las demás y eso me gustaba demasiado. Al principio pensé que solo era una niña pija más, de esas que les gustaba conseguir lo que querían a toda costa, pero no.

Por el camino, recordé el búrguer donde trabajaba mi amigo Dexter, allí se comía bastante bien y sabía que les iba a gustar a las chicas. Mi hermano y yo íbamos antes mucho, pero dejamos de ir tanto cuando empezamos a trabajar. No disponíamos de tiempo suficiente para salir juntos como siempre hacíamos.

Devon me sonrió en cuanto nos quitamos los cascos y le devolví el gesto.

Me acerqué a Tracy para ayudarle con el suyo, no es que pensase que no sabía, es que necesitaba tenerla cerca y rozarla... quería muchas cosas que no podía permitirme por lo distintos que éramos. No obstante, por eso no dejaba de ser tentador.

—¿Tienes hambre? —asintió—. ¡Vamos! —Cogí su mano entrelazando nuestros dedos.

Tenía deseos de hacer cosas que antes no me habían apetecido. Abrazar a alguien por el simple hecho de necesitarla cerca. Besarla, por desear su boca como un loco, importándome poco quien estuviese delante. Agarrar su mano y acercarla a mí con el ansia de protegerla del mundo. No, no podía permitirme sentir todas esas cosas por alguien a la que no conocía de nada y con la que no tenía esperanzas de tener una relación seria. Nuestros mundos eran muy diferentes y eso nos alejaba, era como tener un gran muro entre ambos. «¿No puedes romper ese muro de un puñetazo?», mi subconsciente siempre buscando solución para todo. Claro que no. Por muy fuerte que pareciera, no podía arreglarlo todo a golpes.

Eso me hizo pensar en lo que mi hermano siempre me pedía y que yo no era capaz de hacer. El boxeo me encantaba, adoraba pelear hasta que los músculos me pedían clemencia. Podría pensar en la posibilidad de dejar las peleas ilegales, al fin y al cabo, era lo único que me había pedido Devon. «¿Seguro que lo estás sopesando solo por tu hermano?», mi conciencia volvió a hablarme. Tenía que dejar de comerme tanto la cabeza, era lo mejor.

Después de hacer las presentaciones nos sentamos en una mesa cercana a la ventana. Se agradecía dada las temperaturas.

Lo estábamos pasando bien, jamás me imaginé que ella sería capaz de acabarse la hamburguesa más picante que me había comido en toda mi vida y, cuando terminó y dijo «chúpate esa, Marcus», no pude aguantarme más las ganas y la atraje hacia mí para estampar mi boca contra la suya. Sus labios estaban ardiendo y su lengua tenía aún ese sabor picante, volviendo el beso mucho más caliente de lo que ya era.

Nos dejamos llevar sin pensar que no estábamos solos y me estaba volviendo loco por acariciar todo su cuerpo, besar la piel que escondía bajo ese vestido negro que la hacía ver

todavía más deseable. Tracy era hermosa y, aunque era algo bajita, tenía un cuerpo que invitaba al pecado.

Unos carraspeos nos hicieron apartar nuestros labios, pero no pudimos dejar de mirarnos. Era como si estuviéramos dentro de una estúpida burbuja. Al final, y buscando en mi interior la fuerza que no sabía dónde se habría escondido, miré a Devon y Aylin que, con una sonrisa de oreja a oreja, levantaban las cejas la vez. Esos dos sí que estaban compenetrados.

—Vaya, veo que no perdéis el tiempo —apuntó la morena, provocando que Tracy se ruborizara.

—Ha sido solo por la emoción del momento —respondió ella y sentí un pellizco en el pecho.

«Eso ha dolido», pensé a la vez que asentía para darle más énfasis a su comentario.

Dexter vino a comprobar que Tracy hubiese sido capaz de comerse la hamburguesa y le hizo la foto para ponerla en la pared de los vencedores, eso la hizo reír y, por consiguiente, también a mí. Era extraño, pero verla sonreír, me hacía feliz. Más que extraño, parecía absurdo puesto que no nos conocíamos de nada.

De repente, el móvil de Aylin comenzó a sonar y, antes de descolgar, le enseñó la pantalla a su amiga para que viera quién estaba llamando: era Curtis. ¿Qué querría ese tipo? No podía explicar el motivo por el que me caía mal, solo sentía que no podía confiar en él.

—Dime, Curtis. —Se quedó en silencio escuchando al otro—. Sí, está conmigo.

—¿Qué quiere? —quiso saber Tracy y Aylin alzó la mano para pedirle que esperara.

—Ya, es que no tiene el móvil encima. Bueno, ni móvil, ni documentación... Nada. —Se calló de nuevo—. Entiendo. —Abrió los ojos de la impresión—. Hola, señora Ross.

Noté el nerviosismo de Tracy nada más escuchar aquello, su madre la estaba llamando con el teléfono de su mejor amigo. Justamente por esa razón ese tipo no me caía bien, me daba la sensación de que sería capaz de vender a su propia familia si así se lo pedían. A lo mejor estaba siendo demasiado exagerado, posiblemente así fuera. Aun así, no podía fiarme de ese tío.

Aylin le tendió el teléfono a su mejor amiga y ella, avergonzada, se levantó para hablar en privado. Lo que fuera que iba a hablar con su madre no quería que nos enterásemos.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté bastante interesado.

Mis ojos no se alejaban de la puerta, ahí era donde Tracy estaba gesticulando demasiado mientras mantenía la conversación con su madre.

—¿Qué va a querer? Pues que vuelva. —Puso una mano en su rostro y me recordó a ese emoticono del WhatsApp.

—¿Crees que Tracy le hará caso? —intervino mi hermano y ambos lo miramos sorprendidos—. A ver, no me entendáis mal. Está claro que no se lleva bien con ella y que si se ha ido es porque la asfixia. No conozco demasiado a Tracy, pero lo poco que sé de ella es que no tiene nada que ver con su madre. Además, nos lo estamos pasando muy bien y no me gustaría que se acabara aún.

Ese comentario nos hizo reír. Tracy regresó y le devolvió el teléfono a su amiga la vez que volvía a sentarse a mi lado.

—Volvemos, ¿no? —Aylin la conocía bien.

—Me ha dicho que podéis venir a la fiesta —asintió agachando la cabeza, aunque no parecía muy convencida.

—Bueno, entonces vamos. —Su amiga se levantó obligándonos a los demás a imitarla.

Me acerqué a Dexter para pagarle, pero no me dejó ya que Tracy se había comido la hamburguesa. Me despedí de él prometiéndole que volveríamos a vernos pronto y salimos del local.

Antes de subirnos a la moto, agarré su mano y la aparté de mi hermano y su amiga porque quería hablar con ella a solas. La verdad es que no sabía si volvería a verla pronto.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —declaré con notable nerviosismo.

—Eso quiere decir que no vendrás, ¿verdad? —Le sonreí.

—Chica lista —me burlé—. Es mejor que no, te dejaré en tu casa y después me iré.

—¿Por qué? Yo quiero... —suspiró mientras se acercaba a mí—. Deseo que vayas.

Estaba muy cerca, casi tan cerca como cuando nos besamos la primera vez y volví a tener esas inmensas ganas de pegar mis labios a los suyos. Se estaba volviendo una adicción y no me gustaba engancharme a nada que no fuera el boxeo. Lo que fuera que estuviese a punto de comenzar con Tracy, debía acabar antes de que fuera demasiado tarde.

—Está claro que no le caemos bien a tu madre y no me gusta que me miren por encima del hombro —expresé lo más calmado que pude, su cercanía me ponía muy nervioso—. Es mejor que no, entiéndelo.

Agachó la mirada, se giró sin decirme nada y se subió en mi moto. Parecía decepcionada y posiblemente fuese mi culpa. Bueno, era mi culpa. Después de todo, me estaba negando a asistir a una fiesta que ella misma había abandonado por nosotros. De todas formas, nadie le dijo que se marchara de su casa, lo hizo porque quiso, así que no tenía que sentirme culpable.

De regreso a su casa no volví a coger sus manos para llevarlas a mi estómago, ni le acaricié los nudillos como si fuera algo mío. Mantuvimos las distancias, era lo mejor.

No tardamos tanto en llegar y eso lo agradecí. Lo que más necesitaba era dejarla allí e irme. No debí salir y mucho menos tendría que haber ido a esa casa.

Paré el motor, Tracy se bajó de la moto, se quitó el casco y yo hice lo mismo. Por un momento nos quedamos mirando en silencio y me pareció entender lo que sus ojos me pedían. En realidad, no me lo pareció, comprendía a la perfección lo que quería decirme, lo que me estaba rogando sin palabras. Y no, no iba a dar mi brazo a torcer.

—Aún no has abierto el regalo. —Le recordé, buscando el modo de esquivar sus ojos—. Espero que te guste.

—Claro, gracias —respondió con seriedad.

Devon y Aylin se despidieron con un casto beso en los labios bajo nuestra atenta mirada. Eso nos hizo sonreír y volvimos a observarnos.

Tracy se acercó a mí y me dio un beso en la comisura de los labios y, por un momento, recé para que se acercara más. Ni yo mismo me entendía, estaba hecho un puto lío y todo gracias a ella. Por un lado, deseaba alejarla de mí, pero por el otro... Dios, la necesitaba cerca, muy cerca.

—Me lo he pasado muy bien esta noche, Marcus. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué, hoyuelos.

Unos segundos después, guardé el casco que ella había utilizado, me puse el mío y salí de aquel lugar. Mi hermano venía detrás, aunque poco después se posicionó a mi lado y ambos condujimos despacio. Ya era muy tarde y era mejor ir tranquilos, aunque eso nos retrasase más.

Nuestra casa estaba algo lejos y tardamos más de media hora en llegar. Sin decirle nada a Devon, entré en mi habitación cerrando de un portazo; estaba cabreado y no podía contarle el motivo, así que preferí estar solo antes de tener que darle explicaciones.

—Marcus, me voy a la cama —dijo desde el otro lado de la puerta.

—Buenas noches, hermano.

No obtuve respuesta y supuse que ya se había metido en su cuarto. Me acosté intentando dejar la mente en blanco aunque, cada vez que lo conseguía, el rostro de Tracy aparecía. Era demasiado frustrante.

«¿Qué cojones me pasa con ella? ¿Por qué me siento así?», me dije a mí mismo con rabia.

Esas preguntas no tenían respuesta, al menos no en ese momento. Cogí mi móvil para mirar la hora y me fijé en que tenía un mensaje sin leer, así que lo abrí para saber quién era.

Número desconocido: Polígono industrial, nave ciento ochenta, mañana a las once de la noche.

No, no podía ser. No iba a haber una pelea tan pronto. Además, aún seguía pensando en la posibilidad de dejarlo. Si me metía en otra, mi hermano volvería a marcharse y no podía permitirlo, no cuando mejor estábamos.

No respondí, ¿para qué? La pelea era para la noche siguiente y no asistiría. Solo esperaba que esa decisión no me trajese problemas y me dejasen en paz.

CAPÍTULO 12

Tracy

Vi como Marcus y Devon se marchaban y me sentí mal por ello. Quería que ambos entraran en mi casa y que siguieran con nosotras. No quería que la noche acabase así, lo estábamos pasando muy bien.

Mi madre, nada más escuchar la puerta, vino a nuestro encuentro. En cuanto vio que solo estábamos mi amiga y yo, sonrió complacida. Era muy mala para fingir y eso me enfadó mucho más de lo que ya estaba por su maldita culpa.

—Pensé que vendrían tus amigos. ¿Por qué no se han quedado? —Ese comentario me molestó mucho más. ¿En serio? Era una cínica. Apiné los labios y comencé a negar a la vez que agarraba a mi mejor amiga del brazo para salir al jardín junto a ella—. ¿He dicho algo malo?

—Tranquila, Tracy. Ya sabes cómo es —susurró mi amiga.

Allí había bastantes personas. Algunas las conocía, otras no tenía ni idea de quiénes eran y supuse que serían clientes de mi padre.

En cuanto me vieron, todos me felicitaron y les respondí con una sonrisa, aunque con cierta falsedad. Me costaba mucho esconder lo que sentía, al igual que a mi progenitora.

Al fondo, junto a mi padre, Curtis y su familia hablaban animadamente. Mi amigo me miró y caminó en mi dirección para saludarme, aunque estaba segura de que lo primero que haría sería regañarme por haberme ido sin avisarle. No es que tuviera que darle explicaciones de todo lo que hacía, pero éramos amigos desde pequeños y teníamos una relación lo bastante estrecha como para contarnos todo. Sin embargo, no sentí que tuviera que hacerlo en esa ocasión.

Me daba la sensación de que a él tampoco le habría gustado que Marcus y Devon hubiesen venido a la fiesta.

—¿Dónde has ido? Estábamos muy preocupados, sobre todo tus padres —comentó provocándome una risa sarcástica que no pasó desapercibida por nadie.

—Permíteme que lo dude —respondí alejándome de él.

Si lo primero que me iba a decir era una mentira, prefería mil veces que no me hablase más.

—Espera, Tracy. —Agarró mi brazo—. Todos nos están mirando y no me has saludado como es debido. —Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Dame un beso en la boca. —Abrí los ojos desorbitadamente y negué.

—Ni de coña te voy a besar, Curtis, y me importa una mierda que todos nos estén mirando —dije bastante cabreada. Ya venía calentita por culpa de mi madre y él lo estaba estropeando aún más.

—¿Qué te pasa? Nunca me habías hablado así —comentó desconcertado—. Es por esos tíos, ¿verdad? Los hermanitos. —Me solté de su agarre, estaba bastante confundida por su comportamiento. Curtis no era así.

—¿Qué cojones te pasa, Curtis?

Giré sobre mis talones dejándolo con la palabra en la boca. Lo que tuviera que decirme, si no era una disculpa, prefería no escucharlo. Me acerqué hasta su familia y mi padre antes de que me reclamaran por no hacerlo.

Noté el cabreo de mi progenitor y estaba segura de que cuando acabase la fiesta, me caería una buena bronca. Claro que ya estaba acostumbrada.

En cuanto saludé a casi todos los invitados, vi la mesa llena de regalos que no necesitaba y me fui con Aylin a la barra a tomarme un par de copas para poder sobrellevar aquella tortura. Lo único que necesitaba era que pasasen las horas deprisa y que trajesen la tarta para meterme en mi habitación de una vez por todas.

Lo bueno de las reuniones que mi madre preparaba era que se acababan pronto.

Una hora de miradas acusatorias después, sacaron la tarta, me cantaron la cancioncita de los cojones, soplé las velas y me despedí de todos. Aylin se fue justo en ese momento también, así que me quedé sola.

Antes de que mis padres reclamaran mi presencia, entré en la casa. Estaba a punto de poner un pie en el primer escalón para subir cuando vi el regalo que Marcus me había entregado. Lo cogí y me fui a mi habitación para abrirlo con calma. Cerré con pestillo para que nadie me molestara y me senté en la cama con la cajita entre mis manos. Estaba nerviosa, no me imaginaba qué podría ser y más sabiendo que Marcus no me conocía de nada como para saber mis gustos.

Con manos temblorosas rasgué el papel de regalo y me encontré con una cajita de terciopelo rosa, de esas que contienen un anillo de compromiso; obviamente, ese no sería el caso. Lo abrí y mis ojos se abrieron llenos de sorpresa.

—No puede ser —musité—. ¿Cómo lo habrá sabido?

Era un colgante de plata de la clave de sol junto a una cadena muy bonita. Era un detalle precioso que me pondría y no me quitaría jamás.

Me emocioné tanto, que noté cómo mis mejillas se humedecían por las lágrimas. Hacía mucho que no lloraba por algo que me hiciera feliz como lo hacía la música. Llevaba tantos días llena de estudios, que no había podido coger mi guitarra para seguir componiendo y lo echaba de menos, no sabía cuánto hasta que vi el regalo de Marcus.

Cogí mi móvil con la intención de enviarle un mensaje a Aylin para preguntarle si ella había tenido algo que ver, pero me fijé en la hora y volví a dejarlo sobre la cama.

Me puse el colgante, me miré al espejo para ver cómo quedaba y sonreí como una boba al recordar la noche que habíamos pasado. Marcus y yo volvimos a besarnos, y si con el primer beso me descolocó, con el segundo me dejó con ganas de mucho más.

Volví a acostarme y comencé a pensar en él, en lo mucho que me irritaba y me gustaba. Era guapísimo, eso no se podía negar, y besaba bastante bien. Pero también creía que era un chulito que estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería y yo no pensaba ser una presa fácil para él. En definitiva, estaba echa un lío porque, en el fondo, me empezaba a gustar.

Al final, el sueño me venció y no me percaté de la hora en la que me dormí.

Por la mañana, el sonido del móvil avisándome de una llamada me despertó. Alargué el brazo para cogerlo de la mesita de noche y descolgué sin mirar.

—¿Quién? —Soné más brusca de lo que pretendía.

—Joder, buenos días para ti también. —La voz de Curtis se escuchó al otro lado—. ¿Aún sigues dormida?

—No, ya no. —Se rio.

—Quería invitarte a comer para disculparme por lo de anoche.

—Pero si aún ni he desayunado —respondí y seguidamente bostecé.

—Tracy, ¿sabes qué hora es?

Quise abrir los ojos, pero se me cerraban solos. Estaba tan cansada mental y físicamente, que no era capaz de levantarme de la cama. Mi idea del sábado era quedarme en casa, ver alguna película, comer porquerías y tocar la guitarra. Para nada tenía pensado otro plan que no fuera el de vagar.

—¿Sigues ahí?

—Aquí sigo. ¿Qué hora es?

—Son casi las dos de la tarde.

Inmediatamente, mis ojos se abrieron de par en par y me incorporé a tanta velocidad que me mareé. Escuché las carcajadas de Curtis al oír cagarme en todo. ¿Cuánto había dormido? Nunca en mi vida, me había levantado tan tarde y tampoco es que me hubiera emborrachado en la fiesta, no me dio tiempo a tomarme más de tres copas y yo necesitaba unas cuantas más.

Al final, me despedí de él prometiéndole que me arreglaría para ir a comer con él porque sabía que iba a venir a recogerme de todas formas. Me avisó de que me pusiera ropa cómoda y el bikini. Supuse que sería para ir a la playa, algo que me apeteció en cuanto me lo dijo.

Cogí la mochila y metí algunas cosas. Me aseo y, tras ponerme la ropa de baño, me coloqué un vestido corto negro con florecillas rojas que me encantaba. Justo iba a salir de mi habitación cuando me entraron ganas de llevar algo más. Me giré y fui hasta el vestidor para coger la guitarra. No sabía si mis padres estarían en casa, pero me daba igual que la vieran. A veces me cansaba de tener que esconder mi pasión por la música y ese era uno de esos días.

Ya con todo me senté en el porche para aguardar a Curtis. Gracias a Dios no tuve que esperar mucho, pero hacía tanto calor que, de haber sido más tiempo, me habría arrepentido y regresado a mi habitación para encerrarme todo el día con el aire acondicionado puesto.

—¿Te mudas? —preguntó a la vez que rodaba los ojos.

—Ja, ja. Muy gracioso. —Me subí al Jeep.

—¿Llevas la guitarra? —Esa pregunta fue más absurda aún.

Pues claro que la llevaba, era obvio, saltaba a la vista. La funda era lo bastante grande como para darse cuenta de ello. Lo miré con una ceja alzada y le di un beso en la mejilla, ignorándole por completo.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —Me interesé.

La verdad es que, una vez que monté en el coche, me motivé tanto que ya tenía ganas de llegar a donde fuera que me iba a llevar.

Curtis sonrió sin responderme y arrancó. Eso no impidió que siguiera preguntándole y él, en vez de responder, subió el volumen de la radio para ignorarme. No me gustaba que me escondieran cosas, aunque fuese algo para pasarlo bien. Si ya me había dicho el plan cuando me llamó por teléfono, ¿por qué tenía que callarse en ese momento?

Condujo todo el camino en silencio y eso me puso nerviosa. ¿Qué me estaría escondiendo? Llegamos a la playa y, antes de que me bajara, vino corriendo hacia mí para impedírmelo.

—Tienes que dejar que te tape los ojos con esto. —Se sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón.

—Ni de coña —negué tajante.

—Oh, vamos, Tracy. No seas así. ¿Por mí? —Hizo pucheros como si fuera un bebé durante más tiempo del que pude soportar y asentí.

Con una sonrisa, me tapó los ojos y me ayudó a bajarme del vehículo. Después, cogió mi mano y me ayudó a caminar sin caerme. De pronto, sentí la calidez de la arena de la playa bajo mis pies y sonreí. Me dediqué a respirar profundamente, metiendo en mis fosas nasales el olor a agua salada, y me encantó percibir una calma que hacía mucho no conseguía. Sabía que venir a la playa era buena idea y disfrutaría mucho del día.

—Por cierto, no te había visto ese colgante. ¿Quién te lo regaló? —Escuché la voz de Curtis cerca de mi oído.

Recordé la noche anterior y sentí mis mejillas arder cuando el beso con Marcus se proyectó en mi mente de manera abrupta. De todas las cosas que habíamos hecho, solo podía recordar nuestros besos y eso era preocupante.

—Vaya, creo que la persona que lo hizo te gusta —comentó con diversión.

—Fue Marcus —declaré en voz alta.

—¿Marcus? ¿El Marcus de Devon? ¿El mismo que te besó en la fiesta? Ese tipo...

—Sí, Curtis. Ese Marcus, el que me comió la boca y me dejó temblando. El mismo que volvió a besarme anoche y me dejó mucho peor. Sí, Curtis, fue Marcus.

Todo lo dije deprisa a la vez que él me quitaba el pañuelo de los ojos y vi a todas las personas que había frente a mí, incluido Marcus. Me avergoncé enseguida y quise que la tierra me tragase en aquel momento, pero Aylin, en cuanto se dio cuenta, gritó:

—¡¡Sorpresa!!

Me habían montado una fiesta de cumpleaños y me emocioné tanto que hasta lloré. Tenía los mejores amigos del mundo y me lo demostraban cada día con su cariño y apoyo.

Saludé a algunos compañeros de la universidad, amigos de mis amigos y alguna que otra

persona que no conocía de nada. Todo lo hice sin dejar de mirarle a él porque no podía; en cuanto nuestros ojos se encontraron fue como si ya no existiese nadie más que nosotros en aquella playa.

Cuando ya había terminado con todos, solo me quedaba acercarme a él. Por un momento, solo un pequeño instante, quise correr a sus brazos y que me besara de nuevo. No obstante, me hice la dura y caminé decidida a saludarle cordialmente, como a todos los demás.

CAPÍTULO 13

Marcus

Tenía los ojos cerrados, intentaba coger el sueño de nuevo y no pude porque mi móvil no paraba de sonar. Me incorporé en la cama y me rasqué los ojos al tiempo que ponía los pies en el suelo. Hubo un momento en el que creí que podría acostarme de nuevo, la persona que me estaba llamando había desistido en su intento de joderme el sábado. Pero estaba equivocado y volvió a sonar. Cabreado, lo descolgué sin mirar quién era.

—¡Espero que sea algo urgente, capullo! —bramé con notable cabreo.

—Cuida tus modales, chico. —La voz de Nick estaba al otro lado.

—Lo siento, no sabía que eras tú. Pero, igualmente, eres muy pesado. ¿Qué cojones pasa? —Puse el altavoz, me levanté y recogí mi habitación mientras él hablaba.

—¿Recibiste un mensaje anoche? —Su pregunta no me sorprendió, sabía que en cuanto lo viera, me lo diría.

—Sí.

—¿Has respondido?

—No.

No es que me apeteciera hablar de ese tema en ese momento, lo que más quería era que colgara para tumbarme en la cama y seguir durmiendo; era mi día de descanso, joder.

—¿No piensas ir? —Esa pregunta sí que me sorprendió.

¿De verdad estaba sopesándolo siquiera? Él sabía lo que pasaría si aceptaba ese combate, mi hermano me lo había dejado muy claro y Nick tenía constancia de todo. Obviamente, a él tampoco le gustaba mucho la idea de que siguiera haciéndolo y por eso fue por lo que me sorprendió que me lo preguntase.

—¿A qué viene eso? Pensé que no querías que...

—Tienes que ir, Marcus —me interrumpió.

Me quedé bloqueado al escucharle, parecía preocupado y eso me puso nervioso. Me senté en la cama dejando sobre la silla la camiseta que estaba doblando. Suspiré unas tres veces antes de responderle, pues no sabía qué decirle al respecto. ¿En serio quería que fuera a esa dichosa pelea? Ni siquiera sabía quién sería mi contrincante y mucho menos si la organizaba Dixon, ya que no siempre era él quien lo hacía.

—¿Sigues ahí, muchacho?

—No lo entiendo, Nick. ¿Qué ocurre?

—Es mejor que vengas, Marcus. Esto no podemos hablarlo por teléfono. —Su voz sonaba

llena de miedo y eso me puso alerta.

Lo que estuviera pasando, era lo bastante grave como para que él me pidiera que pelease. Me despedí de él y comencé a vestirme para ir al gimnasio.

No sabía si mi hermano estaba en casa y prefería que no lo estuviera, así no tendría que darle más explicaciones de la cuenta. Tenía que evitar a toda costa tener que asistir a esa pelea y, sobre todo, que Devon se enterase.

Cuando salí de mi habitación, mi hermano abría la puerta de la suya. Se sorprendió al verme levantado tan temprano un sábado y más estando a punto de salir.

—Pensé que seguías dormido —dijo a la vez que se le escapaba un bostezo.

—Sí, pero tengo que hacer un par de recados. Volveré en seguida.

Me apresuré a salir de allí antes de darle tiempo a reaccionar, pero fue mucho más rápido que yo y agarró mi brazo para impedir que me fuera.

—¿Vas a tardar? Es que Aylin me llamó para decirme que le prepararán una fiesta sorpresa a Tracy. —Fruncí el ceño. ¿Otra fiesta? No había conocido a una persona que, en menos de veinticuatro horas, tuviese dos fiestas de cumpleaños.

Sin embargo, saber que tenía la posibilidad de volver a verla me hizo sonreír como un gilipollas y mi hermano se percató de ello y así me lo hizo saber el muy capullo.

—Sabía que te iba a gustar la idea. —Levantó las cejas un par de veces.

—Vale, sí. Tengo que reconocer que esa chica me intriga, me atrae y me dan ganas de... —Me callé antes de decir una barbaridad delante de él.

—Venga, casanova, vete ya para que puedas regresar pronto. Hemos quedado a la una.

Miré la hora en el móvil y tenía aún tres horas. Suponía que con ese tiempo sería suficiente, no creía que se alargara mucho la conversación con Nick... O eso quería creer.

Unos minutos después, estaba entrando en el gimnasio y fui directo al despacho de Nick. Cuando vi su rostro me asusté: estaba magullado, alguien le había golpeado. Caminé hacia él con rapidez y me senté enfrente.

—¿Quién cojones te ha hecho esto? —Bufé sintiendo como el cabreo comenzaba a crecer en mi interior.

—La gente de Dixon vino a verme anoche y me llevaron con él porque quería hablar conmigo. Yo sabía que no era para hablar, sino para amenazarnos —habló con algo de dificultad—. Sabe que has leído el mensaje, Marcus...

—Vale, he leído el mensaje. ¿Ese es un motivo suficiente para darte una paliza?

Me levanté hecho una furia y comencé a caminar de un lado al otro, sintiéndome perdido como un animal enjaulado.

—Esto ha sido una advertencia. Si no peleas esta noche con su nuevo campeón, quemará el gimnasio conmigo adentro.

Me detuve en seco, quedándome anclado al suelo. No podía moverme por más fuerza que empleara, estaba tan bloqueado que no lo conseguía.

Si no peleaba esto iba a acabar muy mal y no podía permitir que le hicieran daño a la única

persona que nos había apoyado, y que había sido un padre para mi hermano y para mí. ¿Cómo iba a dejarlo solo con esto? Debía hablar con Devon y hacerle entender que no lo hacía por el dinero, esta vez no. Nick me necesitaba, era el momento de devolverle todo lo que hizo por mí cuando más solo me sentía.

—Lo haré —dije completamente convencido.

—¿Estás seguro? —asentí—. Sé que prácticamente te estoy obligando y si te llegase a pasar algo...

—No pasará nada, Nick —le interrumpí—. Ahora debo irme para hablar con mi hermano y explicarle la situación.

—¿Quieres que sea yo quien se lo cuente? —negué tajante.

—Esto es algo que debo hacer yo, aunque... —suspiré exasperado—. No sé cómo se lo va a tomar y temo que vuelva a irse y no regrese esta vez.

Nick se levantó y se acercó para darme un abrazo. Lo que estaba pasando era mi culpa y no podía recriminarle nada. Si no me hubiese dedicado a las malditas peleas, no habría conocido a Dixon y, por lo tanto, no estaríamos en esa situación. Si esa noche no salía bien, todos íbamos a estar en peligro.

Me despedí de Nick para regresar a mi casa. Con suerte, llegaría antes de tener que ir a la fiesta de Tracy y tendríamos un rato para hablar del tema. Lo único que temía era fastidiarle los planes a Devon.

Llegué a mi casa y me encontré a mi hermano y a Aylin sentados en el sofá viendo la tele.

—Hola, Aylin. —La saludé con un beso en la mejilla.

—Hola, Marcus. Espero que no te moleste que haya venido hasta aquí para irnos juntos a la playa. —Fruñí el ceño—. ¿No se lo has dicho? —Se dirigió a mi hermano.

—Bueno, solo le he contado que había una fiesta, pero no que era en la playa.

—No pasa nada —intervine—. ¿Nos vamos ya?

Se levantaron y cogieron las mochilas preparadas, algo que agradecí, ya que a mí no me daba tiempo de coger nada.

No es que no me gustasen las fiestas y la playa, obviamente me divertían ambas cosas, pero no tenía cabeza para ello y lo único que me obligaba a ir era volver a ver a Tracy, aunque hiciera menos de veinticuatro horas que la había tenido frente a mí.

¿Cómo la saludaría? ¿Le daría un beso en los labios? No estaba seguro de cómo actuar después de la noche anterior. «¿Qué cojones dices, Marcus? En este momento en tu vida no cabe ni ella ni ninguna otra chica. Céntrate en las peleas», me dije a la vez que conducía.

Era cierto, no podía pensar en ella y mucho menos desearla como lo hacía. Debía olvidar los besos que nos habíamos dado, las miradas que nos regalábamos... incluso las ganas que tenía de acariciar cada centímetro de su perfecto cuerpo. Aproveché que habíamos parado en un semáforo para cerrar los ojos unos instantes. Necesitaba dejar la mente en blanco para poder pelear y la única manera de conseguirlo era no acercarme a ella en toda la tarde. Sí, eso haría. La saludaría cordialmente y disfrutaría de un día de playa con mi hermano.

Hacía un rato que habíamos llegado y casi teníamos todo preparado. Aylin nos pidió ayuda para dejarlo todo listo y, en nada de tiempo, lo conseguimos. Suerte que no estábamos los tres solos y teníamos más ayuda.

Vimos el Jeep de Curtis llegar, cómo se bajaba del vehículo y corría hasta la puerta del copiloto. Solo habían pasado dos minutos cuando los teníamos enfrente y, justo cuando él iba a quitarle el pañuelo de los ojos, escuchamos a Tracy decir algo alto y tan claro, que consiguió que me olvidase de lo que me había prometido a mí mismo hacía apenas una hora. «Mantente alejado de ella».

—Sí, Curtis. Ese Marcus, el que me comió la boca y me dejó temblando. El mismo que volvió a besarme anoche y me dejó mucho peor. Sí, Curtis, fue Marcus.

Con un «¡sorpresa!» a pleno pulmón, la dejamos sin palabras y, emocionada, miró a todos. Aún no se había percatado de mi presencia y cuando sus ojos se cruzaron con los míos, pude sentir cómo la maldita burbuja se creaba a nuestro alrededor. Era una estupidez, algo que jamás me había pasado y que tenía que evitar. ¿Cómo lo conseguiría? Había algo en Tracy que me volvía loco.

Saludó a todos sus amigos, uno a uno, dejándome a mí para el final y lo agradecí. No sabía qué decirle en ese momento después de escuchar todo lo que le habían hecho sentir mis besos. ¡Si ella supiera que me sentía igual!

Llegó hasta mí, nos quedamos mirando sin decir ni una palabra y le sonreí, no podía hacer otra cosa. Mis ojos no podían apartarse de los suyos y, cuando conseguí hacerlo, me fijé en que llevaba puesto el regalo que le había dado por su cumpleaños. Llevé mi mano hasta su cuello y metí mis dedos por debajo de la cadena rozando su piel por el camino. Se le escapó un suspiro, algo que me divertió. No podía negar que me encantaba provocar en ella esas cosas, pero me haría el duro para que no se diera cuenta de que me pasaba lo mismo.

—Me alegra ver que te ha gustado —hablé al fin.

—Sí, mucho. Gracias. —Se acercó para darme un beso en la mejilla.

El tenerla tan cerca hacía estragos en mí. Ver de nuevo sus labios tan lejos de mi boca me estaba jodiendo muchísimo. Lo que más deseaba en ese momento, era estampar mis labios con los suyos y besarle hasta que ambos necesitésemos respirar.

Escuchamos la voz de Curtis llamándola y, disculpándose conmigo, se giró para ir hasta donde estaba su amigo.

No podía asegurar nada, pero me daba la sensación de que a ese tipo no le caía bien y tampoco le gustaba que su mejor amiga estuviera cerca de mí. No quería pensar en ello, no era el momento.

En mi cabeza no cabía nada más que lo que me esperaba aquella noche.

CAPÍTULO 14

Tracy

La fiesta había sido una grata sorpresa que estaba disfrutando mucho. Después de saludar a Marcus —en realidad fue besar su mejilla ya que no fui capaz de hacerlo en sus labios—, Curtis no me dejaba ni a sol ni sombra y él tampoco estaba por la labor de acercarse a mí. Es más, me percaté de que me rehuía. ¿Qué le pasaba? No quería meterme ideas estúpidas en la cabeza y más cuando me estaba gustando tanto su contacto.

Quise acercarme de nuevo, incluso me paseé delante de sus ojos contoneando mis caderas cuando me dirigía al agua, pero nada. Hizo como que no me había visto y se levantó para coger otra cerveza. A lo mejor no le gustaba y no sabía cómo decírmelo.

No me quedó otra que intentar disfrutar sin pensar en él, hacer como si no estuviera, aunque fuese una tarea muy difícil y más cuando, en una ocasión, vi como salía del agua. Mi garganta se secó en cuanto vi su cuerpo mojado. No podía negarlo, Marcus estaba demasiado bueno y era guapísimo.

—¿Babeando? —Escuché la voz de mi mejor amiga—. Hay que reconocer que está muy bueno —suspiramos al unísono.

—Tampoco es para tanto —opiné haciéndome la dura.

—¿Te ha pasado algo con él? Pensé que después de lo de anoche, estaríais juntos. —La miré con los ojos bien abiertos y mis mejillas empezaron a arder. Apostaría lo que no tenía a que estaba roja como un tomate.

—Claro que no, Aylin. Sí, nos hemos besado y sí, lo pasamos muy bien, pero nada más. Además, por alguna razón que desconozco, hoy no quiere acercarse a mí. —Eso último lo dije con la voz afligida.

¿Me molestaba? Por supuesto, no había motivos para esa frialdad conmigo. Yo no le había hecho nada.

—¿Por qué no tocas algo? He visto que has traído la guitarra. —Sonreí complacida a la vez que me levantaba y la cogía.

Regresé adonde estaba sentada con mi amiga y me puse el instrumento en mi regazo como si fuese mi bebé. ¿Lo era? Claro, era lo más preciado que tenía en mi vida y la cuidaba como tal.

Comencé a tocar una canción que todo el mundo conocía y que me sabía perfectamente bien: *Welcome to the world* de Ed Sheeran. Me dejé llevar por la música y empecé a cantarla como si estuviera sola. No podía expresar con palabras lo que me hacía sentir cada nota y cada vez que mis dedos rozaban las cuerdas de la guitarra.

Me sentí confusa al pensar en Marcus. Eso me hizo reaccionar y vi que todos se sentaban a mi alrededor, incluido él, que cuando clavé mis ojos en los suyos, lo vi tragar saliva.

Cuando terminé, todos aplaudieron a la vez que gritaban lo mucho que les había gustado. Además de querer que cantase otra, alguno me pidió que le enseñara a tocar. Sonreí mientras negaba y dejé guardada la guitarra para ir corriendo al agua, no soportaba el calor sofocante que su mirada me provocaba.

Me sumergí rápidamente, quedándome unos largos segundos bajo el agua. Al salir, me encontré con Marcus frente a mí.

—No sabía que tocases la guitarra, y tampoco que cantases tan bien —me halagó cerca, muy cerca de mí.

—Gracias. —Mis dientes castañearon y realmente no sabía si era por lo nerviosa que me ponía, pero tenía frío.

Marcus, percatándose, me estrechó entre sus brazos para calentarme y lo que él no sabía, era que, con una simple mirada, ya lo conseguía.

—Siento no haberte prestado atención, pensé que querrías estar con tus amigos —se disculpó.

—No pasa nada. —Le miré—. Tampoco tienes que darme explicaciones... no somos nada.

Inmediatamente me soltó y eso hizo que me arrepintiera al instante de haber dicho eso. Pero es que era una realidad, Marcus y yo no teníamos nada y lo único que nos unía era una atracción más que palpable.

—Claro. —Se giró para salir del agua y cogí su brazo para impedir que lo hiciera.

—No te vayas, Marcus —le pedí—. Lo siento, no quería sonar tan...

—No tienes que darme explicaciones, Tracy. Es la verdad, tú y yo no somos nada y jamás lo seremos —me interrumpió a la vez que se acercaba de nuevo, esta vez, quedando a escasos milímetros de mí.

Estábamos tan cerca que prácticamente podíamos respirar el mismo aire.

Estábamos tan cerca que, si queríamos, nuestros labios volverían a unirse sin la necesidad de movernos.

Su mirada no se apartaba de la mía y sentí como cada célula de mi cuerpo reaccionaba ante su contacto.

Por un segundo, creí que volvería a agarrar mis mejillas para besarme.

Por un segundo deseé que lo hiciera.

Pero no pasó. Marcus negó y se dio la vuelta de nuevo para salir del agua y esa vez no se lo prohibí. ¿Qué cojones había pasado?

Me quedé unos minutos anclada viendo cómo se alejaba de mí sin motivo. Lo peor de todo era que no sabía el porqué de ese cambio, estaba claro que yo le gustaba y que deseaba repetir lo de la noche anterior tanto como yo.

Cansada de estar en el agua sola, salí para tomar los últimos rayos de sol que quedaban, debía aprovechar para relajarme y dejar de pensar en él.

No sabía cuánto tiempo llevaba tirada en la arena, incluso creí haberme quedado dormida un rato porque dejé de oír el jaleo a mi alrededor. Entonces, escuché una discusión que me sacó del trance en el que me mantuve todo ese tiempo. Giré la cabeza y abrí los ojos para saber de quién

se trataba, y me sorprendí al ver a Devon y a Marcus teniendo una conversación bastante acalorada. No era de poner la oreja cuando el tema no iba conmigo, pero me preocupé, así que decidí levantarme y acercarme un poco para saber qué estaba pasando.

—No puedes, Marcus —dijo Devon—. ¡Joder! Pensé que después de la última vez habías decidido dejarlo. ¿Por qué cojones tienes que volver a pelear? —¿Pelear? ¿Marcus iba a pelear? —. Encima me lo dices horas antes.

—No tengo elección, Devon. Si no peleo esta noche, algo malo le pasará a Nick.

Mi preocupación fue subiendo de nivel cuando escuché eso. ¿En qué andaba metido Marcus? ¿Tenía que pelear esa noche? ¿Con quién? Vale que no le conocía de nada, pero escuché que boxeaba y tampoco me parecía tan malo. Sin embargo, el que Devon estuviese tan cabreado no era buena señal.

—Acabarás en la cárcel, Marcus. O peor, muerto. ¿Eso es lo que quieres? ¿Quieres acabar con tu vida por salvarle el culo a Nick? —Marcus comenzó a negar y le veía bastante cabreado.

Miré sus puños que estaban cerrados con fuerza a cada lado de su cuerpo. Vi sus ojos, su gesto y pude darme cuenta del cambio en él, un cambio que daría miedo a cualquiera. Pero a mí lo único que me provocaba era preocupación, dolor... Podía percibir el tormento en su mirada y en su manera de gesticular. Reconocía lo que sentía y eso solo significaba una cosa: ese chico me importaba más de lo que podía reconocer.

—Lo siento, Devon, pero se lo debo a Nick. —Se giró dándole la espalda a su hermano y me vio frente a ellos.

Tragué saliva al notar su modo de mirarme, pues no era la misma mirada que me había regalado otras veces y eso me dolió.

Pasó por mi lado sin decirme nada y se metió en el agua un buen rato. Empezó a nadar empleando tanta fuerza que juraría que le dolía. No obstante, eso no le hizo parar.

Me acerqué a Devon y me senté a su lado en silencio. No iba a preguntarle nada, no era de mi incumbencia. Lo único que él necesitaba en ese momento era una amiga y yo lo sería si él me lo permitía. Levantó la cabeza para mirarme, me regaló una pequeña sonrisa y volvió a clavar sus ojos en la arena.

—¿Has escuchado todo? —asentí—. Siento que hayas tenido que presenciar esto el día de tu fiesta.

—No pasa nada, Devon. ¿Tú estás bien? —negó con tristeza.

—Sé que a él le gusta pelear, ama el boxeo, pero lo de las peleas ilegales... —En cuanto lo dijo, noté su arrepentimiento.

—¿Peleas ilegales?

—¿Por qué cojones has tenido que contárselo, Devon? —Escuchamos la voz de Marcus—. No tenías derecho a hacerlo...

—Cálmate, Marcus. Yo no diré nada —dije levantándome—. No lo hagas...

—Te agradecería que no te metieras en mi vida, Tracy —me interrumpió—. Como tú misma has dicho, no somos nada, así que no te importa mi vida. —Iba a responderle, pero no me dejó—. Es más, ni siquiera deberíamos ser amigos. Tú eres una niña pija y nosotros unos pobretones

que jamás estaremos a vuestra altura.

—Déjalo ya, hermano —intervino Devon.

—Es la verdad. No sé qué cojones hacemos aquí con esta gente que jamás nos verá como iguales.

—No tienes ni puta idea de lo que estás diciendo, Marcus, y es mejor que te calles de una vez si... —respondí por alusiones.

—Tú no eres nadie para mandarme a callar —siseó muy cerca de mí, intentaba intimidarme.

—Te crees muy duro, ¿verdad? No te tengo miedo. —Alcé la cabeza, clavando mis ojos en él —. Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

Fue lo último que le dije antes de alejarme de él. Preferí escapar de sus ojos, de su rechazo, de su cabreo. Estaba claro que no le conocía, que no sabía nada de su vida. Pensaba que era diferente y no la persona que tenía delante.

—Espera, Tracy. —Agarró mi brazo para impedir mi marcha y me solté con fuerza, mirándole de mala manera.

Escaparía de lo que le rodeaba porque no era bueno para mí y mucho menos para él. Debía olvidar todo lo sucedido con Marcus por mi propio bien, antes de que fuera demasiado tarde.

Me dediqué lo que quedaba de fiesta en pasarlo bien y beber, beber sin medir las consecuencias. Total, no tenía que conducir y en todo el tiempo que llevábamos en la playa no había sido capaz de disfrutar de lo que mis amigos me habían organizado. Bailé con mis amigos, también sola, y dejé que la canción que escuchaba en ese momento entrase en mi cuerpo, en mi mente, en mi pecho. Me sumergí tanto, que no me percaté de que Marcus no me quitaba la vista de encima.

I see red de Everybody loves an outlaw sonaba alto, demasiado para darme cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. Entonces, abrí los ojos y me lo encontré de nuevo frente a mí, volviendo al punto de partida. Marcus estaba cerca, tan cerca, que no quedaba espacio entre nosotros.

No me lo esperé y tampoco puse objeción cuando, en un arranque de pasión o por el propio cabreo que aún sentíamos los dos, agarró mis mejillas con ambas manos y estampó su boca sobre la mía con hambre, con una pasión que me hizo jadear en sus labios. Mi cuerpo se erizó cuando noté su erección rozar mi vientre y deseé sentirlo en otra parte. Quise tantas cosas en ese momento, que no sabía cómo gestionar todo lo que estaba sintiendo.

No podíamos dejar de besarnos. No podíamos separar nuestros cuerpos. No podíamos... nada. Marcus y yo no debíamos seguir así, pero tampoco quería que parase. ¿Qué me pasaba con él? ¿Por qué tenía ganas de golpearle y devorarlo con la misma intensidad? Era como si lo odiase y a la vez no. Me volvería loca en cualquier momento y él lo sabía.

—Quiero hacerte mía —musitó entre besos.

Podría ser el alcohol, la música, la atracción. Yo qué sabía, pero mi respuesta fue seguir besándole porque también quería. Sin embargo, tenía que encontrar la fuerza para separarme de él y hacerle ver que yo no seguiría ese juego absurdo en el que estábamos metidos desde la primera vez que nos vimos.

Despegué mis labios de los suyos y me alejé lo suficiente para poder escapar de sus brazos.

—Es mejor que te vayas, Marcus —le pedí, sorprendiéndole.

Le eché una última mirada y giré sobre mis talones para salir de la estúpida burbuja que se creaba a nuestro alrededor cuando estábamos juntos.

No volví a mirarle y supe por Aylin que se fue minutos después de nuestra escena subida de tono. Me obligué a no pensar más en él lo que quedaba de noche, pero no lo conseguí y saber que esa noche tenía una pelea, tampoco me ayudó.

Cansada de estar allí, le pedí a Curtis que me llevase a mi casa. En principio intentaron convencerme, pero no lo consiguieron, y me iría, aunque tuviese que regresar caminando.

CAPÍTULO 15

Marcus

Me había pedido que me fuera. Después de ese beso que nos demostró que había algo más que atracción, me dijo eso.

Me echó una última mirada y se giró, dejándome completamente descolocado y fuera de lugar. Me había arrepentido de haberle dicho todo aquello, pero en ese momento, tomaba más sentido que nunca. Yo no encajaba con ellos y, aunque pensaba que Devon tampoco, la realidad era que él sí. El que estudiara en la universidad con esa gente, ayudaba bastante.

Me fijé en cómo me miraban todos y eso me cabreó mucho más. Me di la vuelta para ir a por mis cosas y salir de esa playa de una puta vez antes de perder los papeles. Había llegado la hora de largarme y, con suerte, no volvería a ver a ninguno.

—¿Te vas ya? —preguntó mi hermano.

—Sí —respondí secamente.

—Vamos, Marcus. —Se puso delante de mí—. No vayas a esa pelea, por favor —me suplicó.

—Mira, Devon. —Agaché la mirada a la vez que se me escapaba un suspiro—. Yo no me meto en tu vida y en lo que haces, y te agradecería que, a partir de este momento, hagas lo mismo —dije mientras me vestía.

—Pero...

—Pero nada. —Le miré—. Soy mayorcito y sé cuidarme solo, ¿vale? —Me di la vuelta para marcharme y, antes de hacerlo, le dije algo de lo que me arrepentí inmediatamente—. Esa gente te está llevando a su terreno y no quiero que mi hermano se vuelva un gilipollas.

No quería ser duro con él, pero alguien debía decirle con qué clase de personas se estaba juntando; y no, nosotros no podíamos relacionarnos con ellos, con pijos que nos miraban por encima del hombro solo por tener más dinero.

Antes de subirme a la moto, miré la hora y vi que tenía media hora para ir al polígono industrial. Seguramente llegaría tarde y no me daría tiempo a prepararme. Tendría que haberme quedado en el gimnasio entrenando en vez de asistir a esa estúpida fiesta. Arranqué y me incorporé al tráfico. Al ser de noche, no había tantos vehículos y eso me ayudaría.

Aparecí diez minutos tarde y Nick ya estaba asustado, pensaba que no acudiría. Lo vi, esperándome en la puerta de la nave y corrí hasta él.

—Pensé que no vendrías —musitó.

—Lo siento, he tenido una discusión con Devon, pero ya estoy aquí.

Entramos juntos y Dixon me vio nada más pasar al pasillo que daba a los vestuarios. Esas naves estaban preparadas para los combates, aunque por fuera pareciera otra cosa para despistar.

Si algún día la policía iba, se encontraría con todo un mundo lleno de ilegalidades y más de un pez gordo acabaría entre rejas. El problema de eso era que también yo sería de los que acabasen encerrados y eso, por mucho que me jodiera, era una realidad.

Me cambié de ropa, poniéndome los pantalones de boxeo y me senté para amarrarme los cordones de las zapatillas. En ese momento, Dixon entró sin llamar, estaba seguro de que sería para provocarnos, algo a lo que estaba muy acostumbrado.

—Has llegado tarde, Marcus —habló con una calma que no le pegaba.

—Sí, no me ha dado tiempo a llegar antes. —Me levanté—. ¿Pensabas que me iba a rajar? —le pregunté acercándome a él de manera intimidatoria.

—No, sabía qué harías cualquier cosa por él —señaló a Nick—. Tengo que anunciarte que hoy no pelearás contra Silver. —Me encogí de hombros—. No te dará tan igual cuando veas de quién se trata. —Esa aclaración me hizo fruncir el ceño, con ese tipo podría esperarme cualquier cosa.

—¿Quién es? —me interesé.

—Ya lo verás en el cuadrilátero. Ahora, prepárate que vamos tarde por tu culpa.

No esperó respuesta por mi parte, salió antes de que pudiera hacerlo. Nick se acercó a mí y me puso sus manos sobre los hombros.

—Perdóname, Marcus. Si te pasa algo, me sentiré culpable toda mi vida. —Desvió la mirada—. Tendrías que haberle hecho caso a Devon y no a mí. Tengo que cuidarme solo y no ponerte la carga sobre tu espalda para que me salves el culo.

—No pasa nada, Nick. Eres mi familia y yo cuido de ella.

Iba a salir del vestuario cuando el campeón de Dixon pasó por delante de la puerta y me hizo retroceder. ¿En qué momento habían conseguido que ese tipo viniera a enfrentarse conmigo? Era el mejor boxeador del Estado, ninguna persona con dos dedos de frente se enfrentaría a él sin estar convenientemente preparado para ello. Iba a perder y lo peor de todo era que me iba a dar una paliza. Yo era bueno, eso lo tenía claro. Llevaba preparándome años, pero no era suficiente para enfrentarme a Murray Lee. Sí, era el hijo de Nick.

Me di la vuelta para mirar a mi entrenador y le vi tan sorprendido como yo. Estaba seguro de que él tampoco sabía nada, si no, no me habría puesto en esa situación de la que, en ese momento, no sabía cómo salir.

—Debes irte —me pidió cuando reaccionó.

—¿Cómo? Si me voy, te quemarán el gimnasio, acabarán con todo lo que has construido durante años. —Empecé a dar vueltas—. Además, no hay forma de salir de aquí sin ser visto.

Se quedó unos segundos en silencio, supuse que pensando alguna alternativa que nos ayudase a ambos.

—Puedes salir por la parte de atrás, hay una puerta que solo utilizan los de mantenimiento y siempre está abierta —explicó, pero me negué.

¿De verdad iba a ser tan cobarde de salir corriendo? Yo no era así. Yo peleaba aunque supiera que no iba a ganar y que me machacarían. Sin embargo, no se trataba de ser cobarde, sino de supervivencia, y la mejor manera sería hacerle caso a Nick.

Seguía pensando en la forma de irme y di con algo muy importante que haría que nuestro plan de huida se fuese a la mierda.

—Tengo la moto aparcada en la entrada. ¿Cómo me iré sin que me vean? No tengo escapatoria posible.

—A no ser que llamemos a alguien para que te recoja. —Fruncí el ceño—. Dame un minuto.

Salió del vestuario y comencé a guardar mis cosas rápidamente para salir corriendo en cuanto él me dijera que ya podía. No veía muy claro el plan y sabía que esto iba a acabar muy mal, pero debía intentarlo, y esa vez no lo haría por nadie más que por mí. Nick podía apañárselas con su hijo, siempre había sido así. Lo que me extrañaba era tener a Murray peleando ilegalmente, ya que era un boxeador profesional. ¿Qué sería lo que tenía con Dixon?

—Vamos, tenemos vía libre —dijo desde la puerta—. Vete y espera a la persona que te va a recoger en la carretera, así nadie te verá.

—¿Tú qué harás? —pregunté intranquilo.

—No te preocupes más por mí, hijo. Debo arreglar mis problemas solo y espero que sea la última vez que nos vemos en este lugar. No quiero que vuelvas a pelear por nada. —Le di un abrazo—. Yo me encargo de la moto, ¿vale? —asentí y me fui.

Salí sigiloso, como si alguien me fuera a escuchar, y corrí hasta la carretera más cercana. Me jodía tener que dejar mi moto en ese lugar, pero si iba a por ella, me verían y entonces tendría serios problemas.

Estuve unos diez minutos esperando cuando vi que llegaba mi hermano en su moto. Nick no me dijo a quién había llamado, pero algo me decía que había sido a él. Sin quitarse el casco, me dijo que me subiera y me dio el otro. No me gustaba la idea de que mi hermano se involucrara en mis problemas. No obstante, era el único que podía venir a por mí, pues no teníamos a nadie más.

Vi que se metió por otro camino que no era el nuestro y me extrañé. ¿A dónde se suponía que íbamos? Paró antes en una gasolinera para comprar algo de comida y seguimos nuestro camino.

Unos minutos después paró delante de una cabaña que estaba en las afueras, metida en una zona residencial. Me bajé de la moto y me quité el casco. Después, miré a mi hermano con extrañeza, no entendía que hacíamos allí.

—¿De quién es esta casa, Devon? —quise saber.

—De Tracy. —Abrí los ojos sorprendido.

—¿Qué cojones hacemos aquí? ¿Por qué hemos venido?

—¿Querías ir mejor a nuestra casa después de marcharte de una pelea? No, hermano. No me voy a arriesgar a que vengan a partirnos las piernas —escupió cabreado y me jodía que tuviese razón.

—Igualmente, podríamos haber ido a otro lugar y no aquí. Después de lo que ha pasado entre nosotros, no creo que sea lo mejor —hablé avergonzado.

—Tranquilo, ella es mi amiga, hermano. —Lo miré—. Sé que hay personas de ese estatus social que no nos miran bien, pero ella no es así... Tracy es buena persona y le gustas, aunque tú seas tan capullo —expresó con seriedad. Sabía que su intención era responderme a todo lo que le

había dicho antes de irme y lo entendía.

Entró en la cabaña, mientras que yo necesité un poco más de tiempo para pensar y tomar el aire. Saqué un cigarrillo de la mochila y lo encendí. El humo me relajaba, aunque fumar fuese una mierda. Me senté en el primer escalón del porche y miré el cielo que estaba bastante estrellado.

De pronto, un coche azul oscuro paró delante de mí y me puse nervioso. Se suponía que nadie sabía que estábamos allí, que no nos encontrarían. Me levanté para meterme en la casa, cuando la escuché llamarme.

—Marcus. —Me giré y la miré a los ojos—. Me alegro de que estés bien. —Vino corriendo hasta mí y me abrazó con fuerza, con desesperación.

—Tranquila, hoyuelos —susurré en su oído—. Siempre que me des estos abrazos, estaré bien. —Noté su sonrisa en el hueco de mi cuello—. Tracy, yo...

—No digas nada, por favor. Es mejor que olvidemos lo que ha pasado, ¿no crees? —Su voz salió muy convencida, pero sus ojos me gritaban otra cosa—. Lo importante ahora es que has escapado de aquel lugar y estás a salvo.

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí. —Le agradecí dándole un beso en la mejilla, aunque me muriera por comerle la boca.

—No hay por qué darlas, Devon es mi amigo y yo ayudo a mis amigos.

—¿Y yo que soy, Tracy? —quise saber.

Me puse nervioso, como nunca en mi vida. Era la primera vez que le preguntaba eso a una mujer. Yo no era así, antes no me preocupaban esas cosas y Tracy estaba consiguiendo hacerme cambiar de un modo que me asustaba. Nuestra relación era confusa, ya que nos besábamos con pasión, con ganas de llegar a más y, a la vez, nos alejábamos del otro de la peor manera. Era un amor-odio confuso... uno que quería seguir conociendo, aunque eso me costase cambiar muchas cosas en mi vida.

Sus ojos me observaban con deseo, pero su silencio me estaba matando. No podía apartar mi mirada de su boca, ni del modo en que la entreabría para coger aire y cómo se relamió el labio inferior, nublándome la razón. Llegué a imaginarme que era yo quien los rozaba y los saboreaba, tal y como había hecho horas antes. Si lo que quería era volverme loco, lo estaba consiguiendo.

CAPÍTULO 16

Tracy

Curtis llevaba unos minutos intentando convencerme de que me quedase más tiempo, algo que no iba a conseguir, dado que solo tenía ganas de marcharme de una vez.

—Tracy, por favor. Esta fiesta es por ti y si te vas tú, se acaba.

—¿Por qué? Vosotros podéis seguir pasándolo bien, Curtis —respondí recogiendo mis cosas.

—¿Cómo puedes decir eso? Sabes que eso no va a ser así. Si te vas tú, nos iremos todos —inquirió algo molesto, cosa que ignoré por completo.

Me disculpé con él, agradeciéndole el detalle de prepararme una fiesta en la que lo estaba pasando tan bien y que, de un momento a otro, se estropeó. Obviamente, no pensaba decirle el motivo de mi marcha porque sabía que se molestaría y acabaríamos discutiendo. Curtis era buen amigo, pero a veces un poco intenso.

—Tracy, si quieres puedo llevarte yo —intervino Devon que había estado escuchando toda la conversación.

—Gracias —asentí con una sonrisa.

—Pues cuando quieras.

—Curtis, quedaos aquí y seguid disfrutando de la fiesta, ¿vale? Hablamos mañana. —Le di un beso en la mejilla y después me despedí de mi mejor amiga.

A los demás les dije adiós con la mano y me fui con Devon hasta su moto. Iba un poco cargada con la guitarra y la mochila, pero él me ayudó.

Nos montamos en la moto y salimos de la playa a una velocidad moderada. Él era un poco más precavido que su hermano. No tardamos demasiado, unos veinte minutos, y estaba loca por subir a mi habitación y meterme en la cama. Realmente estaba agotada.

Justo cuando me estaba despidiendo de él, sonó su móvil y lo cogió en seguida al comprobar quien era. No fui capaz de ver el nombre que salía en la pantalla, pero me aparté un poco para darle privacidad, parecía algo serio y no quería escuchar la conversación. Un par de minutos después, vino hacia mí con cara de espanto.

—¿Ha pasado algo? —pregunté bastante preocupada y asintió. Inmediatamente pensé en Marcus y me asusté—. ¿Le ha pasado algo a tu hermano?

—Por suerte no, pero debo ir a recogerle antes de que el organizador del combate se dé cuenta de que se ha largado antes de que comience. —Abrí los ojos sorprendida—. No sé qué más habrá pasado, pero parece grave. Lo peor es que no podremos ir a nuestra casa, irán allí a buscarle.

Mi mente comenzó a trabajar deprisa, buscando alguna solución que los ayudase y que no estuvieran en peligro. No sabía muy bien qué había pasado ni por qué Marcus se había ido de la

pelea, pero, por lo que contaba Devon, parecía peligroso y me dio tanto miedo, que tenía que ayudarles como fuera.

Entonces recordé la cabaña que tenía a las afueras de Oklahoma, era una propiedad que mis padres me regalaron cuando cumplí los dieciocho años. Sí, los regalos de mis progenitores eran a lo grande. Lo que sea para tenerme contenta y que no me quejara por no tener de ellos lo más importante.

—Devon, tengo un sitio donde podéis quedaros hasta que se calmen las cosas.

—No, Tracy. No puedo meterme en tu casa así sin más —dijo con nerviosismo.

—Eres mi amigo y... bueno, tu hermano me... —Me quedé callada y él asintió comprendiendo.

Quise decirlo en voz alta, gritar lo que era más que evidente. Marcus me gustaba mucho más de lo que creía. De momento solo era una atracción física, debía saber mucho más de él para que se intensificara lo que sentía. «No te engañes, Tracy. Ese chico te hace sentir algo más que un deseo», a veces no sabía de qué parte estaba mi subconsciente.

Le pedí a Devon que me esperara un momento. Entré en mi casa y agradecí que mis padres estuvieran dormidos, ya que no podría haber lidiado con ninguno de ellos en ese momento. Subí a mi habitación y cogí las llaves de la cabaña que estaban guardadas en una cajita de madera que tenía sobre el escritorio. Con ellas en la mano, corrí escaleras abajo, no había tiempo que perder.

—Toma, te mando la dirección por mensaje. —Extendí la mano para darle las llaves, pero no se movió—. Vamos, Devon. Debéis dormir en algún lado, ¿no? Y yo tengo esa casa a la que no le doy uso, al menos que sirva para algo. Eso sí, tendrás que comprar algo de comida.

—Está bien. —Cogió las llaves a regañadientes—. Esto no lo voy a olvidar nunca, Tracy. Muchas gracias. —Me dio un abrazo—. Te llamaré cuando lleguemos —asentí agradecida.

—Sí, por favor. Si no, no dormiré esta noche. —Sonreímos.

Vi cómo se alejaba y, cuando dejé de verle, regresé a mi casa, pero no pensaba quedarme allí parada sin ver yo misma que Marcus estuviera bien. No entendía lo que sentía y, aunque deseaba hacerlo, creía que no debía en ese momento. Solo necesitaba saber que estaba bien y nada más.

Volví de nuevo a mi habitación, me di una ducha rápida para quitarme la arena de la playa y me vestí con algo cómodo. Tenía que ir a la cabaña para verle.

Subí a mi coche a la vez que miraba la hora. Supuse que ya estarían en la casa, así que arranqué. Quería llegar pronto, ver si se habían instalado y volver para descansar.

En cuanto llegué vi a Marcus a punto de entrar en la cabaña. Estaba de espaldas a mí, pero sabía que era él solo por la estatura. Devon era un poco más bajito. Además, no todos tenían esa espalda tan marcada.

—Marcus. —Se giró y clavó sus azules ojos en los míos—. Me alegro de que estés bien.

Por un momento me quedé anclada al suelo, mis pies no podían moverse, aunque les pedía a gritos que se acercaran. Cuando logré reaccionar, corrí hasta él y lo abracé con fuerza, con una desesperación que no sabía que tenía.

—Tranquila, hoyuelos —dijo en mi oído—. Siempre que tú me des estos abrazos, estaré bien.

—Al escuchar eso, se me escapó una sonrisa—. Tracy, yo...

—No digas nada, por favor. Es mejor que olvidemos lo que ha pasado, ¿no crees?

Quise sonar convencida, pero no lo estaba. ¿Cómo iba a estarlo si este hombre conseguía que me sintiera libre?

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí. —Me dio un beso en la mejilla, aunque yo deseé que fuese en otra parte.

—No hay por qué darlas, Devon es mi amigo y yo ayudo a mis amigos.

—¿Y yo que soy, Tracy? —preguntó dejándome completamente descolocada.

¿Qué era para mí? Estaba claro que había una fuerte atracción entre ambos y cada vez que estábamos cerca, saltaban chispas. Sin embargo, no sabía qué responder a esa pregunta. Porque, aunque no sabía nada de él, algo me decía que guardaba mucho dolor en su interior. Nos parecíamos más de lo que a él le gustaría, pues ambos teníamos cosas de las que escapar en nuestra vida.

—Somos amigos, ¿no? —Frunció el ceño—. Es decir, no nos conocemos demasiado y es cierto que no me caes demasiado bien, pero...

—Claro... amigos —me interrumpió—. Es solo que los amigos no se besan como nosotros nos hemos besado, ¿no crees? —Bajé la mirada—. No pasa nada, entiendo que tú y yo no tenemos ningún futuro juntos y es mejor que seamos amigos.

Volví a mirarle y ahí pude ver de nuevo ese dolor en sus ojos. Supuse que no le gustó lo que le había dicho y él estaba esperando otra respuesta. Aún era pronto para dar otro paso entre nosotros y, después de esa noche, las cosas se complicaron más cuando me enteré a qué se dedicaba. Su mundo me parecía peligroso y me daba miedo que pasase algo grave.

—Bueno, espero que descanséis —dije antes de que entrara a la casa.

—¿Ya te vas? —Se interesó y asentí—. ¿Por qué? Pensé que te quedarías más tiempo.

—Es mejor que me vaya, estoy bastante cansada. —Cogió mi mano entrelazando nuestros dedos y mis ojos viajaron hasta ellos.

Tragué saliva en cuanto noté cómo me acariciaba los nudillos y volvió a crearse esa maldita burbuja a nuestro alrededor.

—Venga, hoyuelos, quédate un rato más. Podemos jugar a algún juego para ganarte otra vez. —Abrí la boca formando una «o» exagerada y se carcajeó.

—No volverás a ganarme nunca más, capullo —respondí, soltándome de su agarre.

Cada vez que me tocaba perdía el rumbo y me dejaba llevar sin pensar con claridad. Eso conseguía Marcus de mí. Tenía la capacidad de hacerme caer en sus redes con solo un roce y justo por eso debía evitar su contacto. Primero necesitaba saber todo de él, solo así dejaría que entrase en mi vida.

—Eso habrá que verlo, hoyuelos. —Me guiñó un ojo.

—Me gusta más este Marcus que el que discutió con su hermano en la playa —dije sin pensar y él enmudeció—. Lo siento, no quería meterme en tu vida —me disculpé.

Solo buscaba la manera de saber más, de que tuviera la suficiente confianza en mí como para

contarme lo que había pasado y el porqué de dedicarse a eso. Claro que volvió a cambiar de tema, porque esa era otra de sus cualidades. Solo mostraba lo que quería que vieran de él.

—Mi hermano y yo discutimos siempre, no te preocupes. Entonces, ¿te quedas? —asentí.

—Pero solo un rato.

—Suficiente. —Sonrió.

Entramos en la casa y Devon estaba preparando algo para cenar. Con toda la locura que había pasado no había comido nada en la playa y Marcus también se había ido sin probar bocado. Eso era lo que conseguían las peleas entre hermanos, que ambos pasasen hambre como dos tontos.

Devon, al verme, vino para saludarme y me preguntó si tenía hambre. Ciertamente lo tenía. Estaba preparando pasta y me tuve que reír cuando Marcus comentó que su hermano no sabía cocinar otra cosa.

—Al menos cocino —respondió en tono burlón.

—Eso es cierto, a mí con el trabajo y el entrenamiento no me da tiempo —comentó divertido.

Me gustó verlos en un momento normal de sus vidas, como era una cena. Se tiraban muchas puyitas y, en ese instante, deseé tener un hermano o hermana con el que pasar esos ratos. Me sentía bastante sola, no solo por no tener a nadie con el que compartir situaciones, tampoco es que mis padres ayudasen demasiado a que cambiase mi estado de ánimo.

—Cuéntame, Tracy. ¿Qué hace una chica como tú con dos tipos como nosotros? —Alcé las cejas, arrugando así mi frente, sorprendida. Estaba claro que esa noche Marcus se estaba luciendo con las preguntas.

—Pues no sé, la verdad —respondí elevando las comisuras de mi boca y regalándole una sonrisa—. Conozco a tu hermano desde hace bastante tiempo y me cae muy bien —suspiré—. Tú, en cambio, no tanto. —Se carcajeó.

—Mientes fatal, hoyuelos.

—En serio, el primer día que te vi pensé que eras el típico chulito que consigue todo lo que quiere y...

—¿Y no es así? —preguntó con esa sonrisa canalla que lo hacía tan sexi.

—Claro que no. —Me reí—. Eres un creído, Marcus.

—Me gusta tu risa —comentó haciéndome enmudecer.

Nos quedamos callados de nuevo, mirándonos de ese modo inexplicable, de la manera más absurda posible porque aún no me creía que me atrajese un hombre como él. Se levantó para ponerse a mi lado justo en el momento en el que Devon llegaba con la comida, algo que nos interrumpió y que hizo que se quedara en su sitio. La verdad es que lo agradecí, no me veía con fuerzas para escapar de él de nuevo, de esa boca que me dejaba sin aliento cuando me besaba.

CAPÍTULO 17

Marcus

Me gustó la idea de tenerla cerca, de pasar más tiempo con ella para conocerla mejor. Aún seguíamos cenando, riéndonos por tonterías que mi hermano contaba y otras a las que se refería Tracy. La protagonista de esos cuentos siempre era Aylin y saber lo loca que estaba mi cuñada, porque así la consideraba ya, me hizo reír.

Llevaba poco tiempo saliendo con mi hermano, prácticamente estaban empezando, pero a Devon se le veía feliz y eso, para mí, era lo más importante y lo único que quería en la vida.

En esos momentos era cuando más extrañaba a mi madre. Sus consejos siempre fueron los mejores y su apoyo, el que más necesitábamos. También era importante la figura paterna, pero estábamos acostumbrados a no tenerla y eso fue lo que me hizo implicarme tanto en la vida de mi hermano. Era lo que él necesitaba en su vida, un hombre que cuidase de él y le dijera lo que necesitaba escuchar, aunque a veces me equivocara. Lo peor de todo era que todos esos consejos no me los aplicaba a mí mismo.

—Estaba muy buena la cena, Devon —habló Tracy, sacándome del trance en el que me había metido.

—¿Ves, hermanito? No está tan malo. —Me reí.

—Eso es porque ella está siendo amable, pero esto está incomible —me burlé y me tiró un trozo de servilleta a la cara.

—No seas así con tu hermano, Marcus. —Se dirigió a mí—. Es la mejor pasta que he comido en mucho tiempo—le habló de nuevo a él y frunció el ceño, algo que la hizo sonreír—. No suelo tener cenas familiares con este tipo de comidas y ha sido muy agradable —confesó, algo que me gustó saber y que me apenó a la vez.

¿Acaso no pasaba tiempo con sus padres? A ver, no conocía a su padre y lo poco que vi de la madre no me gustó. Supuse que serían personas muy estiradas y ella, ciertamente, no lo era.

En un principio, pensé que Tracy era de la clase de chicas que, por ser de buena familia, se creía mejor que los demás. Ella no era así, mi hoyuelos... era especial. «¿Tu hoyuelos? ¿En qué momento ha pasado a ser tu hoyuelos? Estás muy perdidito, Marcus», mi subconsciente siempre sabía cómo meter la pata.

Media hora después y tras recoger todo entre los tres, Tracy quería marcharse y recé internamente para que mi hermano la convenciera de que era muy tarde para eso. Miré a Devon y le hice varios gestos para que captase el mensaje.

—Tracy, deberías de quedarte esta noche a dormir aquí. Es bastante tarde y no queremos que te ocurra nada —comentó mi hermano y le sonreí agradecido.

—No quiero molestar, chicos.

—¿Cómo vas a molestar en tu propia casa? No digas tonterías —intervine acercándome a ella para coger sus manos.

Tracy, al notar mi contacto, se tensó y eso me obligó a soltarla, no quería incomodarla. Suspiró a la vez que me miraba, regalándome una sonrisa de lo más perfecta y sentí cómo mi pecho se infló, reteniendo tanto aire que pronto me ahogaría.

—Prefiero dejaros descansar, de verdad —añadió intentando convencernos para que no siguiéramos insistiendo.

—Tracy. —Cogí sus manos de nuevo y la llevé a una esquina del salón para hablar con ella sin que mi hermano nos escuchara—. Quédate esta noche, por favor. —Mi voz sonó suplicante y creo que hasta algo desesperada.

—¿Y dónde dormiré? Solo hay dos habitaciones y ya sois dos.

—Por eso no te preocupes, yo puedo dormir en el sofá. —Miré hacia él—. Parece cómodo. —Puse los ojos en blanco, gesto que la hizo reír—. De verdad, solo por esta noche... —Me acerqué a ella aún más, quedando a escasos milímetros de su piel—. Así me quedará más tranquilo.

Nuestros ojos conectaron. Nuestros cuerpos estaban tan cerca que, si dábamos un paso más, encajarían a la perfección. Rodeé su cintura con mis brazos con la necesidad de recordar cómo era volver a sentirla, aunque fuese unos segundos. Me vino a la mente el momento que tuvimos en la playa cuando nos besamos y casi perdimos el control. Se me pasaron tantas cosas por la cabeza que tuve que soltarla porque también recordé cuando me echó de allí.

Tragué saliva al comprobar que tenía los ojos cerrados y me moría por besarla. En mi vida solo había tenido una pasión, la única que sabía que podía alcanzar y por la que luchaba día tras día. En ese momento, tenía que añadir una nueva y esa se llamaba Tracy. Lo único jodido de aquello era que no estaba tan seguro de poder conseguirla.

—¿Al final te quedas, Tracy? —nos interrumpió mi hermano. Ella abrió los ojos, me regaló una última mirada y asintió—. Perfecto, pues aún no hemos cogido ninguna habitación; así que puedes elegir tú la primera, mi hermano y yo compartiremos una.

—No te preocupes, Devon. Yo dormiré en el sofá. —anuncié caminando hasta él.

—Genial.

Ellos se fueron a ver las habitaciones, mientras que yo salí al porche a fumar porque lo necesitaba. Me relajaba mirar las estrellas a la vez que aspiraba el humo del tabaco. Me senté en las escaleras y dejé la mente en blanco, algo que me costaba mucho y más sabiendo que pasaríamos la noche bajo el mismo techo.

¿Cuándo me había vuelto tan gilipollas por una tía? Todo fue por culpa de mi hermano, si no me hubiese llevado a aquella fiesta donde la vi por primera vez, no hubiera estado así, pensando en ella a todas horas, incluso en los momentos de más tensión en mi vida. Verla aquella noche fue como un soplo de aire fresco. Besarla por primera vez, siendo el maldito beso más perfecto que me habían dado, fue devastador. Llevaba una vida llena de tensiones y peligros de los que no sabía cómo salir. El boxeo siempre había sido mi vida, y llegar a ser profesional y pelear con los más grandes era mi sueño. Un sueño bastante lejano, todo había que decirlo. Y, de repente, llegó ella a poner todo mi mundo patas arriba y sabía que, solo con mirarme, podría hacerme caer. Sí, un tipo duro como yo, caería de rodillas ante una chica como ella.

—Hermano, ¿estás bien? —La voz de Devon me sacó del trance. Le miré y asentí—. Pues no lo parece. ¿No será porque Tracy va a dormir esta noche aquí? —no respondí y ya con eso lo había hecho—. Entiendo. —Nos quedamos unos segundos en silencio, cada uno pensando en sus cosas—. Te gusta, ¿verdad? —su pregunta no me sorprendió.

—No, sí... yo qué sé —suspiré exasperado—. Me atrae lo que no tienes idea y cada vez que la tengo cerca, lo único que deseo es besarla sin descanso. Ya sabes que nunca he tenido una relación duradera y que todas las chicas con las que he salido han entrado en mi vida con la misma rapidez que se han ido...

—¿Pero? —me interrumpió.

—Con Tracy es diferente, siento que es distinta y eso me asusta demasiado.

—No debería, Marcus. Es muy buena persona y hay que reconocer que es preciosa...

—Somos muy diferentes, Devon. Venimos de mundos completamente diferentes y eso, al final, pasará factura. —Me levanté—. Ella y yo no podemos tener nada. —Me pasé las manos por el rostro—. Si quiero que siga con su vida tal y como era antes de conocerme, tengo que salir de ella.

Realmente no sabía lo que quería, aunque sí lo que necesitaba. ¿Me gustaba Tracy? Muchísimo, pero no podíamos llegar a más, aunque me muriese por saberlo todo de ella y por compartir todos mis días a su lado. Sin embargo, por más que quisiera eso, no lo tendríamos.

—Nosotros también éramos de ese mundo, ¿o ya no te acuerdas? Cuando papá...

—No me nombres esa persona, por favor. —Lo corté antes de que hablase de alguien que no merecía ni nuestro pensamiento.

—Es que es verdad, Marcus. Nosotros antes teníamos la misma vida que ella, así que no somos tan diferentes. —Se levantó con la intención de dejarme solo de nuevo—. Si te sirve de consuelo, creo que tenéis mucho en común y hacéis muy buena pareja. —Le sonreí a la vez que negaba—. Creo que le gustas mucho más de lo que puede reconocer.

Con esa última aclaración, se dio la vuelta y entró en la casa dejándome completamente descolocado y más liado de lo que ya estaba. ¿De verdad le gustaba? Vale, yo no era tonto y sabía lo que provocaba en ella: percibía su temblor al tocarla y al besarla con pasión, su cuerpo ardía cuando estábamos cerca y su piel se erizaba cuando la estrechaba entre mis brazos.

Volví a sentarme en las escaleras y encendí otro cigarro. No sabía la hora era, así que cogí el móvil y comprobé que era bastante tarde. La verdad es que no tenía sueño y podría haberme quedado horas sentado en la misma posición, mirando el cielo estrellado; pero decidí que era momento de acostarme, aunque sabía que me costaría mucho quedarme dormido sabiendo que la tenía tan cerca.

Y así fue. Estuve más de una hora mirando al techo, suspirando a cada tanto, y deseando ser valiente e ir a verla. Tenía que dejar de pensar que no podíamos tener nada más que una amistad, aunque ni siquiera creía que eso fuese posible. Pero mi hermano tenía razón, no éramos tan distintos como yo creía y eso debía meterlo en mi cabeza.

Cansado de darle vueltas, me levanté y caminé decidido hasta las escaleras que me llevaban al piso de arriba, donde estaban las habitaciones. Llegué a la parte superior y me quedé parado delante de ambas puertas, no sabía en cuál de ellas estaría. Me la jugué un poco y recé por haber

elegido la puerta correcta; parecía un juego de la tele.

Entré sigiloso, no quería despertar a mi hermano si es que era él quien dormía en esa habitación. Arrastré mis pies descalzos hasta la cama y la vi. Mis labios se curvaron en una sonrisa y suspiré al verla dormir. Su cabello estaba esparcido por toda la almohada, su boca entreabierta me pedía a gritos que la besara y su cuerpo... me quedé sin aliento cuando la vi en ropa interior. Vale, la había visto en bikini, pero no era lo mismo. Además, aquello enseñaba mucho más.

Me senté despacio en el borde de la cama, temeroso de que se despertara y me pillase infraganti. Y no quería que lo hiciera. Solo deseaba seguir contemplando su belleza en silencio, como un puto loco, como ella me tenía.

Me picaban las manos por tocarla, por acariciar cada centímetro de su piel. ¿Lo hice? Sí, aunque habría deseado haber sido más fuerte para salir de allí sin ser visto, sin que me pillara porque en cuanto rocé su estómago con uno de mis dedos, ella abrió los ojos, clavando sus azules iris en mí.

No dijo nada, solo me miraba y eso me dio alas para seguir avanzando. Posé la mano al completo en el mismo lugar, haciendo que ella suspirase por el contacto. Mis dedos se morían por seguir viajando por su piel al igual que mis labios, que también deseaban besarla.

CAPÍTULO 18

Tracy

Me había acostado sin darle las buenas noches a Marcus, puesto que salió de la casa antes de que pudiera hacerlo. Poco después, Devon fue a ver a su hermano y me quedé esperando a que ambos entrasen de nuevo, pero no lo hacían, así que me encaminé hasta la puerta para ver si pasaba algo. No sabía mucho de la relación que tenían, pero verlos discutir en la playa, me dio a entender que no siempre estaban de acuerdo y ese tema parecía no estar zanjado. Lo que menos quería era que se pelearan de nuevo y estaba dispuesta a interponerme entre ellos para que no lo hicieran.

Estaba a punto de acercarme a ellos cuando escuché la conversación que estaban teniendo. Por un momento, pensé que era algo privado y no debía estar allí, así que me di la vuelta para regresar al interior de la casa. No obstante, oír mi nombre me hizo quedarme. No es que fuese una cotilla, pero el hecho de ser la protagonista hizo que me diesen ganas de saber.

—¿Te gusta?

Que Devon le cuestionara eso me puso nerviosa y ansiosa por saber su respuesta. Debería preguntarme a mí misma si cambiaría algo saber que podía gustarle a ese rubio que besaba como los mismos dioses, aunque en realidad no supiera como estos besaban. Era complicado comparar. No obstante, sí recordaba otros besos que había recibido y tenía que reconocer que jamás nadie me había dejado sin aliento; y, lo peor de todo, era que no necesitaba rozar sus labios con los míos, con solo mirarme ya me hacía temblar.

Me quedé muy quieta, expectante, y llegó esa respuesta que lo variaría todo. Porque sí, saber que le gustaba a Marcus, cambiaba mucho las cosas.

No quise escuchar nada más pues la charla cambió de rumbo, y después de haber sonreído como una tonta tras escuchar lo que parecía más que evidente, retrocedí en cuanto dijo que éramos muy diferentes.

Me fui directa a mi habitación, dormir sería mejor que quedarme escuchando cosas que no me iban a gustar. Vale, Marcus tenía razón en decir aquello, aunque yo no estuviera de acuerdo. No me consideraba mejor que nadie por tener un estatus social alto ni porque mi familia tuviese una cuenta bancaria con más ceros de los que pudiese contar. Para nada creía que eso me convirtiera en alguien inalcanzable.

Me quedé en ropa interior, ya que no tenía ningún pijama allí. Además, las temperaturas eran altas, y eso de no usar tanto la cabaña hacía que no estuviera preparada para vivir allí. Le faltaban algunas cosas, entre ellas, aire acondicionado para combatir el calor.

Me acosté boca arriba, perdiendo la mirada en algún punto del techo de madera y suspirando cada dos segundos. ¿Por qué tuve que escucharlos? No tendría que haberlo hecho y me sentía mal por ello.

Di vueltas durante bastante tiempo, no estaba segura de cuánto llevaba así y cerré los ojos intentando dormir, sobre todo si no quería amanecer con unas bonitas ojeras y dejar de gustarle a Marcus al verme recién levantada. Pensar en eso, me hizo sonreír, así, con los ojos cerrados. Sonreía como una estúpida y todo por culpa de ese chico que había irrumpido en mi vida de un modo tan apabullante.

De pronto, escuché cómo se abría la puerta y, aunque podría haber abierto los ojos para comprobar quién era, estaba bastante segura de saberlo sin necesidad de hacerlo. Marcus entró en mi habitación y se acercó cuando se dio cuenta de que estaba dormida. Noté cómo se sentaba en la orilla de la cama y posaba su mano sobre mi estómago. Eso me hizo abrir los ojos y conectar mi mirada con la suya. Sus pupilas brillaban con mucha intensidad dándole al iris ese azul oscuro del océano, y sentí como si tirase de mí hasta el fondo, siendo arrastrada por una corriente de la que no sabía cómo salir.

Un jadeo involuntario se me escapó en cuanto su mano viajó despacito por mi vientre, acariciando mi piel con una delicadeza que me sorprendió y que la erizó por completo. Mi cuerpo comenzó a temblar y no era precisamente de frío.

Ninguno de los dos dijo nada, no podíamos gracias a esa burbuja que se creaba a nuestro alrededor, sacándonos de este mundo de locos, para que fuéramos los únicos dementes en su interior.

—Quiero besarte —me pidió bajito, como si alguien estuviera escuchándonos.

—¿Qué te lo impide? —pregunté a la vez que me incorporaba, quedando sentada frente a él.

Llevó sus dedos hasta mis hombros, subiendo y bajando con ellos, rozando mi piel de un modo tortuoso y a la vez tan placentero que me excitaba.

No hizo falta que le dijera nada más porque se acercó despacio, mirándome con la misma intensidad con la que pegó sus labios a los míos. El beso comenzó despacio, muy despacio y, poco a poco, se fue intensificando, siendo ese, sin duda, uno de los mejores que él me había dado. Sin separar mi boca de la suya, me senté a horcajadas sobre él y, al notar su erección, gemí en respuesta.

—Te deseo como un maldito loco, Tracy —musitó sin poder parar de besarme.

Sus manos recorrieron mi espalda con la yema de sus dedos, trazando círculos en mi piel y dibujando un recuerdo que sería imborrable. No era la primera vez que deseaba hacer el amor con alguien y estaba segura de que tampoco lo sería para él; pero si continuábamos así, iba a ser la única porque así me hacía sentir: única. Seguía acariciando mi cuerpo con destreza, como si ya conociera cada parte de él, y era una locura que alguien supiera dónde tocarme sin conocerme de nada.

—¿Estás lista, Tracy? —asentí entre jadeos.

«Necesito pasión en mi pecho, algo que entre con fuerza para soltarlo de la misma manera», me dije a mí misma completamente excitada.

—Necesito que me hagas sentir todo lo que me desees, Marcus... porque yo —susurré y tragué saliva— también te deseo.

Sin darme tiempo a reaccionar, me cogió en brazos para depositarme con sumo cuidado sobre la cama. Se puso sobre mí, sosteniéndose con una mano para poder maniobrar con la otra sin

problema.

Sin dejar de comerme la boca, bajó su mano hasta mis bragas y la metió para tocar mi sexo. Solo fue un roce, un simple roce que me hizo arquearme y gemir en sus labios, provocándonos. Nos estábamos conteniendo, alargando la agonía un poco más, como si eso fuera posible. Me enloqueció con sus dedos cuando entraron en mi interior con lentitud. Mi cuerpo volvió a arquearse, pidiendo más... suplicándole que entrara en mí de una vez, pero sin palabras.

Marcus captó el mensaje, sacó los dedos de mi sexo y los llevó a su boca para saborearlos. Nunca nadie me había hecho eso. Jamás, en mi vida, un hombre había sido capaz de calentarme tanto.

Mi cuerpo estaba ardiendo.

Mi cuerpo seguía temblando.

Se quitó los pantalones y yo el sujetador, quedándonos completamente expuestos. Mis ojos viajaron hasta su miembro y se me secó la boca. Bajé mi mano para acariciarle dándole placer. Me incorporé un poco, apoyándome sobre el codo y él se dejó caer a mi lado. Subí y bajé despacio y, con cada movimiento, le arrancaba un jadeo. No me dejó hacerlo por mucho tiempo alegando que terminaría pronto si seguía con esa maniobra. Me cogió de la cintura y me puso sobre su cuerpo. Volvimos a pegar nuestras bocas y las lenguas se buscaron, saboreándose sin descanso.

De pronto paró y me miró un poco avergonzado.

—No tengo ningún preservativo, Tracy. —Su voz sonaba ronca.

—Yo tengo en mi cartera.

Me levanté y caminé hacia mi mochila para sacar la cartera. Ahí tenía un par de preservativos que siempre llevaba encima. No es que fuera acostándome con cualquiera, pero me gustaba ser precavida.

Regresé a su lado e hizo que me acostara. Se puso el preservativo sin dejar de mirarme ni un solo segundo y acercó su cuerpo al mío, quedando nuestros pechos completamente pegados. Suspiré cuando noté su erección. Su mano alcanzó mi sexo y asintió con una sonrisa ladina que me hechizó. Me hizo abrir más las piernas para dejarle mejor acceso y entró en mí de una sola estocada llenándome por completo. Atrapó mi gemido con su boca a la vez que se movía despacio, torturándonos un poco más.

Apartó sus labios de los míos y comenzó a descender con su lengua por mi cuello poco a poco, hasta que paró en mis pechos. Lamió mis pezones con tranquilidad, sin prisa, endureciéndolos aún más de lo que ya estaban.

Mis gemidos se escuchaban en aquella habitación medio oscura, chocando con las paredes de madera y recé porque Devon no nos oyera. Ciertamente, en aquel momento, no pensaba en quién podría escucharnos, pues no había nadie más que nosotros y ese deseo que comenzó cuando nos besamos por primera vez.

Mi cuerpo se arqueaba sin control. Sus manos seguían tocándome sin descanso y su lengua me torturaba mientras tanto. Pedí más, necesitaba más de él y Marcus me lo dio todo.

Ambos estábamos a punto de acabar, de llegar a un éxtasis que nos dominaría, que nos enloquecería. No supe cuántas veces entró y salió de mi interior, solo podía sentir cómo mi sexo

se contraía pidiendo más fuerza.

—Marcus —jadeé su nombre.

—Tracy —dijo el mío con la voz tan grave, que me deshice entre sus brazos.

Fue como caer en picado sin llegar al suelo o como flotar sobre el océano. Marcus me hizo llegar al límite y él lo hizo poco después.

Salió de mi interior sin aliento, ambos lo estábamos. Se quitó el preservativo y lo dejó en el suelo hasta recuperarse. Después, se acostó a mi lado y me abrazó, atrapándome con sus fuertes brazos. Me sentí protegida y demasiado bien, y no quería dejar de sentirlo. El miedo a estropearlo me atenazó y pensé que, después de habernos acostado, todo podría volverse un caos.

«¿Más caos? No, Tracy. El caos sois vosotros», ahí estaba mi subconsciente haciendo de las suyas.

Sin darme cuenta, mis ojos comenzaron a cerrarse y me quedé profundamente dormida.

—Joder, olvidé cerrar las persianas —refunfuñé removiéndome en la cama.

Los recuerdos de la noche anterior se proyectaron en mi mente haciéndome abrir los ojos de golpe. Miré a mi derecha, pero Marcus no estaba. Pensé que amanecería conmigo. Me incorporé despacio, poniendo los pies en el suelo. Aún seguía desnuda, así que fui al baño para darme una ducha rápida y me vestí.

Tenía bastante hambre y olía a café recién hecho. Salí de la habitación sigilosa, temerosa de encontrarme a Devon. No estaba segura de si sabía que su hermano y yo nos habíamos acostado, de ser así iba a sentirme muy avergonzada al mirarle a la cara, más de lo ya estaba, con lo cual tampoco quería enterarme. Bajé las escaleras y fui hacia la cocina.

—Buenos días, Tracy —saludó Devon en mi espalda.

No estaba segura de girarme, pero lo hice. Con una sonrisa, le devolví el saludo y me senté, ya que me temblaban las piernas. Miré a mi alrededor buscando a Marcus, pero no lo encontré por ningún lado.

—Ha salido a correr —comentó a la vez que me servía una taza de café—. Yo he salido a comprar algunas cosas. No sabemos el tiempo que tendremos que quedarnos aquí.

—Podéis quedaros el tiempo que necesitéis, Devon —aseguré, dejándole claro que no había problema por ello.

—Gracias. —Me sonrió—. ¿Quieres tostadas?

—Por favor.

Justo cuando me disponía a desayunar, Marcus hizo su aparición poniéndose delante de mí sudado por la carrera. Subí mi cabeza, encontrándome con su mirada. Sus labios se curvaron y noté que comenzaba a acercarse a mí. Por un momento me quedé bloqueada esperando su siguiente movimiento, pero este fue pegarle un bocado a la tostada que tenía en mis manos, recordándome el momento en el que Anastasia Steele estaba en la habitación de hotel con Christian Grey y este mordía la de ella.

Tragué saliva a la vez que miraba a Devon. Este se rio y se fue para dejarnos a solas. Estaba segura de que lo sabía y si no era así, no había que ser muy inteligente para darse cuenta.

Volví a mirarle y se sentó a mi lado sin dejar de observarme. ¿Cuánto tiempo duraría esta guerra de miradas? ¿Quién ganaría esa vez?

CAPÍTULO 19

Marcus

Aún seguía sin creermelo que Tracy y yo hubiéramos pasado la noche juntos. Una noche en la que la hice mía por primera vez y que esperaba que no fuera la última. Si antes de acostarnos ya pensaba en ella a todas horas, a partir de ese momento lo hacía a cada segundo. Esa chica me gustaba mucho más de lo que esperaba y, aunque todavía tenía esas dudas estúpidas que me hacían querer alejarme de ella, anoche me demostró que sentía lo mismo que yo y eso me daba mucho más miedo.

No es que me estuviera enamorando de ella, eso eran palabras mayores, pero debía reconocer que su presencia me provocaba una fuerte presión en el pecho, como si me faltase el aire.

Me levanté para dejarla dormir más tranquila, pues la cama no era de matrimonio y habíamos estado bastante pegados. La observé unos segundos, sonriendo como un tonto, y me fui a correr un rato.

Necesitaba descargar toda esa presión que guardaba en mi interior, la que siempre soltaba cuando entrenaba dándole puñetazos al saco de boxeo. No sabía cuándo sería el día en el que dejara de sentirme así y fuese capaz de olvidar todo lo que me atormentaba. Sin embargo, Tracy conseguía evadirme de todo aquello, de mis recuerdos. Incluso podía asegurar que, gracias a ella, no tenía esa necesidad de pelear. ¿Acaso tenía unos poderes que Devon no? Mi hermano nunca logró convencerme para que dejara esas malditas peleas y, de repente, llegó ella para conseguir lo que quisiera sin necesidad de pedirlo. Estaba claro que lo que estaba ocurriendo entre nosotros iba a seguir haciéndose más fuerte, aumentando el deseo gracias a la noche anterior.

Corrí entre árboles durante mucho rato respirando el aire puro que me regalaba aquella zona. La cabaña estaba en un lugar bastante bonito, todo lo que la rodeaba era verde y eso me encantó.

Perdí la noción del tiempo por un momento, me había dejado tanto llevar, que no me di cuenta de que llevaba corriendo algo más de una hora. Miré la hora en mi móvil y decidí que era momento de volver. Con suerte, Tracy aún seguiría dormida y así podría hablar con mi hermano antes. No es que tuviera que darle explicaciones de nada, pero no estaba muy seguro de que no nos hubiera escuchado y prefería contarle lo que había pasado entre nosotros. Además, me sentía tan bien que necesitaba decírselo.

Tardé menos tiempo en regresar gracias a que cogí otro camino. No conocía muy bien aquello, pero tuve suerte de no perderme. Al llegar, me quedé unos segundos delante de la puerta de entrada respirando profundamente un par de veces. Cuando entré, me encontré a Tracy desayunando y a mi hermano en la cocina. Devon, al verme, alzó una ceja con una sonrisa burlona; algo que me hizo bastante gracia y que me demostraba que sí, efectivamente nos había escuchado. «Qué vergüenza», pensé. Caminé hacia ella decidido y me puse justo delante. Tracy parecía nerviosa y me lo mostró al levantar la cabeza para mirarme. Yo no dije nada, era incapaz. ¿Cómo podía conseguir dejarme sin palabras? Me agaché un poco, lo justo para poner mi rostro

cerca del suyo y le pegué un mordisco a su tostada. La vi tragar saliva y sonreí.

Observé cómo mi hermano se iba para dejarnos solos, así que me senté a su lado con ganas de pegar otro bocado, aunque a sus labios.

—Buenos días —la saludé—. ¿Has dormido bien? —asintió sin apartar su mirada de la mía—. Me alegro.

Entonces dejé de hablar y pegué mis labios a los suyos con pasión, una que seguía creciendo y creciendo con una rapidez que aterraba. No solo me encantaba besarla, también su sonrisa, sus ojos... su cuerpo. En realidad, me gustaba toda ella al completo.

—¿Y tú? —preguntó al separar nuestros labios.

—¿Yo qué? —Me había quedado en blanco tras ese beso.

—¿Que si has dormido bien? —soltó una risita de lo más tierna.

—Como nunca en mi vida —declaré acongojado.

—Exagerado —expresó divertida.

—No, Tracy. Te aseguro que hacía mucho tiempo que no dormía así.

—Está bien, te creo —aseguró y volví a besarla.

Intentaba no hacerlo a cada segundo, pero se me hacía imposible no pegar mi boca a la suya y no estrecharla entre mis brazos. ¿Era pronto para sentirme así? Posiblemente, pero me daba igual que lo fuera, lo sentía y punto.

Pasamos la mañana y parte de la tarde juntos, hasta que el móvil de Tracy comenzó a sonar una y otra vez durante media hora. Trató de ignorarlo, pues no quería irse, pero su madre fue demasiado insistente. La escuché discutir con esa señora que no sabía tratar a su hija y me jodió ver lo mal que ella lo pasaba. No sabía nada sobre la relación que tenía con su familia, pero me podía imaginar que no era buena solo con haber visto a su madre una sola vez.

—Chicos. —Se acercó a nosotros en cuanto colgó—. Tengo que irme —comentó apenada.

—¿De verdad? Lo estábamos pasando muy bien, Tracy —dijo mi hermano.

—Lo siento, pero si no voy mi madre me buscará por cielo y tierra, y no quiero que acabe viniendo aquí y os vea —explicó con seguridad.

Cogí su mano para sentarla en mis piernas, importándome muy poco que no estuviéramos solos. No era un secreto para mi hermano que ella y yo teníamos algo, aunque aún no supiéramos muy bien el qué.

Llevé mi boca hasta su cuello y lo besé con delicadeza. Cualquiera que me viera, podía asegurar que estaba enamorado, pero... no, no podía decir que fuese amor.

—¿Cuándo volveré a verte? —pregunté en su oído.

Clavó sus ojos en los míos, quedándonos unos segundos en silencio como siempre que nos mirábamos. Nos conectábamos tanto que parecía que perdíamos el rumbo de nuestros pensamientos.

—¡Por mí no os cortéis! —exclamó mi hermano haciéndonos reír y ni con ese comentario conseguimos dejar de observarnos.

—Pronto —musitó y, a regañadientes, se levantó para coger sus cosas e irse.

—Tracy, en un par de días regresaremos a nuestra casa, ¿vale? —comunicó Devon serio.

—No hay prisa. —Se encogió de hombros—. Ya te he dicho que podéis quedaros el tiempo que sea necesario.

—No queremos que tengas problemas con tu familia —intervine, recordándole lo que pasaría si sus padres se enteraban de que nos había dejado la casa.

—No lo sabrán —aseguró y, después, suspiró.

Caminó hasta mi hermano y le dio un beso en la mejilla despidiéndose de él. Luego vino hacia mí y me besó en los labios. No obstante, la acompañaría hasta el coche, así que me levanté y cogí su mochila para que captara el mensaje. Volvió a decirle adiós a Devon levantando la mano desde la puerta y salimos. Una vez fuera, nos quedamos en silencio unos segundos que se me hicieron eternos. Parecía una tontería, pero no sabía qué decirle en ese momento.

Yo, el tipo que siempre tenía la palabra perfecta para soltar.

Yo, el mismo que hizo que apostara conmigo en un juego del que sabía que iba a ganar.

Yo, el mismo tipo duro que boxeaba y no quería tener relaciones serias que no entorpecieran en su sueño.

Sí, ese mismo tío estaba en completo silencio delante de la chica que le gustaba buscando las palabras adecuadas para decirle antes de que se marchara.

—Tengo que irme. —Rompió el silencio.

—Lo sé. —Me acerqué a ella—. No quiero que te vayas —murmuré con la voz ronca, llena de deseo, ese que me enloquecía por su culpa.

—Piensa que volveremos a vernos y así se hará más fácil. —Alzó los brazos para cruzarlos alrededor de mi cuello.

Poco a poco, iba cogiendo confianza, algo que me gustó; después de todo, habíamos hecho el amor. No era el típico tío que follaba con una mujer y la dejaba de hablar de un día para el otro. Cuando me acostaba con alguien era porque realmente me gustaba.

La estreché entre mis brazos y apoyó su cabeza sobre mi pecho, quedándose así durante unos largos segundos que me parecieron perfectos. Levantó la cabeza y pegó sus labios a los míos en un beso de despedida, ya no podía seguir reteniéndola.

Me quedé en la carretera de tierra hasta que su coche desapareció de mi campo visual y suspiré unas cuantas veces antes de darme la vuelta. Cuando lo hice, mi hermano estaba en las escaleras mirándome con una ceja alzada y ya sabía yo lo que significaba eso.

—¡Vaya! —exclamó—. Mi hermano mayor se ha enamorado. —Fruncí el ceño.

—No digas tonterías —repliqué—. Solo me gusta estar con ella y... bueno, me...

—Te has enamorado —me interrumpió, insistiendo en ello.

—Vale, lo que tú digas.

Entramos de nuevo en la cabaña y nos sentamos en el sofá para ver algo en la tele, aunque no hubiera mucho que ver. Recordé que tenía que llamar a Nick, pasar tiempo con ella hizo que me olvidara del motivo por el que nos estábamos quedando allí, y no quería que le ocurriera nada a

mi entrenador. Me disculpé con Devon y me levanté con el móvil en la mano. Marqué el número y escuché varios tonos que me llevaron al buzón de voz. Enseguida me preocupé, así que insistí varias veces pero seguía sin contestar. No quería pensar mal, pero estaba seguro de que algo no iba bien.

—Devon, tengo que ir a ver a Nick. —Se levantó como un resorte a la vez que negaba eufóricamente—. Lo siento, pero debo saber que está bien.

—No irás, Marcus —sentenció—. Iré yo.

—¿Estás de coña? No pienso dejar que pongas un pie en el gimnasio. No sabemos qué encontraremos allí y no te pondré en peligro, a ti no. —Endurecí la voz para que captara el mensaje.

—Ya no soy un niño...

—Me importa una mierda, Devon. Es mi problema y tu seguridad es mi prioridad.

—¿Aunque eso te ponga en peligro a ti? —asentí y él volvió a negar—. No irás solo.

—Joder, hermano —resoplé exasperado—. Quédate aquí, por favor.

—Si vas tú, yo también. Además, es mi moto y no pienso dejar que la conduzcas tú. ¿Queda claro?

Me quedé pensando unos minutos buscando la forma de convencerle de que no viniera, de que se quedara en la casa a salvo, pero era tan testarudo como mi madre que tampoco aceptaba un no por respuesta. No me quedó otra que asentir, así que nos fuimos los dos juntos.

El camino se me hizo eterno, demasiado para mi gusto. No es que mi hermano condujera despacio precisamente, pero estaba tan preocupado que no veía la hora de llegar y ver que todo estaba bien.

Casi una hora después, aparcó delante de la puerta del gimnasio y, antes de pasar, vi mi moto aparcada en una esquina de la calle. Nos aproximamos a la entrada y, sorprendentemente, la puerta estaba abierta, aunque fuese día de cierre. Entramos con sigilo, si alguien que no debía vernos estaba allí, todo se volvería un desastre.

—Muchachos, ¿qué cojones hacéis aquí? —La voz de Nick nos sorprendió, pero más ver el estado en el que se encontraba.

Ya le habían pegado una paliza días antes, pero volvieron a hacerlo y todo por mi maldita culpa. Corrí hasta él y lo abracé con fuerza, con el cariño que sentía por aquel hombre que un día decidió cuidarnos como si fuéramos hijos suyos.

CAPÍTULO 20

Tracy

Me fui de la cabaña con desgana y todo gracias a mi madre. ¿Para qué cojones quería tenerme en casa si luego no me hacía ni caso? No la entendía y jamás llegaría a hacerlo.

Conduje despacio, dejándome llevar por los recuerdos de la mejor noche que había pasado en mi vida. No sabía que Marcus fuese tan amoroso y romántico. Me hizo el amor como nadie en mi vida. Me besaba y abrazaba con demasiado mimo y eso me llenaba el pecho de algo que no quería reconocer aún porque era demasiado pronto. De hecho, el habernos acostado así de rápido, me asustaba. ¿Y si se aburría de mí después de eso? «No seas tonta, ya te ha demostrado que eso no pasará», mi subconsciente siempre decía lo que quería escuchar y, aunque a veces no le daba la razón, esa vez la tenía.

Cuando llegué a mi casa, mis padres me esperaban en el salón junto a los padres de Curtis. Busqué a mi amigo con la mirada, pero no había rastro de él, así que me asusté.

—¿Ha pasado algo? ¿Dónde está Curtis? —pregunté atropelladamente.

—¿Ahora te preocupa? —Puse mala cara al escuchar la estúpida pregunta de mi padre.

—No sé a qué te refieres.

—Ayer te preparó una fiesta y te fuiste antes con un compañero de la universidad. Supuestamente te traería a casa, pero aquí no has aparecido. ¿Dónde has estado, Tracy? —Enmudecí y me cabree con mi amigo por ser tan bocazas.

¿Cómo se le ocurría decirle nada a mis padres? Por su culpa tendría que aguantar una de sus largas charlas en las que me planeaban la vida a su antojo y no como yo quería vivirla. ¿No se daban cuenta de que ya era mayorcita? Joder, que ya podía tomar mis propias decisiones y no acatar sus estúpidas normas.

—¿No piensas decir nada? Y espero que no digas que estabas con Aylin porque ya hemos hablado con sus padres. —Rodé los ojos.

—No tengo por qué daros explicaciones de lo que hago con mi vida, ya soy mayor de edad... a ver si os enteráis de una puta vez. —Exploté muy cabreada, provocando que mi padre se acercase a mí y me diera un guantazo que me dobló la cabeza hacia un lado.

Llevé mi mano hasta la mejilla, asesinándolo con la mirada. Ese golpe no se lo iba a perdonar y mucho menos delante de sus amigos de mierda, porque así eran. Estaban cegados por el jodido dinero, por el qué dirán, por la puta alta sociedad a la que pertenecían y que yo odiaba tanto.

—Me largo —sentencié.

—Como te vayas atente a las consecuencias, Tracy —me advirtió de malas formas. Después de haberme golpeado, tenía los cojones de amenazarme.

—¡Basta, Eddy! —intervino mi madre alzando la voz—. Creo que ya ha aprendido la lección y no volverá a hacerlo, ¿verdad, hija? —La miré con asombro. Era la primera vez que mi madre me defendía de la ira de mi padre y no sabía a qué atenerme tras ese arranque de protección—. Ve a tu cuarto, por favor —asentí y me di la vuelta para encaminarme hacia las escaleras.

Subí a mi habitación y me encerré dando un portazo. Puse el pestillo para que no entrase nadie y me tiré en la cama boca abajo, escondiendo el rostro en la almohada para gritar a pleno pulmón de pura rabia. No podía más con esa situación ni con esas personas que estaban en el piso de abajo. ¿Qué clase de padres tenía?

Tras calmarme un poco, cogí el móvil para llamar a mi amigo, el mismo que me había vendido. Él debería haberse inventado algo, conocía a mis padres y sabía que esto pasaría.

Un tono, dos, tres, cuatro y no lo cogía. Seguí insistiendo y, tras varias llamadas sin descanso, descolgó.

—Tracy —dijo secamente.

—¿Así es cómo me saludas después de lo que has hecho? —pregunté alterada.

—Antes de nada, cálmate, por favor —respondió alzando la voz, como si fuera él quien estuviera cabreado conmigo y no al revés.

—¿Cómo puedes pedirme que me calme? ¿Sabes lo que ha pasado? Mi padre me ha golpeado, Curtis. —Se hizo un silencio al otro lado de la línea—. Eso, no digas nada. ¿Para qué? Nada de lo que digas me quitará este cabreo que siento hacia ti.

—Joder, Tracy, lo siento —se disculpó—. Estábamos bastante preocupados. Tu madre me llamó esta mañana diciéndome que no habías dormido en tu casa. ¿Qué querías que hiciera? Lo primero que pensé es que te había pasado algo.

—¿Y qué fue lo segundo que pensaste? —quise saber.

—Pues que estabas con Devon o... bueno —dijo dejando claro su nerviosismo—, con su hermano.

—Premio para el caballero. —Elevé la voz—. Sí, Curtis. He pasado la noche con Marcus y ha sido la mejor noche de toda mi puta vida. —Otro largo silencio por su parte—. Mira, esto no funciona y será mejor que le digamos a nuestros padres que tú y yo no estamos juntos. Me he cansado de este estúpido juego que lo único que me está trayendo son problemas.

—Por favor, Tracy. No me hagas eso —suplicó—. Si lo contamos, no podré seguir saliendo con Sandree.

—No me jodas, Curtis. Tú ni siquiera la quieres —escupí, arrepintiéndome al instante—. Lo siento —me disculpé, aunque me di cuenta de que no tenía por qué—. Qué cojones, no tengo que pedir perdón a alguien que me ha vendido.

Seguimos discutiendo varios minutos más, hasta que le repetí tajante que teníamos que decirles a nuestros padres la verdad. No quería que Marcus escuchara que estaba con otro, ¿qué pensaría de mí? Yo no iba acostándome con uno y saliendo con otro, aunque este último fuese una farsa.

Como no entendía mi posición y no nos poníamos de acuerdo, le colgué, dejándole con la palabra en la boca. Recibí varias llamadas de su parte, pero no respondí a ninguna. Al final, apagué el móvil y lo dejé sobre la mesita de noche. Supuse que así captaría el mensaje de que no

quería hablar más con él.

Estaba agotada, la noche anterior había dormido, aunque no lo suficiente. Decidí cambiarme de ropa y acostarme un rato. No eran horas y estaba segura de que mis padres vendrían a joderme lo que quedaba de tarde. Aun así, me importaba una mierda todo. Lo bueno, era que había cerrado con pestillo y por mucho que pegasen en la puerta, no podrían entrar y dormiría tranquila por muchos aporreos que escuchase.

No sabía cuánto tiempo había dormido, solo que cuando desperté era de noche. Encendí el móvil y comprobé que tenía varias llamadas de Curtis, había seguido insistiendo después de todo. También tenía llamadas y mensajes de Aylin. Abrí la aplicación de WhatsApp para leer los mensajes de mi mejor amiga y así poder responderle.

Aylin: ¿Dónde estás?

Te estoy llamando, Tracy.

¿Quieres responderme de una vez?

Me carcajeé al comprobar la poca paciencia que tenía. Con solo tres mensajes, ya se había puesto nerviosa.

Aylin: Joder, ¿quieres encender el puto móvil?

¿Has pasado la noche con Marcus?

Cuéntamelo todo, perra.

¡Lláname!

Iba a mandarle un mensaje, pero preferí llamarla. Total, tenía que contarle con detalles todo lo sucedido y en cuanto comenzara por el chat, me iba a llamar ella. Marqué y con solo un tono, descolgó gritándome.

—¿Se puede saber dónde cojones estabas? Me tenías preocupada.

—Lo siento. Lo siento —me disculpé repetidas veces.

—No me valen tus «lo siento». —Me carcajeé—. Y ahora te ríes.

—Venga, no te enfades. Estaba muy cansada y quería dormir tranquila, por eso he apagado el móvil —expliqué, pero ella seguía refunfuñando, repitiendo cada palabra que yo decía.

—Bueno, vístete que tenemos que vernos ya —me apremió—. Y como me digas que no, voy a buscarte a tu casa y te saco de los pelos. Tú sabes que soy capaz.

—Está bien, te recogeré en media hora.

Fui al vestidor en cuanto colgué y escogí lo que me pondría. No tenía pensado acudir a ninguna fiesta o discoteca, prefería ir a cenar tranquila y por eso elegí ropa cómoda: unos vaqueros y blusa fina. Me calcé las sandalias y me maquillé un poco. No tardé más de diez minutos y salí de mi habitación tras coger mi móvil para meterlo en el bolso. Bajé las escaleras despacio, no quería volver a discutir con mi padre si me veía salir.

Justo cuando estaba a punto de abrir la puerta, mi madre me llamó. Giré sobre mis talones y la miré con altanería.

—¿Piensas salir? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Es obvio, ¿no? —Hice una mueca con la boca.

—No seas soberbia, Tracy. Si estás saliendo es porque yo así lo quiero, no lo olvides. —Apreté los labios, reprimiendo las ganas que tenía de gritarle—. Espero que esta noche sí vengas a dormir —asentí.

Sin decirle nada, me di la vuelta y abandoné aquella casa tan grande y que tan pequeña se me hacía a cada segundo. Me ahogaba entre esas cuatro paredes y no era por falta de ventanas, había muchas. No obstante, ninguna era lo suficientemente grande como para dejarme respirar con tranquilidad.

Subí a mi coche y salí de allí a toda prisa, acelerando sin darme cuenta, ya que yo no solía correr, y llegué a casa de mi amiga en poco tiempo. Aylin me esperaba en la puerta y corrió hacia mí en cuanto me vio aparecer. Se montó y me dio un golpe en el brazo, no fue fuerte, pero me quejé al recibirlo.

—Otra —dije sin pensarlo.

—¿A qué te refieres con «otra»? ¿Acaso alguien te ha pegado? —Me quedé en silencio, no quería volver a hablar de ese tema—. Tracy.

Su preocupación hizo que me sintiera mal y comencé a llorar como una magdalena. Cuando mi padre me pegó, no había echado ni una lágrima, la rabia no me dejó. Sin embargo, necesitaba desahogarme y no dudé en hacerlo con mi mejor amiga. Ella sí que me escuchaba y apoyaba. Aylin, sí había demostrado ser una amiga de verdad. No como Curtis, que era un vendido. En cuanto mi familia se lo pedía, él le contaba lo que hiciera falta sobre mí. Lo único que le agradecí a mi ex mejor amigo, fue que no le contase nada de Marcus y Devon a mis padres. De haberlo hecho, habría tenido serios problemas de los que no sabría cómo salir.

—¿Qué ha pasado, Tracy? —volvió a preguntar.

—Mi padre me ha pegado un guantazo —respondí y ella se asombró.

—¿Por qué?

Comencé a narrarle todo lo sucedido con detalles, desde la noche anterior cuando me fui con su novio y cómo acabé acostándome con Marcus en mi cabaña. Lo de después, fue la guinda del pastel y por eso había decidido esconderme de todos. Mi amiga no podía creer que Curtis hubiera hecho eso, se suponía que era mi amigo y que tenía que tapar todo lo que yo hiciera, al igual que yo a él. Después de todo, ese era el trato, ¿no? No obstante, para él fue más importante quedar mejor con mi familia en vez que conmigo.

—Siento que haya acabado tu día así. —Me abrazó—. Pero bueno, algo positivo hay que sacar de todo esto, ¿no? —Me encogí de hombros sin entender a qué se refería—. Tú y Marcus. —Sonreí—. Mira cómo se te ilumina la cara. —Nos carcajamos—. Amiga mía, tú estás enamorada.

¿Enamorada? Claro que no estaba enamorada de Marcus. Empecé a negar y ella continuó asintiendo. Al final la dejé como caso perdido y arranqué para irnos a cenar algo, pues estaba hambrienta.

CAPÍTULO 21

Marcus

¿Por qué tuve que irme de aquella pelea? Si no lo hubiera hecho, no le habría pasado nada a Nick. Nos sentamos en las sillas alrededor de su mesa y nos quedamos en silencio. Ninguno podía hablar. Yo, por no cagarla, porque estaba realmente cabreado y no quería decir algo de lo que tuviera después que arrepentirme. Devon porque se dio cuenta de que yo siempre había tenido razón. Y Nick... él no podía articular palabra, estaba seguro de que dijera lo que dijera, mi cabreo se multiplicaría por mil e iría a buscar a Dixon para darle su merecido.

Me levanté como un resorte, estaba tan cabreado que no era capaz de seguir allí sentado sin hacer nada y sin defender a Nick como se merecía. Lo peor de todo, era que su propio hijo estaba allí y estaba seguro de que ese cabrón no hizo nada por su padre.

—¿Adónde te crees que vas? —preguntó en cuanto me di la vuelta para marcharme—. Ni se te ocurra hacer lo que creo que estás pensando.

—No hay otra opción, Nick. Iré a darle la cara a Dixon y haré lo que él quiere. —Giré sobre mis talones, quedando frente a él—. Pelearé con tu hijo.

—No, no lo harás —sentenció y comencé a negar incrédulo. ¿Es que acaso quería que lo mataran?—. Ya no hace falta que lo hagas. —No entendía a qué se refería, así que le miré pidiéndole que se explicara—. Será mejor que vuelvas a sentarte.

—Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Estás así por mi culpa y tengo que...

—Deja ya de hacerte el héroe con todos, Marcus —me interrumpió—. Siempre estás dispuesto a sacarme las castañas del fuego y te lo agradezco, pero en esta ocasión fui yo quién lo hizo.

Comenzó a contarnos todo lo sucedido desde que me fui, lo que le hicieron por ello y lo que había conseguido. El que me hubiera ido de esa pelea a Dixon no le hizo gracia, lo vio como una provocación por mi parte y estaba dispuesto a buscarme para darme mi merecido. No obstante, Nick se echó la culpa y eso cabreó mucho más a ese tipo. Lo amenazaron de muerte, lo golpearon hasta que se cansaron y su hijo no se enteró de nada porque supieron hacerlo muy bien. No estaba seguro de que hubiera defendido a su padre y supuse que por eso no dejaron que viera lo que harían con él, para cuidarse las espaldas por si acaso.

La cuestión era que había conseguido que me dejaran en paz. Con la paliza que le dieron a Nick fue suficiente para Dixon y le dijo que jamás volverían a buscarme por no ser lo bastante hombre para pelear con sus campeones. Una parte de mí quería creer lo que me contaba, pero la otra me decía que debía estar alerta. No podía confiar en que fuese real, que me dejarían tranquilo para siempre; algo me olía mal, muy mal.

—Entonces ya está, podemos volver a nuestra casa —dijo Devon tras suspirar.

—Así es, muchacho. Ya podéis hacer vuestra vida normal —respondió Nick.

—¿Seguro? Es decir... no dudo de tu palabra, pero sí de la de Dixon y ese tipo no es de fiar —intervine haciéndole conocedor de mis pensamientos.

—No tienes de qué preocuparte, hijo. —Se levantó—. Ahora marchaos, tengo cosas que hacer. Además, tendré cerrado un par de días, necesito descansar —asentí a la vez que me levantaba.

Nos despedimos de él y, antes de salir del gimnasio, me llamó para tirarme las llaves de mi moto. Cogí el casco que estaba en la entrada y nos marchamos a nuestra casa. Aunque no podíamos olvidarnos de ir hasta la cabaña para recogerla y dejarla tal y como nos la habíamos encontrado.

Nada más pensar en Tracy, sentí la necesidad de volver a verla. ¿Dónde estaría en ese momento? Aún no tenía su número de teléfono, pero estaba seguro de que mi hermano sí. En cuanto llegásemos a nuestra casa, se lo pediría y la llamaría para hablar con ella, aunque fuera solo por escuchar su voz.

Condujimos tranquilos, no había necesidad de correr pues ya no teníamos que escapar de nadie. Cuando entramos por la puerta ya era de noche. ¿En qué momento había pasado tanto tiempo? Lo primero que hice fue ir a mi habitación para cambiarme de ropa; tenía bastante calor. Me quité la camiseta y me tiré en la cama, quedando boca abajo unos segundos. Necesitaba descansar, dejar de pensar en lo que había pasado para centrarme en seguir con mis entrenos, con mi trabajo y, sobre todo, en conocer más a Tracy. Quería saber todo sobre ella y que supiera todo de mí. Siempre seguiría pensando que no era suficiente para una chica como Tracy, pero me costaba demasiado dejar de verla, y más después de haber pasado la noche juntos. No era un hombre romántico, jamás lo fui. Sin embargo, con ella deseaba hacer cosas inimaginables.

—¡Hermano! —gritó Devon al otro lado de la puerta sacándome de mis pensamientos.

—¡Pasa! —le pedí alzando la voz.

—Voy a salir con Aylin, ¿te vienes? Está con Tracy —comunicó nada más entrar levantando las cejas.

—¿Adónde vamos? —Me levanté rápidamente y me vestí con lo primero que pillé del armario.

Devon se rio, provocando que me enfadase un poco... solo un poco. Cogí la almohada de la cama y se la tiré a la cara para que dejase las burlas.

—Marcus, Marcus —repitió mi nombre—. Por más que digas que no estás enamorado de Tracy, tú mismo te delatas. —Le pegué un codazo a la vez que negaba, pero sin dejar de sonreír.

—Vamos, déjate de tonterías ya.

Antes de arrancar las motos, le pregunté a dónde iríamos y me sorprendí al enterarme de que las chicas estaban en el búguer donde cenamos hacía varias noches. Sonreí a la vez que me ponía el casco.

El establecimiento no estaba tan lejos, así que en poco tiempo habíamos llegado. Aparcamos enfrente y cruzamos la carretera. Me sentía nervioso y ansioso. Tenía demasiadas ganas de volver a verla y eso que solo hacía unas horas que se había ido de la cabaña. Sorteamos a algunas personas que estaban esperando que quedase algún sitio libre, mientras mis ojos viajaron hasta la mesa en la que estuvimos cenando la primera vez y ahí estaban las dos.

En cuanto Aylin vio a mi hermano se le iluminó el rostro, la morena estaba bastante enamorada de Devon y no podía esconderlo. Tracy, al percatarse de que su amiga miraba hacia nosotros, se dio la vuelta y nuestros ojos se encontraron. Fue un instante, un pequeño momento que nos hizo entender lo mucho que necesitábamos vernos.

Aylin se levantó para darle un beso a mi hermano. Pensé que ella no lo haría y que me saludaría normal, pero me sorprendió imitando a su mejor amiga. Sus labios me supieron a gloria, a algodón de azúcar recién hecho... a todo aquello que nunca creí que podía tener.

Sus manos rodearon mi cuello al mismo tiempo que yo la estrechaba entre mis brazos, buscando el calor de su cuerpo. Nos quedamos prendados el uno del otro, como si no nos viéramos desde hacía días, en vez de horas, y ahí supe que algo crecía en mi corazón con bastante fuerza.

—Hola —la saludé a la vez que le daba un beso en la punta de su nariz.

—Hola. —Sonrió y sus ojos brillaron de un modo especial.

¿Qué nos estaba pasando? ¿Era real todo lo que estábamos sintiendo? Ya me había colado de ella la noche de la fiesta, la noche que deseé besarla hasta que nuestros pulmones pidieran clemencia. Además, nuestros encuentros habían sido bastante fugaces a la vez que ardientes. No nos habíamos visto tanto como para estar así, pero había sido tan intenso que se estaba creando un vínculo entre ambos.

—Te he echado de menos —declaré sin pensarlo.

Otra cosa que había conseguido de mí: ser espontáneo y decir las cosas sin pensarlas primero. Algunas personas pensarían que eso era ser imprudente, pero yo lo llamaba ser honesto y sincero. Cuando dices las cosas que te salen así, son las más verdaderas que tus labios pueden pronunciar.

Nos separamos y Aylin y Devon nos miraban con una ceja alzada. Me parecía muy cómico que fueran tan iguales dos personas que se conocían de tan poco tiempo. Tracy y yo nos sentamos en el mismo sitio que la primera noche que cenamos allí, cuando se comió la hamburguesa picante que la hizo ganadora. Su foto ya colgaba en la pared del triunfo y sonreí al recordarlo. Me fijé en su cuello y vi lo bonito que le quedaba el colgante que le regalé. Saber que la música le gustaba tanto me encantó, ya que teníamos eso en común.

—¡Vaya, vaya! Ha regresado la última ganadora —comentó Dexter al llegar a nuestra mesa.

—Hola, Dexter —lo saludé apretando su mano.

—¿Qué tal chicos? ¿Qué vais a cenar? Creo que esta noche le toca a otro ganarse un puesto en la pared. —Tracy lo miró con una sonrisa y él le guiñó un ojo.

—No, dejemos que la parejita sean los únicos ganadores —dijo Devon señalándonos a ambos y soltamos una carcajada.

Al final pedimos hamburguesas normales, sin nada de picante y de un tamaño más normal. Dexter se fue a marchar nuestros platos, dejándonos de nuevo solos, y comenzamos a hablar de todo un poco. Me reía con las ocurrencias de Aylin y cómo se metía con Tracy. Contaban anécdotas vividas juntas y en las que Curtis también estaba. Observé el cambio en el rostro de ella cuando su amiga le mencionó, eso me hizo entender que algo no iba bien con ellos y esperaba que ese tipo no le hubiera hecho nada que la pusiera triste.

Ver sonreír a Tracy era un regalo y no iba a permitir que dejase de hacerlo.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes unos hoyuelos preciosos? —le pregunté tras pensar en ello, pues quería que supiera lo mucho que me gustaba.

Tracy se sonrojó mientras me miraba. Negó sin mediar palabra, percibí su nerviosismo e hice lo que creí que haría que se calmara. Pasé mi brazo izquierdo por sus hombros y la pegué a mi cuerpo.

—Te pones mucho más bonita cuando te sonrojas. —Seguí con ese arranque de romanticismo.

—Gracias —musitó—. Es la primera vez que alguien me dice algo así. —Sus palabras sonaron sinceras.

—Pues no será la última, Tracy.

No le decía mucho su nombre, pues siempre me había referido a ella por hoyuelos y la verdad, me sentí bien. Rocé sus labios con los míos en un intento fallido de no besarla, algo que me estaba costando horrores. Me estaba volviendo adicto a su boca... no, ya era adicto a sus besos y no me veía con las fuerzas suficientes para desengancharme.

CAPÍTULO 22

Tracy

Aylin me hizo contarle con pelos y señales todo lo sucedido con Marcus y, a cada detalle que le daba, su boca más se abría por la sorpresa. Hubo un momento en el que se puso a chillar como una posesa, haciéndome reír y provocando que me uniera a ella. ¿De verdad me sentía tan bien con solo recordarle? Marcus se estaba haciendo muy fuerte en mi mente y si seguíamos así, crecería también en mi pecho... en mi corazón. No sabía si estaba preparada para enamorarme, tampoco estaba segura de qué era estarlo, pues nunca había sentido todo eso.

—No me creo que un tío como Marcus sea así —habló con diversión.

—Yo tampoco me lo creí hasta que... —Me quedé callada cuando recordé el momento y sentí un calor sofocante subir desde mi sexo.

Tenía claro que deseaba repetir la noche anterior todas las veces que fueran posibles. Si sentirse amada era una sensación increíble, sentirse así por Marcus... eso debían ser palabras mayores.

No estaba diciendo que él estuviese enamorado de mí, ni mucho menos. Como yo tampoco podía asegurar que lo que sentía por Marcus fuese amor. No obstante, cuando nos acostamos, no fue solo sexo y me lo demostró. No follamos como locos, no fue solo echar un polvo sin más. Marcus y yo hicimos el amor.

Llevábamos un rato sentadas en el coche y se me ocurrió ir a cenar al búrguer donde me comí aquella hamburguesa del reto. Se lo comenté a Aylin y le gustó tanto la idea que me dijo que llamaría a Devon. A mí también me encantó, para qué negarlo, y deseaba que él viniera con su hermano también. No hacía mucho que nos habíamos visto, pero ya necesitaba estar a su lado, besarle y sentirme cobijada entre sus brazos.

La escuché hablar con su novio, porque supuse que ya estaban juntos. Aunque podían tener la misma relación que Marcus y yo teníamos; aun no éramos pareja, pero como si lo fuéramos, ¿no? No sabía responderme a eso y estaba loca por tener las cosas claras de una vez. De todas formas, me gustaba vivir el día a día y llenar mi vida de momentos inolvidables con personas maravillosas. Lo único que me iba a llevar para siempre eran los recuerdos y eso era mejor que cualquier otra cosa material.

Arranqué una vez que me dijo que irían con intención de llegar hasta el local. No me conocía muy bien el camino, ya que cuando fuimos, yo iba en la moto con Marcus; así que Aylin buscó la dirección en Internet y puso el GPS para ayudarme a llegar y no perdernos.

—¿Sabes? Me gusta tanto Devon que me da miedo —declaró de pronto.

—Por fin me cuentas algo sobre él. Que mucho «dame detalles» y luego no lo haces tú. —Conseguí arrancarle una risita nerviosa.

—Tienes razón, amiga mía —respondió a la vez que asentía—. No sé si somos novios,

aunque ya todo el que nos ve dice que lo somos y él no lo ha desmentido. Aun así, me gustaría que me lo dijera para tenerlo claro. ¿Qué crees tú? —me preguntó muy seria.

«Pidiendo opinión a la que menos puede ayudarla», pensé mientras negaba.

—No soy la más indicada para responderte a eso, yo misma no tengo ni idea de la relación que tenemos Marcus y yo, y aunque me gustaría saberlo, he decidido vivir el momento y que pase lo que tenga que pasar —respondí con sinceridad, aunque con algo de nerviosismo.

Se me instalaba un nudo en el estómago cuando pensaba en él, que si eso eran mariposas, seguramente serían mutantes porque me apretujaban muy fuerte.

El tiempo que duraron tres canciones fue lo que tardamos en llegar al local. Aparcamos el coche justo delante, sintiéndome afortunada por haber encontrado un aparcamiento tan cerca.

Entramos y buscamos a Dexter con la mirada. Este, al vernos, vino hacia nosotras y, tras darnos la bienvenida, preguntó por sus amigos. Le dijimos que llegarían enseguida y nos llevó a la misma mesa de la vez anterior.

—Muchas gracias, Dexter —le agradecí.

—Lo mejor para la última campeona —soltamos una carcajada—. Vuelvo cuando lleguen los chicos, ¿vale? —asentimos y se dio la vuelta para irse a la cocina.

—Ese camarero no está nada mal, ¿verdad? —apuntó Aylin haciéndome reír.

—Oye, que tú tienes novio —repliqué divertida.

—Sí, pero los ojos se crearon para ver y yo miro a todos los chicos guapos que se cruzan en mi camino.

—Eres de lo que no hay —dije riéndome.

De pronto, mi móvil comenzó a sonar y comprobé que volvía a ser Curtis.

—¿No vas a cogerlo? —Se interesó Aylin y negué con la cabeza—. En algún momento tendrás que hablar con él, Tracy.

—Lo sé, pero no será hoy. —Se encogió de hombros y volví a guardar el móvil en su lugar.

Sabía que tenía que hablar con él y aclarar lo que había pasado. En ese momento, tras pensarlo fríamente, entendí que mi mejor amigo se había preocupado por mí; pero antes de hablar con mis padres, debió averiguar con quién podría estar. No quería castigarle, mucho menos vengarme, pero tenía que entender que nuestra amistad estaba llegando demasiado lejos por culpa de nuestras familias. Ellos creían que éramos novios y esa farsa debía terminar de una vez antes de que fuera demasiado tarde.

Me percaté de que Aylin miraba a alguien y me giré para comprobar quién era. Nuestros ojos conectaron como si no existiera nadie más a nuestro alrededor y ahí estaban de nuevo esas mariposas brutas que apretaban mi estómago, cerrándolo por completo. ¿Era posible perder el apetito con solo ver a la persona que te gustaba? No creía que fuese algo real, pero lo era.

Aylin se levantó para saludar a su chico y me quedé anclada sin poder apartar mis ojos de él. Cuando reaccioné, imité a mi amiga y me acerqué a Marcus para saludarle como era debido. Sus brazos rodearon mi cintura a la vez que yo rodeaba su cuello. Nuestros cuerpos volvieron a unirse, conectándonos tanto que parecíamos hecho el uno para el otro, como un rompecabezas que buscaba las últimas piezas. Nos besamos con desespero, como si llevásemos sin hacerlo

desde hacía días y no horas. Cuando fuimos capaces de separar nuestros labios, me saludó:

—Hola —musitó a la vez que besaba la punta de mi nariz.

—Hola —respondí echa un manojo de nervios.

Era tan tierno y especial que me daba tanto miedo enamorarme de él. No era porque fuéramos diferentes, pues no creía que fuese eso. Mi miedo iba más allá de toda esa tontería, mi temor era que no quería sufrir. «En esta vida hay que arriesgar, es la única forma de vivir», otra gran verdad que me soltaba mi subconsciente.

Cenamos entre miradas, risas, besos robados y susurros por parte de él que hicieron que estuviese sonrojada toda la noche. Me gustaba oírle decir tantas cosas bonitas, la verdad es que no estaba acostumbrada a que alguien me hablara así o me dijera que mis hoyuelos le parecían preciosos.

En aquella ocasión no pedimos la hamburguesa picante, con haber ganado una vez fue suficiente, así que elegimos los menús normales con hamburguesa y patatas.

—Mmmm —gemí de puro placer, la comida en ese lugar estaba demasiado buena.

—Veo que te gusta —comentó, provocando que volviera a sonrojarme.

—Sí —respondí a la vez que tragaba el último bocado—. No había probado nunca una hamburguesa tan rica.

—Pues tendré que traerte más veces, con tal de seguir escuchando tus gemidos. —Eso último me lo dijo en el oído, para que solo yo lo escuchara.

—Secretos en reunión son de mala educación —intervino Aylin haciéndonos reír.

—Solo le decía que la traería de nuevo a cenar aquí —respondió Marcus.

—¡Yo también me apunto! —exclamó alzando la voz.

Cuando terminamos de cenar, Aylin y Devon no tenían intención de separarse y, aunque habíamos ido juntas, me dijo que prefería volverse con su novio y acepté. La entendía y no podía negarme a ello. De todas formas, yo tenía mi coche y podía irme sola, no sería la primera vez que conducía de noche hasta mi casa.

—Tracy —me llamó Marcus—. ¿Quieres dar un paseo? —preguntó y volví a sentir esas mariposas patear mi estómago.

—Me gustaría, pero tengo mi coche —le comuniqué esperando que insistiera, pues no quería perderme ese paseo de ninguna manera.

—Bueno, pues sígueme con tu coche. ¿Te parece bien? —asentí con una sonrisa de oreja a oreja.

Marcus se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos, haciendo que mi cuerpo comenzara a temblar. Llevó sus labios hasta mi cuello y lo besó con delicadeza, con una lentitud que me mataba. Era como si quisiera alargar todo lo posible ese momento, como si no quisiera que acabase. Claro que ninguno de los dos quería que terminase la noche y tener que separarnos, y me lo demostró cuando me pidió dar ese paseo.

Nos subimos a nuestros vehículos y Marcus hizo que le siguiera hasta un parque que no estaba muy lejos, cosa que agradecí ya que no quería perder mucho tiempo. Esa noche tenía que

dormir en mi casa si no quería tener más problemas con mis padres. Me sentía la Cenicienta que iba al baile y que solo tenía hasta las doce. En mi caso, no tenía hasta las doce, pero pobre de mí como no llegase a dormir.

Unos minutos después, aparcó la moto y dejé mi coche al lado. En cuanto pudimos, nos dimos la mano para dar ese paseo como si fuéramos novios. Aún no podía creerme que estuviéramos así, que después de cómo comenzaron nuestros encuentros, quisiéramos pasar la mayoría del tiempo juntos.

—¿Te gusta? —Se interesó a la vez que nos sentábamos en unos bancos.

La verdad es que el lugar era precioso. Tenía muchos árboles llenos de flores de varios colores y un sendero que llevaba a un pequeño lago, también me gustó que estuviera tan bien alumbrado.

—Es la primera vez que vengo aquí —dije sincera—. He estado tan metida en la burbuja que mis padres crearon para mí, que apenas conozco la ciudad donde vivimos —suspiré—. ¿Sabes? Te escuché cuando hablabas con Devon anoche. —Frunció el ceño—. Le decías que éramos muy diferentes y no estoy de acuerdo, Marcus. —Le miré a los ojos—. Puede que a simple vista seamos de mundos distintos, pero tú y yo somos iguales.

—¿A qué te refieres? —quiso saber poniendo toda su atención en mí.

—Mis padres tienen mucho dinero y bastantes propiedades, eso no es un secreto para nadie... pero yo no soy feliz. ¿De qué me sirve tenerlo todo en la vida si me hace falta lo más importante? —Mis ojos se humedecieron al percatarme de lo que era más que evidente: me dolía la indiferencia de mis progenitores.

—¿Y qué es eso, Tracy?

—El amor de mi familia. —Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y me arrepentí al instante por abrirme tanto a él.

No es que fuese un secreto que no tenía buena relación con ellos, pero era la primera vez que decía en voz alta lo que sentía, lo que tenía clavado en mi corazón. Marcus secó mis lágrimas con besos, unos dulces besos que conseguían sanar mi alma.

—Yo estoy contigo, Tracy... yo estaré contigo —declaró y llevó sus labios a los míos.

CAPÍTULO 23

Marcus

Escucharle decir que no tenía el amor de sus padres me partió el corazón. ¿Qué clase de personas no eran capaces de amar a una hija como ella? No es que supiera demasiado de su vida, pero lo poco que había visto era bueno. Tracy cumplía con las expectativas de todo padre: estudiaba, tenía buen comportamiento y hacía lo que ellos decían. ¿Qué más querían?

Entendí que era el momento de sincerarse, de contarnos nuestras vidas para conocernos más profundamente. Me costaba hablar de mi pasado, pero me sentía tan bien con ella que creí que era la persona idónea para escuchar todas mis mierdas.

—Mi padre nos abandonó cuando éramos unos niños —hablé de pronto, tras una pausa en la que solo quería besarla hasta que se sintiese mejor, hasta que sus lágrimas fueran un mal recuerdo.

Tracy me miró con los ojos muy abiertos, dejándome ver ese bonito azul que rodeaba sus pupilas. Llevó una de sus manos hasta la mía y la apretó con delicadeza, enseñándome así que estaba conmigo, que me escucharía y apoyaría.

Era extraño percibir el apoyo de alguien al que prácticamente acababas de conocer.

Era extraño querer abrirme en canal con una perfecta desconocida.

Era muy, muy extraño... desear contarle hasta mis más profundos secretos y que ella me contase los suyos.

—Ese señor —siseé, sintiendo mi cabreo florecer—, engañó a mi madre con otra mujer durante varios años y, de un día para el otro, nos dejó.

Yo también quise llorar, mis lágrimas intentaron salir pero no las dejé. Jamás lloraría por un hombre como él, por el tipo que decía ser mi padre. No merecía ni que le recordase, aunque fuese imposible no hacerlo.

—Lo siento mucho, Marcus. Debió ser muy duro —me consoló, acariciando mi espalda con su mano derecha.

—Nos dejó en la calle sin nada. Mi madre tuvo que hacer muchas horas extras en el hospital para poder pagar la casa en la que vivimos mi hermano y yo ahora.

—¿Es doctora? —Se interesó, haciendo que la mirase.

—De las mejores. —Sonreí a la vez que recordaba lo buena que era.

—¿Me la presentarás algún día? —Su pregunta me sorprendió ya que pensé que sabía que mi madre no estaba viva. Comencé a negar con lágrimas en los ojos porque ella sí se las merecía.

—Falleció hace unos años. —Percibí la incomodidad de Tracy al escucharme decir eso y se

disculpó de inmediato.

Me abrazó con fuerza y lloré como nunca, como si no hubiese derramado bastantes lágrimas por mi madre, por todo lo que nos había tocado vivir y lo que todavía seguía soportando. A veces, pensaba que si mi padre no nos hubiera dejado, en ese momento no estaríamos así. Después recordaba lo hijo de puta que había sido y se me pasaba. Yo era lo suficientemente hombre para sacarnos adelante a mi hermano y a mí, aunque Devon también trabajase.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —musitó notablemente nerviosa.

—Ya me estás preguntando —respondí regalándole una sonrisa.

—No era esa, capullo. —Nos reímos—. ¿Es por eso por lo que boxejas? —Se interesó, llegando al tema del cual aún no habíamos hablado.

Yo sabía que no a todo el mundo le gustaba el boxeo. Suponía que la mayoría de las personas pensaban que los boxeadores éramos unos salvajes que no podíamos hacer otra cosa más que pelear.

—Si no quieres responder...

—Sí, claro —la interrumpí—. Siempre me ha gustado el boxeo y ya entrenaba con Nick cuando mi madre aún estaba viva...

—¿Quién es Nick? —inquirió curiosa.

Le hablé de él con cariño, pues se lo tenía y mucho. Ese hombre nos ayudó a mi hermano y a mí porque así lo quiso. Le prometió a mi madre que se encargaría de nosotros y cumplió con su promesa.

—Debe de ser un buen hombre —asentí, agachando la cabeza.

Se quedó en silencio unos segundos, parecía estar buscando las palabras adecuadas antes de volver a hablarme. No quería que se reprimiera, que me preguntase todo lo que quisiese saber. Aunque todavía me costase contar ciertas cosas de mi vida, con Tracy era diferente... ella lo era.

—¿Seguirás peleando? —dijo al fin y no sabía qué responderle a esa pregunta. Negué, asentí y me encogí de hombros—. Veo que lo tienes muy claro.

—Tengo mucha rabia acumulada en mi interior, Tracy, y solo pelear logra que me calme... hasta que has llegado tú. —Eso último lo dije bajito, acercándome a ella hasta el punto de respirar el mismo aire.

Llevaba muchos minutos sin saborear sus labios y ya no podía aguantar más las ganas de besarla. Subí mis manos hasta sus mejillas y pegué mi boca a la suya, ella la abrió un poco dándole acceso a mi lengua que se moría por probar la suya. En cuanto la notó, soltó un pequeño jadeo que alimentó mis ansias de hacerla mía de nuevo, de tenerla debajo de mi cuerpo gimiendo mi nombre. Era una locura, una puta y tortuosa locura que acabaría con nosotros en cualquier momento.

No había nadie cerca de nosotros en aquel parque, lo que hizo que ella se levantara para volver a sentarse a horcajadas sobre mí. Noté como mi polla se endurecía, me excitaba mucho que estuviese así, presionando su sexo contra el mío.

Nos besamos, sin importar el lugar y mucho menos la hora. Nos besamos aguantando el aliento. Nos alimentamos del otro... respiramos el aire en común. Mis manos se metieron por

debajo de su blusa con la intención de acariciar su espalda. Percibí su excitación, su deseo, y ella notó el mío.

—Debemos parar o no podré contenerme, hoyuelos —murmuré con la voz ronca.

—Lo sé —respondió entre jadeos.

Llevó sus labios hasta mi cuello para después, delicadamente, pasar su lengua sobre mi piel erizándome por completo.

—Tracy —la nombré—. Quiero hacerte el amor... quiero... —No pude decir nada más porque sus labios volvieron a interrumpirme y ya no pude parar de besarla.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero los minutos corrían a una velocidad que, cuando nos quisimos dar cuenta, llevábamos besándonos en el parque más de media hora. Alejé mi boca de la suya unos milímetros para contemplarla y no había mujer más bonita que ella; Tracy tenía los labios rojos e hinchados por mis besos, las mejillas rosas y los ojos brillantes. Era la imagen perfecta para guardarla en mi memoria para siempre, aunque dudaba de que pudiese olvidarla.

—Debo regresar a mi casa —comunicó haciendo pucheros.

—¿De verdad? —asintió—. Me habría encantado volver a pasar la noche contigo —dije nervioso y ella sonrió complacida.

—A mí también, pero si no vuelvo ya tendré serios problemas.

Nos levantamos y caminamos hasta nuestros vehículos agarrados de la mano. Aún no sabía exactamente qué éramos, pero podía asegurar que parecíamos novios y me gustaba la sensación de creer que así era.

—Bueno, me lo he pasado muy bien. —Abrió la puerta de su coche.

—Un momento. No pensarás que dejaré que te vayas sola, ¿verdad? Voy a acompañarte —propuse.

—No es necesario, Marcus. Sé llegar a mi casa, ¿lo sabías? —respondió en tono burlón.

—No lo dudo, pero me quedo más tranquilo si te acompaño y no acepto un «no» por respuesta. —Se le escapó una risita nerviosa que atrapé con mis labios—. Cada vez me cuesta más no besarte, Tracy —declaré sincero—. ¿Qué estás haciéndome? ¿Es una clase de brujería? —pregunté riéndome, provocándola.

Tracy me dio un pequeño codazo que ni siquiera me movió un milímetro y solté una carcajada.

Dejé que se subiera al coche si quería volver a su casa a tiempo. Ya era tarde y seguramente su madre estaría pendiente de que cumplía con la promesa de dormir esa noche bajo su techo. Arrancó y yo lo hice también para ir detrás de ella.

El camino fue un poco largo ya que estábamos bastante lejos de la zona residencial, o el barrio de los pijos, como yo lo llamaba. Recordé que una vez fui parte de ellos, que también vivía en aquellas casas tan enormes; juraría que no utilizaban ni la mitad de los metros que tenían. Qué ironía, ¿no? Después de odiar todo aquello a muerte, en ese momento me estaba enamorando perdidamente de una chica de ese mismo mundo. ¿Había dicho *enamorando*? ¿Estaba seguro de ello? Comencé a negar, pues no sabía si lo que sentía por Tracy era amor o solo un deseo que no podía controlar.

Cuando llegamos, aparcó y se bajó del coche para despedirse de mí. Me quité el casco un momento y me dio un beso en los labios que no duró todo el tiempo que me habría gustado.

—No tengo tu número, ¿me lo das? —recordé que aún no se lo había pedido a mi hermano.

—Dame tu móvil —pidió y estuvo unos segundos marcando lo que, supuse, sería su número—. Espero que me llames pronto, así podré guardar el tuyo.

Giró sobre sus talones para caminar hasta su casa mientras que yo veía el nombre que había puesto en mi agenda: hoyuelos. Sonreí como un estúpido y le di a la tecla de llamada, lo que hizo que parase y se volviera para mirarme.

—No me refería ahora, Marcus —me regañó enseñándome su bonita dentadura y sus mejillas sonrojadas.

—Lo siento, no lo sabía —soltó una risita de lo más tierna—. Ahora ya tienes mi número, hoyuelos. —Le guiñé un ojo.

Tracy corrió hacia mí y me besó de nuevo, demostrándome lo que ya sabía; ninguno de los dos éramos capaces de pasar más de un minuto sin probarnos. El beso duró menos de lo que me hubiera gustado, pero comprendí que debía entrar ya. Además, era muy tarde y yo aún tenía que conducir hasta mi casa.

Me despedí de ella justo antes de que desapareciera tras la puerta, me puse el casco y arranqué para irme de aquel lugar que no pisaría si no fuera porque vivía la chica que me gustaba.

Llegué a mi casa bastante tarde y me encontré a mi hermano viendo la tele tumbado en el sofá.

—Ya era hora. ¿Dónde has estado? Estaba preocupado —comentó echándome una mala mirada.

—Lo siento, tenía que haberte llamado. La acompañé hasta su casa...

—Oh, vaya —me interrumpió—. ¿Y qué tal? —preguntó sacando su parte más cotilla.

—Bien... bastante bien —suspiré—. Hemos hablado mucho y es la primera vez que siento que puedo ser yo mismo, ¿sabes? —Se me dibujó una sonrisa al recordarla—. Es tan especial... No sé si esto que siento es amor, pero...

—Ya te lo dije, Marcus. Estás enamorado de Tracy y podría jurar que ella también de ti, solo hay que veros.

—Puede ser, pero no quiero pensar en ello. —Me levanté para ir a mi habitación, estaba muy cansado.

—¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? —Devon me siguió.

Entramos a mi cuarto y me descalcé. Me senté en la cama y él hizo lo mismo. No iba a dejar pasar la conversación, por mucho que yo no quisiera hablar. Mi hermano era muy testarudo y no se daba por vencido muy rápido. No obstante, yo lo era mucho más y cuando decía que no, era un *no* tan grande como la casa de Tracy. Aun así, esa noche me sentía tan bien, que no le dejaría sin respuesta.

—Tengo miedo de enamorarme de ella y que todo se acabe por culpa de su familia —declaré acojonado—. Sé que no somos tan diferentes como creía, pero sus padres no estarían de acuerdo en que tuviéramos una relación. ¿Tú crees que Tracy se peleará con ellos por mí? —no

respondió, sabía que tenía razón—. Claro que no, no lo haría y yo tampoco querría que lo hiciera. Ya sabes lo importante que es tener a tus padres a tu lado, aunque estos no te den el cariño suficiente y no podría cagar sobre mis hombros el que ella se quedase sin su familia por mí.

Devon comprendió lo que quería decirle y, tras darme un abrazo, salió de mi habitación dejándome hecho un maldito lío. ¿Por qué tuvo que preguntarme? Esa noche iba a ser muy larga, pues iba a pasármela pensando en Tracy y en el sentimiento que comenzaba a crecer en mi pecho por ella. Probablemente era amor, aunque no estaba seguro, jamás me había enamorado.

—¿Por qué eres tan increíble? —pregunté bajito, imaginándome que estaba frente a mí y que me escuchaba—. Estás tan loco que hasta hablas solo.

Cansado de dialogar conmigo mismo, me acosté con la clara intención de quedarme dormido, aunque fuese después de horas de dar vueltas pensando en lo mucho que deseaba tenerla a mi lado.

CAPÍTULO 24

Tracy

No quería alejarme de él, estaba siendo una noche maravillosa y hacía mucho tiempo que no me sentía tan bien al lado de un chico. Me despedí de él con desgana y entré en mi casa enfadada. Si mis padres no se hubiesen puesto tan pesados habría pasado la noche con Marcus.

—Pensé que ya no vendrías. —La voz de mi madre me asustó.

Tras cerrar la puerta me la encontré con su carísimo conjunto de camisón y bata de seda que le quedaba tan perfecto. No podía negar que mi madre era muy guapa y, aun siendo una mujer de casi cincuenta años, tenía un cuerpo envidiable. Me parecía a ella físicamente, aunque poseía el mal carácter de mi padre.

—Dije que vendría y aquí estoy —respondí secamente.

Pasé por su lado rápidamente para subir a mi habitación. Mi madre me cogió del brazo, impidiéndome la huida. Parecía que todavía quería hablar más.

—¿Pasa algo? —pregunté mirándola a los ojos fijamente.

—¿Quién era el chico que te ha acompañado? —Abrí los ojos sorprendida.

—¿Me estás espiando? —negó con indiferencia.

—Justo has llegado en el momento en que me asomaba para esperarte —habló y, por primera vez, noté algo de sinceridad en sus palabras.

¿Es que acaso mi madre estaba cambiando? No podía bajar la guardia, por si acaso. No podía fiarme de ella y mucho menos de mi padre, pues las personas como ellos, no cambiaban, solo fingían.

—Solo era un compañero de la universidad —mentí.

—¿Y te besas con todos tus compañeros? —Hice una mueca con la boca—. Hombre, Curtis también es tu compañero, además de tu novio —me recordó, como si fuese posible olvidar el estúpido trato que hice con mi mejor amigo.

—En realidad, Curtis y yo...

—Hija, ya sé que habéis discutido, pero no creo que sea tan grave como para engañarle con otro. ¿No crees? —alegó cogiendo mi mano, un acto extraño por su parte—. He pensado que mañana podríamos comer con ellos y así hacéis las paces. ¿Qué te parece?

—No puedo, mamá. Tengo una semana de estudio bastante intensa, aún me quedan algunos exámenes por hacer —comenté—. En cuanto acabe, podremos quedar con ellos sin problema, ¿vale? —asintió—. Me voy a la cama, estoy cansada.

—Tracy, solo quiero que no te enredas con alguien inferior a ti, por favor.

Me quedé con la boca abierta. De todas las cosas que me había dicho a lo largo de mi vida, esta, sin duda, había sido la peor. ¿Cómo se le ocurría? Si supiera que estaba teniendo un romance con un chico que boxeaba, que se ganaba la vida peleando ilegalmente, le daría un infarto. Sin responderle, subí las escaleras.

Me encerré en mi habitación, como siempre, y tras cambiarme, me tumbé en mi cama boca arriba. Necesitaba descansar, dormir algo para no parecer un zombi por la mañana.

Di varias vueltas pensando en él, acordándome de sus besos y sus caricias. Recordando todas las palabras bonitas que me decía. Jamás me hubiera imaginado que el chico que me retó en aquella fiesta iba a ser tan cariñoso.

Con el comienzo de una nueva semana —la última antes de las vacaciones de verano— me di cuenta de que no había pensado en lo que haría todo el tiempo que tendría libre. Recordé que llevaba bastantes días sin coger mi cuaderno donde estaba escribiendo la canción. De pronto, la imagen de Marcus vino a mi mente y comencé a proyectar cada momento con él. No habían sido muchos, pero cada uno de ellos, había sido especial. Sin querer, me vino el título de esa canción, pues aún solo tenía algunas notas. Sin embargo, pensar en él me ayudó a querer seguir con ella, así que como era bastante temprano y tenía bastante tiempo, cogí la guitarra y la libreta. Sabía que a esa hora mis padres no estaban, había que aprovechar el momento.

No nos conocíamos de nada

Pero me sonreíste y creí recordarte

No sentíamos nada

Y aun así, quisiste besarme

Solo un beso... Solo fue el beso

El beso que me dejó sin aliento

Si aún me quieres

Si aún me deseas

Bésame hasta quedarnos sin aliento.

Aún faltaba mucho para acabarla, pero me gustó cómo estaba quedando. Escribí al inicio de la hoja el título: *Hasta quedarnos sin aliento* y se me erizó la piel por completo. No tenía claro lo que me estaba pasando, pero tenía la certeza de que Marcus era el culpable de todo lo que comenzaba a experimentar. ¿Cómo alguien que al principio me pareció un capullo en ese momento me parecía todo lo contrario? Necesitaba verle, besarle. ¡Dios!, jamás me había sentido así por nadie y me asustaba la manera en la que todo se estaba complicando. Si mis padres se enteraban de que me gustaba un chico inferior a mí, como ellos decían, iba a tener serios

problemas.

Guardé la guitarra en su funda y la dejé en su escondite secreto. La verdad es que agradecía que nadie supiera que estaba allí.

Me vestí y desayuné bastante rápido, tenía que recoger a Aylin para irnos a la universidad. Justo cuando subí a mi coche, recibí un mensaje de mi mejor amiga. «¡Vaya! Qué conexión», pensé a la vez que leía lo que me había escrito.

Aylin: Buenos días, amiga mía.

No vengas a recogerme.

Me voy con MI NOVIO en su moto.

Me reí al leer lo de su novio en mayúsculas. Decidí ponerle un simple «ok» y arranqué para irme de una vez. Esa mañana iba a ser movidita, tenía dos exámenes importantes y ya solo me quedaría el último que sería el próximo miércoles. Al menos tenía dos días para estudiar y eso se agradecía. Aunque, a decir verdad, no es que hubiera estudiado demasiado para los que tenía ese día; iba a suspender seguro y eso, aunque no me gustase la carrera, me molestaba.

Llegué a la facultad y, tras saludar a mi mejor amiga y a su novio, me fui con Devon a nuestra aula. Aylin tenía que irse a la suya y ya no nos veríamos hasta el descanso. Por el camino, me crucé con Curtis. Nos miramos, él quiso acercarse, pero no le hablé y seguí andando. No tenía ganas de escucharle en ese momento y mucho menos dejar que volviese a llenarme la cabeza de tonterías con las que no estaba de acuerdo.

—¿Te pasa algo con Curtis? —preguntó Devon. Le miré y me encogí de hombros—. Vamos, Tracy. Os conozco desde hace mucho y sois inseparables. El que no hayas querido saludarle, me da qué pensar.

—Diferencias, nada más —respondí mientras le sonreía—. ¿Estás preparado para los exámenes? —Cambié de tema y se dio cuenta.

—Pues creo que sí, he estado estudiando por la noche. —Fruncí el ceño.

—¿Tú no duermes por las noches? —Se rio—. Lo digo en serio, Devon. Yo he llegado estos días a mi casa agotada, como para ponerme a estudiar. Lo bueno es que atiendo en clase y cojo muchos apuntes. Aun así, creo que voy a suspender.

—¿Y estás tan tranquila? —Se asombró.

—¿Qué más puedo hacer? Me jode muchísimo suspender, pero tampoco pienso calentarme la cabeza con eso. Total, estudio esto porque es lo que quiere mi padre —confesé con sinceridad.

—¿Lo dejarás algún día? —me interrumpió.

—Esa es la idea —dije a la vez que suspiraba—. Antes tengo que decidirme a hacer lo que realmente me gusta.

Seguimos hablando mientras nos sentábamos en nuestros sitios, que estaban uno al lado del otro y eso facilitaba mucho la conversación. No obstante, en cuanto la profesora se dio cuenta, nos miró y tuvimos que callarnos. Minutos después, teníamos nuestro examen sobre la mesa y entonces me concentré en responder a todas las preguntas.

Teníamos una hora para hacerlo, pero acabé diez minutos antes. Le hice una señal a Devon

para decirle que le esperaba afuera y me levanté para dejar las hojas en la mesa de la profesora, quien me miró por encima de las gafas y asintió dándome permiso para salir, como si no tuviera pensado largarme de su asignatura. Al salir, me encontré cara a cara con Curtis en el pasillo. Mi gesto cambió a uno de cabreo y él caminó hacia mí con la intención de hablar conmigo, aunque yo no estaba muy dispuesta a escucharle.

—¿No piensas hablarme nunca más? —Agarró mi brazo—. Joder, Tracy. Sé que la he cagado, pero no puedes castigarme para siempre. —Miré la mano que me sujetaba con demasiada fuerza y me soltó, captando el mensaje.

—Lo tuyo no ha sido una cagada sin más, Curtis —le aclaré, estaba muy cabreada con él—. ¿Te crees que me gusta recibir broncas de mi padre por tu culpa? —Se quedó callado—. No, claro que no. Es más, las odio y lo peor de todo, es que tú sabes cómo es y, aun así, le fuiste con el cuento de que me había ido con un compañero de la universidad.

—No fue para que tu padre se pusiera así...

—Pues no, no lo fue —le interrumpí—. Mierda, Curtis. Sabes que mis padres solo quieren que salga con gente de nuestro nivel y Devon no lo es precisamente. Para ellos, él sería una mierda que tienen que esquivar para no mancharse sus carísimos zapatos de marca.

—¿Y acaso son más que eso? —Abrí los ojos perpleja—. Es decir, Devon y ese tipo, ¿cómo se llamaba...?

—Marcus.

—Sí, Marcus —repitió con desdén—. Ellos no son de nuestra clase, Tracy, y hasta que no lo entiendas, vas a seguir teniendo esos problemas con tu familia. Debes dejar de juntarte con esos tíos antes de que sea demasiado tarde.

Dijo cada palabra con asco, como si para él esas personas no valiesen nada y ahí fue cuando supe cómo era mi amigo de verdad. Jamás nos pondríamos de acuerdo y yo no podía seguir siendo amiga de una persona como él.

En ese momento, justo cuando soltaba toda esa mierda, Devon hizo su aparición. Giré sobre mis talones, clavando mis ojos en él y no me gustó la tristeza que vi en su rostro. No le dijo nada a Curtis, aunque se merecía que le partieran la cara por bocazas. Se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la salida.

—¡Espera, Devon! —lo llamé alzando la voz.

—No pensarás ir detrás de él, ¿verdad? —preguntó Curtis y le miré con asco—. ¿Tracy?

—No vuelvas a dirigirme la palabra. Tú y yo hemos terminado para siempre.

Corrí hacia el aparcamiento para hablar con Devon, pero cuando llegué ya se había ido en su moto. Me quedé mirando fijamente cómo se alejaba y me sentí como una mierda por no haber podido pedirle perdón por las barbaridades que el estúpido de Curtis había soltado. Lo que más me fastidió, fue que no hiciese el otro examen. Devon no podía dejar sus estudios de lado por nada del mundo, así que tenía que hacer algo.

Decidida, fui hasta el aula para hablar con la profesora. No era una mujer muy agradable, pero debía conseguir que le repitieran el examen otro día.

—¿Necesita algo, señorita Ross? —preguntó nada más verme.

—Sí, señorita Madison. Mi compañero Devon Davis, ha tenido que irse de urgencia y no podrá hacer el siguiente examen. Me preguntaba si...

—¿Qué le ha pasado? —me interrumpió con un tono poco amigable.

—Se ha comenzado a sentir mal y no podía mantenerse en pie. ¿Podría ponerle el examen otro día? Me encargaré de hacérselo saber.

Se quedó en silencio unos larguísimos minutos, poniéndome muy nerviosa. Entonces, hizo lo impensable. Me miró y sonrió con dulzura, algo muy inusual en ella; la llamaban «la mujer de hielo».

—Es admirable como eres capaz de hablar por tu compañero, Tracy —comentó—. Por supuesto, dile a Devon que puede hacer el examen el último día de clase.

—¿En serio? —Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla—. Muchísimas gracias...

—Anda, siéntate antes de que me arrepienta.

Me fui a mi asiento con una sonrisa en el rostro, deseando hacer el examen y que llegase la hora de salir para ir en busca de Devon. Solo esperaba que no estuviera enfadado conmigo.

CAPÍTULO 25

Marcus

Otra vez lunes, pero no un lunes cualquiera ya que volvería al trabajo por mucho que Nick no quisiera. Llevaba varios días sin entrenar y ya necesitaba golpear algo, aunque no con la misma rabia que hacía unas semanas.

Salí de mi casa bastante temprano, quería llegar pronto al gimnasio.

Había visto marcharse a mi hermano media hora antes y no pude despedirme de él porque iba con mucha prisa. Ese día lo noté bastante nervioso, aunque seguramente sería porque tenía los últimos exámenes. Solo esperaba que aprobara todo, pues sabía lo importante que era para él.

Aparqué la moto donde siempre y entré buscando a mi entrenador. Fui hasta su despacho y allí estaba tomando una taza de café. Al verme, comenzó a negar.

—Sabía que no te quedarías en casa y justo por eso no te lo he prohibido —dijo sin saludarme—. Además, nunca me haces caso.

—Buenos días, jefe —asintió con una sonrisa.

—Buenos días, muchacho. ¿Quieres un café? —Se levantó y se acercó hasta la mesa donde estaba la cafetera y me sirvió uno.

—Gracias —dije justo cuando me puso la taza delante. Le sonreí—. ¿Qué hay para hoy? —pregunté.

—Realmente no lo sé. Como no sabía si iba a abrir o no, no avisé a tus alumnos —comentó y suspiró con desgana—. De todas formas, puedes entrenar hasta que alguien aparezca —asentí dándole un sorbo a mi café.

—Pensaba hacerlo. Es más, lo necesito —respondí.

—¿Ha pasado algo que deba saber? —Se interesó y me encogí de hombros—. Ya sabes que puedes contarme cualquiera cosa, ¿verdad?

Me quedé en silencio unos segundos, metido en mis pensamientos porque el rostro de Tracy se proyectó en mi mente como si la tuviese delante, como si estuviera viendo una película y hasta me sonreía. Era una jodida locura.

—He conocido a una chica —dije de pronto y él se sorprendió—. No me mires así, Nick —negó levantando las manos a modo de rendición—. Me gusta... me gusta mucho y la verdad es que no sé cómo ha podido pasar. Ya sabes que no soy...

—Si, ya lo sé. Eso de salir con una sola, no es lo tuyo —me interrumpió, haciéndome reír—. Bueno, cuéntame. ¿Cómo es ella? ¿Cómo la conociste?

—Es una larga historia.

—No será tan larga, Marcus. No creo que la conozcas desde hace tanto tiempo.

—Es cierto, fue hace muy poco y por eso precisamente estoy tan... no sé cómo explicarlo. Se llama Tracy —suspiré—. La conocí en una fiesta a la que no quería ir, pero ya sabes cómo se pone Devon de insistente. Fue verla y... —volví a suspirar, como si me faltase el aire—. Solo deseaba besarla, Nick.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Y la besaste? —asentí esbozando una sonrisa pícaro.

—Esa noche la besé y todas las veces que nos hemos vuelto a ver, pero... —Me puse serio de pronto.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te corresponde?

—No, no es eso. Sé que le gusto, me lo ha demostrado. Es solo que ella es de buena familia y no creo que tengamos un futuro juntos. Nuestra relación está sentenciada a morir en cualquier momento, aunque aún no sepa muy bien qué somos en realidad.

Sentí como cada palabra que salía de mi boca me golpeaba con fuerza, como si estuviera en una pelea y no dejara de recibir puñetazos. Una y otra vez. Hasta que caía al suelo inconsciente. Así iba a ser lo nuestro, una pelea de la que no estaba seguro si ganaría. En el boxeo era más fácil, sabías los puntos débiles de tu contrincante. En cambio, no sabía cuáles eran los de ella y mucho menos los de su familia. ¿Estaba dispuesto a pelear hasta el punto de caer rendido ante unas personas que no dejarían de golpearme? ¿Merecía tanto la pena?

Me pasé toda la mañana entrenando y fue como un soplo de aire fresco. Golpeé el saco con fuerza, con ganas de destruirlo. No entendía muy bien el por qué, pero era ponerme delante y comenzar a recordar toda la mierda que había a mi alrededor. Aunque era consciente de que yo mismo usaba todo eso para cabrearme y así soltar toda la adrenalina. No obstante, cuando se suponía que debía estar furioso, pensar en Tracy llegaba a calmarme hasta el punto de olvidarme de todo lo demás. ¿Por qué tenía ese poder sobre mí? ¿De verdad estaba enamorado de ella? Debía tener los ojos bien abiertos y no dejarme llevar por los sentimientos. Qué estupidez, era imposible no dejarme llevar cuando lo que sentía me aprisionaba el pecho con fuerza, dejándome sin aire en los pulmones.

Sabía que iba a ser muy duro tener algo serio con ella y eso era lo único que hacía que quisiera dejar todo de lado y volver a mi rutina, a lo que hacía antes de que ella apareciera en mi vida. Luego, recordaba todo lo que había pasado entre nosotros y volvía a sonreír como un gilipollas.

Frustrado, caí de rodillas delante del saco y golpeé el suelo gritando de pura rabia. Nick me escuchó y se acercó para saber qué me pasaba.

—No es nada, Nick. Siento haberte asustado —me disculpé a la vez que me levantaba—. ¿Qué hora es?

—Son más de la una. —Me sorprendí al saberlo—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, tranquilo. Iré a darme una ducha y a comer, volveré en un par de horas.

No le dejé responder y me marché, estaba hambriento. Nada más salir me encontré a varios chicos con los que entrenaba a veces, nos saludamos chocando nuestros puños. y seguí mi camino.

En el gimnasio éramos como una gran familia, siendo Nick como un padre para todos. Había niños desde los diez años hasta los adolescentes de dieciséis, y después los más mayores. Me encargaba de enseñar a boxear, o más bien de mantener entretenidos, a niños de entre doce y quince años. Sus padres trabajaban mucho y cuando salían de estudiar, venían para pasar la tarde en un lugar seguro. No obstante, no era todos los días.

Me gustaba pasar ese tiempo con los pequeños y demostrarles que el boxeo era más que pelear, que era un deporte magnífico, aunque no a todo el mundo le gustara.

Tras vestirme, cogí mi móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de mi hermano. Enseguida me asusté, así que lo llamé y agradecí que lo cogiera en el segundo tono.

—¿Qué pasa, Devon? —pregunté atropelladamente.

—Nada, solo quería saber dónde estabas —mentía, lo conocía demasiado bien.

—Estoy en el gimnasio, pero salgo ya para comer. ¿Dónde estás tú?

—En un bar. —Me extrañó su respuesta—. Te envío ubicación por mensaje, aquí te espero.

Algo me decía que no estaba bien y más después de escuchar donde estaba. Mi hermano no era de ir a bares y mucho menos en días de exámenes. Era de los que se pasaba horas y horas estudiando. Recibí el mensaje con la dirección; lo conocía y no estaba muy lejos de donde yo estaba.

Conduje bastante rápido, ganándome algún que otro insulto de otros conductores, pero los ignoré y seguí mi camino. Devon me necesitaba y yo debía estar con él.

Llegué a aquel bar que no había pisado nunca y me asombré, pues no era el típico sitio que mi hermano frecuentaría. Entré con el casco en mi mano derecha y busqué con la mirada a Devon, encontrándomelo en la última mesa con una cerveza en la mano, algo también extraño. Me acerqué a él decidido y me senté enfrente sin decirle ni media palabra. Después, me puso mala cara al ver cómo le quitaba la cerveza de las manos.

—¿Qué haces bebiendo a esta hora teniendo después que conducir? ¿Es que acaso quieres matarte? —Mis preguntas no le gustaron y me lo dejó saber con su forma de mirarme.

Se encogió de hombros mientras agachaba la cabeza. Se le veía cabizbajo y eso no me gustó. ¿Qué le había pasado?

—Tenías razón, Marcus. —Me miró de nuevo—. En todo lo que me decías.

—¿Puedes ser más claro?

No entendía muy bien a qué se refería ya que le decía muchas cosas a lo largo del día.

—Nunca seremos buenos para ellos, para nuestros supuestos amigos. —Fruncí el ceño, aún seguía sin entender nada de lo que quería decirme—. No debí llevarte a aquella fiesta y tampoco tendría que haber ido yo.

—¿La fiesta donde conocí a Tracy? —asintió—. No sé qué te habrá pasado, Devon, pero...

—No hay peros, y ahora me doy cuenta de lo que tú siempre intentabas decirme. Me hice amigo de personas con mucho dinero y nosotros somos pobres. Siempre seremos inferiores a ellos y eso me cabrea muchísimo.

—El dinero no da la felicidad. Además, no somos pobres, hermano.

—¿No? —negué varias veces.

—Tenemos un techo donde vivir y no nos falta la comida. ¿Qué más quieres? Sabes que jamás hemos necesitado otras cosas. Además, tenemos trabajo y eso es muy importante...

—Un trabajo en el que me pagan una miseria, Marcus —me interrumpió.

La camarera, en cuanto se dio cuenta de que había llegado, se acercó para preguntarme si quería algo y le pedí un refresco.

Seguimos hablando de lo que le pasaba, pero aún no me había dicho el motivo concreto por el que estaba así. Mi hermano era bastante reservado, siempre lo fue y algo me decía que sería una cuestión que me iba a cabrear muchísimo. Supuse que por eso no me lo decía, porque sabía cómo me ponía.

—¿Me vas a decir de una vez por qué estás así? ¿Te ha pasado algo con Tracy?

Se lo pregunté temeroso de que fuera algún problema con ella. Vale, yo siempre le decía que no podíamos fiarnos de las personas ricas, de las que te miraban por encima del hombro solo porque tenían más dinero que nosotros; y al principio pensaba que Tracy era así, pero nos demostró todo lo contrario.

Que yo estuviera enganchado a esa mujer no significaba que supiera que lo nuestro iba a durar. Estaba claro que, aunque el dinero no era lo más importante para estar juntos, sería eso lo que nos separaría.

—Con ella no, claro que no. El bocazas fue su amigo Curtis. —Alcé una ceja cabreado, ese tío no me gustaba un pelo—. Ha dicho algo muy feo de mí, de nosotros y... ¡Joder! Me dieron ganas de partírla la boca...

—No lo hiciste, ¿verdad? —negó agachando la cabeza—. Mejor.

—¿Por qué? Se merecía ese golpe, Marcus, y me habría encantado dárselo.

—Tú no eres así, Devon. Además, no te mereces rebajarte a tanto.

De pronto, nos vimos interrumpidos por el sonido de su móvil; alguien le estaba llamando. Me enseñó la pantalla para que viese quien lo estaba llamando: era Tracy. No quería descolgar, así que le quité el teléfono de las manos y lo hice yo. Lo que fuera que tuviera que decirle a mi hermano, que me lo dijera a mí. Total, tampoco había sido culpa de ella que su amigo fuese tan gilipollas.

—Hola, Tracy —la saludé con seriedad y no sabía si era por lo nervioso que me ponía hablar con ella o por el cabreo que comenzaba a florecer.

Mi hermano aún no me había contado lo que aquel gilipollas había dicho y casi lo prefería para no perder los papeles. Yo no medía nada cuando me cabreaba.

—¿Marcus? —Se sorprendió—. Perdón, no sabía que cogerías el teléfono tú.

—No pasa nada, es que Devon no quería hablar con nadie y me gustaría saber qué ha pasado para que él esté así.

—¿No te ha contado nada?

—Solo que tu amigo es gilipollas, pero no me ha dado detalles.

La escuché suspirar y la imaginé poniendo los ojos en blanco. No conocía muy bien la relación que tenía con Curtis, solo que eran amigos y, ciertamente, tampoco me interesaba saberlo.

Desde la primera vez que vi a ese tipo no me gustó, y tenía la certeza de que no me había equivocado con él y tendríamos una charla donde le dejaría algunas cosas claras. Nadie humillaba a mi hermano.

CAPÍTULO 26

Tracy

Cuando salí de la universidad, pensé llamar a Devon y si no conseguía hablar con él, lo buscaría hasta debajo de las piedras. Aunque tenía que preguntarle a Aylin, probablemente ella sabía dónde vivía y así podría ir hasta su casa para contarle lo del examen.

Cogí mi móvil y marqué su número. Sonaron varios tonos, hasta que escuché la voz de... ¿Marcus? Me sorprendió, no me esperaba que fuera él quien descolgase el teléfono y menos que me saludase tan serio. Supuse que su hermano le había contado lo que había pasado con Curtis, así que le pregunté.

—Tienes razón, Curtis es un gilipollas —admití, aceptando lo que me había dicho sobre mi amigo.

—¡Vaya! No pensé que dijeras eso. ¿De verdad lo crees? Curtis es tu mejor amigo, ¿no?

Que me estuviese hablando así no me gustó. Era como si estuviera echándome a mí la culpa de lo que Curtis había comentado sobre su hermano. No obstante, tampoco podía recriminarle nada. Si alguien dijese algo así de un hermano mío, también me cabrearía con el mundo entero si fuese necesario.

—¿Para qué quieres hablar con mi hermano, Tracy? —preguntó antes de darme tiempo a responder a la anterior pregunta.

Dudé unos segundos en si podía decírselo a él o no y como no quería que la bola se hiciese más grande, prefería decirle una tontería, aunque fuese mentira, e ir hasta su casa para hablar con él cara a cara. Yo era de las que pensaban que por teléfono o mensaje se tergiversaban las palabras, y prefería mil veces hablar en persona.

—Solo quería saber cómo estaba, pero si no quiere hablar con nadie... será mejor que cuelgue. Gracias, Marcus.

Corté la llamada antes de que me respondiera y de que yo misma me cabrease por estar tan frío conmigo. Sí, le entendía en cierta manera, pero yo no tenía culpa de nada. ¿Por qué estaba así conmigo? ¿Qué había cambiado entre nosotros?

Vi de nuevo a Curtis en los aparcamientos y subí a mi coche antes de que le diese tiempo a acercarse. No quería volver a hablar con él y tampoco verle de nuevo, aunque eso era más complicado. Podría ignorarle en la universidad y cuando viniera a mi casa, pero iba a ser muy difícil teniendo a unos padres tan pesados.

Arranqué y salí de allí para buscar otro sitio donde dejar el coche; tenía que llamar a Aylin. Mi mejor amiga no tardó mucho en descolgar y eso me hizo reír. Parecía que siempre tenía el teléfono en la mano, si no, no había otra explicación para tal rapidez.

—Tracy... ¿Dónde estás?

—He salido de la universidad, tengo algo que hacer. ¿Y tú?

—Pues con Curtis. —Comencé a negar, cabreada.

—¿Puedes apartarte de él un momento? Necesito pedirte un favor —le rogué a la vez que daba un golpe seco en el volante.

—Dime, ¿qué pasa? —preguntó bajando el tono de voz.

Noté su preocupación y eso solo me demostró que Curtis le había ido con el cuento... con su propio cuento, porque ya no sabía si era capaz de decir la verdad o inventarse alguna excusa barata.

Aún no lograba entender el motivo por el que mi mejor amigo había cambiado tanto. Desde que conocí a Marcus, siempre decía cosas horribles de ellos y eso me enfadaba mucho porque él nunca había sido así, incluso se molestaba cuando nuestros padres herían a otras personas de una posición social inferior a la nuestra. Por eso no entendía ese cambio en él.

Le pedí a Aylin la dirección de Devon, prometiéndole que la llamaría enseguida, cuando estuviese sola, para contarle todo con detalles. Es más, tenía la certeza de que ella no iba a aguantar mucho y me buscaría si no la llamaba pronto.

En cuanto me llegó el mensaje de Aylin con la dirección de la casa de Devon y Marcus arranqué de nuevo para ir hasta allí, aunque no estaba segura de que estuvieran en casa, pero los esperaba el tiempo que fuese necesario.

Conduje con tranquilidad, aunque en realidad no lo estaba para nada. Saber que volvería a verle y que estaba tenso conmigo, me ponía bastante nerviosa, y no quería acabar discutiendo con Marcus por nada y mucho menos por nadie. Nuestra relación, fuera cual fuera, no podía acabar así.

Según el GPS estaba a menos de diez minutos de la dirección de Devon y a cada minuto que pasaba, mi ansiedad crecía. ¿Por qué me sentía así siempre que sabía que lo iba a ver? Se suponía que había cogido más confianza, que habernos acostado ayudaba a pasar al siguiente nivel... sinceramente, no estaba segura de que, aunque pasase mucho tiempo, dejaría de sentir que me ahogaba. La presión que notaba en mi pecho no se comparaba a nada que hubiese sentido antes.

Llegué y me fijé en el barrio, era humilde. Me bajé del coche en cuanto aparqué delante de la que suponía que era su casa y me encaminé hasta la puerta para tocar el timbre.

Esperé más de diez minutos y nadie abría. Era lo que me imaginaba, que no estuvieran, además no veía sus motos por ningún lado. Me senté en el escalón del porche a esperarles, no pensaba irme.

Estaba bastante cansada y empezaba a anochecer. ¿Cuándo llegarían? Miré al frente en cuanto escuché el rugir de una moto acercándose. Me levanté rápidamente para ir en su dirección y comprobar quién era. Se quitó el casco y sonreí, era Devon. Oteé la calle por la que había venido para comprobar si venía también Marcus, pero no apareció y me sentí decepcionada... quería

verle.

—Tracy. ¿Qué haces aquí? —dijo con asombro en cuanto me vio.

—Hola, Devon. Siento haber venido hasta tu casa —me disculpé—. Espero que no te moleste —negó a la vez que pasaba por mi lado, sin decirme nada más.

Me quedé allí parada esperando a que me hablase, pues para eso había ido, y cuando pensé que entraría y me dejaría ahí plantada, se giró y me pidió que entrase en su casa.

Puse un pie en su interior y aspiré dejando que el olor a hogar, uno al que no estaba acostumbrada, se metiera en mis fosas nasales. Me gustó sentirme así, percibir que entraba en un verdadero hogar.

Caminé con sigilo por la estancia mirando con curiosidad las fotos que colgaban de aquella pared blanca. Mi corazón se llenó al ver la foto de dos niños junto a su madre y reconocí a Marcus; no había cambiado nada... bueno, su mirada en aquella época era más feliz. Me habría gustado conocerlos antes, cuando eran unos simples niños con sueños.

—¿Quieres tomar algo? —La voz de Devon interrumpió mis pensamientos.

Me di la vuelta asintiendo y seguí observando las imágenes, dándome cuenta de que estaban colgadas por orden, como si hubiese varias fotos por cada año de sus vidas en la pared. Clavé mis ojos en una especialmente y sentí un pellizco en el estómago pues era muy extraño, pero en esa foto, Marcus y Curtis eran muy parecidos, casi iguales. Le quité importancia, ya que era lógico, ambos eran rubios con los ojos azules y bueno... supuse que estaba sugestionada por culpa de la pelea con mi amigo y dejé de pensar en él.

—¿Te gustan? —dijo Devon en mi espalda—. Esta es mi favorita. —Cogió una en la que ambos estaban montados cada uno en su moto, con una sonrisa de oreja a oreja—. Fue el día que la compramos... nos la regaló nuestra madre antes de...

—Tranquilo —lo interrumpí a la vez que ponía mi mano derecha en su hombro—. Es una foto preciosa. —Sonrió—. ¿Qué me dices de esta? —señalé una en la que Marcus estaba tocando la guitarra—. ¿Marcus sabe tocar la guitarra? —asintió y eso me gustó.

Al parecer teníamos algo más en común y deseaba poder escucharle alguna vez rasgando las cuerdas.

—Toma. —Me tendió un vaso con zumo que, por el color, deduje que era de fresa.

Nos sentamos en el sofá en silencio y le di un sorbo a mi bebida. Devon se dio cuenta de que me gustó y me hizo saber que Marcus era quien preparaba los zumos en casa.

—Creo que no conozco muy bien a Marcus —expresé apenada.

—No, solo sabes lo que él te ha dejado saber —respondió—. Mi hermano es mucho más de lo que se ve, ¿sabes? Es trabajador y lucha por lo que quiere con uñas y dientes. Siempre ha sido como un padre para mí y se hizo cargo de todo en cuanto tuvo la suficiente edad para trabajar.

Escuchaba con atención cada cosa que mi amigo me contaba, me gustaba saber más de él, aunque fuera por boca de otra persona. No conocía al verdadero Marcus, solo al que me besaba y me acariciaba: y me hubiera encantado tener frente a mí a la persona que me estaba describiendo.

—Sé que se enfadará si se entera que te estoy contando cosas sobre él, pero aprovecharé que no está para decir en voz alta lo orgulloso que estoy del hermano que tengo —me emocionó

tanto notar el amor que Devon sentía por él que mis ojos se humedecieron—. Dejó los estudios cuando nuestra madre falleció y todo para que yo pudiera estudiar. Con el dinero que ganaba no daba para todos los gastos y, aunque me puse a trabajar en cuanto pude, no llegábamos a todo y por eso se metió en las peleas ilegales.

Aunque no lo supiera a ciencia cierta, algo me decía que el motivo era económico y no porque le gustase. Es cierto que, al enterarme, me asusté pensando que me estaba metiendo con un tipo peligroso; pero después de pasar tiempo con él, me di cuenta de que Marcus no tenía nada que ver con la persona que yo había creado en mi mente.

La puerta de la casa se escuchó cerrarse y unos pasos decididos y acelerados cada vez se oían más fuertes. La entrada no estaba tan lejos del salón, solo nos separaba un largo pasillo, y cuando llegó y me vio, observé cómo tragaba saliva sin apartar su mirada de la mía. Se quedó anclado al suelo y eso me ayudó a mirarle de arriba abajo, intentando ver a la persona que Devon me había descrito; y sí, lo vi... porque en aquella casa, aunque humilde y pequeña, se respiraba un ambiente completamente feliz y perfecto. En ese momento estaba en su terreno, en su vida y en su lugar seguro.

—Hola —musitó—. Pensé que estabas solo —le dijo a su hermano.

—Siento haber venido hasta aquí —me disculpé de nuevo y él negó.

Devon se levantó y caminó hacia él para quitarle el casco y la mochila que llevaba colgando de su hombro.

—Os dejaré solos un momento —informó para luego desaparecer por el pasillo.

Marcus fue hasta el sofá y se sentó a mi lado y, aunque lo tenía muy cerca, lo noté lejos, muy lejos de mí, y eso me asustó.

—¿A qué has venido? —Fue lo primero que dijo.

—¿Te pasa algo conmigo, Marcus? —le respondí con otra pregunta, consiguiendo que me mirase al fin.

—Sí... bueno, no lo sé, Tracy. Realmente estoy muy cabreado por culpa del estúpido de tu mejor amigo y si lo tuviera delante en este momento, le daría su merecido —explicó dejándome claro lo que sentía.

—Estoy de acuerdo contigo. —Alzó ambas cejas asombrado—. Curtis es un cabrón y se merece un buen puñetazo que le haga callar de una puta vez. Menudo gilipollas tenía por amigo.

Yo no era de soltar muchas palabrotas y supuse que era la primera vez que las decía delante de él porque sonrió con picardía a la vez que me miraba perplejo.

—¿Qué? ¿No has escuchado nunca a una mujer hablar así?

Se acercó a mí un poquito, lo suficiente para rozar mi mano con la suya y hacer que mi piel se erizara por el maldito contacto. La agarró sin permiso y la llevó hasta sus labios para depositar un pequeño beso en el dorso de mi mano.

—Siempre que intento alejarme de ti, consigues que desee tenerte a mi lado todo el tiempo. ¿Por qué lo haces? El que Curtis dijese esas cosas tan feas de mi hermano y de mí me hizo pensar en nosotros y en el error que estábamos cometiendo al estar juntos —hablaba despacio, provocando en mí un nerviosismo que me estaba costando controlar—. Mi vida no es como la tuya, hoyuelos. Mi vida es un caos...

—La mía también —lo interrumpí—. ¿Crees que eres el único que tiene problemas? —Se encogió de hombros—. Mañana cumpla veintiún años y mis padres siguen tratándome como si tuviera quince, y lo peor de todo es que no puedo hacer nada.

Se acercó un poquito más, dejando un espacio bastante reducido entre ambos.

—Mi vida es un caos —repitió como si no me hubiese enterado ya de lo que trataba de decirme.

—Pues juntemos tu caos y el mío, así será nuestro caos.

No me di cuenta de lo que había dicho, hasta que sentí sus labios chocar con los míos y fue la primera vez que sentí que un beso me desarmaba, hasta el punto de que mi corazón comenzó a latir de nuevo, como si hubiese dejado de hacerlo minutos antes.

CAPÍTULO 27

Marcus

Cuando colgué, me quedé en silencio. Me di cuenta de que estaba siendo duro con ella y no estaba tan seguro de que tuviese la culpa de lo que le pasaba a mi hermano. Necesitaba que me dijera todo con detalle, solo así podría pensar con claridad.

Devon cogió el móvil, lo había dejado sobre la mesa. Tenía la mirada perdida y seguía dándole vueltas a la cabeza, buscando algo que me ayudase a tomar una decisión respecto a Tracy. Desde que la conocí, mi vida había cambiado tanto que echaba de menos estar solos mi hermano y yo.

—¿Me vas a decir de una vez que fue lo que dijo ese estúpido? Porque sé que ha sido malo, pero necesito escuchar cada palabra —siseé, ya no podía controlarme más.

—Bueno, la cosa fue que Tracy estaba discutiendo con él y ella... —Se quedó en silencio—. Dijo que no éramos de su nivel y que para sus padres seríamos una mierda que tenían que esquivar para no mancharse sus carísimos zapatos. —Abrí los ojos sorprendido a la vez que cerraba los puños con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos.

—¿En serio lo dijo? —No quería creérmelo, no podía.

—Espera, hermano, no he acabado. Es cierto que fue así, pero la realidad era que nos estaba defendiendo porque Curtis había hecho que su familia se enfadase con ella por no haber ido a dormir a su casa. —Dejé escapar todo el aire que estaba reteniendo al saber que ella, mi hoyuelo, no podía decir esas cosas tan horribles de nosotros—. Lo que me hizo cabrear fue lo que soltó su amigo después... dejó claro que no éramos más que eso y esto la cabreó muchísimo. Además, le pidió que dejara de juntarse con nosotros antes de que fuera demasiado tarde.

—Qué hijo de puta —escupí a la vez que me levantaba.

Necesitaba salir de aquel bar e ir a buscarle para pegarle una paliza por ser tan cabrón. Me fui de allí a toda prisa con mi hermano pisándome los talones gritando mi nombre desesperado.

—¡Espera, Marcus! —chilló Devon nervioso y asustado—. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a partirle la cara a ese tipo —declaré con la voz llena de rabia.

—No lo hagas, por favor. ¿Acaso piensas que no puedo defenderme solo? Si lo haces, quedaré como un inútil y no quiero eso, hermano. Yo mismo seré quien lo ponga en su lugar cuando llegue el momento.

Lo que me decía tenía sentido y tuve que hacerle caso. Tampoco quería que la gente se riera de él porque su hermano mayor fuera a defenderle de sus compañeros como si estuviera en el colegio.

Decidimos entrar de nuevo al bar y seguir charlando, olvidándonos un poco de lo sucedido y pasando tiempo juntos que hacía mucho que no lo hacíamos. Comimos allí y hasta nos gustó ese local que jamás habíamos frecuentado, convirtiéndose en uno de nuestros favoritos.

Después de comer, seguimos bebiendo, pero nada de alcohol, ya que ambos teníamos que conducir después. Eso de estar todo ese rato juntos nos gustó y prometimos que repetiríamos más veces, aunque fuera una vez cada dos semanas.

De ahí él se fue a la casa y yo al gimnasio. No sabía si habría ido alguno de mis chicos para entrenar y la verdad que ese día prefería que no, pues necesitaba seguir descansando unos días más. Me había dado cuenta de que trabajaba demasiado, que en esos meses, entre los entrenamientos y las peleas, Devon casi no me veía el pelo y eso tenía que cambiar. Entrenaría menos horas, algo que me iba a costar mucho, ya que me encantaba y me ayudaba mucho a calmar mi rabia.

Tardé poco más de media hora en ir y regresar a mi casa y cuando llegué escuché que mi hermano hablaba con alguien en el salón, pero jamás me habría imaginado quien sería la persona que se estaba bebiendo mi zumo.

—Hola —musité en cuanto la vi.

Aún me costaba creer que ella y yo podríamos estar juntos y más desde lo que me contó mi hermano. ¿De verdad Tracy y yo podíamos ser felices? No estaba tan seguro de ello, pero tampoco debía sentarme y dejar que el tiempo pasase sin intentarlo siquiera.

Mi hermano nos dejó a solas para hablar y, la verdad, estaba tan nervioso por tenerla tan cerca y sentada en mi sofá que no sabía cómo actuar. Opté por ser un poco borde, aunque estuviese actuando, porque lo único que necesitaba era que ella me demostrara que debíamos estar juntos, cosa que hizo.

Comenzamos a hablar de lo que había pasado con su amigo Curtis. Sin embargo, después de escuchar cómo se refería a él, me di cuenta de que ya no eran amigos y eso me tranquilizó, aunque sonase egoísta.

—Mi vida es un caos.

Se lo repetí dos veces pensando que así Tracy se echaría atrás y se iría a su casa para no volver. Creí que, después de eso, no volvería a verla. De nuevo me sorprendía con algo que me hizo darme cuenta de que lo que sentía por ella era mucho más que un simple deseo.

—Pues juntemos tu caos y el mío, así será nuestro caos.

La miré a los ojos en cuanto escuché su respuesta y no pude contenerme más. Pegué mis labios a los suyos en un beso desesperado, uno que, sin querer, prometía mucho más de lo que podía decir en voz alta. No sabía si ella lo estaba entendiendo y, ciertamente, prefería que no. Necesitaba decirle a Tracy lo que comenzaba a sentir por ella, por esa niña pija que vi en aquella fiesta y que, desde entonces, quise tener cerca, tan cerca como nuestros cuerpos nos permitieran.

Seguimos besándonos sin detenernos, sin ganas de alejarnos y lo único que ambos necesitábamos era perdernos en el otro... que nuestras pieles se rozaran hasta el punto de necesitar parar.

—Oh, lo siento. —nos interrumpió mi hermano.

Nos separamos y vi como las mejillas de Tracy se ponían tan rojas que parecía que había

estado todo el día bajo el sol. Soltamos una carcajada y Devon se unió a nuestras risas.

Pasamos lo que quedó de tarde juntos e invitamos a Tracy a cenar con nosotros en casa. No se me daba bien cocinar, pero esa noche me apetecía ser yo quien lo hiciera. Ella no se lo creyó y mucho menos después de que mi hermano le dijera que se me quemaba hasta el agua.

—Ja, ja. Qué gracioso —me quejé—. Para tu información, voy a preparar una pizza casera, así que no hay peligro de que el agua se me queme. —Conforme lo iba diciendo nos estábamos riendo—. Anda, deja de meterte conmigo y ve a comprar queso que no queda. —Devon asintió sin parar de reír y se fue a la tienda.

A veces era mejor quedarse callado o cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en mi contra.

—¿Te ayudo? —preguntó ella a la vez que me abrazaba la cintura por detrás.

Suspiré como un estúpido y todo por un simple gesto que anteriormente me habría parecido muy cursi. Con mis dedos llenos de harina, agarré una de sus manos para situarla frente a mí. Con una sonrisa de lo más tierna, subió la que tenía libre y me manchó la cara de blanco. Abrí la boca bastante sorprendido y me puse serio para hacerle creer que me había enfadado. Imitó mi gesto cambiando su sonrisa por un puchero y fue ahí cuando me di cuenta de que no podría engañarla aunque quisiera.

—¿Sabes qué? —dije con un hilo de voz mientras la cogía en brazos para sentarla sobre la encimera, manchándole así sus bonitos vaqueros—. Estarías muy rica rebozada en harina —comenté haciéndola reír—. Es hora de mi venganza. —Abrió la boca a la vez que sus ojos e intentó zafarse de mi agarre, pero yo era más fuerte y no lo consiguió.

Aparté sus piernas para ponerme en medio de ellas. Aprisioné su cuerpo con el mío y metí mis manos por debajo de su camiseta haciéndola jadear.

—Suerte que has mandado a tu hermano a comprar —susurró, pero rápidamente fue callada por mis labios.

Metí mi lengua en su boca y ella la recibió gustosa. El beso cada vez fue subiendo de intensidad, provocándonos a ambos y lo que más deseaba era hacerla mía de nuevo. Mis manos seguían acariciando su espalda a la vez que rozaba mi miembro con su sexo, haciendo presión entre los dos. Tracy me regalaba unos jadeos que estaban a punto de volverme loco y si no fuera porque mi hermano llegaría en cualquier momento, no habría dudado ni un segundo en desnudarla y devorarla allí mismo, en la cocina.

—Será mejor que paremos antes de que llegue Devon —pidió con la voz entrecortada.

—Tienes razón, aunque me cuesta mucho dejar de besarte. —De nuevo posé mis labios sobre los suyos—. Me gustaría lamer cada centímetro de tu piel. —Pasé mi lengua por su cuello y volvió a gemir, siendo uno de los mejores que había oído de ella—. Me tienes loco, muy loco, y no sé si esta puta locura seré capaz de controlarla algún día, hoyuelos —declaré nervioso, como jamás en mi vida y deseé decirle algo más, pero preferí reservarlo para otro momento.

Unos minutos después escuchamos la puerta de la casa cerrarse y no nos quedó otra que dejar de comernos a besos para cenarnos la pizza. Aunque yo prefiriera lo que estaba saboreando antes de que llegase Devon, pero no se podía tener todo en la vida.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó mi hermano con diversión en cuanto nos vio llenos de

harina.

Tracy y yo nos miramos y nos reímos sin parar, y todo gracias a la cara de mi hermano. Si él se hubiera visto en el espejo, se hubiera unido a nosotros, seguro.

—Es que has tardado mucho y estábamos aburridos —explicó ella.

—Sí, ya. —Caminó hasta nosotros—. Toma el queso, hermanito. —Me lo dio y luego miró a Tracy—. Será mejor que te laves si no quieres que se te seque la harina en el cuerpo. Te dejaré algo de ropa.

Me dio un casto beso en los labios y se fue con mi hermano. Mientras tanto, seguí preparando la cena y, para qué negarlo, no se me daba tan mal. Metí las pizzas al horno y fui a mi habitación para cambiarme también, pues la harina no solo estaba bajo su camiseta.

Cuando entré, me encontré a Tracy con mi guitarra en las manos y a punto de ponerse a tocarla. Me acerqué hasta ella y se la quité de mala manera, dejándola descolocada.

—¿Por qué tocas mis cosas? —le pregunté sin pensarlo siquiera. No hablaba yo... era el dolor que sentí al ver algo tan importante para mí en manos de otra persona.

—Lo siento, no pensé que te molestaría.

—No vuelvas a hacerlo, Tracy —pedí endureciendo la voz—. No puedes tocar mis cosas sin permiso.

Estaba de espaldas a ella y dejé la guitarra sobre la silla. Me quité la camiseta y me giré para mirarla y, cuando lo hice, el cuerpo se me tensó; estaba llorando. Agarré sus mejillas con mis manos y la besé. No quería hacerla llorar y mucho menos asustarla. Me había pasado con ella y todo por culpa de lo gilipollas que me ponía a veces. Me pasaba cuando sentía que no tenía el control de todo... cuando creía que podría perder lo más importante que tenía en mi vida: los recuerdos de mi madre.

CAPÍTULO 28

Tracy

Entré en su habitación buscando una toalla, tal y como Devon me había dicho. Me había lavado el cabello y en el baño solo encontré una que utilicé para el cuerpo y la dejé en el cesto de la ropa sucia.

Volví a reírme al recordar lo que había pasado minutos antes y sentí mi sexo contraerse en cuanto mis pensamientos llegaron al momento en el que casi nos dejamos llevar por la pasión. No sabía hasta qué punto Marcus podía controlar mi cuerpo y mis sentidos, y me estaba perdiendo en él y en todos los momentos que habíamos pasado juntos. Desde que lo conocía, solo tenía buenos recuerdos a su lado y eso hacía que me sintiera muy feliz.

Mi corazón comenzó a bombear demasiado deprisa, demostrándome así lo que estaba negándome por no sufrir; me estaba enamorando de él y no sabía cómo decírselo. ¿Y si él no sentía lo mismo? No quería quedar como una lerda declarándome y que él me rechazara porque solo me deseaba.

Me senté en su cama unos segundos, mirando a mi alrededor, dejando en mi memoria la habitación de mi chico... ¿Había dicho *mi chico*? Sí, lo había dicho y qué bonito sonaba.

De pronto, mis ojos se clavaron en la silla que, además de ropa mal colocada, tenía la misma guitarra que había visto en la foto. Se me volvió a acelerar el corazón, pero esta vez por lo mucho que me gustaba ese instrumento. La cogí y la puse sobre mis piernas con la intención de acariciar sus cuerdas con sumo cuidado, como si la fuese a romper.

Solo estuve con ella unos segundos, solo unos malditos segundos cuando Marcus entró en su habitación y me habló de mala manera cuando me vio con ella. Me la quitó de las manos y la dejó de nuevo sobre la silla, como si ese fuese su pedestal.

Me gritó cabreado y me sentí tan mal que mis ojos se llenaron de lágrimas, pues era la primera vez que se dirigía a mí con esa rabia y ese dolor. Me habría gustado que me dijera el motivo por el que no podía tocarla, antes de hablarme de ese modo.

—Lo siento... lo siento, cariño —dijo sin dejar de besar mi rostro, secando cada maldita lágrima y borrando cada ápice de tristeza que pudiese tener—. He sido un cabrón y no debí hablarte así.

—No sabía que no pudiese tocarla, lo siento —me disculpé y él comenzó a negar rápidamente.

Se sentó a mi lado en la cama. Subió su mano derecha hasta mi mejilla y volvió a secar las lágrimas que aún seguían saliendo, siendo estas las últimas porque no volvería a llorar.

—Antes de ponerme así, debí contarte que también tocaba la guitarra —suspiró mientras

agachaba la cabeza—. Me enseñó mi madre cuando era niño... era su guitarra —la señaló—. Lo único que me queda de ella y no soy capaz de tocarla por miedo a romperla o... qué sé yo.

—¿No la tocas desde que se fue? —quise saber y me lo confirmó, lo que me dolió aún más.

Era cierto que no me gustó como me habló, pero entendí el motivo por lo que lo había hecho. De haber sido al revés, me habría puesto mucho peor.

—Ahora me siento mal por haberla cogido —declaré con sinceridad.

—No, amor... claro que no.

¿Amor? ¿Me había dicho amor? Le miré fijamente, sin decir ni media palabra y él sonrió percatándose de por qué le miraba así. Acercó su rostro al mío con la intención de besarme y antes de hacerlo dijo:

—Tengo una pregunta para ti, amor —dijo con sus labios muy cerca de los míos, casi respirábamos el mismo aire—. ¿Quieres ser mi novia?

Mi corazón latió desbocado cuando escuché la pregunta y, aunque me habría gustado hacerme la interesante para castigarle un poquito por su comportamiento, no pude hacerlo y comencé a asentir como una loca. Me levanté para sentarme de nuevo sobre él a horcajadas. Llevé mi boca a la suya para poder probar de nuevo esos labios que me volvían loca y sellé nuestro noviazgo con un beso que me supo a gloria.

—¿Me perdonas por haber sido tan capullo?

—No sé, Marcus. Has sido bastante duro. —Su cara cambió, dejándome ver la parte más aniñada del chico más duro que había conocido en toda mi vida—. Claro que te perdono, pero tienes que prometerme que cuando algo te moleste hablarás conmigo sin peleas.

—Te lo prometo, hoyuelos.

De repente, e interrumpiéndonos de nuevo, escuchamos los gritos de Devon maldiciendo y corrimos a su encuentro. Llegamos hasta la cocina y, al comprobar lo que había pasado, comenzamos a reírnos sin parar, era imposible no hacerlo.

—¡No me lo puedo creer! Pensé que solo se te quemaba el agua y resulta que las pizzas también, hermanito —se quejó y lo ignoramos completamente, pues nos era imposible parar de carcajearnos—. Eso, reíos de este pobre muchacho que tiene que tirar otra bandeja de horno para comprar una nueva.

—¿Otra? ¿A qué te refieres con otra bandeja? —pregunté interrumpiendo mi risa por mi vena cotilla.

—A mi hermano no es al único que se le ha quemado algo en el horno —explicó mordiéndose el labio.

—En serio, Devon. Siento haber quemado la cena —se disculpó Marcus—. Ahora mismo llamo y que nos traigan una cena decente.

Iba a reírme de nuevo, pero mi ya cuñado se puso delante de mí con cara de pocos amigos.

—Como vuelvas a reírte, te prometo que te comes la pizza calcinada.

Eso no hizo más que aumentar mis carcajadas y tuve que salir corriendo al salón para que no me echaran de allí.

Me senté en el sofá y logré calmarme unos segundos después. Mientras que Devon limpiaba todo, Marcus vino y se sentó a mi lado. Puso en la tele el YouTube para escuchar música. Me sorprendí al ver su lista de canciones, pues teníamos unos gustos musicales muy parecidos. De pronto y sin decirme nada, se levantó y se fue para regresar, seguidamente, con la guitarra en las manos.

—Toma, me gustaría que la tocases tú. —Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas y se puso nervioso pensando que había vuelto a cagarla—. Joder, joder. No llores, Tracy, por favor.

—Lo siento... es un detalle demasiado bonito que quieras que toque la guitarra de tu madre —expresé entre hipidos—. ¿De verdad quieres que lo haga? —asintió regalándome la sonrisa más perfecta que había visto en mi vida.

—Tócala para mí, amor. —No podía dejar de mirarle y mucho menos si me decía *amor* con tanta dulzura.

Agarré el instrumento con manos temblorosas y la posé sobre mis rodillas para, con sumo cuidado, acariciar las cuerdas buscando la nota perfecta. No tardé más de un minuto en comenzar a tocar *Proud* de Leroy Sánchez y hasta me atreví a cantarla ya que me gustaba mucho esa canción; al hacerlo, apareció Devon y se sentó para escucharme.

Ellos me miraban perplejos y sentí el cariño que me regalaban con sus miradas. Era la primera vez que sentía que alguien me quería de verdad, sin mentiras ni manipulaciones. Amor sin dudas. Amor sin quejas, solo porque sí y ya.

Al terminar, me aplaudieron con ganas, con mucho ímpetu, y me sonrojé. Ya había tocado y cantado el día de la fiesta en la playa, pero esa vez fue diferente. Hacer un concierto privado me ponía más nerviosa.

—Tienes una voz increíble, hoyuelos. —Besó mi cuello—. ¿Has pensado alguna vez en dedicarte a la música? —Me encogí de hombros, ese era un tema tabú—. Deberías, tienes mucho talento y no te lo digo porque me encantes, es la verdad.

—Tiene razón, Tracy —comentó Devon—. Cantas muy bien y tocas la guitarra aún mejor.

—Gracias —musité cambiando mi gesto a uno más serio.

Se dieron cuenta de que no me gustaba hablar de ese tema, así que comenzaron a charlar de otras cosas que nada tenían que ver con la música. No es que tuviese un trauma, ni mucho menos, pero me cabreaba tener que decirles a otras personas el motivo por el que no podía dedicarme a la música, aunque deseara hacerlo. Recordaba que mis padres eran los culpables de ello y justo en ese momento, entró en mi mente el día que le conté a mi madre lo que quería hacer.

Era mi quinceavo cumpleaños y aún no le había dicho a mi madre lo que quería que me regalase, pero se lo diría en cuanto la viera.

Ese día me levanté bastante temprano, ya que tenía la intención de abordar a mi progenitora en la cocina mientras tomaba su café antes de irse a trabajar. Casi nunca podía despedirme de ellos, pues se iban muy temprano y no venían a mi habitación para darme un beso antes de marcharse. Esos pequeños detalles me molestaban, pero tampoco podía decirles nada.

Bajé las escaleras de dos en dos y corrí hasta la cocina encontrándome a mi madre a punto

de salir de ella.

—Tracy, las chicas de buena familia no corren por los pasillos de su casa como si estuvieran en un parque. Comportate, hija. —Fue lo primero que me dijo nada más verme.

—Lo siento —me disculpé a la vez que me acercaba a ella para darle un beso en la mejilla y fue ahí cuando comprendí que mi madre no me quería.

Subió la mano hasta su mejilla y se limpió alegando que le había dejado babas. Tragué saliva para no echarme a llorar en ese momento y me armé de valor para decirle lo que quería y después volver a mi habitación.

—Mamá, me gustaría pedirte mi regalo de cumpleaños. —Frunció el ceño—. Quiero una guitarra.

—¿Una guitarra? Oh, no, no. Tú no vas a tocar ese instrumento como si fueras una de esas «cantantuchas» que se ganan la vida tocando de bar en bar. ¿Eso es lo que quieres para tu futuro? —dijo de mala manera.

—Pero, mamá, me encanta la música y algún día me gustaría componer mis propias canciones... Ese es mi sueño —declaré con un hilo de voz, a punto de echarme a llorar.

—Pues lo siento, pero no. Tú estudiarás Derecho, como tu padre, y no quiero volver a hablar de este tema. Espero que él no se entere, ya sabes cómo se pone.

Sin más, se marchó dejándome hecha un trapo y con los ojos llenos de lágrimas.

Fue en aquel momento, cuando comprendí que, hiciera lo que hiciera, jamás estarían de acuerdo. Por eso, el día que compré mi guitarra, la escondí donde nadie pudiese encontrarla y solo tocaba cuando ellos no estaban en casa. Si mis padres se enteraban de que tenía una o de que escribía canciones, no sabía lo que serían capaces de hacer.

Sobre las once de la noche y después de haber pasado una de las mejores tardes de mi vida, llegué la hora de marcharme. No quería tener problemas en mi casa.

Marcus me acompañó a la puerta después de haberme despedido de Devon y me abrazó con delicadeza, como si quisiera retenerme entre sus brazos el mayor tiempo posible. Quiso saber cuándo volveríamos a vernos y se me ocurrió una idea un poco descabellada.

—Estaba pensando... —Me quedé en silencio unos segundos—. Pasado mañana hago el último examen y seré libre. Me gustaría que me enseñases a boxear, aunque sea una simple excusa para pasar tiempo juntos. —Sonrió de lado, mostrándome así lo mucho que le gustaba mi idea.

—Está bien, te enseñaré. —Besó la punta de mi nariz.

—Pues nos vemos en dos días. —Me alejé para subir a mi coche.

—¿Dos días? No sé si seré capaz de aguantar tanto sin ver esos hoyuelos. —Me hizo reír.

—Tendrás que hacerlo. —Le guiñé un ojo.

De pronto, recordé el motivo por el que había ido hasta su casa y aún no se lo había dicho. Se me iba la cabeza cuando estaba con Marcus. Me bajé de nuevo del vehículo para poder hablar mejor o, posiblemente, lo estaba haciendo como excusa para volver a abrazarle.

—Por cierto, se me había olvidado por completo. —Sus ojos curiosos me escrutaron—. Dile a tu hermano que el examen que no hizo hoy se lo harán otro día. Cuando se fue esta mañana le dije a la profesora que había tenido que marcharse porque se encontraba mal —expliqué, y se acercó a mí para volver a abrazarme.

—¿En serio has hablado por mi hermano para que le pongan el examen otro día? —asentí con una sonrisa sincera—. Eres la mejor... gracias. —Besó mis labios con dulzura—. Se lo diré.

Me separé de Marcus para subirme de nuevo al coche y ya sentía que me faltaba algo. Estar entre sus brazos era de las mejores sensaciones que había experimentado en toda mi vida y no quería dejar de sentir todo aquello.

Arranqué y, antes de incorporarme a la carretera, le tiré un beso que él recogió haciéndome reír. Le iba a extrañar esos dos días y más en aquel momento en el que ya habíamos definido nuestra relación.

CAPÍTULO 29

Marcus

Dos días sin ver a Tracy. Dos días que debía dejar de mirar la hora en el reloj para no cabrearme por ver lo lentos que pasaban los minutos.

Entrené todo ese tiempo esperando su llamada o algún mensaje que me dijera que se encontraba bien. Sabía que estaba estudiando, mi hermano también, y además, gracias a ella, tenía la oportunidad de hacer el examen que no pudo por haberse largado cabreado.

Era miércoles, el día que se suponía que vería a mi novia. Estaba a punto de salir del gimnasio cuando escuché la voz de Nick llamarme. Entré en su despacho y me senté frente a él, como siempre.

—Tú dirás —lo apremié.

—Has estado muy ocupado estos días, ¿no? No has parado de entrenar y de trabajar, muchacho. ¿Cuándo piensas descansar? —comenzó a decir y me extrañó su pregunta.

Nick sabía que yo necesitaba el dinero y que, cuantos más alumnos tuviera, más ganaría. No obstante, él no estaba tan seguro de ello, ya que me entregó un sobre con lo que había ganado ese mes. Cuando lo abrí y vi la cantidad, me sentí tan confundido que llegué a cabrearme. ¿En serio? No entendía que fuese tan poco cuando había trabajado más que nunca.

—Estarás de broma, ¿no? —escupí a la vez que se lo tiraba sobre la mesa—. Esto es muy poco dinero, Nick, y sabes que he trabajado mucho más de lo que hay ahí.

—Lo sé, pero este mes hemos tenido muchos problemas y no he podido pagarte lo que te corresponde... lo siento, Marcus —se disculpó, pero eso no me daría de comer ni me pagaría las facturas que debía.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? —Bajó la mirada—. Necesito otro trabajo o no podré seguir pagándole a mi hermano la universidad...

—Pero Devon también trabaja, ¿no? Es decir, supongo que te ayudará.

—Mi hermano cobra menos que yo y apenas da para comer. —Me levanté asqueado—. Lo que nos daba el suficiente dinero para salir adelante eran las peleas y he dejado de... —Me quedé pensativo—. ¿Y si vuelvo a pelear?

Nick se levantó a la vez que negaba con ímpetu, demostrándome así lo que opinaba sobre la idea que yo había tenido. Pero no tenía otra opción, debía regresar al *ring* ilegal, a esas peleas que, aunque eran peligrosas en todos los sentidos, me daban mucho dinero.

Sin percatarme siquiera, pensé en Tracy y en lo que ella pensaría de mi decisión. Estaba seguro de que no le iba a gustar nada y no la culpaba, seguramente a Devon tampoco. Entonces,

¿qué podía hacer? Era eso o encontrar un trabajo que pudiese compaginar con el gimnasio y así tener dos sueldos.

—Deja de pensar en la posibilidad de regresar a las peleas, muchacho. No te dejaré volver. —Iba a rebatirle, pero negó tajante—. No insistas, Marcus.

Asentí bajando la cabeza y cogí el sobre de la mesa. Total, era mío y tenía que pagar algunas facturas.

Salí de allí con la clara intención de buscar a mi hermano en la universidad, pero recibí un mensaje suyo diciéndome que almorzaría con Aylin, así que no me quedó otra que irme a mi casa a esperar la llamada de mi novia. Con suerte, la vería en una hora como mucho.

Al llegar, me fui directo a la ducha, necesitaba una con urgencia pues no lo había hecho en el trabajo. Acabé en poco tiempo, no podía perder ni una milésima de segundo. Justo cuando iba a coger la ropa para vestirme y salir, recibí un mensaje de Tracy, pero no fue el que yo estaba esperando. Me senté en la cama, aún con la toalla alrededor de mi cintura y leí lo que me había escrito.

Tracy:

Hola, amor.

Sonreí como un tonto al leer «amor». Desde que había empezado a decírselo, se había quedado como nuestra palabra cariñosa y me gustaba saber que era el amor de alguien.

Tracy: No voy a poder verte esta noche.

Mis padres han preparado una cena en casa

y no puedo escaparme.

Te prometo que mañana nos vemos.

Te quiero.

¿Había leído bien? ¿Tracy me había escrito «te quiero»? Me pasé los dedos por los ojos, pensando que había sido una alucinación y volví a leerlo para comprobar que no lo era. Leí ese te quiero más veces de las que mis ojos podrían soportar, la luz de la pantalla del móvil estaba haciendo estragos en mi vista.

No sabía qué hacer. ¿Le respondía con un «te quiero» también? ¿Y si pensaba que era demasiado pronto? A lo mejor a ella se le escapó y ya no podía quitarlo porque lo había visto, pero se estaba arrepintiendo. «O puede que te quiera y por eso te lo ha dicho, ¿no crees?», mi subconsciente parecía tenerlo más claro que yo, pero aún dudaba de ello. Al final, me armé de valor y le respondí con lo que yo sentía y sí, claro que también la quería, y mucho. Me di cuenta hacía mucho, pero me daba miedo a reconocerlo.

Marcus:

No te preocupes, amor.

Te veré mañana, aunque el cielo se
caiga a pedazos.

Yo también te quiero.

Con manos temblorosas solté el móvil sobre la cama, aunque sin cerrar la aplicación esperando su respuesta. El corazón me iba a mil por hora y más cuando vi que ponía en la parte superior *escribiendo*. ¿Qué me diría? Estaba demasiado nervioso y la cabeza no paraba de pensar una y mil maneras de disculparme si llegaba a ser una cagada.

De pronto, la pantalla volvió a iluminarse y cogí el móvil completamente acojonado.

Tracy:

Ahora tengo más ganas de verte.

¿Cómo haré para aguantar hasta mañana?

Pensaré en ti toda la noche.

Justo después de leer ese mensaje vi que se desconectó. Supuse que sus padres estarían pendientes de ella y no podríamos seguir hablando.

Al final, ese día se había estropeado hasta el punto de quedarme solo en casa viendo alguna película. Lo único que lo salvó fue ese «te quiero» que me llenó el corazón de una sensación inexplicable. Era en esos momentos cuando más miedo tenía, cuando temía que pasase algo que me separara de ella. Debía dejar de pensar en esas cosas y disfrutar de los momentos con Tracy que, hasta ese instante, habían sido todos muy especiales.

Después de comerme un sándwich y un bol de palomitas viendo la película de Avatar, me quedé dormido en el sofá. No quería irme a la cama hasta que no viera entrar a mi hermano por la puerta. Ya era mayorcito para tener que estar esperándole, pero me preocupaba cuando tardaba demasiado.

De repente, escuché su voz llamándome. Me restregué los ojos a la vez que intentaba abrirlos y me incorporé en el sofá.

—¿Qué hora es? —pregunté mientras un bostezo me interrumpía.

—Las dos. —Se sentó a mi lado—. Pensé que estarías con Tracy —negué—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, me envió un mensaje avisándome de que su familia había preparado una cena y que no la dejarían irse.

—Bueno, seguro que la verás mañana, ¿no? —asentí con una sonrisa—. Vaya, mi hermano sabe sonreír. —Le di un golpe en el hombro—. Veo que Tracy está sacando lo mejor de ti y me gusta.

—Me ha dicho que me quiere —dije de pronto.

La necesidad de contarlo, de gritárselo a cualquier persona por desconocida que fuera, se fue incrementando por mil nada más soltar el móvil. Mi hermano abrió los ojos con asombro y me dio un abrazo feliz. Estaba claro que Tracy había llegado a nuestras vidas para llenar un vacío que no sabíamos que fuese tan grande.

No solo era mi chica, también era amiga de mi hermano... su mejor amiga por lo que veía y

eso me ponía muy contento. Devon no era demasiado sociable y cuando comenzó la universidad, le costaba mucho entablar alguna conversación con sus compañeros. Poco a poco, se fue soltando y cambió. No lo sabía a ciencia cierta, pero algo me decía que la primera persona que se acercó a él fue Tracy.

—¿Y tú que le has respondido? Porque, conociéndote, capaz que ni le respondiste. —Fruncí el ceño a la vez que le daba el móvil para que él mismo leyera la conversación.

Tardó poco menos de un minuto en leerlo y no sé por qué fue tanto tiempo, la conversación no había sido tan larga. Alzó la cabeza y clavó sus ojos en mí con una sonrisa de oreja a oreja y juraría que estaba emocionado.

—No sabía que fueras tan romántico, hermano.

—Yo tampoco, créeme —suspiré con fuerza, como si hubiera estado cinco minutos reteniendo el aire—. Es que con Tracy todo es diferente... ella es diferente, y me he enamorado como un gilipollas de alguien que siempre había estado prohibida para mí.

—¿A qué te refieres con eso? —Noté su preocupación.

—Siempre te he dicho que las personas de su clase social no son para nosotros y lo sabes. De hecho, sigo pensándolo, aunque dejo afuera a Tracy porque, sinceramente, ella no es como esas personas que tanto me asquean —expliqué con la voz entrecortada, dándome cuenta de cómo la vida, al final, nos ponía delante a la persona indicada.

Se nos hizo muy tarde hablando, así que decidimos irnos a la cama. Al día siguiente teníamos que madrugar y, si seguíamos así, nos iba a costar mucho abrir los ojos por la mañana.

Antes de acostarme, miré la hora y vi que eran más de las tres de la mañana. ¿En qué momento había pasado tanto tiempo? La conversación con mi hermano se había alargado demasiado, aunque no me arrepentía de haberle contado lo que sentía por mi novia y lo que estaba deseando decirle en persona.

Por la mañana, me levanté feliz y decidido a pasar un día espectacular con mi chica. Estaba loco por verla y no iba a esperar más porque iría a la universidad, aunque tuviese que esconderme y verla de lejos.

Salí de mi habitación y me encontré a mi hermano a punto de marcharse. Ese día tenía el último examen.

—Que tengas suerte en el examen de hoy. —Le di un abrazo.

—¿Adónde vas tan temprano? Todavía no tienes que trabajar, ¿no? —negué sin poder borrar la sonrisa de mis labios—. ¿Te pasa algo?

—No, solo que hoy me he levantado muy contento —respondí.

—Ya, ya te veo.

—Vamos, llegarás tarde —lo apremié.

—¿Qué prisa tienes? Soy yo el que tiene que ir a la universidad, no tú... —Se me quedó mirando en cuanto rodé los ojos, delatándome—. Un momento. Tú vas a la universidad también —afirmó y no me quedó otra que asentir—. Pero ¿para qué? Si ya has quedado con ella en que os veríais hoy, ¿no?

—Sí, pero no me aguanto las ganas de verla. —Puso su mano en mi hombro.

—Te entiendo, me pasa con Aylin. —Apreté los labios, reprimiendo las ganas que tenía de volver a sonreír—. Vamos, sigue sonriendo, no te cortes por mí.

Salimos de la casa carcajeándonos y subimos a nuestras motos. Al final le acompañaría, aunque me quedaría allí solo el tiempo que Tracy pudiera estar conmigo.

Llegamos en menos de veinte minutos, el tráfico por la mañana no era tan denso y eso facilitó mucho el camino. Aparcamos las motos en el campus y esperamos a que llegasen las chicas, ellas iban juntas todas las mañanas en el coche de Tracy.

Unos minutos después, el coche de mi novia hizo su aparición y, al verme, frenó en seco, haciendo que el coche que iba detrás tuviera que hacerlo también. El conductor del vehículo se bajó para increparla y, en cuanto lo vi, no dudé en acercarme a él y agarrarle del cuello para darle su merecido tal y como lo había recreado en mi mente, para hacerle pagar sus comentarios.

CAPÍTULO 30

Tracy

El miércoles me levanté deseando que fuera la hora de ir a ver a Marcus, pero mi madre tenía otros planes para ese día y me puso muy difícil la huida.

Entró en mi habitación sin tocar en la puerta, como siempre, y me la quedé mirando con una ceja alzada. Ni siquiera un buenos días me merecía de mi progenitora, aunque no estaba muy acostumbrada a que fuese amable conmigo de buena mañana.

—Esta noche tenemos una cena en casa, así que espero que no salgas —sentenció, dejándome claro que no tenía más opciones.

O me quedaba o me quedada, y no aceptaba un «no» como respuesta. Así era Christine Ross. ¿Cómo rebatirle algo si cuando iba a hacerlo ya había salido de mi habitación? No me daba la oportunidad de quejarme y se largaba. En fin, solo me quedaba enviarle un mensaje a Marcus para que supiera que no podríamos vernos.

Miré la hora en el móvil antes de escribirle y tuve que posponerlo, pues ya llegaba tarde a la universidad.

Me levanté rápidamente y comencé a vestirme con la misma velocidad de un rayo. Cogí mis cosas y salí de casa apresurada para recoger a Aylin y llegar con tiempo, al menos, para la segunda hora.

La mañana en la universidad fue algo complicada, el haber llegado tarde no me ayudó con la profesora pero, aun así, pude hacer el último examen y ya, por fin, éramos libres de todo. Podría decirse que ya no hacía falta ir más a clase, pero sí que teníamos que ir hasta el último día por si a los profesores les daba por ponernos alguna actividad final, cosa que no pasaba con frecuencia.

Al salir, busqué a Aylin que estaba esperando a que saliese Devon para irse con él a almorzar. Mi mejor amiga ya no me tomaba en cuenta y eso me hizo mucha gracia.

—¿Dónde está Devon? —me preguntó nada más verme.

—Tranquila, ya va a salir —respondí alzando una ceja.

—¿Qué? Quiero ver a mi novio, ¿es eso algo raro? —negué riéndome y le di un abrazo.

—Amiga mía, estás muy colada por ese chico...

—Mira quién fue a hablar —me interrumpió—. Tú estás enamoradísima de Marcus y no te digo nada. —Puse los ojos en blanco.

—¡Serás mentirosa!, me lo has dicho mil veces. Además, él y yo recién estamos empezando y aún es pronto para pensar en eso, ¿no crees? —La pregunta la hice esperando que mi amiga me

diese la respuesta que yo necesitaba oír.

—Solo sé que desde que estás con él se te ve más feliz y eso es lo importante. —Me dio un beso en la mejilla.

Me despedí de ella sin poder esperar a mi amigo ya que tenía prisa. Debía regresar a casa pronto para poder descansar y así estar bien cuando llegasen los invitados de mis padres. Porque sí, cuando ellos organizaban una cena, era porque habían invitado a algunos amigos. Solo esperaba que no fuera la familia Hale porque no estaba preparada para hablar con Curtis de nuevo y mucho menos en mi casa, donde seríamos el centro de atención.

Cuando llegué fui directa a la cocina para prepararme algo de comer. Aún estaba sola y podía aprovechar ese tiempo para relajarme fuera de las cuatro paredes de mi habitación, donde me encerraba a diario para no cruzarme con nadie y así no discutir por cualquier estupidez.

—Buenas tardes, señorita Tracy —me saludó Joselyn nada más verme entrar en la cocina.

—Buenas tardes.

—¿Quieres que te sirva algo de comer? —preguntó con amabilidad.

—Puedo prepararme algo yo si tienes otras cosas que hacer, no te preocupes —negó con una sonrisa sincera, la única que recibía en mi casa—. Está bien, esperaré en el salón.

Me dirigí hacia esa estancia que no solía pisar y me senté en el sofá para buscar algo en la tele que mereciera la pena, pero recordé que se había estrenado en Netflix *La reina Carlota*, así que no dudé en empezarla.

Poco tiempo después tenía en la mesa de centro un plato de arroz con carne y verduras. Hacía mucho que no comía en casa y me gustó ver la televisión mientras degustaba la comida de Joselyn, que cocinaba muy bien.

Cuando terminé me tumbé en el sofá mientras seguía viendo la serie, estaba demasiado interesante. Aun así, mis ojos comenzaron a cerrarse y me quedé dormida.

No sabía la hora que era cuando llegó mi madre y, al verme tirada en el sofá, dormida y con el plato de comida vacío sobre la mesa, pegó tal grito que me desperté con el corazón a punto de salirse por la boca.

—¡Joder, mamá! ¿Por qué gritas así? Me vas a matar del susto. —Me incorporé a la vez que un bostezo involuntario se me escapaba.

—Cierra la boca, muchacha, o te entrará una mosca. —Fruncí el ceño—. ¿Se puede saber por qué estás así? —me señaló.

—¿Qué tiene de malo? —pregunté molesta—. He almorzado viendo la tele y me he quedado dormida. ¿Es eso un pecado? Estoy reventada, mamá.

—No es excusa para que estés así. ¿Qué habría pasado si hubiese llegado con alguna de mis amigas? —Me encogí de hombros—. No puedes comportarte así, Tracy.

Me levanté y cogí el plato para llevarlo a la cocina a la vez que negaba y, como no, la ignoraba. Igualmente, ella me seguiría hasta el fin del mundo si con ello seguía regañándome como si tuviera diez años.

Mientras lavaba el plato ella siguió diciéndome que esas cosas no las debía hacer yo, que para eso estaba el servicio, algo que me enfadó demasiado y tuve que responderle.

—¡Ya basta, mamá! Si tanto te preocupan estas tonterías, será mejor que contrates a alguien más porque Joselyn no puede con todo. Además, no tiene nada de malo que yo haga esto. ¡No se me caen los anillos!

Sabía que no podía rebatirme nada más, así que giró sobre sus talones y se marchó lejos de mí y de mis comentarios de niña a la que no le hacía falta el dinero de papá y mamá para poder valerse por sí misma. En realidad, prefería mil veces vivir en una casita como la de Marcus y Devon y trabajar como una persona normal. Era muy fácil pensarlo, lo complicado siempre sería que ellos no me iban a dejar hacer nada de eso.

Subí a mi habitación dándome cuenta de que ya era muy tarde, así que me duché y me vestí rápido. No pensaba arreglarme demasiado, pues no tenía que impresionar a nadie. Y, antes de bajar, le envié un mensaje a Marcus.

No me di cuenta de lo que le había escrito hasta que lo envié. Le había puesto «te quiero» y mi corazón comenzó a latir a mil por hora en cuanto comprobé que lo había leído. ¿Y si me respondía que él no? No estaba segura de que hubiera hecho lo correcto o quizá me dejé llevar por las ganas que tenía de escapar de mi casa para estar con él.

Recibí su respuesta y me sorprendí cuando la vi: «Yo también te quiero». ¡Dios mío!, en ese momento sentí que mi pecho explotaría en cualquier momento y comencé a gritar como una posesa, alertando a mi madre que vino enseguida para saber qué cojones me pasaba. Abrió la puerta y enmudecí, no podía decirle el motivo de mi grito. Me quedé callada y ella tampoco dijo nada. Sus ojos me escrutaban curiosos y cuando vio que me encogía de hombros, salió de mi habitación negando. Estaba segura de que pensaba que me había vuelto loca.

De nuevo le escribí y dejé el móvil en la mesita de noche. Me tiré en la cama boca arriba sin poder borrar la sonrisa que se había instalado en los labios, siendo una de las que más me costaría borrar por mucho que lo intentara.

«Te veré mañana aunque el cielo se caiga a pedazos», recordé la frase de Marcus que me estaba costando sacar de mi mente.

Cuando estaba a punto de terminar de prepararme, se escucharon unos toques en la puerta y con un «pasa», sin saber quién era, dejé que entrase la persona que estaba al otro lado.

—Lo sabía —musité en cuanto Curtis hizo acto de presencia—. Sabía que la familia a la que mis padres había invitado erais vosotros. ¿Cómo he sido tan estúpida? Será mejor de que salgas de mi habitación, Curtis. —Lo eché y él levantó las manos en modo de rendición.

—¿Hasta cuándo me vas a castigar por lo que pasó? Ya te he pedido perdón, ¿qué más quieres, Tracy? —Me pasé los dedos por el puente de la nariz mientras que un suspiro se me escapaba.

—Nada... no quiero nada de ti, Curtis. Nosotros hemos acabado para siempre y no quiero saber nada más. ¿Queda claro? —Me agarró las manos haciéndome cabrear mucho más de lo que ya estaba.

—Te echo de menos, Tracy. —Se acercó mucho más, quedando a escasos centímetros de mí, y era la primera vez que la proximidad de mi examen me ponía nerviosa.

—¿Qué haces, Curtis?

—Tengo que decirte una cosa... por favor, deja que te lo diga o acabaré perdiendo la cabeza.

—Lo miré perpleja y me alejé de él todo lo que pude.

—Es por ese tipo, ¿verdad? Te has enamorado de él y por eso no quieres saber nada de mí.

Estaba claro que Curtis había perdido los papeles y se estaba volviendo algo complicado. No podía seguir hablando con alguien que no me entendía, que solo pensaba en sí mismo y debía dejárselo claro de una vez por todas para no tener ningún problema.

—Lo que pase entre Marcus y yo no es asunto tuyo y espero que mantengas la boca cerrada —exigí mirándole de mala manera—. Tú y yo éramos amigos y ya no lo somos por tu culpa, porque has cambiado y no me gusta la persona en la que te estás convirtiendo.

—¿Éramos? ¿Ya no somos amigos? —negué—. Tranquila, no haré nada que te haga daño. No es mi intención y nunca lo fue. —Agachó la cabeza—. Espero que algún día me perdones, Tracy. —Pensé que sería lo último que me diría antes de salir de mi habitación, pero se volvió a mirarme—. ¿Podemos seguir fingiendo que somos novios? Al menos hasta que les diga a mis padres que hemos terminado.

—¿Cuánto tiempo será eso?

—Unos días. —Me quedé pensativa unos segundos y asentí.

—Espero que se acabe pronto porque no quiero que mi novio se entere de que estoy con otro. —Formó una «o» impresionada.

—¿Así que ya es tu chico? —Su voz sonó triste y eso, por mucho que me hiciera la dura, me dolió.

Curtis y yo éramos amigos desde niños y que estuviéramos así, me afectaba. Pero era su culpa, no debió ponerme en evidencia con mis padres como tampoco decir esas barbaridades de Devon y Marcus. Aún me costaba entender que mi amigo pensase así, ya que siempre se había quejado de que nuestros padres eran unos materialistas. La gente cambiaba y me jodía que él lo hiciera a peor.

Durante la cena, fingimos estar bien para no alertar a nuestras familias, pero en cuanto acabó todo, volví a ser la misma. Que tuviéramos que engañar para que nos dejaran en paz fue buena idea en su momento, pero ya no lo tenía tan claro y prefería que acabase pronto... antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO 31

Marcus

Cuando vi a Curtis acercarse a su coche con el rostro ensombrecido perdí la cabeza y me cabreé tanto que tuve que ir hasta él y agarrarle del cuello de la camisa. No pretendía asustar a Tracy, para nada era lo que tenía pensado. Pero, a veces, me era muy complicado controlarme y más cuando tenía razones de peso.

—¿Qué haces? —Sus ojos me miraban con asombro y pude ver algo de temor en ellos—. ¡Marcus, para! —Su voz salió estrangulada y eso me enfadó mucho más—. Devon, ayúdame.

¿Acaso lo estaba protegiendo? Era un cretino, un hijo de puta que debía aprender la lección y si era yo quien se la enseñaba, mejor.

—¿Te das cuenta de que ahora mismo puedo partirte la cara sin ningún problema? Has humillado a mi hermano, cabrón. Por no decir qué le ibas a reclamar a mi novia hace apenas un minuto. ¿Quién cojones te crees que eres? —siseé lleno de furia, una que hacía tiempo que no sentía.

Tracy me estaba cambiando, casi lo estaba consiguiendo, y no la culpaba porque todos querían hacerlo. No obstante, no podía, y menos después de seguir siendo pisoteado por personas como ese tipo. Ninguna persona, por muchos millones que tuviera en su cuenta bancaria, era mejor que nosotros y yo tenía que dejárselo claro.

Sentí la mano de Tracy agarrar mi brazo y eso hizo que le soltara. La miré de reojo unos segundos y no me gustó su forma de observarme, como si yo fuese el malo y no la víctima de su mejor amigo.

Curtis, aprovechando mi debilidad, me dio un puñetazo con todas sus fuerzas haciendo que cayera al suelo.

—¡Curtis! ¿Qué coño haces? ¡Ya te había soltado! —gritó enfurecida a la vez que lo empujaba.

—¿Acaso no has visto cómo se ha puesto? —preguntó él alzando la voz.

La cogió de sus muñecas para evitar que siguiera dándole golpes en el pecho y eso fue lo que hizo que me levantara descontrolado y le propinara el primer puñetazo. Por un instante en lo único que podía pensar era en golpear a ese hijo de puta e iba a ser el que pagara por todas mis frustraciones.

Perdí el control... lo perdí sin darme cuenta y solo reaccioné cuando sentí como Tracy me abrazaba la cintura para hacer que parase de una vez. Tenía a Curtis en el suelo con el rostro ensangrentado, aunque estaba seguro de que solo le había partido el labio y la ceja, pero la sangre era demasiado llamativa.

—¡Marcus!, ¡Marcus! —chilló mi hermano—. Déjalo ya, por favor.

Devon parecía sereno, aunque sabía que por dentro estaba tan cabreado como yo. Éramos tan diferentes... mientras que él intentaba arreglarlo todo hablando, yo lo hacía a golpes, porque a veces las palabras no conseguían nada y eso lo había aprendido hacía mucho tiempo.

Tracy se puso delante de mí y me agarró del brazo para apartarme de todas las miradas, que no eran pocas. No me había percatado del espectáculo que estábamos dando hasta que conseguí calmarme gracias a ella.

En ese momento, comencé a avergonzarme y fue cuando me di cuenta de que lo que había hecho no estaba bien.

Mi hermano y Aylin ayudaron a Curtis a levantarse y Tracy hizo que me subiera a su coche para salir de allí de inmediato. Estaba seguro de que me denunciarían y me lo tendría merecido, aunque tuviese la razón. Después aparcó en un parque cercano al campus, aunque lo suficientemente lejos para que nadie nos viera.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? —Fue lo primero que dijo y me miró—. Déjame ver ese labio. —Cogió mi barbilla para que girase el rostro hacia ella. Ni siquiera me acordaba del puñetazo que ese cabrón me había soltado, estaba tan acostumbrado a recibirlos que ya no sentía dolor—. Te ha dado un buen golpe. —Lo tocó con delicadeza y me quejé—. ¿Te duele? —La miré a los ojos y ella también clavó los suyos en mí.

Tenía claro que estaba muy enfadada conmigo, aunque no quería que fuera así. No podía arrepentirme de lo que había pasado y ella lo sabía. Sin embargo, tenía la obligación de pedirle perdón por haberla obligado a sacarme de allí de ese modo, perdiendo tiempo de sus clases y todo porque no pude contenerme.

—Perdóname, Tracy —dije con un hilo de voz—. No era mi intención perder el control de ese modo...

—¿De verdad? Le has dado una buena paliza a Curtis, y no me gusta que te comportes así, y mucho menos delante de tanta gente. ¿Sabes lo que pasará? —negué agachando la cabeza—. Seguramente la familia de Curtis te denuncie y tendré que convencerle de que no lo haga.

—No, Tracy. No hables con ese hijo de puta...

—¡Basta, Marcus! No me dejas otra opción. Si te hubieras controlado, ahora no tendríamos este problema. Por no decir lo que dirá mi familia si se enteran de todo esto. —Le dio un golpe seco al volante.

Quise agarrar sus manos y besarlas. Necesitaba abrazarla, pero no me atreví, no cuando estaba tan cabreada. Mi mente comenzó a divagar de nuevo, metiendo cosas en mi cabeza que no tenían sentido, al menos no debería tenerlo.

—Parece que lo estás defendiendo —escupí arrepintiéndome de inmediato.

Me miró de nuevo y esa vez su rostro me mostró decepción, la misma que vi el día que discutimos en la playa cuando se enteró de que boxeaba ilegalmente. Juraría que, más que decepción, parecía vergüenza y no podía aceptar que ella, la chica de la que me había enamorado, sintiese eso al estar conmigo. ¿Esto era lo que nos esperaba?

—¿De verdad me has dicho eso? No lo defiendes, Marcus... Tú tampoco has actuado como debías —respondió hecha un manojo de nervios—. Ya hablé con él anoche y tú lo has

estropeado todo.

—¿Anoche? ¿Estuviste con Curtis anoche? —pregunté alterado—. Claro, por eso no pudiste quedar conmigo, porque estabas con él.

Me bajé del coche para regresar caminando, no podía seguir allí en ese momento. Escuché su puerta cerrarse de un portazo y volvió a ponerse delante de mí, frenándose para que no me fuera sin terminar de hablar. Estaba claro que Tracy no me conocía, pues cuando me ponía así era mejor dejarme solo.

—No puedo creer que pienses que no nos vimos anoche porque estaba con Curtis —repitió provocando que apretase los puños a cada lado de mi cuerpo—. Mi familia y la suya son amigos de toda la vida, y cada vez que hacen alguna cena los invitan y Curtis viene con sus padres. No estaba con él de la manera en la que te estás imaginando. —Miró mis manos e intenté calmarme para no asustarla.

Me quedé callado, no sabía qué decirle para que no terminásemos enfadados por culpa de un gilipollas. Cerré los ojos, dejando la mente en blanco y comencé a respirar despacio buscando el modo de tranquilizarme.

Para cuando los abrí, Tracy se estaba subiendo al coche para marcharse. Podría haberla retenido, ya que ella esperó unos instantes antes de subirse, pero no lo hice y la dejé marchar. Me quedé anclado al suelo, viendo cómo se alejaba a toda velocidad y cómo desaparecía por la siguiente curva.

¿Por qué había sido tan estúpido? ¿Por qué no había aceptado que la había cagado? Tendría que haberla abrazado y besado. Tendría que haberla tranquilizado y haber conseguido que me perdonase... pero no hice nada de lo que debería haber hecho.

Mi móvil comenzó a sonar y lo saqué del bolsillo de mi pantalón: era mi hermano. No pensaba cogerlo, no era el mejor momento para hablar con él. Aun así, descolgué y escuché los reproches varios minutos sin decirle ni media palabra. ¿Para qué? Tenía razón en todo.

—¿No piensas decirme nada? —Continué escuchando en silencio—. Dime al menos dónde estás para llevarte la moto.

—Es mejor que la recoja en otro momento —dije secamente.

—¡Vaya! Pensé que habías perdido la lengua en tu gran pelea.

—No quiero seguir hablando, Devon —avisé en tono conciliador, intentando calmar mi rabia.

—Pues tendrás que escucharme, hermano —insistió—. Antes de nada... me alegro de que le hayas dado su merecido a ese hijo de puta. —Eso me sorprendió y me arrancó una sonrisa—. Aunque debiste controlarte un poco porque ahora no sabemos si te denunciará.

—No creo que lo haga.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque hará todo lo que Tracy le pida.

En realidad, no estaba seguro de que ella consiguiera convencerle, pero algo me decía de que Curtis estaba enamorado de Tracy y por eso, solo por eso, lo conseguiría.

Al final le dije dónde me encontraba y vino con su moto para ir a por la mía. Cuando llegó, no me dijo nada, ya me había dicho todo lo que pensaba y sabía que no volvería a sacar el tema, lo

conocía muy bien.

Cuando recogí mi moto salí de allí rápidamente. Lo que menos necesitaba era que alguna persona de las que presenciaron la pelea me viera y llamase a la policía. No sabía hasta qué punto estaba en problemas o si se arreglaría. Conduje sin rumbo, no tenía claro dónde pararía. Solo quería huir lo más lejos posible de todo y de todos. «¿Incluida Tracy?», pensé. Claro que no, de ella era de la única que no quería escapar.

Llegué a la playa donde estuvimos la tarde de su fiesta y aparqué la moto justo al final de la carretera, donde ya cambiaba el asfalto a arena. Me quité los zapatos y caminé hasta la orilla para sentarme, importándome muy poco si me mojaba o no; solo quería sentir la tranquilidad del mar, aunque a veces hubiera tantas tempestades como las que yo tenía en mi interior.

Me quedé allí bastante tiempo, esperando alguna señal que me ayudase a recobrar un poco la cordura y la confianza antes de volver a plantarme delante de ella.

Cuando me quise dar cuenta eran las cinco de la tarde. No sabía que había estado tanto tiempo allí, solo me senté y miré al frente buscando paz. Al coger el móvil para mirar la hora me fijé de todas las llamadas que tenía de Devon y de Tracy. Me sorprendí, ya que no pensaba que ella quisiera hablar conmigo después de marcharse así.

Subí a la moto y regresé a mi casa. Con suerte, mi hermano no estaría y podría estar más rato en soledad. Pero tampoco fue así, pues me encontré con Tracy en la puerta de mi casa, sentada en el pequeño escalón que había delante de la puerta. Al verme, se levantó y corrió para abrazarme. Por un momento, me quedé bloqueado, pero en cuanto aspiré su olor, encontré esa tranquilidad que no conseguí estando en la playa. Solo ella era capaz de hacerme sentir bien, de olvidar todo lo malo que teníamos a nuestro alrededor.

—Estaba muy asustada —me regañó—. ¿Dónde estabas? Llevo una hora aquí.

No le respondí con palabras, no deseaba hablar, solo besarla. Agarré sus mejillas con delicadeza y acerqué mi boca a la suya dándole ese beso que debí haberle dado esa misma mañana y que no lo hice por estúpido.

CAPÍTULO 32

Tracy

No quería irme y dejarlo tirado sin hacer las paces, pero Marcus no me dejó alternativa y había aprendido que, cuando se enfadaba, era mejor dejarlo solo. Así pasó la noche de la playa, se alejó de todos después de discutir con su hermano y en ese momento estaba haciendo lo mismo.

Llegué al campus triste y cabreada. Devon aún me esperaba en el aparcamiento y en cuanto vio que regresaba sola, comenzó a llamar a su hermano para hablar con él.

No quise quedarme para escuchar la conversación y mucho menos para saber lo que haría después, así que me di la vuelta y seguí mi camino hasta la clase que me tocaba a segunda hora, aunque también llegaba tarde. No es que fuera la mejor alumna y prefería mil veces estar en otro lugar, pero mi deber era estudiar lo que mis padres me pidieron, por mucho que odiase esa maldita carrera.

Pasé la mañana completamente distraída, miraba a cada rato la puerta esperando a que Devon hiciera acto de presencia y así poder preguntarle por Marcus, pero no llegaba y eso me preocupó aún más. Si no aparecía en la siguiente hora, perdería la oportunidad que la profesora le había dado para hacer el examen y todos mis esfuerzos habrían sido en vano.

En el tiempo de descanso fui corriendo para buscarle o preguntarle a Aylin si sabía dónde estaba su novio, pero no hizo falta ya que, al salir, me encontré a Devon esperándome.

—¡Por fin!, pensé que no vendrías —dije nada más verlo.

—Sí, tranquila. No he podido venir a las otras horas, tenía que ayudar a mi hermano —comentó apenado.

—¿Todo bien? —quise saber—. ¿Cómo está? —Bajó la mirada, se le veía bastante preocupado.

—No estoy seguro, pero creo que no está así solo por lo que ha pasado esta mañana. Hay algo más —aseguró convencido.

Quién mejor que él para conocer a su hermano y si él decía que a Marcus le ocurría algo más, así sería. Solo esperaba que tuviera la suficiente confianza para hablarlo conmigo.

Las clases se acabaron y no iría al día siguiente. Mientras esperaba a Aylin y a Devon para ir a comer, llamé por teléfono a Marcus rezando para que lo cogiera, quería asegurarme de que estaba bien y que supiera que no estaba enfadada con él, solo preocupada por lo que pudiera pasar después de la pelea.

En ese momento, el motivo de mis dolores de cabeza hizo su aparición poniéndose delante de mí. Alcé la cabeza para mirarle, encontrándome con un Curtis bastante jodido. Tenía el rostro

amorado, aunque aún le quedaba por ponerse el pómulo más oscuro. También tenía la ceja y el labio partidos, pero me fijé en que había ido a curarse. Se quedó esperando a que le dijera algo, pero de mi boca no salió nada más que bufidos cabreados.

—¿No piensas hablarme? —comentó con altanería—. Mira lo que me hizo tu novio... es un salvaje. —Escuchar cómo se dirigía a Marcus de ese modo me hizo enfadar muchísimo y lo empujé.

No estaba dispuesta a que siguiera tratándoles mal por puro gusto. ¿Qué se había creído?

—Veo que te has cambiado al bando de los excluidos. —Le dediqué una mirada de asco—. No me mires así, tu nuevo mejor amigo Devon es el marginado de la universidad y su hermano... bueno, ese no tenía tanta popularidad hasta hoy.

—¿A dónde quieres llegar, Curtis?

No quería que la conversación se alargara tanto y más sabiendo que Devon llegaría en cualquier momento. Lo que faltaba era que el otro hermano Davis terminase lo que empezó el mayor.

—Mira, Tracy. Estoy bastante sorprendido por tu cambio de actitud, pero no te culpo. —Se acercó mucho más a mí, quedando su rostro pegado al mío—. Te has encoñado con él y no pasa nada. Lo único que espero es que no te meta en problemas cuando lo denuncie por agresión porque, créeme, lo haré —me amenazó y fue ahí donde me di cuenta de cómo mi mejor amigo había cambiado.

Supuse que solo era algo momentáneo y que se le acabaría pasando, pero iba más allá y eso me asustó. Curtis jamás fue un matón, alguien que amenaza así sin más.

Me quedé pensando en la manera de convencerle de que no lo hiciera, que no denunciara a Marcus por algo que había comenzado él mismo. Si no hubiera hablado así de ellos, esto no habría pasado.

Al final, encontré el modo de hacerle entender que hacer esa estupidez le costaría más a él que a nosotros, y se lo dije al oído para que nadie más lo escuchara.

—Si denuncias le contaré a tus padres que tu novia es una marginada y que todo este tiempo hemos estado fingiendo para que nos dejaran en paz. —Me miró de reojo—. ¿Queda clarito?

—Si lo haces, tus padres sabrán de la existencia de Marcus —rebatí, pensando que así me echaría atrás. En cambio, me encogí de hombros.

—La verdad es que me importan una mierda tus amenazas. Hazlo —lo animé—. A ver quién de los dos sale perdiendo.

Sin más, me di la vuelta y me encaminé hacia el aparcamiento para esperar allí a mis amigos.

Unos minutos después, Aylin y Devon llegaron cuando estaba llamando de nuevo a Marcus, pues ya estaba segura de que Curtis no lo denunciaría y estaba más tranquila y quería que él lo supiera cuanto antes.

—Tracy, ¿estás bien? —preguntó preocupada mi amiga y asentí.

—¿De verdad? Te hemos visto de lejos discutir con Curtis. ¿Te ha dicho algo malo? Si quieres voy y acabo lo que mi hermano empezó —negué tajante. ¿Qué les pasaba a los Davis?

—¿Quieres que cumpla la amenaza de denunciar a tu hermano? Será mejor que lo dejes así,

por favor —le pedí suplicante—. Y, tranquilo, esa denuncia no llegará.

Asintió a la vez que me abrazaba y tras eso, nos fuimos a la cafetería que siempre frecuentábamos para almorzar. Mientras esperábamos la comida, seguí llamando a Marcus, y Devon, viendo lo que hacía, también lo intentó, pero no nos cogió el teléfono a ninguno de los dos y eso me empezó a preocupar demasiado. ¿Y si le había pasado algo? No me lo perdonaría, no después de haberme ido esta mañana dejándolo tirado. En realidad fue culpa suya, pero yo no era de las que hacían esas cosas.

Sobre las cuatro de la tarde me despedí de mis dos amigos y me metí en el coche con la intención de regresar a mi casa. No obstante, por el camino, cambié de rumbo y acabé aparcando delante de la casa de Marcus. Al salir, no vi la moto por ningún lado, así que supuse que no estaría. Aun así, toqué el timbre por si acaso, pero no hubo suerte.

Me senté en el escalón con el móvil entre las manos para seguir llamándole. En algún momento me lo cogería, ¿no? No estaba tan segura de ello, pero rezaba porque así fuera.

Una hora allí sentada.

Una hora que me sirvió para pensar mucho en todo.

Una hora y lo único que saqué en claro era que estaba enamorada de un hombre con un pasado que no había superado y hasta que no lo hiciera, seguiría controlado por su propia rabia.

De pronto, escuché el rugir de una moto acercándose y me levanté para comprobar si era él. En cuando aparcó delante de mí y se quitó el casco, lo abracé con toda la fuerza que poseía.

—Estaba muy asustada —lo regañé—. ¿Dónde estabas? Llevo una hora aquí —dije con la voz entrecortada.

Marcus no me respondió. En cambio, llevó sus manos hacia mis mejillas y pegó sus labios a los míos dándome la respuesta que yo necesitaba... el beso que había esperado desde hacía dos días.

Sin parar de besarnos caminamos a trompicones hasta la puerta. Marcus, con bastante torpeza, abrió la puerta y, al cerrarla, me alzó obligándome a enroscar mis piernas alrededor de su cintura, arrancándome un jadeo que le hizo ver las ganas que tenía de que me hiciera suya de nuevo. ¡Había soñado tanto repetir ese momento! Desde que hicimos el amor en la cabaña no había podido quitármelo de la cabeza y estaba a punto de volver a pasar.

Me llevó hasta su habitación, caminando despacio pero sin abandonar mi boca, no podíamos separarnos. Su lengua jugó con la mía, empezando ese juego tortuoso que nos llevaría al límite en cuanto nuestros cuerpos se sintieran por completo, piel con piel.

Me dejó sobre la cama y lo ayudé a desnudarse, bajándole los pantalones y la ropa interior, dejando delante de mi rostro su duro miembro. Me lamí los labios sin dejar de mirarle y diciéndole, sin palabras, lo que haría a continuación. Acerqué mis labios a su glándula y pasé la lengua por la punta abriendo la boca despacio, apretando con delicadeza para hacer presión mientras me lo introducía por completo. Marcus soltó un gruñido en cuanto lo tuve completamente dentro de mi boca; moví mi cabeza despacio, chupando lentamente, saboreándole con muchísimas ganas de darle placer.

Lo estaba disfrutando tanto que no quería parar. Entre esas cuatro paredes se escuchaban los gruñidos de Marcus que me calentaban a cada segundo. Estaba a punto de terminar, lo notaba y

lo miré. Él pensó que pararía, que no se dejaría derramar en mi boca y lo sorprendí en cuanto aceleré los movimientos buscando ese final que tanto estaba aguardando.

—Joder, Tracy. —Su voz sonaba profunda y desgarradora.

Me levantó en cuanto se recuperó y me desnudó con rapidez mientras seguía besándome con pasión, con un deseo que se multiplicaba por mil cada vez que nos veíamos, que nos besábamos.

Ya desnuda, me miró de arriba abajo y me alzó de nuevo para entrar en mí de una sola estocada. Me llevó hasta la pared más cercana y mientras que con una mano se apoyaba, con la otra me agarraba. Entraba y salía de mí tan rápidamente que casi sentía vértigo. Su boca buscó la mía y mordió mi labio inferior haciéndome jadear de placer, aunque no había dejado de hacerlo desde que entramos en la casa.

—Córrete, amor —me pidió con tanta delicadeza que mi corazón comenzó a latir desbocado.

—No pares, Marcus. No pares, por favor —musité entre jadeos de manera suplicante.

—Jamás pararé... jamás dejaré de llenarte de placer. —Me besó de nuevo, pero ese beso fue diferente. No solo había pasión, también sentí amor.

Varias estocadas más y exploté a la vez que mi cuerpo convulsionó de manera exagerada. Mis ojos se cerraron y me mordí el labio inferior. Aún estaba excitada y mi cuerpo seguía caliente. Me llevó hasta la cama y nos acostamos. Marcus me abrazó por la espalda, pegándome a él lo máximo posible, encajando nuestros cuerpos como si fuéramos las últimas piezas de un puzle sin acabar.

No me di cuenta de lo agotada que estaba, pero mis ojos se cerraron y nos quedamos dormidos así.

Sentí una mano cálida acariciar mi rostro y me removí entre las sábanas. Poco a poco fui abriendo los ojos, encontrándome con los suyos. Le regalé una sonrisa, recibiendo otra por su parte y se acercó para darme un beso.

—¿Qué hora es? —pregunté bajito, aún estaba medio dormida.

—Las diez. —Abrí los ojos de golpe y me levanté con rapidez.

—¿De la mañana? —negó parándome, pues me estaba vistiendo para marcharme enseguida.

—De la noche, tranquila. Sé que no puedes pasar la noche conmigo, por eso te he despertado. —Besó la punta de mi nariz—. Eso sí, hay que buscar el modo de que podamos dormir alguna vez juntos.

Y ahí estaban de nuevo esas mariposas golpeando mi estómago con la misma fuerza con la que latía mi corazón.

—Por cierto, tenemos que hablar de una cosa, ¿no? —Enarqué una ceja haciéndole reír—. Unos mensajes que nos enviamos ayer... ¿lo recuerdas?

Nada más decir eso recordé ese «te quiero» que le escribí y sentí mis mejillas arder de vergüenza. Subí mis manos hasta la cara para taparme, pero él no me dejó porque se las llevó hasta sus labios para depositar un tierno beso.

—¿Me quieres? —preguntó y, antes de poder responderle, volvió a hablar—. Porque yo te quiero a ti, hoyuelos.

Mi respuesta no fue otra que comérmelo a besos y así le dije todo lo que sentía por él sin necesidad de palabras. No sabía cómo, y mucho menos cuando, pero Marcus había conseguido enamorarme y yo enamorarlo a él. Al final, aquel chico duro que se apostó nuestro primer beso no era tan duro como parecía.

CAPÍTULO 33

Marcus

A las once Tracy se marchó, aunque me habría encantado que durmiera conmigo esa noche. Sin embargo, aún no estaba segura de poder contarles a sus padres que tenía novio y que era yo. No me lo había dicho, pero no hacía falta ser muy inteligente para saber el miedo que tenía de hacerlo.

Yo ya había cenado, pero mi hermano aún no había llegado. Desde que me llevó a recoger la moto no volvimos a hablar y eso que me había llamado tantas veces que me costaba llevar la cuenta.

Cogí el móvil con la intención de devolverle esas llamadas y así saber dónde estaba cuando justo la puerta se abrió e hizo su aparición.

—¡Vaya! Pensé que no estarías en casa. ¿Sabes cuántas veces te hemos llamado Tracy y yo? —asentí enseñándole el móvil con su nombre marcado en la pantalla demostrándole así que iba a llamarle—. ¿A esta hora me ibas a llamar? ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —Las comisuras de mis labios se elevaron y él comprendió.

—Tracy acaba de irse —anuncié—. Hemos pasado todo este tiempo juntos y ha sido maravilloso. —Un profundo suspiro se me escapó.

—Me alegro de que no estéis enfadados. No me gustaría que, por culpa de un cabrón, se acabase vuestra relación. Además, estoy muy feliz por ti, Marcus. —Se sentó a mi lado—. Por primera vez noto tu tranquilidad y... —comencé a negar. Para nada estaba como él creía—. ¿Qué ocurre?

Me levanté inquieto, no sabía cómo decirle a mi hermano que estaba pensando en volver a las peleas. Con el dinero que ganaba en el gimnasio no me daba para mantener la casa y mucho menos ayudarle a él con los gastos de la universidad. ¿Cómo podría decírselo? ¿Cómo si él odiaba lo que hacía? Sabía que, por mucho que le explicara los motivos, se negaría y acabaríamos discutiendo. Me quedé en silencio más tiempo del debido, preocupándole, y no me quedó otra que enseñarle el sobre con lo que había ganado ese mes para que él mismo se diera cuenta.

—¿Qué es esto? —le pedí que lo abriera, haciéndome caso al instante—. ¿Y este dinero?

—Es lo que he cobrado este mes en mi trabajo. —Se rascó la cabeza—. Tenemos problemas económicos muy serios, y por eso estoy así, porque no paro de darle vueltas a la cabeza y sigo sin encontrar una solución que sea legal.

En cuanto dije eso se dio cuenta de a qué me refería y se levantó a la vez que negaba con malestar. Sabía que se pondría así, y más después de cómo acabamos la última vez que sacamos el tema de los combates. Pero debía entender que tenía que hacerlo de vez en cuando, aunque

fuera dos días al mes.

—No hay otra solución, Devon —dije sin dejar de mirarle fijamente, buscando ese apoyo en él, uno que no llegaría jamás.

—Hay otras soluciones menos peligrosas, Marcus. Además, yo también estoy trabajando y puedo pedir más horas para...

—Ni de coña vas a trabajar más. ¿Estás loco? No pienso dejar que seas tú el que tire del carro —le interrumpí sin dejar de negar—. Soy el mayor, por lo tanto, soy quien tiene que sacarnos adelante, aunque eso me lleve a hacer cosas de las que no me sienta orgulloso —sentencié decidido. Porque sí, ya había tomado la decisión y nada ni nadie me haría claudicar.

«¿Nadie? ¿Ni siquiera Tracy?», esas preguntas martilleaban mi mente, poniéndome delante un obstáculo bastante importante. Aun así, ella tendría que aceptarlo porque no había otro modo.

Nos quedamos en silencio, cada uno metido en sus propios pensamientos, aunque yo sabía lo que le rondaba por la cabeza y era buscar el modo de sacarme esa idea absurda de volver al cuadrilátero. Yo sabía a lo que me enfrentaba, no era un estúpido y tenía muy claro lo peligroso que era volver a estar cerca de Dixon. Sin embargo, el problema económico siempre iba a estar ahí.

Los días comenzaron a pasar despacio, tanto, que llegué a pensar que el tiempo se había detenido y que seguíamos en el mismo día y hora. ¿Por qué me sentía así? ¿Por qué tenía la sensación de estar anclado en un mismo lugar, en uno en el que no había cabida para los problemas ni para nada malo? Todo gracias a ella, a Tracy.

Nos veíamos a diario. Venía por la tarde a mi casa y tras devorarnos sin miramientos, cenábamos y después ella regresaba a la suya. Mi hermano se burlaba de nosotros diciendo que estábamos enganchados y que llegaría un momento en el que no podríamos separarnos y ese momento sucedió antes de que pudiese darme cuenta. Me era imposible dejar de verla un solo día y a ella le pasaba exactamente lo mismo.

Pero no todo era sexo, también dábamos paseos por la playa e incluso algunas tardes habíamos ido al gimnasio para que le enseñara a boxear, algo que se le daba bastante mal pues no tenía mucha fuerza. Aun así, le ponía bastantes ganas y con eso bastaba.

Por un momento, dejé de pensar en lo que había decidido y ni siquiera se lo había comentado. No obstante, tenía la certeza de que mi hermano le había dicho algo, ya que intentó sacar el tema en más de una ocasión, pero siempre le rehuía. A quién le dije lo que quería hacer fue a Nick y tampoco estuvo de acuerdo, aun sabiendo de primera mano por qué tenía que hacerlo.

—Estás loco si piensas que te apoyaré después de cómo acabamos la última vez, Marcus —escupió demasiado cabreado—. ¿No te acuerdas? Casi me matan y os estaban buscando para haceros Dios sabe qué.

—No tengo otra opción, Nick, y sabes que es verdad —respondí, buscando el apoyo que necesitaba—. ¿Cómo quieres que sobreviva? Con la mierda que gano aquí, no es suficiente.

—¿Has pensado en buscar otro trabajo? Uno legal, al menos. —Agaché la cabeza a la vez que negaba—. Pues primero comienza por ahí y luego toma la decisión. No puedes ir a lo fácil cuando hay un millón de posibilidades más para...

—¿Para qué? ¿Para qué me rechacen? No tengo estudios, Nick, y mucho menos experiencia en nada más que no sea el boxeo. ¿De verdad piensas que una empresa va a contratarme a mí? ¡No me jodas! —exclamé cabreado, y tenía que intentar calmarme antes de que llegase Tracy.

Justo esa tarde iría al gimnasio para seguir con sus clases de boxeo. Yo sabía que a ella no le gustaba y que solo lo hacía para pasar tiempo conmigo. No es que me quejara, al contrario, me encantaba tenerla conmigo todo el tiempo que fuera posible.

—Pídele ayuda a tu novia. ¿Qué puedes perder? Es una joven con muchos contactos y creo que podría...

—No estás hablando en serio —dije molesto—. No pienso pedirle ayuda a Tracy para eso porque tendría que contarle los problemas que tengo de dinero. Lo siento, pero es solo asunto mío y de nadie más.

—Pues no lo entiendo, Marcus. Tienes la oportunidad de buscar algo mejor gracias a tu novia y no lo aprovechas —insistió con el tema y me estaba cabreando—. Todavía no sé qué hace una chica como ella con un tipo como tú y, perdóname que sea tan franco... sabes que esa relación está sentenciada a morir.

Que dijera eso fue el detonante para terminar de enfurecerme. Me dieron muchas ganas de golpearle, de darle un puñetazo en la boca para que se callase de una vez, pero no lo hice por el respeto que le tenía. Sabía que no le caía muy bien mi novia, pero de ahí a hablar de ella de ese modo eran palabras mayores. Estaba claro que teníamos a todo el mundo en nuestra contra y que, si sus padres llegaban a enterarse, todo se iría a la mierda.

Salí de su despacho sin responderle, no podía decirle nada más. En la puerta y agazapada como si no quisiera que la vieran, me encontré a Tracy. Me miró con los ojos bien abiertos, como si quisiera decirme algo y eso me dio pistas para saber que había escuchado la conversación con mi entrenador.

—No sabía que habías llegado —dije al fin, acercándome a ella para darle un beso en los labios.

Solo estando ella estaba cerca, o al besarnos, era cuando yo encontraba esa tranquilidad que me arrebatava los problemas. Solo cuando Tracy me abrazaba... joder, cuando me rodeaba con sus brazos, me sentía en paz.

—¿Estás bien? —Se preocupó al notar mi cuerpo en tensión—. Creo que deberíamos hablar, ¿no crees? —La miré de nuevo y asentí—. Salgamos de aquí. —Cogió mi mano y me sacó del gimnasio.

—¿Y tus clases? —me apresuré a preguntar.

—Eso puede esperar. —Se detuvo para responderme—. Ahora tú me necesitas más.

¿Cómo no iba a quererla si era la mejor persona que conocía? Tracy era pura bondad y amor, y por eso y por todo lo que me regalaba a diario con su presencia, me había enamorado de ella como un loco.

Nos montamos en mi moto, y conduje hasta nuestro parque, el que frecuentábamos desde aquella noche en la que quise volver a hacerle el amor... la noche que me sinceré con ella. Cuando llegamos la volví a besar, pues me era muy difícil no hacerlo cada vez que tenía ocasión. Al separar nuestros labios, agarré su mano y dimos un paseo.

Me di cuenta de que iba muy callada y la observé de reojo, buscando sacarla de sus pensamientos, aunque fuera con una mirada.

—¿Te pasa algo? —pregunté deteniendo nuestro paso, ya que no había conseguido sacarla de su silencio.

Nos sentamos en el primer banco que vimos libre y entrelazó sus dedos con los míos.

—Quiero pedirte perdón, Marcus —comentó sorprendiéndome—. He escuchado tu conversación con Nick.

Me lo estaba imaginando, pero a la vez rezaba porque no hubiera sido así.

Había estado días buscando la manera de decirle lo de los combates y, en ese momento, me vi obligado a aclarárselo sin querer.

Bajé la cabeza algo avergonzado pues me sentía que le estaba fallando, aunque todavía no hubiera ido a hablar con Dixon. Aun así, estaba seguro de que se iba a negar, que intentaría por todos los medios convencerme de no hacerlo y no sabía hasta qué punto podría negarle algo a ella.

—¿Por qué no me has dicho los problemas económicos que tienes? Podríamos haber buscado una solución entre los dos —indicó hecha un manojo de nervios.

—No finjas que no lo sabías... sé que mi hermano te contó algo. —Desvió su mirada hacia otro lado a la vez que asentía.

—Solo me dijo lo del dinero, pero nada más —aclaró—. Marcus, he estado pensando todo este tiempo en cómo ayudarte sin que te niegues y creo que he encontrado la manera.

—No pienso dejar que me ayudes, Tracy. Ya es bastante humillante que te hayas enterado de esas cosas al escuchar la conversación con Nick. —Se quedó callada—. ¿Crees que no me doy cuenta de que soy un completo desastre? Jamás podré hacer nada más que boxear y cuanto antes lo aceptes, mejor para los dos —escupí de mala manera.

No quería sonar borde y tampoco enfadarme con ella por querer ayudarme, pero si aceptaba, sería como asumir que no podía solo y eso sería fallarle a mi madre. Un día le prometí que sacaría adelante a mi hermano y por mis cojones que lo conseguiría.

—Ni siquiera has escuchado lo que quiero decirte y ya te has cerrado en banda —dijo de pronto, sacándome de mi cavilación.

—Porque no necesito tu ayuda, me basto solo para...

—¡Joder, Marcus! ¿No puedes callarte un momento? —me interrumpió, sacando ese mal carácter que tenía y que ya había visto en otras ocasiones—. Creo que podrías trabajar con tu hermano en el restaurante del club. —Abrí los ojos sorprendido, para nada me hubiera imaginado esa propuesta—. He hablado con el encargado y me ha dicho que puedes ir mañana mismo.

Me quedé pensando en esa posibilidad. No es que me hiciera mucha ilusión trabajar en el establecimiento de mi suegra y mucho menos sin que ella supiera que yo era el novio de su hija. ¿Qué haría si se enteraba de todo? Seguramente me echaría como un perro de allí y justo por eso era una malísima idea.

CAPÍTULO 34

Tracy

Hacía unos días que Devon me contó el motivo por el que Marcus estaba tan disperso. No es que conmigo lo estuviera, pero a veces tenía que sacarlo de esos pensamientos que hacían que se evadiera tanto.

Al principio me enfadé, ya que él mismo debería haber tenido confianza conmigo para contarme sus problemas, pero claro... era tan orgulloso que eso no estaba en sus planes.

Me vi en la obligación de hacer algo por él, aunque no me lo hubiese pedido. Hablé con Henry, el encargado del restaurante del club de golf, para pedirle el favor de que contratase al hermano de Devon. De primeras se negó sin tener una carta de recomendación por delante, pero al decirle que yo era responsable de él, no pudo negarse. Ser la hija de la dueña tenía que servir de algo. No obstante, le supliqué que no le contase nada a ella para no tener problemas. No le gustó la idea, pero conseguí que aceptara sin rechistar.

Estaba delante de Marcus esperando una respuesta a mi propuesta. No es que tuviese muchas opciones, así que haría lo posible para que aceptase trabajar con su hermano. Allí iba a cobrar más y a trabajar menos; era justo lo que necesitaban. No estaba dispuesta a dejar que se metiera en las peleas para ganar dinero fácil, si es que a eso se le podía llamar así.

—¿Y bien? —quise saber, ya estaba bastante nerviosa y no podía seguir esperando.

—No sé, Tracy. ¿Crees que es buena idea? ¿Qué pasará si tu madre llega a enterarse que eres novia de un camarero? No creo que le haga demasiada... —Puse un dedo en sus labios consiguiendo que se callara.

Acerqué mi rostro al suyo y lo besé.

Lo besé porque necesitaba sentir sus labios.

Lo besé porque era el único modo de hacerle ver lo mucho que él me importaba. Tenía que conseguir desechar de su cabeza la estupidez que acababa de decir, porque realmente me importaba una mierda que mi madre supiera que Marcus era mi novio. Yo era mayor de edad y podía elegir de quien enamorarme. «Eso dices ahora, pero sabes que él tiene razón», mi subconsciente volvió a la carga.

Tras varios minutos dándonos el calor que ambos necesitábamos, pegó su frente a la mía sin abrir los ojos.

—Tengo miedo, amor —comentó haciendo que acariciase sus mejillas—. Tengo miedo de que este sea el principio del fin de nuestra relación. Algo me dice que no va a salir bien y estoy seguro de que tú también lo sabes. —Abrió los ojos.

—No dejaré que nadie me aleje de ti, ¿me oyes? Nadie, absolutamente nadie, será capaz de hacer que deje de quererte como lo hago —declaré con un hilo de voz siendo completamente sincera—. Solo necesito tiempo para contárselo a mis padres.

Volvió a cerrar los ojos a la vez que suspiraba un par de veces. Para cuando los abrió, vi en su mirada un gesto diferente. Comenzó a asentir con una sonrisa y ahí supe que lo había conseguido, que Marcus aceptaría ir al restaurante tal como le había pedido.

Sabía lo mucho que le iba a costar llevar a cabo un trabajo como ese y más sin haberlo hecho antes, pero confiaba en su capacidad y estaba segura de que acabaría gustándole.

Decidimos regresar al gimnasio para coger mi coche e ir hasta su casa. Su hermano lo había llamado para que cenáramos los cuatro juntos allí y, al estar de vacaciones, podía llegar a mi casa más tarde sin que me pusieran ningún problema. Aunque, lo que más ilusión me hacía era poder dormir con él y esa noche, lo haría.

Al entrar en su casa, Aylin y Devon ya estaban en la cocina preparando unas pizzas. No es que supieran hacer nada mejor, pero esperaba que no se les quemaran como la última que hizo Marcus.

—Ya era hora. ¿Dónde estabais? —preguntó mi mejor amiga a la vez que me saludaba con un beso en la mejilla.

—Paseando, ¿verdad? —Le miré y asintió.

—¿Todo está bien? —Aylin se preocupó al ver nuestras caras, no es que yo fuera muy expresiva, pero se me notaba cuando algo me rondaba por la cabeza.

—Sí, tranquila...

Justo cuando pensaba decirle a Devon la buena noticia, Marcus se adelantó y se lo contó todo con detalle. Mi cuñado, en un principio, se sorprendió. Él tenía constancia de lo que yo haría, pero jamás se hubiera imaginado que su hermano aceptaría ese trabajo, y mucho menos sabiendo que eso lo alejaría de lo que él más quería: el boxeo.

Al final, acabamos celebrando su nuevo empleo y pasamos una noche fantástica. Cenamos, jugamos a las cartas, reímos y nos emborrachamos... en ese orden. Me levanté diciendo que iba al baño, pero lo que haría, sería llamar a mi madre para informarle de que esa noche no dormiría en casa porque me quedaría con Aylin. Claro que tendría que decírselo a mi mejor amiga también para que no tuviéramos el mismo problema de la otra vez.

—Hola, mamá —saludé cortante.

—Tracy. ¿Ha pasado algo? Nunca me llamas a esta hora. —Noté su preocupación, algo inusual en ella.

—No, no —contesté suavizando la voz—. Solo te llamaba para que supieras que no iré a dormir esta noche, me quedaré con Aylin.

—¿Seguro que estarás con ella? No quiero que...

—Sí, mamá —la interrumpí—. No te preocupes, llegaré mañana temprano. Un beso.

Ni yo misma me creía que le hubiese mandado un beso a mi madre, la misma que odiaba que fuese tan cariñosa. No me lo había dicho jamás, pero tal y como me trataba, no había que ser

muy lista para darse cuenta de que no le gustaba.

Cuando volví al salón, mi amiga estaba a punto de marcharse, aunque Devon intentaba convencerla de que se quedara esa noche pues ya era bastante tarde.

—Cariño, me iré con Tracy. —Carraspeé a la vez que negaba.

—Yo es que no me voy esta noche, Aylin.

Que dijera eso provocó que Marcus se levantara como un resorte y se acercase a mí con una sonrisa resplandeciente.

—¿Te quedas esta noche conmigo? —preguntó con nerviosismo y asentí—. ¿En serio? —volví a asentir, aún no se lo creía.

Me cogió en brazos y comenzó a dar vueltas conmigo, como si fuera un niño pequeño al que le acababan de dar su juguete favorito.

Vi como Devon le suplicaba a mi amiga que se quedase y al escuchar que yo había dicho que me quedaba, no le quedó otra más que aceptar dormir en casa de los hermanos Davis. Esa noche, ambas dormiríamos con nuestros novios. Bueno... y lo que no era dormir.

Un rato después, Aylin y Devon se acostaron y nosotros nos quedamos un rato más en el salón tumbados en el sofá. No estábamos viendo nada en la tele, solo hablando de cosas triviales. Era tan fácil estar a su lado. Marcus me contaba cosas de su pasado, cuando aún su madre vivía y eran felices. Devon y él tenían una relación preciosa y eso fue gracias a esa mujer que dedicó todo lo que tenía para que así fuera, aunque muchas veces estuvieran solos por su trabajo. Me habría gustado tener una hermana con la que compartir mi vida, pero mis padres se plantaron cuando me tuvieron a mí.

Un bostezo involuntario lo interrumpió y sentí que mis ojos comenzaban a cerrarse; estaba realmente cansada.

—Vamos a la cama, amor —susurró en mi oído y noté cómo me cogía en brazos para llevarme a su habitación. El que yo fuera algo menuda, ayudó bastante.

Me dejó en la cama despacio y, seguidamente, el calor de su cuerpo hizo que abriera mis ojos despacio, encontrándome con esa sonrisa que adoraba. Subió su mano izquierda hasta mi mejilla para acariciarla a la vez que apartaba un mechón de pelo, dejándolo detrás de mi oreja. Acercó su rostro al mío, aunque sin llegar a besarme. Cerré los ojos y suspiré.

—Eres tan hermosa —expresó con un hilo de voz.

Elevé las comisuras de mis labios regalándole la mejor de mis sonrisas, demostrándole todo lo que me hacía sentir con un simple piropo.

—Tú eres... —Recorrí su pecho con mis dedos mientras me mordía el labio inferior. Eso le hizo reír y, acto seguido, se puso sobre mí.

—No has terminado la frase, hoyuelos. ¿Cómo soy? —Esa vez fue él quien mordió mi labio, arrancándome un jadeo.

—Estás demasiado bueno, amor. —Volvió a reír, pero esa vez más abiertamente.

—Tú eres una diosa. —Bajó una de sus manos hasta mi cintura para apretarla despacio.

Estaba comenzando un juego que haría que me despertara de golpe, deseosa de que me hiciera

el amor. Yo tenía mis manos libres, así que empecé a acariciar su espalda, repasando cada parte de ella ligeramente. Llegué hasta su trasero y lo pellizqué provocándole.

—Esto... —Jadeé al notar su erección cerca de mi sexo—. Quiero sentirte ya, Marcus.

No me hizo esperar mucho más, pues tenía la habilidad de calentarme sin mucho esfuerzo. Comenzó a quitarme la ropa despacio, pausadamente y en cada pedacito de piel que iba descubriendo, depositaba un beso que me erizaba por completo. Sus labios besaron cada rincón de mi cuerpo, adorándolo de un modo que me llevaría al cielo en cualquier momento.

Una vez que me desnudó por completo quise hacer lo mismo con él, aunque solo tuviera que quitarle la parte de abajo. Lo ayudé a bajarse los pantalones y el bóxer y volvió a atacar mi piel con sus besos. Sus manos me recorrían entera, dejando su huella en mí... haciéndose dueño de todo mi ser. No estaba segura de cómo comenzó nuestro romance, de cuando fue que sentí que no podía estar sin él. De lo único que estaba segura, era de que ya no podía vivir en un lugar donde Marcus no estuviera.

Sus manos llegaron a mis muslos y los apartó con una delicadeza que me mató. Poco después, noté su miembro en la entrada de mi sexo y entró de una sola estocada, llenándome al fin.

Esa noche no follamos desesperados.

Esa noche Marcus me demostró lo mucho que me quería, haciéndome el amor con dulzura, con esa pasión que crecía y crecía tan deprisa, que a veces pensaba que no era real. Pero lo era, lo nuestro era tan real como que la luna brillaba todas las noches.

Por la mañana escuché el despertador del móvil de Marcus y mis ojos se abrieron en cuanto sentí que se levantaba.

—¿Qué hora es? —pregunté a la vez que me incorporaba despacio.

—Las ocho, sigue durmiendo. —Me dio un beso en la frente—. Voy a preparar el desayuno. ¿Quieres café? —asentí echándome hacia atrás de nuevo.

No supe cuánto tiempo había pasado desde que salió de la habitación hasta que regresó de nuevo para decirme que ya estaba el desayuno listo, puesto que volví a quedarme dormida. Me levanté a las ocho y media y comencé a vestirme, pues debía volver a mi casa.

—¿Y Devon? —Me interesé al no verlo por ninguna parte.

—Está en el baño.

—¿Aylin?

—Aquí estoy, aquí estoy. —Escuché su voz detrás de mí y me giré riéndome—. Ya sé que soy indispensable en tu vida. Ya me tienes aquí. —Me guiñó un ojo.

—No es por eso tonta, pero tendré que llevarte a tu casa, ¿no? Que estos hombres se tienen que ir a trabajar. —Miré a mi novio y él asintió, aunque no muy convencido—. Todo saldrá bien, ¿vale? —aseguré levantándome para acercarme a él—. Solo tienes que decirle a Henry que vas de mi parte.

—Está bien. —Besó mi nariz.

Escuchamos a Devon salir del cuarto de baño a toda prisa, no le gustaba llegar tarde al trabajo, así que nos vimos obligadas a salir de la casa antes de lo esperado. Me despedí de Marcus mientras que Aylin hacía lo mismo con su novio y cuando los vimos salir cada uno en su moto, nos montamos en mi coche y salimos de allí; teníamos que regresar a la realidad.

CAPÍTULO 35

Marcus

Me habría gustado quedarme más tiempo con ella, aprovechar cada segundo a su lado, pero le prometí que iría a ese absurdo trabajo que, por mucho que no me gustase, me ayudaría económicamente.

Llegamos al club de golf y me puse nervioso, jamás había estado en un lugar así y no sabía si estaría a la altura. En aquel lugar pasaban a diario personas muy influyentes y, aunque conocía a algunas gracias a los combates, no esperaba que me reconocieran. No era oro todo lo que relucía entre esa gente que creía tenerlo todo, pues a algunos les encantaba apostar en los lugares que yo frecuentaba y que sabían que era ilegal.

—Vamos, hermano. Te llevaré con Henry —mencionó Devon, sacándome de mis pensamientos.

Lo seguí sin decirle nada, ¿para qué? Él sabía que estar en ese lugar no era lo que yo más quería. Además, estaba bastante nervioso y no quería hacérselo ver. No obstante, estaba seguro de que mi hermano se habría dado cuenta ya que me conocía bastante bien.

Entramos por la puerta trasera del restaurante y pasamos por la cocina hasta llegar a un pequeño despacho que había al final de esta. Devon dio dos toques en la puerta y tras un «pase» que escuchamos al otro lado, aparecimos en el despacho. Allí, un señor de unos cincuenta años nos miró por encima de sus gafas, algo que no me hizo mucha gracia.

—Buenos días, Henry —lo saludó Devon—. Te presento a mi hermano, Marcus. Él es quien comenzará a trabajar hoy...

Por un momento, se quedó pensativo, hasta que recordó quien era yo.

—Ah, claro. Eres el chico que me recomendó Tracy, ¿no? —afirmé con una sonrisa—. Siéntate, muchacho. —Obedecí sin dudarlo—. Devon, puedes ir a tu puesto. En un rato te mandaré a tu hermano para que le muestres su lugar en el restaurante, ¿de acuerdo?

—Está bien, gracias.

Devon salió del despacho dejándonos solos y Henry me puso el contrato frente a mis ojos. Me dejó unos minutos para que lo leyera y cuando vi el sueldo, no dudé ni un minuto en firmar, pues era el triple de lo que estaba cobrando en el gimnasio y, gracias a ello, podría seguir ayudando a mi hermano. Obviamente, yo trabajaría a jornada completa, algo que Devon no podía hacer por sus estudios. En cuanto firmé, le dije adiós al boxeo con desgana, pero era algo que tenía que hacer.

—Bienvenido a la familia, Marcus. Esta es la llave de tu taquilla, ahí encontrarás tu uniforme. —Me miró de arriba abajo en cuanto me levanté—. Creo que te quedará bien la talla que he

cogido para ti.

—Muchas gracias, señor.

Fue lo último que dije antes de salir para dirigirme hacia el vestuario. Vi pasar a varios camareros más y alguna que otra chica que trabajaba en la cocina. Los saludé con un «buenos días», había que ser educado, aunque no conociera a nadie. Por el camino, le pregunté a uno de ellos dónde estaba el vestuario y en cuanto me lo indicó, llegué enseguida.

Me cambié despacio, como si lo que estaba haciendo fuera el fin de mi vida, de lo que yo quería hacer con ella. No es que supiera muy bien a qué dedicarme, pero trabajar de camarero tenía claro que no. Debía aceptar que era algo pasajero, que saldría de ese lugar pronto y solo así, se me haría más llevadero.

Una vez que estuve listo, salí de la cocina y me encontré a mi hermano detrás de la barra secando unos vasos. Cuando me vio, caminó hacia mí con una sonrisa. Sabía lo mucho que le gustaba tenerme allí con él, aunque no me lo hubiera dicho.

—Te queda bien el uniforme. —Enarqué una ceja, haciéndole reír—. De verdad, no me estoy burlando.

—Está bien, te creo.

—Ven, te presentaré a algunos de nuestros compañeros.

Me llevó hasta dos chicos que hablaban mientras uno ponía la cafetera en marcha y el otro preparaba las tazas para cuando llegasen los primeros clientes. El restaurante abría a las nueve y media y solo faltaban diez minutos para eso.

—Logan, Edin —los llamó—. Os presento a mi hermano Marcus, hoy comienza a trabajar con nosotros.

—Hola, tío. —Logan me extendió su mano para que la estrechara.

—Encantado —dije agarrándola.

—¡Hola! —me saludó el otro levantando una mano—. Bienvenido a la empresa —asentí con media sonrisa.

Después de las presentaciones, mi hermano fue el encargado de decirme todo lo que tenía que hacer y, quitando que había algunas horas en las que debía ser camarero de sala, la mayoría del tiempo tenía que estar tras la barra, algo que me gustó.

Una vez que me enseñó cómo funcionaba la caja, la cafetera y todo lo demás, se fue a sus cosas justo cuando comenzaron a aparecer los primeros clientes.

Lo cierto era que, aunque el trabajo no me gustaba, el primer día se me hizo bastante ameno y rápido. Pasabas tanto tiempo haciendo cosas que no te aburrías.

Así, poco a poco, me fui haciendo a mi nuevo trabajo. Acabé la primera semana bastante contento, algo que me sorprendió. Lo único que echaba de menos era tener tiempo libre para ver a mi novia más horas al día y no solo un par por la noche. Aunque, a decir verdad, la vi alguna que otra mañana en el restaurante, pero iba siempre acompañada de su madre y eso no nos ayudó en nada, pues no podía acercarme a ella y besarla como me hubiera gustado.

Un martes cualquiera, tras varios días sin vernos, apareció sola. No lo dudé ni un segundo y me acerqué como lo haría un camarero. Tracy no me vio, así que aproveché para observarla

detenidamente; era preciosa y era mi novia... solo mía.

—Buenos días, señorita Ross. ¿Quiere tomar algo? —Mi voz sonó más grave de lo normal, aunque no pretendía que saliera así. No obstante, llevábamos tanto sin pasar la noche juntos que verla tan de cerca me calentó.

—Oh, buenos días, amable camarero. Me gustaría... —Puso un dedo en su barbilla y se acercó a mí tras comprobar que no nos estuviera mirando nadie—. Te espero en el baño de señoras en cinco minutos.

Abrí mis ojos sorprendido a la vez que ella se encaminó hacia el pasillo. Miré el reloj de mi muñeca para estar pendiente de los cinco minutos y, en cuanto pasaron, caminé en la misma dirección, adentrándome en él con sigilo. Una vez allí, busqué a Tracy, pero no la encontraba. De pronto, sentí sus manos tapar mis ojos y, cuando pensé que iba a ponerse delante de mí con su maravillosa sonrisa, habló:

—¿Quién soy? —preguntó, haciéndome reír.

No le respondí, no con palabras al menos. Eran tantas las ganas de abrazarla y besarla, que cogí sus manos y tiré de ella para ponerla frente a mí, para después pegar mis labios a los suyos en un beso desesperado.

—No sabes lo que te he extrañado, hoyuelos. —Jadeó en respuesta cuando notó mis manos tocar su espalda por debajo de la camiseta azul que llevaba.

—Yo también te he echado de menos. —Se separó de mí y me llevó hasta el interior de unos de los cubículos cerrando con pestillo tras de sí—. Quiero hacer el amor, aquí y ahora. —Abrí los ojos sorprendido, aunque no me negué.

Atacó mi boca con pasión, mientras que sus manos desabotonaba mi camisa. Yo, en cambio, comencé a desnudarla de cintura para abajo, buscando su sexo con desesperación. Mi polla dio un brinco en cuanto me fijé en esas braguitas de encaje y se me secó la boca. Me senté en el inodoro y ella a horcajadas sobre mi miembro. Solté un gruñido de puro placer que fue atrapado por sus labios. Tracy empezó a moverse deprisa, buscando nuestro éxtasis más rápido de lo habitual; no teníamos demasiado tiempo.

—Sí, así —gimió despacio, evitando así que alguien nos escuchara.

Levanté su camiseta y llevé mi boca hasta sus pechos. Pasé mi lengua por unos de sus pezones, por encima de la tela de encaje y resopló desesperada. Eso hizo que subiera y bajara más deprisa, con más locura.

Pocos minutos después, el orgasmo nos invadió a ambos y acabamos sin aliento, aunque sin separar nuestros labios porque, de hacerlo, me perdería ese increíble momento de beberme sus jadeos.

—Te quiero —musitó abrazándome fuerte.

—Yo te amo. —Escucharme decir eso, provocó que me mirase fijamente.

—¿Cómo has dicho? —preguntó con la voz entrecortada.

—Que te amo, Tracy Ross. Te amo como jamás pensé que llegaría a amar a nadie y, aunque ahora mismo estoy acojonado por lo que te estoy diciendo, no puedo guardármelo más. Este tiempo juntos ha sido maravilloso y no puedo seguir escondiéndote mis sentimientos —dije rápidamente, temeroso de que ella no sintiera lo mismo por mí—. No te lo puedo asegurar, pero

una parte de mí me dice que me enamoré de ti el primer día que nos vimos.

Ella se quedó en silencio unos segundos, los segundos más largos de toda mi vida. De pronto, sus ojos se humedecieron y, cuando pensé que se iba a poner a llorar, me sonrió, regalándome la felicidad más absoluta.

—Yo también te amo, Marcus —declaró nerviosa—. Creo... creo que también me enamoré de ti aquella noche, aunque fueras un capullo que quería sacarme de quicio.

Nos besamos sin poder decir nada más, porque en ese momento las palabras sobraban y solo podían hablar nuestros corazones... los mismos que se habían unido esa tarde, convirtiéndose en uno solo y morirían si en algún instante de nuestras vidas, uno de los dos se alejaba del otro.

No pudimos quedarnos más tiempo allí, pues me estarían buscando y ella tendría cosas de las que ocuparse, pues desde que acabó la universidad, su madre no la dejaba ni a sol ni sombra.

Nos despedimos en el cuarto de baño y unos minutos después, la vi salir del restaurante y seguí con mi trabajo. Estaba deseando que llegase mi hora de salida, aunque aún me faltaban un par de horas. Lo peor de todo era que esa noche no nos veríamos tampoco, supuse que por eso fue hasta allí. Además, mi hermano trabajaba hasta tarde, así que me quedaría solo en casa hasta que regresase.

—Marcus. —Escuché la voz de Devon en mi espalda.

—Dime. —Giré sobre mis talones.

—He visto salir a Tracy. —Dudé unos segundos si contarle la verdad o hacerme el loco.

—Vino a verme, ya sabes que esta noche tiene un compromiso con su familia y no nos veremos hasta mañana —expliqué a la vez que secaba las copas para colocarlas en su lugar.

—Ten cuidado la próxima vez, ¿vale? No quiero que alguien os vea y os metáis en problemas con sus padres.

—Tranquilo, tendremos cuidado.

Tras eso, se despidió de mí, pues ya no lo vería hasta la noche. Tenía mucho trabajo y casi ni nos veíamos y eso que éramos compañeros.

Dos horas después salí del club. Estaba bastante cansado y tenía la intención de pasarme toda la tarde tirado en el sofá viendo alguna película. Aunque tenía la certeza de que me quedaría dormido en cuanto pusiera mi cabeza sobre el brazo del sofá.

Tal como había predicho, fue recostarme y me quedé frito. Cuando me desperté eran las dos de la madrugada. Me incorporé mientras me rascaba los ojos y busqué con la mirada a mi hermano, pero no lo veía. Me levanté para ir a su habitación, no creía que estuviera acostado, ya que me habría despertado en cuanto hubiera llegado a casa. En su habitación tampoco estaba y me empecé a preocupar. Cogí mi móvil y marqué su número rezando para que me respondiera, pero el móvil lo tenía apagado y eso hizo que mi pecho se comprimiera; algo no iba bien, lo sabía.

Los minutos pasaban sin descanso y yo cada vez estaba más inquieto. En todo ese tiempo me dediqué a llamar a todos sus amigos, al menos los que conocía. También al club, pero me dijeron que había salido del trabajo a su hora. Aylin tampoco sabía nada de él y entonces sí que perdí la cabeza.

—¿Marcus? —Escuché la voz de mi novia; fue a la última que llamé.

—Devon no aparece por ningún lado y ya no sé a quién más preguntarle. Ayúdame, por favor.

CAPÍTULO 36

Tracy

Recibir la llamada de Marcus tan tarde me puso bastante nerviosa. No era de llamarme a esas horas de la noche. Claro que tenía un motivo bastante importante para hacerlo y cuando lo supe, me preocupé de inmediato.

Le dije que llamaría a otros amigos y lo hice de camino a su casa. Me había escapado de la mía sigilosamente, no quería que mis padres se dieran cuenta de que me estaba yendo a esa hora y mucho menos sin decirle a dónde iba. Normalmente, no hacía esas cosas, pero Marcus me necesitaba y no podía negarme. Además, que Devon no apareciera era bastante extraño.

Cuando llegué ya había hablado con todos los chicos que conocíamos y ninguno sabía nada de mi amigo.

Me bajé del coche y caminé deprisa hacia la puerta de la casa de Marcus. Toqué despacio, no quería asustarle.

—¿Devon? —preguntó y abrió los ojos sorprendido al verme a mí—. ¿Por qué has venido? Es muy tarde, amor, y seguro que tendrás...

—Shh, calla. Estoy aquí porque me necesitas y tenemos que buscar a tu hermano. —Me abrazó con fuerza.

Percibí el temor en sus músculos, los tenía contraídos y eso me dolió. Marcus adoraba a su hermano y no sabía de lo que sería capaz si a este le llegase a pasar algo sin que él hubiera podido hacer algo por evitarlo.

Entramos en la casa y nos sentamos en el sofá. Marcus no podía hablar, el miedo no le dejaba.

Ya pasaban las cuatro de la madrugada y seguíamos sin noticias. Marcus llamó a Nick para que preguntase a algunos conocidos. Ese señor era como un padre para ellos y estaba seguro de que haría lo imposible por encontrarle. Además, tenía más contactos y tal vez nos podría ayudar a encontrarle.

—¿Quieres un café o algo? —pregunté abrazándole, intentando calmarle.

Era una pregunta absurda, lo sabía. Pero tampoco sabía muy bien qué hacer y solo necesitaba que él se sintiese bien, aunque era algo imposible.

—No, solo quiero que mi hermano aparezca —respondió de mala manera—. Lo siento, no quería hablarte así. —Se levantó—. Esta angustia me está matando y lo peor es que no sé dónde cojones buscarle. Ya he llamado a todas las personas que podrían saber algo de él y nadie tiene noticias. ¡Joder! —Le pegó una patada a la mesa arrastrándola unos centímetros hacia la derecha.

—Tranquilízate, por favor —le pedí suplicante—. Sé que lo que te estoy pidiendo es algo que

no puedes controlar, pero también estoy muy preocupada e intento estar calmada. No podemos perder los nervios, amor. —Agarré sus mejillas para que me mirase—. Va a aparecer, ya lo verás.

Justo en ese momento el timbre de la casa sonó y Marcus corrió para abrir. No estábamos seguros de que fuese Devon, pero guardó la esperanza hasta que se encontró con Nick frente a él.

—¿Sigue sin aparecer? —preguntó nada más entrar—. Buenas noches, Tracy —me saludó cordialmente.

—Aún no sabemos nada de él —respondí por mi novio, ya que a él no le salían las palabras.

—Es muy extraño, Devon no suele desaparecer así. ¿Habéis discutido por algo? —quiso saber, supuse que para intentar entender todo aquello.

Ese hombre los ayudó cuando su madre falleció y tenían relación desde hacía muchos años ya. Que él dijera eso, hizo que el temor se instalara en mi cuerpo. No quería pensar mal, pero todo apuntaba a que le había pasado algo grave.

Unos minutos después de que hablaran entre ellos buscando alguna conexión que los ayudase, el móvil de Marcus sonó. El aparato estaba sobre la mesa de centro y ponía «número privado». Lo cogí y se lo di para que descolgase. Posiblemente, la persona que lo estaba llamando tendría noticias de su hermano.

—¿Quién es? —preguntó—. Dixon.

Fue lo único que escuché y, por alguna razón, ese nombre me dio miedo. Lo oí maldecir y tuve que acercarme para escuchar la conversación, ya que se fue a la cocina para hablar con él. No entré, me quedé en la puerta.

—¿Qué has hecho con mi hermano, hijo de puta? Déjame hablar con él... —Se quedó en silencio—. ¡Joder! ¿Estás loco? Pobre de ti como le pase algo, Dixon.

—¿Con quién habla? —cuestionó Nick detrás de mí.

Marcus en cuanto supo quien lo estaba llamando, aprovechó que su entrenador se puso a hacer otras llamadas para esconderse. Seguramente, él también conocía a ese tal Dixon y me lo demostró en cuanto se lo dije y su rostro palideció. Entró en la cocina y le quitó el móvil de las manos a Marcus para hablar él con aquel tipo.

Mi novio seguía maldiciendo, estaba frustrado y bastante cabreado. En ese momento, temía acercarme a él. No es que me hiciera algo a mí, pero no podía verle de ese modo aunque supiera que tenía motivos muy fuertes para estarlo.

—Llegaremos en veinte minutos.

Fue lo último que dijo Nick antes de colgar. Ambos salieron de la cocina y Marcus pasó por mi lado sin decirme nada, directo a su habitación.

Me quedé anclada en el suelo, llena de miedo y desesperación, sin saber cómo ayudarle.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a Nick bajito, no me salían las palabras.

—Ya sabemos dónde está Devon, pero Marcus tendrá que pelear esta noche si quiere sacarlo de allí. —Abrí los ojos desorbitadamente a la vez que comenzaba a negar.

—No, eso no, por favor. —Gimoteé, reprimiendo las lágrimas que amenazaban con salir.

Ya entendía el motivo de mi miedo al escuchar ese nombre. Dixon era un mal tipo y, seguramente, el que organizaba esas peleas en las que Marcus ganaba tanto dinero. Tenía miedo, mucho. Tenía miedo de que le pasase algo, que saliese malherido y no podía permitir que fuera a pelear para sacar a Devon de donde quiera que estuviese. Había que llamar a la policía, era la única manera de salvarle sin tener que pasar por un combate.

Marcus salió con una mochila colgada del brazo y se acercó a mí. Lo que en esos instantes me decían sus ojos no me gustó. No me miraban como siempre, con ese amor que me demostraba a diario.

—Tienes que regresar a tu casa, Tracy —me pidió intentando calmarse, pero me negué, cosa que lo frustró mucho más.

—No pienso dejar que vayas, Marcus. Llamemos a la policía para que te ayude...

—¿Estás loca? La policía no hará una mierda por mí y mucho menos en contra del hijo de puta de Dixon. ¿Crees que, si pudieran, no lo habrían detenido ya? —Enmudecí—. Claro que no, porque no pueden y la única manera de sacar a mi hermano de allí es peleando esta noche.

—Pues entonces iré contigo... —negó de nuevo, sabía que me costaría convencerle.

—No pienso dejar que te pongas en peligro. No voy a dejar que vengas conmigo, ni de coña, hoyuelos.

Escucharle llamarme así me tranquilizó un poco. Era como si una parte de él quisiera salir de la rabia que lo controlaba y eso me ayudó para convencerle de que iría con él, aunque se negara.

—Amor. —Subí mis brazos hasta su cuello—. Voy a ir contigo aunque vayas directo al infierno —musité sin dejar de mirarle a los ojos—. Entiéndelo de una vez, jamás te dejaré solo.

—Marcus, estaré con ella todo el tiempo —intervino Nick poniéndose de mi parte.

—No me hagas esto, Nick —expresó en un susurro casi audible.

Al final, tras mucho insistirle, aceptó. Él no vendría en mi coche, pues tenía que llegar enseguida y en la moto iría más rápido. Nick se montó conmigo, yo no sabía llegar y él tendría que dirigirme hasta ese lugar en el que esa noche mi novio se dejaría hasta el alma por su hermano.

El camino lo hicimos en silencio, no fue largo, pero sí incómodo. Nick y yo no habíamos tenido ocasión de hablar, de conocernos, y realmente, me hubiera gustado saber más del hombre que le prometió a la madre de Marcus que haría hasta lo imposible para que sus hijos estuvieran bien y fueran hombres de provecho.

Marcus no hablaba mucho sobre ese tema, pero lo poco que me contó, fue que le debía mucho a Nick.

—Métete por el siguiente desvío —dijo sacándome de mis pensamientos.

Le hice caso sin saber muy bien adónde nos dirigíamos. De pronto, comenzaron a verse las naves industriales y entonces me asusté. Nunca había estado en ese lugar, pero sabía que por la noche era peligroso pasar por esas calles.

—¿Ahí es la pelea? —pregunté con nerviosismo y lo notó.

—Tracy, si quieres puedes dejarme aquí y regresar a tu casa. Yo cuidaré de Marcus, te lo prometo —negué enérgicamente, eso no entraba en mis planes.

—Vale, tengo miedo, pero no pienso abandonarle. Esta noche estaré presente en esa... —Ya no me salían ni las palabras, el temor no me dejaba hablar.

—Para por aquí —anunció, obligándome a dar un frenazo.

—¡Joder! —grité alterada y no podía seguir escondiéndolo.

—Tranquila, todo saldrá bien. —Trató de calmarme, pero no estaba tan segura de conseguirlo—. Vamos, tenemos que caminar un poco.

—¿Por qué hemos aparcado tan lejos?

Eso me extrañó, aunque podía llegar a hacerme una idea del motivo. De todas formas, prefería que me lo aclarase.

—Por si hay complicaciones. —Fruncí el ceño y Nick notó el temblor de mis manos—. Tracy, es solo por precaución, ¿de acuerdo? Si nadie ve tu coche, no pueden relacionarte con esto.

Asentí no muy convencida y volvió a emprender camino conmigo pisándole los talones. Aquel lugar era muy oscuro y, aunque estaba segura de que a horas normales habría más movimiento, no podía evitar asustarme.

Por un momento, me sentí perdida. Suerte que no me encontraba sola o estaría en serios problemas. Miré hacia atrás buscando mi coche, pero ya no se veía. Poco a poco, empezamos a escuchar bullicio, gritos, silbidos y eso solo provocó que el miedo que ya sentía se convirtiera en pánico, uno que jamás había sentido. No sabía lo que me iba a encontrar en aquel lugar y tampoco es que me hiciera mucha ilusión descubrirlo. Lo único que quería era sacar a Marcus de allí sano y salvo.

—Tracy... —Se detuvo y se giró para mirarme—. Creo que la pelea ya ha comenzado y entrar por la puerta delantera va a ser muy complicado. Tendremos que...

—No pienso quedarme aquí afuera si es lo que estás queriendo decirme, Nick —negó esbozando una sonrisa.

—Ahora entiendo porque Marcus está tan enamorado de ti —afirmó, haciendo que me emocionase, aunque por dentro estuviera muriéndome por verle.

—Entremos.

Caminamos en dirección a esa puerta que estaba custodiada por dos tipos bastante grandes. En un principio no pensaban dejarme pasar, supuse que no habría muchas mujeres en un lugar como ese, pero al ver a Nick a mi lado abrieron la puerta. Me di cuenta de que el entrenador de mi novio lo único que pretendía era dejarme fuera y eso me gustó porque significaba que también se preocupaba por mí.

El ruido que había en el interior de esa nave era insoportable. Había tanta gente, tantos hombres gritando, que era imposible fijarme en cada una de las caras que tenía a mi alrededor. No obstante, quería que se apartasen los que tenía delante para así poder ver el jodido *ring* de una puta vez. Miré a Nick y este, entendiéndome, apartó a los tipos que nos obstruían el paso y, quejándose, se hicieron a un lado, dejándome visible lo que estaba pasando frente a nosotros.

—No puede ser —susurró Nick.

—¿Qué ocurre? —Toqué su brazo antes de mirar, porque aún tenía miedo de hacerlo.

—Está peleando con Murray, mi hijo.

Mis ojos viajaron hasta el cuadrilátero y vi a Marcus tirado en el suelo recibiendo puñetazo a diestro y siniestro. No conocía al hijo de este hombre y mucho menos sabía lo peligroso que era, pero necesitaba sacar a mi novio de aquel lugar de una vez por todas.

CAPÍTULO 37

Marcus

No le iba a perdonar a Nick que dejara que Tracy viniera con nosotros. No le iba a perdonar si algo le pasaba a la mujer que amaba por culpa de mi estúpida vida, la que elegí antes de conocerla a ella. Si no me hubiera metido con esa gente, no hubiéramos estado en esa situación en aquel momento. No iba a estar solo preocupado por mi hermano, también la tendría a ella en la cabeza y debía buscar la forma de sacarlos de allí y llevarlos lejos, donde nadie pudiera dañarnos.

Me fui en mi moto porque así llegaría antes y, aunque Tracy quería que me fuera con ella, di gracias porque Nick la acompañara. Nunca había estado en un lugar como el que íbamos a ir y estaba seguro de que, de ir sola, se perdería.

En cuanto llegué, cambié el chip y dejé fuera de aquella nave todos los pensamientos que me joderían la pelea.

Los guardaespaldas de Dixon, en cuanto me vieron, sonrieron.

—Espera aquí. —Me frenaron antes de entrar.

Siempre accedía a aquel lugar por la puerta trasera. No era por nada en especial, pero allí estaban los vestuarios y tenía que prepararme, aunque no lo estuviera para aquel combate.

—¡Vaya! Pensaba que no vendrías —escupió en cuanto se puso frente a mí.

—¿Dónde está Devon? Quiero verlo. —Levantó su dedo índice y lo movió haciendo una negación—. No me jodas, Dixon. —Me acerqué a él amenazante—. Estoy muy cabreado y no querrás que la pelea la comience contigo, ¿verdad?

—Guarda fuerzas para tu contrincante, campeón. —Puso su mano en mi pecho y me empujó—. Vamos, te llevaré con él.

Entramos y caminamos hasta su despacho. Allí, atado a una silla, estaba mi hermano. Lo miré y vi que tenía sangre en el labio, algo que me enfureció y comencé a pegarle puñetazos al primer hijo de puta que tuve delante. Uno de sus guardaespaldas fue quien recibió mis golpes y lo tiré al suelo, aun siendo tan grande y fuerte, cayó delante de mí.

Dixon pidió ayuda y vinieron dos más para ayudar al otro a agarrarme y alejarme del que tenía en el suelo. Cuando consiguieron inmovilizarme, se acercó a mí y me pegó un puñetazo en el estómago.

—¡Suéltale! —gritó mi hermano, intentando desatarse sin éxito.

—Eso, hijo de puta, deja que me suelten y entonces pégame si tienes pelotas.

El que me estuviera golpeando solo hacía que creciera mi rabia, pero sabía que llegaría el

momento en el que conseguiría vengarme de toda esta gente.

Cuando me soltaron corrí hacia mi hermano, agachándome para quedar a su altura y comprobar que estuviera bien. Devon me miró fijamente y no sabía exactamente qué quería decirme, pero no parecía ser bueno.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? —solté las preguntas atropelladamente.

—Tranquilo, hermano. Estoy bien —susurró asustado—. Termina esta mierda para que podamos irnos a casa —asentí y me levanté decidido a acabar de una vez.

—¿Preparado para enfrentarte a Murray? —Abrí los ojos sorprendido—. ¿Pensaste que pelearías contra Silver? —no respondí, solo lo miré de mala manera—. Nos dejaste tirados la última vez y nos debes esta pelea. —Moví la cabeza asintiendo y salí del despacho sin mirar atrás, pues de hacerlo, no sabría de dónde sacaría la fuerza para dejar a mi hermano ahí.

Me metí en el vestuario y caminé de un lado al otro sin saber cómo salir de ese lugar con vida. Murray era profesional y que me enfrentase a él hacía que temiera por lo que pudiera pasarnos a mi hermano y a mí.

Una vez más, la imagen de Tracy entró en mi mente y negué para sacarla de ahí. Lo que menos necesitaba en ese momento era pensar en ella, y menos sabiendo que estaría presente en la pelea. Cerré los puños a cada lado de mi cuerpo, con fuerza, con toda la que tenía, y busqué en mi interior todo aquello que me dolía, todo lo que me frustraba y me dañaba. Encontré tantas cosas que salí del vestuario con la rabia y la venganza como compañeras.

A cada paso que daba, las voces de todas las personas que esperaban un gran combate se escuchaban más fuertes. Que Murray Lee pelease allí era algo que les daría mucho dinero. Lo que aún no era capaz de comprender era por qué el hijo de Nick estaba en el combate.

Escuché su presentación y, seguidamente, me nombraron a mí. Me quedé anclado al suelo pensando en todo y en nada. Pero cuando repitieron mi nombre por segunda vez, vi a Dixon frente a mí y me instó a que saliera de una vez. Le hice caso porque no me quedaba más remedio y caminé hasta el cuadrilátero donde Murray me esperaba.

Me pusieron el protector bucal y me acerqué a mi adversario, quedando a escasos milímetros el uno del otro. Él me miró con una ceja alzada, intimidándome, pero nada ni nadie conseguía ya eso, ni siquiera él.

—Quiero un combate limpio —dijo el presentador.

Lo único que me jodía era no tener a Nick a mi lado, ayudándome. Esa pelea iba a ser de todo menos limpia y lo tenía muy claro, así era siempre.

Oímos la campana y Lee empezó a golpearme fuerte, haciendo que me cubriera con los brazos. En cuanto tuve un hueco le di un gancho en el pómulo con tanta fuerza que lo tumbó. El primer *round* había sido demasiado fácil.

Aún no entendía el motivo por el que Dixon quería que yo pelease si solo era un boxeador más. «Eres muy bueno, de los mejores que ese hijo de puta ha tenido el placer de conocer», esas palabras de Nick martillaron mi mente y eso hizo que me creciera y que siguiera golpeando sin miramientos, dándole una paliza a su hijo... el mismo que lo dejó tirado para conseguir la fama.

Pasaron tres asaltos y todavía seguíamos los dos en pie. Nos alejamos todo lo posible para descansar unos minutos y así continuar.

La gente gritaba y silbaba y fijé mis ojos en todas aquellas personas buscando alguna cara conocida, pero no. «Buscas a Tracy», me dije a mí mismo. Claro que lo hacía, pero agradecí que aún no hubiese llegado.

El tiempo pasó deprisa, los puñetazos volaban y me sentía cansado; Murray tenía demasiado aguante y no sabía hasta dónde iba a soportar.

Pronto sentí un rechazazo en mi cara que me hizo caer de espaldas casi sin conciencia y entonces dejé de sentir todos los golpes que me estaba propinando. Uno, dos, tres... había perdido la cuenta en el tercero. De repente, dejé de recibirlos y noté cómo alguien me ayudaba a levantar, pero no podía ver con claridad quien era.

—Tranquilo, ya ha pasado todo.

Esa voz... esa voz la conocía, pero no, no podía ser Tracy la que me estuviera sacando de aquel lugar. Abrí mis ojos despacio y pude ver su rostro algo borroso, pero los volví a cerrar, quedándose todo oscuro a mi alrededor.

—Tracy —la llamé en un susurro, me costaba hablar.

—Aquí estoy, amor. —Sentí sus manos agarrar las mías.

—¿Devon? —pregunté a la vez que me incorporaba, al parecer estaba en mi casa. Sentí un fuerte dolor de cabeza que me obligó a tumbarme de nuevo.

—Tranquilo, tranquilo. Devon está bien y tú necesitas descansar.

—¿Dónde está mi hermano, Tracy? —pregunté de nuevo, hasta que no supiera exactamente dónde estaba, no iba a quedarme tranquilo.

—Se lo llevó Nick y yo te traje a tu casa. —Se echó a mi lado reposando su cabeza en mi pecho—. Menudo susto me has dado, capullo —soltó de pronto haciendo que riera, pero dejé de hacerlo porque me dolía todo.

Noté como lloraba, sus lágrimas mojaron mi piel y la apreté contra mi cuerpo con la poca fuerza que me quedaba. Acaricié su cabello con una mano y, con la otra, cogí su barbilla, obligándola a mirarme a los ojos... necesitaba verla, besarla y decirle que estaba ahí con ella, aunque estuviera viéndome.

—Ya ha pasado todo, Tracy, y estoy contigo. Estoy bien. —Pegó sus labios a los míos, dándome un beso que me supo a gloria.

Cuando se separó de mí se me escapó un gran suspiro, como si hubiera estado sin respirar toda la jodida noche y me dolió hasta el alma. No sabía cuántos golpes había recibido del cabrón de Murray, pero estaba claro de que me había dado una gran paliza, una que no olvidaría fácilmente.

Sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos. No sabía a qué hora habíamos llegado a mi casa, pero me gustó tenerla conmigo.

Por la mañana, mis ojos se abrieron gracias al sol que se colaba por los huecos de la persiana a medio echar. Me giré despacio, aún me dolía todo el cuerpo y me costaba moverme con facilidad. Tracy no estaba a mi lado y eso no me gustó. Me incorporé despacio a la vez que la

puerta de mi habitación se abría y la vi entrar con una bandeja en las manos.

—Iba a buscarte —comenté débilmente—. Pensé que te habías marchado.

—Claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo sin decirte nada? Pero debo irme enseguida, anoche me fui de mi casa sin decirle nada a mis padres y no sé si se habrán dado cuenta de que no he dormido allí —explicó a la vez que se sentaba en la orilla de la cama, poniendo la bandeja frente a mí.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo eso —negó y llevó sus manos hasta mis mejillas para acariciarlas.

—Lo hice porque te amo y no podía dejarte solo en un momento tan delicado. Además, ¿quién te iba a curar las heridas? —Sonreí de lado y me besó.

Desayunamos juntos y después, aunque no dejaba que se fuera porque no podía dejar de besarla, se marchó. Confiaba en que no tuviese problemas con su familia por mi culpa. Me encaminé al cuarto de baño para darme una ducha y vi mi reflejo en el espejo, enseñándome el espanto de rostro que tenía; Murray me había dejado un buen regalo.

—Joder —musité.

¿Cómo iba a ir a trabajar así? Menos mal que ese día lo tenía libre, pero cuando volviera al club solo habrían pasado cuarenta y ocho horas de la pelea y mi rostro seguiría igual de mal. Recé para que eso no me hiciera perder el trabajo.

Me costó mucho lavarme, me dolían todos los músculos como si hubiera entrenado sin descanso durante tres días seguidos. Al salir, la puerta de casa se abrió y mi hermano Devon apareció junto con Nick. Me importó muy poco el dolor que sentía, corrí hacia él y lo abracé como si llevase sin verlo años y no horas. Tras eso, lo miré de arriba abajo, inspeccionando su cuerpo, buscando cualquier herida y eso le hizo reír.

—Marcus, Marcus. Estoy bien —dijo con calma—. Solo me dieron un puñetazo en la boca y porque me negué a subirme a su coche.

—Pero te podía haber pasado algo peor y no me lo perdono, Devon —afirmé con la voz entrecortada—. Anoche os puse a todos en peligro y esto debe acabar de una puta vez. Tiene que haber un modo de que detengan a Dixon, ¿no? —Miré a Nick y este me miraba con una ceja alzada, algo que me puso en alerta.

—Anoche pasó algo después de que te fuiste —anunció mi hermano, poniéndome nervioso—. No estamos muy seguros, pero creemos saber quién es el abogado de Dixon.

Que me dijera eso me hizo pensar en el padre de Tracy. Decían que era el mejor abogado de la ciudad y si el hijo de puta de Dixon tenía al mejor podría ser él, ¿no? No podíamos asegurarlo, pero tendría que averiguarlo.

CAPÍTULO 38

Tracy

No dudé ni un segundo en ir a por él en cuanto nombraron ganador a ese cabrón que había dejado sin sentido a Marcus. Nick quiso retenerme, pero no lo consiguió. Entré en ese maldito *ring* y, como pude y gracias a la ayuda de Nick, lo cogimos y lo sacamos de allí.

—Llévalo a su casa, yo iré a por Devon —me pidió casi sin aliento, Marcus pesaba bastante.

—¿A su casa? No, joder. Hay que llevarlo a un hospital —negó tajante.

—No, si lo llevas se cabreará. Además, harán muchas preguntas y llamarán a la policía —explicó con más calma—. Es mejor que lo lleves a casa y tú misma le cures las heridas. En cuanto descanse un poco, se recompondrá, tranquila.

—No, Nick... está muy mal, por favor.

—¡Haz lo que te digo! —exclamó alzando la voz—. Yo me encargaré de sacar a Devon de aquí.

Sin decirme nada más me dejó allí sola con Marcus a cuestas. Tuvo un momento de lucidez y le dije que ya había acabado todo. Eso me ayudó a que pudiera caminar, aunque fuera despacio. Yo no tenía tanta fuerza para arrastrarle hasta mi coche y la verdad es que no estaba cerca precisamente.

Después de todo, llegamos bien a casa y, aunque estaba agotada, me sentí más calmada en cuanto lo vi recostado en su cama.

Fui al baño y busqué en el armario algo para curar sus heridas. Con suerte, no se despertaría y así no se quejaría al limpiarlas porque le ardieran. Sinceramente, era la primera vez que hacía algo así y que me encontraba en un momento tan delicado y prefería que fuese la última.

Cogí lo necesario y regresé a la habitación. Con cuidado, comencé a curar las heridas de su ceja, de su nariz y de su labio. No eran tan grandes, pero la abundancia de sangre hacía que pareciera más grave. Se removió un poco y lo escuché llamarme; eso me hizo sonreír.

—Aquí estoy, amor.

Poco después, preguntó por Devon y le conté que estaba bien, a salvo. Poco a poco, sus ojos se abrieron y fue cuando me desmoroné. Entre sus brazos, con mi cabeza echada sobre su pecho, lloré llena de miedo, aunque sin tener esa fuerte presión en el pecho que hacía horas me tenía sin aliento. Fue muy duro verle en ese estado en el suelo y con alguien pegándole como si no le importase su vida.

Nos besamos, recibiendo de nuevo esa paz que me fue arrebatada. Solo él era capaz de conseguirlo.

Cuando estábamos juntos el mundo dejaba de girar o éramos nosotros los que nos quedábamos tan quietos que ni nos dábamos cuenta de lo que pasaba a nuestro alrededor... metidos en una burbuja impenetrable, una que podría con todo lo que quisiera separarnos.

Sin darnos cuenta nos quedamos dormidos abrazados y juraría que era la mejor manera de soñar, junto a la persona que amabas con toda tu alma.

Horas después me desperté, era bastante temprano pero debía regresar a mi casa antes de que mis padres se dieran cuenta de que me había largado en mitad de la noche. Si llegaban a enterarse, mi padre perdería los nervios de nuevo y no estaba dispuesta de volver a soportarlo.

Salí de la habitación sin hacer ruido y fui a la cocina para preparar algo de comer. Cuando regresé, Marcus ya se había despertado, así que aprovechamos para desayunar juntos.

No tardé demasiado en marcharme, solo el tiempo que él tardó en dejarme ir.

Media hora después estaba entrando en mi casa. Miré hacia todos lados y no vi a nadie, así que, tras suspirar varias veces, subí a mi habitación para descansar un poco; estaba agotada. Cuando abrí la puerta me encontré a mi madre sentada en mi cama.

—Dios, qué susto, mamá —dije cerrando tras de mí.

—¿Dónde has estado? Y no me digas que has dormido aquí porque no es cierto. ¿A qué hora te has ido, Tracy? Anoche... —Me miraba de arriba abajo y se percató de la mancha que tenía en la camiseta. Se levantó de golpe y vino hacia mí—. ¿Y esa sangre? —Cogió la tela, estirándola para ver mejor.

—Mamá, por favor... no me preguntes porque no te gustará la respuesta. —Apiñó los labios, reprimiendo las palabras que estaba loca por soltarme—. Solo te pido que confíes en mí, ¿vale? Estoy bien.

—Tracy, hija. —Me abrazó, dejándome completamente descolocada—. Dime que no estás metida en ningún problema, por favor. Me moriría si te pasase algo.

Hacía tanto tiempo que mi madre no me abrazaba, así que disfruté del momento aunque durase unos segundos. No sabía si creer su preocupación o no, ella nunca había sido cariñosa conmigo, al menos después de cumplir los diez años.

—No, mamá. No estoy en problemas, tranquila. —Me miró fijamente, intentando creerme y asintió.

—Está bien, está bien. —Volvió a sentarse en la cama—. No sabes el miedo que he pasado cuando entré de madrugada en tu habitación y no estabas. Miré por la ventana y tampoco vi tu coche —comenzó a negar y me senté a su lado—. No he podido volver a dormirme —suspiró—. Además, he tenido que engañarle a tu padre.

—¿Papá ya se fue? —pregunté cambiando un poco de tema.

—Sí, un cliente suyo lo ha llamado muy temprano y ha tenido que salir de inmediato.

Normalmente no me interesaba por el trabajo de mi padre, pero necesitaba saber quién era ese cliente que, casualmente, lo llamó ese día. Pensé en preguntarle a mi madre, quería saber más, pero no estaba segura de que ella supiera detalles de los clientes de su marido.

—¿Sabes cómo se llamaba? —Frunció el ceño—. El cliente.

Se quedó pensativa unos segundos, supuse que intentando recordar el nombre. Pero me miró y me preguntó el motivo por el que quería saber ese dato.

—Simple curiosidad, mamá. Me parece raro que se vaya tan temprano, solo eso.

Se levantó tras darme un beso en la frente y cerré los ojos disfrutando del contacto con mi madre. Antes de salir de la habitación, volvió a mirarme en silencio y después me dijo el nombre de ese cliente.

—Dixon. Creo que se llama así.

Enmudecí al escucharla y comencé a dar vueltas por mi habitación. Así se llamaba el tipo que llamó anoche a Marcus. No podía creer que mi padre estuviera defendiendo a semejante hijo de puta. No, no podía ser, tenía que ser un error.

Con eso en la cabeza me tumbé en la cama boca arriba y, poco tiempo después, me quedé dormida.

Oía el sonido de mi móvil lejano, y me costó encontrar su escondite. Me incorporé despacio, no quería marearme. Me levanté en cuanto pude abrir los ojos del todo y busqué el teléfono por todas partes. Por un momento dejó de sonar, pero poco después, regresó esa musiquita molesta que había elegido como tono de llamada. Me di cuenta de que venía de debajo de la cama y no sabía cómo había llegado hasta ahí. Me agaché y lo cogí, descolgándolo en cuanto el nombre de Marcus salió en la pantalla.

—Tracy, ¿estás bien? —me preguntó apresurado, parecía preocupado.

—Sí, amor. ¿Ha pasado algo?

—No, no... todo está bien.

Ese «todo está bien» no me gustó para nada y se lo hice saber.

—¿Qué ha pasado? ¿Tú estás bien? Dime que no le ha pasado nada a Devon.

—Tranquila, él está aquí conmigo —respondió algo más tranquilo—. ¿Puedes venir a casa? Me gustaría hablar contigo de algo.

—Marcus, me estás preocupando. ¿De verdad que no ha pasado nada? —Mi voz sonó entrecortada, no podía disimular mi nerviosismo.

—No, solo... ven. Quiero verte, amor —pidió suavemente.

Me despedí de él y, tras cambiarme de ropa, salí de mi casa prometiéndole a mi madre que iría a dormir.

No sabía el por qué, pero algo me decía que mi madre estaba cambiando conmigo; estaba siendo más comprensiva de lo normal y eso, aunque me sorprendía, me gustaba. Por primera vez sentí que mi madre me quería y que se preocupaba por mí.

Llegué muy rápido a casa de Marcus y cuando entré, lo primero que hice fue abrazar a Devon.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron algo? —Lo miré de arriba abajo y se carcajeó, haciendo que le pegase un puñetazo en el brazo—. No te rías, no sabes el miedo que pasamos anoche.

—Lo sé, no te preocupes. Estoy bien, de verdad.

—¿Para mí no hay abrazo? —dijo su hermano detrás de mí.

Giré sobre mis talones y lo abracé con amor. Sus labios se pegaron a los míos y, aunque me habría gustado seguir besándole hasta el cansancio, no podía olvidar que estaba ahí porque tenía algo que contarme. Tal y como lo escuché por teléfono, no parecía que fuese algo bueno.

De pronto, me di cuenta de que también estaba Nick sentado en el sofá, en silencio, y creo que por eso no me percaté de su presencia.

—¿Podéis hablar de una vez? Me tenéis asustada.

Me senté y Marcus comenzó a narrarme lo que pasó después de que nos fuéramos de aquel lugar. Alguien llamó a la policía y detuvieron a muchas personas, incluidas Dixon. En cuanto escuché su nombre de nuevo, confirmé lo que había pensado por la mañana. Luego Nick me lo corroboró y fue cuando palidecí.

—No puedo creer que mi padre sea el abogado de ese tipo. ¿Cómo es capaz de defender a una persona así? —Me levanté como un resorte—. Tengo que averiguar algo más, no puedo quedarme con esto guardado.

—Espera, Tracy. —Marcus se puso delante de mí prohibiéndome el paso—. No puedes decirle nada, si lo haces, Dixon sabrá que eres hija de su abogado y te relacionará conmigo. ¿De verdad es eso lo que quieres? —negué.

—Sé que enterarte de esto no es plato de buen gusto, Tracy —intervino Nick—. Y, créeme, yo ya había escuchado el nombre de tu padre, pero no lo he confirmado hasta hoy.

Seguimos hablando del tema y les conté que esa mañana mi padre había salido muy temprano de casa. En ese momento lo entendí todo: había ido a ayudarlo. ¿Por qué no dejaba que encerraran a ese hombre? Era un delincuente, por el amor de Dios. Esa pregunta la hice en voz alta, mis pensamientos, a veces, tenían vida propia.

—Creemos que tu padre está metido en algo con él —habló Devon y eso no me gustó.

Mi padre no era el mejor padre, pero sí muy correcto y no me lo imaginaba haciendo nada ilegal. No, eso sí que no me lo podía creer. ¿Cómo hacerlo si era el mejor abogado del estado? Su reputación era algo que a mi familia le importaba demasiado. No obstante, todo lo que me decían tenía sentido y si era así, tenía que hacer algo. Podría hablar con mi madre, pedirle ayuda para conseguir que Dixon pagase, aunque con eso se llevase a mi padre por delante. ¿Estaba dispuesta a hacer lo que fuera aun sabiendo que mi progenitor podría acabar entre rejas? Era algo que debía pensar fríamente, no podía tomar una decisión así sin más.

—Necesito estar sola —dije de pronto, tras una larga pausa en la que no dejé de pensar en lo que podía o no hacer.

—No te vayas, Tracy. No así —respondió Marcus, abrazándome, cobijándome entre sus brazos.

—Deja que se vaya, Marcus. Ahora necesita pensar. —Nick volvió a ponerse de mi parte y se lo agradecí.

Mi novio me soltó con desgana y, tras despedirme de ellos, salí de su casa como alma que lleva al diablo. Tenía que llegar a mi casa y hablar con mi madre antes de que llegase mi padre. Solo ella tendría las respuestas a todas mis dudas.

CAPÍTULO 39

Marcus

Pensé que la noche acabaría peor y que no volvería a ver a mi hermano, aunque hubiera hecho todo lo posible por que eso no pasara.

Cuando llegó a casa, el alma me volvió al cuerpo y no podía estar más feliz teniéndolo a mi lado. Mi hermano, para mí, era demasiado importante, la única familia que tenía y no me habría perdonado que le hubiera pasado algo.

Aún seguía esperando a que me dijera el nombre del abogado que, supuestamente, creían que podría ser el de Dixon. Lo único que no quería era escuchar el nombre del padre de Tracy. No era por nada en especial, ni siquiera conocía a ese señor, pero sabía que a ella no le iba a gustar demasiado y si Tracy se ponía mal, yo me ponía peor.

—¿Podéis hablar de una vez? —Los miré de hito en hito, esperando que alguno de los dos hablase.

—Anoche la policía llegó a la nave justo cuando nosotros salíamos de allí. Suerte que pudimos escapar —explicó Devon a la vez que se sentaba a mi lado—. Por lo visto, recibieron una denuncia anónima y lo poco que sabemos es que detuvieron a Dixon y a algunas personas importantes.

—Menos mal que pudimos irnos antes de que pasara todo. ¿Os imagináis en el problema que estaríamos ahora? —Me pasé las manos por el rostro—. ¿Tu hijo también fue detenido, Nick? —pregunté mirándole a él.

—No, pude ayudarle a escapar, aunque no se lo mereciera.

—Es tu hijo, después de todo —asintió agachando la cabeza.

Teníamos que saber más sobre el abogado y la única que podría decirnos algo era Tracy, así que la llamé para que lo supiera y nos ayudase a averiguarlo. Sinceramente, me importaba una mierda quién era la persona que defendía a Dixon, pero necesitaba que pagase de una vez por todo lo que había hecho y solo teniéndolo entre rejas podríamos vivir en paz.

Ese hombre era peligroso, alguien que podía volver a jodernos sin miramientos, solo porque a él le daba la gana y no estaba dispuesto a seguir bajo sus caprichos.

Mientras que yo trataba de localizar a Tracy, Nick hacía algunas llamadas fuera de casa, intentando saber algo más. No queríamos decirle a mi novia todo sin tener la constancia de que así era. ¿Y si nos equivocábamos? Al fin y al cabo, era su padre y estaba seguro de que se pondría de su parte, aunque este no fuera el mejor de todos.

Un rato después, Nick regresó con el teléfono en la mano.

—Confirmado, Edward Ross, es el abogado de Dixon y no solo eso, la persona que me ha dado la información, me ha dicho que ambos tienen negocios turbios. —Me levanté y comencé a dar vueltas de un lado a otro.

—¿Cómo le digo a mi novia que su padre es un...? —Me quedé callado, ni siquiera podía decirlo.

—Cálmate, muchacho. Está claro que no podemos asegurar nada sin pruebas. —Nick me frenó y puso sus manos sobre mis hombros—. Debes estar lo más tranquilo posible, Marcus. No puedes decirle a Tracy que su padre es un corrupto en este estado.

—No, no le diré eso, no todavía. Antes debemos tener pruebas suficientes para demostrarlo —asintió.

Poco después, Tracy llegó y fue directa a ver a Devon; estaba muy preocupada. Me quejé para que viniera a darme mi beso, lo necesitaba con urgencia.

Tenerla entre mis brazos en ese momento era como un soplo de aire fresco y sentí que debía protegerla de todos, incluido de su padre. Jamás dejaría que nadie le hiciera daño, aunque tuviera que poner mi vida por delante.

Estaba nerviosa, pues mi llamada le había creado ansiedad. No quería sonar de ese modo por teléfono, pero lo que teníamos que decirle no era algo que se pudiera decir por esa vía. La insté a sentarse antes de hablar, y en cuanto le dijimos que sabíamos que su padre era el abogado de Dixon y que parecían estar metidos en algo ilegal, se puso tan furiosa que quiso ir a su casa para encararle. Suerte que pude convencerla de que no lo hiciera, no sin pruebas al menos.

Estuvo un rato con nosotros, hablábamos de lo mismo, aunque sin saber mucho más que hacer. De pronto, quiso irse. No me apetecía que se marchara, no así, y prefería estar con ella en ese momento, pero Nick me dijo que la dejara. Ella necesitaba estar sola y pensar, y no pude negarme.

Debíamos hacer algo, pero ¿cómo? Para nosotros era muy complicado investigar, pues no teníamos ni el tiempo y mucho menos el dinero. Además, ¿quién nos decía que conseguiríamos detener a esos tipos? El padre de Tracy tenía influencia y sería bastante complicado pararle.

Los días comenzaron a pasar despacio, la recuperación estaba siendo bastante lenta, aunque era normal teniendo fisuradas dos costillas y la cara magullada. Cuando fui a trabajar y Henry me vio, me mandó a casa. Le conté que me habían asaltado, no podía contarle la verdad o perdería el trabajo. Al menos no hizo más preguntas y me dijo que regresara al trabajo cuando los moratones del rostro fueran lo menos visibles posible. No era por nada, pero daba muy mala imagen y si me veían los jefes, tendría problemas.

Tracy y yo, desde que se marchó de mi casa aquel día, no nos habíamos vuelto a ver. Sí habíamos hablado por teléfono, pero no era suficiente... necesitaba verla y tenerla entre mis brazos; algo me decía que las cosas en su casa no estaban bien.

—Buenos días, Marcus —dijo mi hermano cuando me vio salir de mi habitación. Me miró fijamente y sonrió—. Tienes mejor aspecto. ¿Irás a trabajar hoy?

—Sí, pero antes voy a ir a casa de Tracy. Necesito verla.

—¿Estás loco? —negó rápidamente—. ¿Y si te ve alguno de sus padres? Te meterás en un lío.

—Me importa una mierda, necesito verla y de hoy no pasa que lo haga. —Se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras, pero luego no me vengas con que te han echado. Porque eso es lo que pasará. —Cogió su mochila—. Nos vemos en el trabajo... no llegues tarde.

—Tranquilo, Henry no se enfadará si llego un poco más tarde.

Salimos juntos, pero cogimos direcciones diferentes. Él se fue al club y yo conduje deprisa hacia la casa del amor de mi vida. Esos días sin verla, me di cuenta de cuánto la amaba y la necesitaba y de lo que quería con ella... Sabía que teníamos una relación complicada, pues no podía vernos juntos su familia; aun así, deseaba estar toda mi vida a su lado.

Media hora después, llegué y aparqué la moto fuera del terreno de su casa. No quería que me vieran y era mejor entrar a escondidas por el jardín. No estaba seguro de si estaría sola o de cuál era su habitación, pero estaría allí esperando hasta que consiguiera verla.

Me adentré en el jardín con sigilo, escondiéndome entre los árboles y me topé con una mujer mayor que parecía ser la empleada doméstica.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Buenos días, siento haberla asustado. ¿Está Tracy en casa? —Dudó unos segundos en si responder o no, pero asintió—. ¿Puede decirle que el capullo está fuera esperándola?

—Está bien, pero sígueme hasta la parte trasera, ahí no os verá nadie.

—Gracias, muchas gracias.

Se dio la vuelta y fui detrás de ella. Allí había una puerta que daba a la cocina y me dijo que esperase lo más escondido posible que avisaría a Tracy.

Estaba nervioso, era la primera vez que hacía una locura como esa. Colarme en casa ajena para ver a mi novia era nuevo para mí y sentí una presión en el pecho que no me dejaba respirar. No sabía si era porque la vería después de tantos días o por lo que estaba haciendo. ¿Y si me veía alguno de sus padres como dijo mi hermano? Ella sería quien pagase los platos rotos de esta locura.

Unos larguísimos minutos después, la vi asomar por la cocina con una sonrisa en el rostro. Salí de mi escondite para que me viera y en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos, corrió hacia mí y saltó haciendo que la alzara. Enroscó las piernas alrededor de mi cintura y la apreté contra mi pecho que, por suerte, volvió a recibir ese oxígeno que parecía perdido.

—Estás aquí —murmuró con la voz cargada de agonía—. Estás aquí —repitió y noté su tristeza.

—Eh, eh. ¿Estás llorando? —La bajé al suelo para observarla detenidamente—. ¿Estás bien, amor? —negó a la vez que se secaba las lágrimas que no la dejaban hablar—. Ven, cuéntame.

Me senté en el césped, reposando mi espalda en un árbol y ella se sentó delante de mí, pegando la suya a mi pecho. La rodeé con mis brazos, aferrándola a mí con todo mi amor, haciéndola sentir protegida y besé su cuello con delicadeza.

—Esta semana ha sido una locura, Marcus —comenzó a hablar—. Después de contarle a mi madre lo que sabía de mi padre, ella quiso ayudarme. Al principio no entendía muy bien el

motivo de su cambio, pero algo me decía que tenía problemas con él. —Lloró de nuevo.

—Shh, tranquila, mi amor. Estoy contigo. —La apreté más, dándole mi calor y mi apoyo.

—Creo que mi madre sabe algo que puede hundirle, pero no quiere utilizarlo porque le tiene miedo. Para colmo, mi padre ha estado de un pésimo humor y no me ha dejado salir. —Giró la cabeza para mirarme—. Estoy segura de que sabe lo nuestro y creo saber quién se lo ha contado. Esa noche Dixon me vio y...

No la dejé terminar, cogí su barbilla y pegué mis labios a los suyos. Con aquel beso le demostraba que no tenía miedo, que me enfrentaría a quien fuera por nosotros y que no dejaría que nada ni nadie nos separara. ¿Era posible decir tanto sin palabras, solo con un beso? No estaba seguro de ello, pero sí de que ella lo entendería porque Tracy me hacía sentir lo mismo a mí.

—No sé qué vamos a hacer, pero mi padre no me deja salir sola —añadió al separar nuestros labios—. Por eso no he podido verte. Lo peor de todo es que solo me dejan salir con Curtis y prefiero quedarme encerrada en casa antes que...

—¿Y por qué no le dices a ese cabrón que te ayude? Era tu amigo, ¿no? Además, después de todo lo que ha hecho, te lo debe.

No hablaba yo, solo la necesidad de poder verla más. De pronto, nos vimos interrumpidos por la mujer que me ayudó antes. Comenzó a llamarla desde la puerta de la cocina y nos levantamos con rapidez.

—Debo volver, Marcus. —Me besó—. Mi padre está trabajando estos días en casa y por eso no puedo escaparme como antes. —Volví a encerrarla entre mis brazos, buscando el modo de retener su olor en mí—. Haré lo posible para que esta tortura acabe. —Llevó sus manos hasta mis mejillas a la vez que pegaba su frente a la mía—. Te amo, no lo olvides.

—Yo también te amo. —Le di un beso fugaz y deseé que fuera suficiente para aguantar más un tiempo alejados.

La vi entrar y salí de allí lo más rápido que pude, antes de que me vieran. Me monté en mi moto y, antes de arrancar, le eché una última mirada a aquella casa, que más que un hogar, parecía una cárcel.

CAPÍTULO 40

Tracy

Salí de casa de Marcus agobiada y todo por culpa de mi padre. Me era imposible creer que un hombre como él tratara con un delincuente como Dixon. ¿Cómo había podido?

Me subí a mi coche y cuando pensé que necesitaba conducir horas y escapar de todo, me vi regresando a mi casa. No podía callarme esto y tenía que decírselo a mi madre. Tenía derecho a saber con qué clase de hombre estaba compartiendo su vida y si era inteligente —y creía que sí— lo dejaría de inmediato. Christine Ross no necesitaba a Edward Ross para sobrevivir, pues tenía una gran fortuna que la ayudaría a salir adelante. Si lo pensábamos bien, él sería quien se quedase con una mano adelante y otra detrás.

Entré en mi hogar, el mismo que se tambaleaba peligrosamente, y busqué a mi madre, encontrándomela en el salón. Ese día, sorprendentemente, no había ido a trabajar y, aunque me preocupó, lo agradecí.

—Has vuelto pronto —dijo nada más verme—. ¿Todo bien? —Me senté a su lado y agarré sus manos temerosa de que me rechazara, pero no lo hizo.

—Mamá, necesito contarte algo. —Me miró con el ceño fruncido—. Necesito que me prometas que lo que te diga no saldrá de aquí.

—No me asustes, Tracy. ¿Ha pasado algo? ¿Curtis está bien? —No me gustó que pensase en mi ex mejor amigo y tenía que ponerla en contexto sobre eso.

—Mamá, sabes que Curtis y yo últimamente no estamos nada bien y...

—Hija, eso son peleíllas tontas de las que estoy segura podréis solucionar. —Agaché la cabeza a la vez que asentía, dándole la razón para no tener que seguir hablando de ese tema, no en ese momento.

Me alejé de ella lo suficiente, intentaba buscar las palabras adecuadas para poder decirle lo de mi padre. No era fácil, no iba a ser una conversación nada fácil. La observé y ella me miraba expectante.

—¿Recuerdas el nombre de Dixon? Esta mañana me dijiste que era cliente de papá —asintió levantándose también.

—¿Qué pasa con él?

—Mamá, me he enterado de cosas muy graves sobre ese hombre y mi padre y...

—¿A qué te refieres? —Su pregunta no me sorprendió, pero sí lo que me dijo después—. Es mejor que no te metas en los asuntos de tu padre, Tracy...

—¿Cómo? ¿Acaso sabes algo que yo no? Mamá, si...

—¡Para! Lo que yo sepa o deje de saber no es de tu incumbencia, y si en vez de estar jugando a los detectives te centraras más en tu novio y tus estudios, ahora mismo no tendrías ningún problema con tu padre —escupió con vehemencia—. Créeme, hija. No te conviene enfrentarte a él.

Me acerqué a ella, lo suficiente como para mirarla a los ojos y que no pudiera mentirme cuando le preguntara lo que quería saber. Estaba claro que mi madre escondía algo, pero ¿por qué? Mi padre y ella no eran felices precisamente, solo había que verlos juntos para darse cuenta.

Volví a coger sus manos, pero esta vez se soltó de mí endureciendo el rostro, enseñándome de nuevo la cara amarga que siempre tenía conmigo. Parecía estar en una lucha interna, una en la que yo salía perdiendo siempre.

—Está haciendo negocios con un delincuente y si no me ayudas a demostrarlo, lo haré yo sola. —Puso su mano en mi boca para callarme, pues la puerta de casa se cerró de un portazo.

—Cállate si no quieres que...

—¿Qué pasa aquí? —La voz de mi padre la interrumpió.

—Nada, cielo. —Caminó hasta él para darle un falso beso en los labios—. Solo hablábamos.

Él me miraba con cara de pocos amigos, demostrándome así que había escuchado lo que yo había dicho. Y si no era por eso, no sabía por qué, pero estaba claro que tenía algún problema conmigo.

Se acercó a mí con la mirada ensombrecida y, cuando estuvo lo más cerca posible, me regaló una sonrisa, que más que cariñosa, me dio miedo.

—Hija, pareces muy cansada. ¿No dormiste bien anoche? —enmudecí. ¿A qué se refería?—. Creo que estos días no deberías salir tanto.

—Es cierto, Tracy. Últimamente se te ve agotada —intervino mi madre, poniéndose a mi lado como si quisiera protegerme de él.

—Esta semana trabajaré desde casa, así que me gustaría teneros aquí para no sentirme tan solo. —Alzó una ceja sin dejar de mirarme—. ¿Está claro, hija? —Tragué saliva a la vez que asentía.

Sin decirle nada más, pasé por su lado y subí a mi habitación. No podía seguir estando frente a él, delante de una mirada tan dura. Estaba claro que mi padre no era precisamente cariñoso, pero jamás le había temido tanto como ese día.

Me pasé varios días encerrada en mi habitación, saliendo solo para comer y algunas veces ni eso, ya que le pedía a Joselyn que me subiera la comida a mi cuarto. Pensé que podría aprovechar para tocar la guitarra, algo que no hacía desde mucho tiempo, pero ni eso pude por culpa de mi padre. Que estuviera en casa las veinticuatro horas del día, me lo ponía muy difícil.

Me mensajeaba con Marcus y alguna que otra vez, nos llamábamos por teléfono y hasta para eso debía esconderme por miedo a que me escucharan. No le conté a mi novio el motivo por el que no nos veíamos, solo me inventaba excusas. Estaba segura de que, de saberlo, vendría aquí para enfrentarse a todos para sacarme de la jaula en la que vivía.

Una mañana, después de todos esos días sin verle, se presentó en mi jardín. Suerte que fue

Joselyn quien lo vio y no mis padres. Estaba loco, pero me emocionó tanto verle, que no me importó que nos descubrieran.

Estuvimos muy poco tiempo juntos, pero lo suficiente para recargarme las pilas, para darme fuerzas y poder luchar contra todo el que estuviera dispuesto a separarnos.

No tenía la certeza de que mi progenitor supiera de mi relación con Marcus, pues no me había mencionado nada. Aun así, lo conocía bastante bien y sabía que me escondía algo. Estaba preparada para enfrentarme a él, aunque mi madre me hubiera dicho que no lo hiciera. No íbamos a estar toda la vida bajo su merced, teníamos que empezar a ser fuertes para escapar de ese hombre.

—Te amo, no lo olvides. —Fue lo último que le dije a Marcus antes de entrar de nuevo a mi casa.

Me quedé con su «te amo» guardado en mi corazón.

Me quedé con su beso y su abrazo y quise salir corriendo de allí con él, pero no podía hacerlo.

Al entrar, me acerqué a Joselyn y le di un beso en la mejilla. Esa mujer era la mejor persona que conocía en esa casa y le agradecí su ayuda en ese momento tan complicado.

—No hay de qué, señorita.

—No me digas señorita, Joselyn. Ya sabes que cuando no haya nadie a nuestro alrededor, puedes decirme Tracy —asintió con una sonrisa sincera.

—Está bien, Tracy.

Volví a encerrarme en mi habitación, aunque por poco tiempo, ya que mi madre vino a desequilibrarme, como siempre.

—Tracy, arréglate, iremos a comer con la familia Hale al club. —Me levanté como un resorte.

—Ahora mismo, mamá.

Mi actitud le sorprendió y seguramente pensó que era porque vería a Curtis, pero ni por asomo se acercaba. Me puse así porque tenía oportunidad de volver a ver a Marcus, aunque fuera de lejos. Iba a ser difícil tenerlo tan cerca y no poder besarle, abrazarle y ya estaba harta de tener que esconderme. Lo que más quería era gritarle al mundo lo que sentía por él... el amor que sentía por ese chico de ojos azules y sonrisa de canalla.

Me vestí lo más rápido que pude poniéndome bastante guapa para él. Me miré al espejo cuando acabé y sonreí complacida. Cogí mi bolso y bajé hasta el recibidor. Allí me encontré a los dos esperándome.

—¿No tenías otra ropa que ponerte? —me preguntó mi padre escrutándome con la mirada.

—¿Qué tiene de malo esto? —me señalé—. Solo son unos vaqueros y una blusa.

—Déjala, Eddy —intervino mi madre, defendiéndome—. Estás muy guapa, hija.

—Si tú lo dices... —le respondió a ella—. Vamos, llegamos tarde.

Dudaba mucho que fuera así, eso de llegar tarde no era usual en la familia Ross. Salimos de la casa y nos montamos en el coche de mi padre. Me habría gustado ir en el mío, pero estaba segura de que no me dejarían, así que evité preguntarles para no empezar una discusión.

Condujo en silencio, y mi madre y yo nos mirábamos por el retrovisor. Sabía que quería

contarme algo, pero no se atrevía. No podía asegurarlo, pero algo me decía que le tenía miedo a mi padre y no era para menos.

Cuando llegamos, entramos al club, y la familia Hale ya nos esperaba en la mesa de siempre. Curtis, al verme, se levantó para saludarme y lo ignoré, llevándome un codazo de mi madre. Al final, tuve que saludarle con un beso en la mejilla porque otra cosa no me salía y ya con eso le estaba dando más de lo que se merecía.

Miré hacia la barra y allí estaba él. Me vio y sonrió a la vez que me guiñaba un ojo. Lo que más deseaba era correr hasta él y comérmelo a besos. O algo mejor, llevármelo al cuarto de baño y repetir lo de la última vez.

—¿Qué tal estás? —Curtis interrumpió mis pensamientos—. Veo que Marcus también trabaja aquí. ¿Lo has metido tú? —Esa pregunta me la hizo al oído.

—No te importa —respondí secamente.

—Vamos, Tracy. —Lo miré—. Perdóname, por favor —me suplicó y, después de mucho tiempo, volví a ver esa mirada dulce de mi mejor amigo. De igual forma, no podía fiarme de él—. Sé que he sido un cabrón y que no merezco tu perdón, pero estoy muy arrepentido.

—No sé qué pensar, Curtis —respondí bajito.

Estábamos teniendo esa conversación delante de nuestras familias, aunque lo suficientemente bajo para que no nos escucharan. Aunque nuestras madres no nos quitaban la mirada de encima y eso no ayudaba demasiado. Quería gritarle tantas cosas y tuve que contenerme para no dar un espectáculo.

Nos vimos interrumpidos por el camarero que, aunque me habría gustado que fuera Marcus, no me molestó que fuese Devon. Lo saludé con la mano y una sonrisa y recibí una mala mirada de mi madre que seguía sin quitarme la vista de encima. Parecía estar controlándome y no me gustaba demasiado. ¿Por qué lo hacía? Ya tenía suficiente con el control de mi padre.

—¿Los señores saben ya lo que tomarán? —preguntó Devon.

Todos miraron la carta, menos el padre de Curtis que, justamente, recibió una llamada en ese momento.

—Mathew Hale al habla —dijo al descolgar el teléfono.

Me fijé en como Devon se le había quedado mirando y no dejó de hacerlo hasta que le hablamos para pedirle lo que tomaríamos. Volvió su atención a nosotros, aunque sin dejar de observar a Mathew de reojo. ¿Qué le pasaba?

Después de tomarnos nota, se fue y no dejé de prestar atención a cada uno de sus movimientos, pues lo primero que hizo fue hablar con Marcus a la vez que señalaba con disimulo a nuestra mesa.

De repente, tuvimos a mi novio en nuestra mesa mirando al padre de Curtis y a punto de explotar. Todo pasó muy rápido, tanto, que aún era incapaz de comprender lo que estaba pasando.

CAPÍTULO 41

Marcus

Llegué al trabajo una hora tarde, y cuando Henry me vio, se sorprendió porque pensaba que ese día tampoco iría. Después de todo, aún estaba recuperándome, aunque no podía seguir faltando puesto que no quería perder el empleo.

—¿Estás mejor, Marcus? —asentí con una sonrisa—. Me alegro mucho.

—Gracias, Henry. La verdad es que ya necesitaba salir de la cama. —Se carcajeó—. Suerte que mi novia no ha estado conmigo estos días, si no, no me habría dejado venir.

—Anda, no sabía que tuvieses novia —dijo sorprendido.

—Sí, bueno... —Me callé en cuanto me di cuenta de mi error—. Llevamos poco tiempo.

—Bueno, hoy tenemos bastantes reservas hechas, así que ponte manos a la obra.

—Está bien, jefe.

Me puse el uniforme y me dirigí a mi puesto de trabajo. En la barra estaba mi hermano con los otros compañeros y, en cuanto me vio y me saludó, se fue a atender varias mesas. Aún era temprano, pero el restaurante estaba bastante animado. Ese día iba a ser muy largo.

Estuve todo el tiempo tras la barra preparando las bebidas que los camareros me pedían y cobrando las cuentas de los clientes que se iban. No había parado ni un solo momento y, aunque estaba algo cansado, lo agradecí. Eso me ayudó a no pensar en Tracy y así no sufrir por echarla tanto de menos.

A mediodía, llegaron más clientes para almorzar, entre ellos Curtis y los que, supuse, eran sus padres. Unos minutos después, entró en el restaurante Tracy con los suyos y se sentaron con la familia del cabrón de su amiguito, algo que no me extrañó. Mi novia me miró y le sonreí a la vez que le guiñaba un ojo. Me dieron ganas de sacarla de ese círculo y llevármela lejos, pero no lo hice... no podía hacerlo. En ese momento, yo solo era un camarero más y su familia no me vería de otro modo.

—¿Has visto quién ha llegado? —me preguntó Devon y asentí—. ¿Quieres atender tú esa mesa?

—Prefiero no hacerlo —aseguré con seriedad—. Ya sabes que no aguanto a esa gente y no voy a soportar estar cerca de ella y no poder decirle nada.

—Está bien, iré yo.

Mi hermano fue directo a su mesa y yo seguí con mis quehaceres, evitando mirar hacia ellos para no tener la tentación de acercarme.

Me concentré en secar los vasos y colocarlos. Mejor eso que pensar en la forma de salir de allí con mi chica del brazo. Atendí a varios clientes en la barra y volví a quedarme solo y con pocas cosas que hacer. Al menos, hasta que vinieran los compañeros con los pedidos.

—Marcus, Marcus —me llamó Devon. Me giré e iba hacia mí con cara de haber visto un fantasma.

—¿Qué te pasa? ¿Algún estúpido de estos te ha tratado mal? —comenzó a negar, pero seguía sin poder cambiar su gesto.

—Ese hombre —señaló al tipo que estaba sentado en la mesa de Tracy—. Se llama Mathew Hale. —Clavé mi mirada en la suya—. Mathew Hale —repitió como si no me hubiese enterado—. Se llama como nuestro padre, Marcus.

—Sí, sí... Te he entendido.

Sin decirle nada más, acudí a aquella mesa, donde la chica de mis sueños comía junto a su familia. No quería estropearle el día, pero saber que ese hombre podría ser mi padre y que estaba tan tranquilo como si no hubiera jodido jamás la vida de nadie... Como si no nos hubiera abandonado cuando éramos unos niños, dejando a mi madre con una mano detrás y otra delante y teniendo que sacar adelante sola a sus hijos. Recordar todo aquello hizo que me hirviera la sangre y tenía que ponerlo en su sitio ahora que podía, ahora que era un adulto. Necesitaba gritarle a la cara lo hijo de puta que fue, si es que era él, claro.

—Buenas tardes, señor —me dirigí a él directamente y me miró—. ¿Es usted Mathew Hale?

—¿Quién lo pregunta? —respondió con tranquilidad.

—¿Usted estuvo casado con Cassandra Davis?

Esa pregunta lo hizo enmudecer y su rostro cambió a uno de pánico, respondiéndome así. Claro que era él, era el hijo de puta de mi padre.

Se levantó para ponerse a mi altura a la vez que me escrutaba con la mirada.

—¿Marcus? —Su pregunta me jodió, me mató y me revivió en décimas de segundos, y lo que más deseaba era golpearle hasta borrar de mi mente su rostro.

—Eres un hijo de puta —escupí fuera de mí—. Un cabrón que nunca se ha preocupado por su familia, que dejó a mi madre tirada con dos hijos pequeños. ¡Que nos dejó en la calle!

—¿De qué conoces a Marcus, papá? —escuché.

Miré a Curtis, el cabrón que decía ser amigo de mi novia, y me quedé bloqueado en cuanto escuché ese «papá» de su boca. ¿Papá? Tenía otro hermano y le había tenido al lado todo ese tiempo sin saberlo.

—Es mi hijo —le respondió sin un ápice de vergüenza, como si con eso arreglase todo lo que hizo.

Decir que perdí la cabeza era quedarse corto. Cogí a Mathew de la solapa de su chaqueta y acerqué mi rostro al suyo intimidándole. No se inmutó, eso me jodió mucho más. Mi hermano Devon, al ver el espectáculo, intentó que lo soltara y que no cometiera una locura, pero estaba cegado.

—Suéltame, Devon. No quiero hacerte daño —pedí en tono conciliador.

—No, no te soltaré, Marcus. —Su voz sonó agónica—. Déjalo, por favor. Todos nos están viendo.

—Me importa una mierda que toda esta gente vea como le parto la cara a mi padre. —Lo solté de mi agarre—. ¡Sí, como oyen! ¡Este... señor es mi padre!

Miré a todos a mi alrededor y antes de irme, me giré y le pegué un puñetazo con todas mis fuerzas. Eso activó la alarma de todo el mundo y escuché varias voces que decían que estaban llamando a la policía. No me importó y volví a golpearle sin importarme nada, tenía mucho que pagar ese hombre. Entonces oí a la mujer que amaba. Sentí su cálida mano agarrar mi brazo e intenté calmarme por ella.

—Para, Marcus.

—¿Qué haces, Tracy? Suelta ahora mismo a ese tipo —le ordenó la señora Ross.

—No, mamá... Solo me escuchará a mí.

Se puso delante de mí y agarró mi rostro con sus manos para que conectara mi mirada con la suya, algo que me estaba costando horrores, pues no podía apartar mis ojos de mi padre.

—Mírame, Marcus. Soy yo, tu hoyuelos... Mi amor, mírame.

Escucharle decir «mi amor» delante de su familia, unas personas que no tenían constancia de nuestra relación, fue lo que hizo que la mirase. Porque solo alguien que me quería de verdad era capaz de ponerse a todo el mundo en contra solo para que yo estuviera bien.

—¿Mi amor? ¿De qué estás hablando, Tracy? ¿Por qué llamas así a ese camarero? —En menos de dos segundos tuvimos a su madre a nuestro lado.

—Porque es mi novio, mamá. —Abrió los ojos desorbitadamente.

—No puedes estar hablando en serio, hija. Tú no puedes ser novia de un salvaje como él. ¿Qué pasa con Curtis?

¿Salvaje? ¿Me había llamado salvaje? Estaba claro que no era santo de la devoción de mi suegra. Aunque, claro, tampoco era el mejor momento para conocernos, no así al menos.

—Siento bajarte de tu nube, mamá. Nunca he estado saliendo con Curtis, solo era una tapadera para que nos dejarais en paz.

El padre de Tracy, que hasta ese momento se había mantenido al margen, se levantó y fue hacia nosotros. Tras echarme una mirada asesina, cogió del brazo a su hija para alejarla de mí. Quería controlarme, de verdad que lo estaba intentando, pero no podía permitir que ese hombre la tratase mal, y menos delante de mí.

—Jamás dejaré que estés con un tipo como él y espero que te olvides de esa relación absurda. ¿Me has entendido, Tracy? —amenazó sin soltarla del brazo.

La estaba zarandeando y, aunque su madre intentó impedirlo, no lo consiguió. Me acerqué a ese hombre y me puse delante a la vez que lo miraba de mala manera. Si pensó que me doblegaría, estaba equivocado. Yo no era su hija y mucho menos su mujer. A mí me respetaría y conseguiría que lo hiciera con su familia. ¿Qué cojones se creía?

Sentí la mano de Tracy en mi brazo izquierdo y la de mi hermano en el derecho. Reconozco que no me gustaba que me estuvieran reteniendo y mucho menos ellos. Me iba a ganar la fama de salvaje y era lo que menos quería.

Cuando estaba a punto de decirle una cuantas cosas, la policía llegó y vinieron hacia mí directamente. Claro, no irían a por una persona de dinero, un señor con traje... las primeras personas que caían éramos los empleados porque no éramos importantes.

—Señor Ross. ¿Hay algún problema?

—Este... tipo —habló con asco levantando una ceja para provocarme—. Ha golpeado a mi amigo, el señor Hale —lo señaló.

—Papá, por favor —musitó Tracy.

—Tranquila, amor. —La miré—. No pasará nada.

Giré sobre mis talones e importándome una mierda lo que dijeran todos, agarré sus mejillas y la besé. Si su padre me quería joder, yo le jodería antes a él.

El beso fue interrumpido porque, rápidamente, me alejó de su hija y me pegó un puñetazo con fuerza, tirándome al suelo de culo. No me importó, estaba acostumbrado a los golpes y lo único que quería era ponerlo en evidencia y lo conseguí.

Devon se agachó para ayudarme y Tracy se quedó hablando con su padre. Eso no había comenzado con buen pie y parecía que todo se iba a complicar demasiado.

Me percaté de que la policía estaba de nuevo a mi lado y cuando pretendían detenerme, la voz del hombre que decía ser mi padre se escuchó lo suficientemente alto para que todos los presentes se enteraran.

—No voy a levantar cargos en su contra, agentes. —Le miré extrañado y se acercó a mí—. Ya te hice... —Miró a mi hermano que seguía sin poder alejarse de mí—. Os hice demasiado daño y no pienso dejar que vayas a la cárcel por darme mi merecido, hijo.

—No vuelvas a llamarme hijo —siseé reprimiéndome, aunque cada vez me costaba más—. Yo... nosotros no somos tus hijos.

—Perdonadme, por favor —suplicó con la voz entrecortada—. Sé que no lo hice bien y que...

—¡Para de una vez! —gritó Devon.

Hasta ese momento no había vuelto a abrir la boca e incluso llegué a pensar que no le gustó que le pegase a nuestro padre. Pero de nuevo me demostraba que estaba conmigo y no con él. Ese hombre nos hizo mucho daño y no podía reaparecer en nuestras vidas como si nada. A veces, no entendía esa frase de *las casualidades existen*. ¿Cómo habíamos llegado a trabajar en el lugar que él frecuentaba? Y lo peor... ¿mi hermano era compañero de Curtis?

Casi sin pensarlo, miré a Curtis y él también me miraba. En ese instante, su forma de observarme no tenía nada que ver a como lo hacía las otras veces. Nuestros encuentros no habían sido los mejores y yo estaba muy cabreado con él por todo lo que había pasado. Entonces, ¿por qué empecé a mirarle de diferente manera? El enfado que sentía por él se había esfumado. «Es tu hermano», pensé a la vez que desviaba mi mirada al frente. Busqué a Tracy, pero no la encontraba y me puse nervioso, tanto, que me solté de las garras de los agentes de policía y comencé a buscarla. Salí del restaurante y vi cómo su padre tiraba de ella llevándola hasta un coche negro.

Corrí hasta ellos y me puse delante del señor Ross, evitando que se la llevara.

—Apártate de mi vista. —Alcé una ceja con altanería—. Tú serás el hijo de Mathew, pero yo

no tengo por qué aguantarte y puedo aplastarte como a un gusano.

—¿Está seguro de eso? —pregunté tomando el control—. Créame, yo tengo más posibilidades de aplastarle a usted. —Acerqué mi rostro al suyo para que solo él escuchase lo que iba a decirle—. Dale saludos a Dixon de mi parte. —Abrió los ojos sorprendido y soltó el brazo de Tracy.

Sin decir nada más, agarré la mano de mi novia y me la llevé conmigo, alejándola de su padre. Tenía la certeza de que, a partir de ese momento, todo se complicaría mucho más, aunque supuse que el que Mathew Hale no quisiera denunciarme, ayudaría. No obstante, no quería deberle nada a ese señor.

CAPÍTULO 42

Tracy

¿Curtis, Devon y Marcus eran hermanos? Aún no podía creer lo pequeño que era el mundo. Yo era amiga de Curtis desde niños, y el día que conocí a los hermanos Davis jamás habría imaginado que serían hijos de Mathew Hale. Claro, que eso de que no tuviesen el mismo apellido, tampoco ayudó para saberlo, ¿no?

Por un momento, creí que Marcus le pegaría a mi padre y fue al revés. No quería que se complicaran las cosas más y por eso, aprovechando que Marcus estaba discutiendo de nuevo con Mathew, dejé que el mío tirase de mí para sacarme del restaurante. En esos instantes era mejor hacer lo que él decía si no quería tener más problemas. Ya me lo había dicho mi madre y debía hacerle caso. «No te enfrentes a tu padre», recordé sus palabras.

Justo cuando iba a subirme al coche, Marcus se puso delante de nosotros y discutió de nuevo con mi padre. Otra vez el temor a que pasase algo peor se instaló en mi pecho y me sorprendí al ver cómo mi novio tomaba el control de la conversación, haciendo que mi padre me soltase.

Logró alejarme de sus garras, aunque cuando regresara a mi casa volvería a estar a su merced. Al menos, tendría un respiro durante unas horas.

—¡Espera, Marcus! —Lo frené—. ¿Estás más tranquilo? —asintió mientras cogía mis manos con dulzura—. No quiero que vuelvas a entrar en ese restaurante y te pelees.

—Lo siento, lo siento —dijo repetidas veces—. Sé que te has asustado y era lo que menos quería, pero entiéndeme... —bufó cabreado—. ¿Sabes lo que ha sido para mí encontrarme cara a cara con ese hombre después de quince años? Joder, ni siquiera sabía que seguía viviendo en Oklahoma.

Estaba destrozado y no pude hacer más que abrazarle, era lo que necesitaba. Encerró su rostro en mi cuello a la vez que acariciaba su espalda. No podía verle la cara, pero estaba segura de que estaba llorando. Lo acuné, le di todo el amor que sentía por él y que cada vez se hacía más grande. A veces pensaba que un día esto se acabaría, que nuestro amor iba a ser pasajero, y era en esos momentos en los que me daba cuenta de que jamás dejaría de amar a Marcus, por muchas cosas que pasasen a nuestro alrededor.

Un día me dijo que su vida era un caos... la mía también lo era y él no sabía cuánto, aunque se hiciera una ligera idea. Lo único que importaba era que nuestras vidas se alejaran del caos que nos rodeaba, dejándonos en medio.

Alzó la cabeza, alejándola de mi cuello y pude confirmar lo que tanto me temía: estaba llorando. Llevé mis manos hasta sus mejillas, imitando lo que él hacía cuando era yo quien lloraba y las sequé con la yema de mis dedos. Todo lo hice sin dejar de mirar sus ojos, esos bonitos océanos que me observaban con tanto amor y que estaba segura de que un día mi

corazón explotaría.

—¿Eres consciente de todo lo que te amo? —preguntó con un hilo de voz y no supe qué responderle—. Llegaste a mi vida cuando más oscuridad había para llenarla de una luz cegadora.

No quería llorar, de verdad que no intenté no hacerlo. Sin embargo, escuchar esas palabras en aquel momento tan complicado hizo que los latidos de mi corazón se aceleraran.

—Creo que tú no eres consciente de lo que te amo —respondí llena de emoción—. Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida, Marcus. —Llevé mis brazos hasta su cuello y él me estrechó entre los suyos, pegando nuestros pechos lo máximo posible.

No esperó ni un segundo más. ¿Para qué? Lo que más necesitábamos era darnos calor. Acercó su boca a la mía y me besó, siendo el principio de algo que no sabía explicar. Sus labios me calentaban sobremanera... me daban todo lo que él poseía, que no era poco.

En ese instante no me hubiera importado que el mundo se parase, que solo existiéramos él y yo. En aquel momento, si el mundo ardía, me hubiera dado igual... porque solo importábamos nosotros.

Alejé mis labios de los suyos y pegó su frente a la mía. Tras un suspiro que me llenó el alma, abrió los ojos.

—Vamos, amor. Estoy preparado para enfrentarme al mundo entero si es necesario —declaró decidido.

Agarré su mano, entrelazando nuestros dedos y caminamos hasta el restaurante. Agradecí que solo estuviera su padre y Devon, los demás se habían marchado, incluida la policía. Marcus se acercó a su hermano que, sorprendentemente, hablaba con Mathew. Llegó hasta ellos y se puso delante de Devon, quedando de espaldas a él para poder mirar a los ojos a su progenitor.

—Creo que ya hemos dado suficiente espectáculo por hoy, señor Hale —habló con calma.

—Lo sé —afirmó—. ¿Podemos hablar un día de estos? Me gustaría poder...

—Creo que no será necesario —lo interrumpió—. Así como desapareció hace quince años, puede volver a hacerlo ahora. Es lo mejor... para todos.

—Pero...

—Ya le ha dicho mi hermano que no es necesario —dijo Devon, apartando a Marcus para dirigirse él mismo a su padre—. No hay nada más que hablar.

—Está bien. —Aceptó con pesar—. No quiero presionarlos.

Devon y Marcus asintieron y fueron a hablar con el encargado, pues no sabían si habían perdido el trabajo por culpa del altercado.

—Espérame aquí, ¿vale? —me pidió.

Me quedé a solas con su padre, un hombre que conocía desde hacía muchos años, pero con el que no tenía ninguna relación. Era amigo de mis padres, pero no mío y quedarme para hablar con él me parecía una estupidez.

Me giré para esperarle fuera del restaurante y Mathew me siguió. Al parecer, él sí que quería hablar conmigo, aunque yo no estuviera muy por la labor.

—Tracy, ¿tienes un momento? —Me di la vuelta y me encogí de hombros—. Sé que tú y yo

no hemos hablado nunca, pero me gustaría pedirte ayuda con mis hijos. —Le miré con desconfianza—. Entendería que no quisieras.

—Señor Hale...

—Llámame Mathew, por favor.

—No sé en qué podría ayudarte, Mathew —expresé en tono conciliador—. Ya has visto la negativa de tus hijos y, la verdad, los entiendo. ¿Cómo pretendes que te ayude con lo que hiciste? Los abandonaste cuando eran unos niños para irte con la madre de Curtis. Tuviste otro hijo y jamás los buscaste —negó nervioso.

—Las cosas no fueron así, Tracy, y si me escucharan, sería todo diferente.

—¿Quieres decir que sí los buscaste? No lo sé, no puedo creerlo.

Justo cuando me iba a responder llegaron los hermanos Davis y al ver que su padre seguía ahí, volvieron a asesinarlo con la mirada. Pasaron por su lado y una vez que estuvieron cerca de mí, Marcus agarró mi mano para salir de allí de una vez por todas.

Sin decirle nada más nos fuimos, dejándolo prácticamente con la palabra en la boca. A veces era mejor callar antes que decir cosas que pudieran revolver todo mucho más. Sabía que el señor Hale iba a contarme algo, pero preferí no preguntarle para que todo quedase así. Lo mejor era dejar que pasase el tiempo y que se calmasen las cosas.

Nada más salir, Devon se excusó con nosotros para ir a ver a Aylin que había estado llamándolo y con el lío no había podido hablar con ella. Así que nos Marcus y yo nos montamos en su moto en dirección a su casa. El club estaba a unos veinte minutos y, al no haber demasiado tráfico, llegamos enseguida.

—¿Qué quería Mathew? —me preguntó nada más entrar en su casa.

—Nada, solo quería que le ayude a acercarse a vosotros —suspiró a la vez que se sentaba en el sofá.

Me senté sobre sus piernas y rodeé su cuello con mis brazos, acariciando su nuca y enredando mis dedos en su cabello.

Se quedó un buen rato pensativo, suspiraba de vez en cuando y sabía que retenía las lágrimas que atenazaban por salir. Tenía la mirada clavada en la pared donde estaban las fotos, observaba una en concreto en la que estaba con su madre. Al final se le escaparon un par de lágrimas y me levanté para coger aquella imagen tan tierna y volví a sentarme, pero esta vez a su lado.

—Es una foto muy bonita —murmuré, sabiendo lo mucho que le costaba hablar de su madre—. ¿Has pensado en la posibilidad de que tu madre supiera dónde estaba vuestro padre en todo momento?

En realidad no quería hacerle esa pregunta, no en ese momento, al menos. Sin embargo, que su padre negase cuando le acusé de no haberlos buscado, me dejó pensativa. ¿Y si su madre había sido la que no quería que los viera? Podría ser una posibilidad. Aunque, tras su muerte, podría haberse acercado a ellos. Había demasiadas cosas que no entendía aún.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Te estás poniendo de su parte? —negué mirándole a los ojos—. Entonces no entiendo la pregunta, Tracy.

—Perdóname, Marcus. No quería que te enfadaras, pero...

—Pero ¿qué? —Se levantó para alejarse de mí, encerrándose en su rabia de nuevo—. No tienes ni idea de lo que pasamos mi hermano y yo, y cuando nuestra madre murió quise buscarle para que lo supiera. —Se calló y se giró para mirarme—. Conseguí su teléfono. —Abrí los ojos sorprendida—. ¿Y sabes qué pasó cuando lo llamé? —negué avergonzada—. Fue su mujer quien lo cogió y me trató tan mal que no volví a llamarle. Me dijo que nuestro padre no nos quería.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y fue ahí cuando supe lo mucho que le dolía que su padre no hubiera hecho nada por estar a su lado. No era rabia lo que sentía, era un inmenso dolor que lo ahogaba y que se escondía en una furia incontrolable.

No volvería a tocar el tema, era lo mejor.

Me levanté y me acerqué a Marcus con ganas de cobijarle entre mis brazos y así lo hice. Deseaba arrancar de su ser ese tormento, sacarlo como fuera y alejarlo lo más posible de él.

Marcus, a simple vista, parecía un hombre feliz y la realidad era otra. La desdicha era un complemento en su día a día y haría todo lo que estuviera en mi mano para verle sonreír siempre.

Después de un par de horas en las que nos habíamos pasado la mayor parte del tiempo abrazados en el sofá, decidí que era momento de regresar a mi casa. No quería irme, pero tenía que hacerlo y él tenía que llevarme, pues no tenía mi coche allí.

Condujo despacio y se lo agradecí. Cuanto más tiempo tardase, mejor, ya que no quería separarme de él.

—Si me necesitas, sea la hora que sea, llámame —dijo en mi oído cuando me bajé de la moto.

—Tranquilo, no pasará nada —mentí, estaba segura de que mi padre me esperaba.

—No sé si ha sido buena idea traerte... tu padre no te ha tratado muy bien hoy y algo me dice que cuando entres, volverá a hacerlo. —Moví la cabeza negando.

Lo único que quería era que se fuera tranquilo y no pensando en lo que me pasaría después. Alcé la mirada y acerqué mi rostro al suyo para besarle. Rodeó mi cintura con sus brazos y me pegó más a su cuerpo, haciéndome estremecer. Su lengua rozó la mía en un intento fallido por no perder el control. Nos necesitábamos más. Nos amábamos tanto que no veía la hora de que toda esta locura pasase y volver a estar juntos sin miedo a nada.

Me despedí de él con un beso suave, aunque hubiese preferido volver a profundizar, uniendo nuestras bocas con deseo, con ganas de que ambas se derritieran por el calor que emanaban.

Desde la puerta le dije adiós y esperé hasta que desapareció de mi vista. Tras varios suspiros, entré en mi hogar.

CAPÍTULO 43

Marcus

De nuevo metido en mi propio caos, en esos recuerdos que solo golpeando el saco de boxeo era capaz de controlar. ¿Por qué tuvo que aparecer mi padre? Hubiera sido mejor estar como siempre, odiando el no verle y a la vez odiándole por lo que hizo.

Recordé lo que Tracy me dijo, quedándome más tiempo del necesario pensando en que hubiera una posibilidad de que mi madre no quisiera que se acercara a nosotros. Que, por otro lado, la entendía. ¿Cómo iba a dejar que nuestro padre tuviera una relación con mi hermano y conmigo si nos abandonó cuando éramos niños? No, no podía tenerle rencor a mi madre, ella que nos crio sola sin ayuda de nadie y con mucho amor. Por más que ese señor fuese contándonos cualquier excusa, no podría perdonarle lo que nos hizo.

Me acosté cansado de esperar a Devon, me llamó avisándome de que llegaría tarde, pero no me imaginé que fuese tanto. Tumbado en la cama seguí dándole vueltas a la cabeza y, aunque intentaba entenderle, no podía.

Me hubiera encantado tenerle enfrente de nuevo para gritarle por habernos rechazado cuando lo llamé en aquella ocasión. «¿Y si no tiene constancia de esa llamada?», pensé a la vez que me incorporaba. Sin querer, porque ciertamente cada recuerdo me hacía daño, se proyectó en mi mente el día que lo llamé por teléfono.

Me había costado mucho conseguir el número de teléfono de mi padre, pero Nick me ayudó y estaba en una cabina telefónica a punto de llamarle. Solo hacía un par de días que mi madre nos había dejado por culpa de una jodida enfermedad y él era la única familia que nos quedaba a mi hermano y a mí. Tras varios suspiros, uno por cada moneda que echaba, marqué su número y recé porque fuera él quien descolgara. Últimamente todo me salía mal y ese día no iba a ser la excepción.

—¿Diga? —Como suponía no era él, sino una mujer.

—Buenas tardes, ¿podría hablar con el señor Hale? —le hablé con amabilidad. No sabía quién era ella, aunque me hacía una ligera idea.

—¿Quién lo busca?

Pensé si era buena idea decirle que era su hijo o un amigo. No obstante, me parecía una estupidez tener que engañar y al final le dije la verdad.

—Soy Marcus, su hijo.

Aquella mujer enmudeció en cuanto supo quién era. No la culpaba, hacía muchos años que no teníamos relación con mi padre y saber de nosotros después de tanto tiempo seguramente le trastocaría la vida, ¿no?

—Lo siento, pero el señor Hale no está en casa —dijo de pronto.

—¿Puede decirle que le he llamado? Es muy importante que hable con él enseguida... mi madre ha fallecido.

—Siento mucho lo de tu madre, pero no puedo ayudarte. Es más, espero que sea la última vez que llames a este número —ordenó con dureza—. Tu padre no quiere saber nada de su pasado y mucho menos de ti, así que ahórrate la llamada.

Fue lo último que dijo antes de colgarme y dejarme con el corazón completamente destrozado. Ya lo tenía lleno de dolor y se unió a una rabia que me costaría mucho apartar de mi vida. ¿Mi padre no nos quería? Después de todo, pensé que podríamos recuperar el tiempo perdido, un tiempo que él mismo dañó.

Aún tenía el teléfono en la mano y lo colgué con furia. Fue como si pensara que aún había una persona al otro lado de la línea y que esa persona era mi padre.

Salí de la cabina con lágrimas en los ojos, el corazón encogido y el alma rota. Devon no sabía nada de que iba a hacer esa llamada, no quise decirle nada para no darle falsas esperanzas y había hecho bien no contándoselo.

Ese día comprendí que Mathew Hale había muerto al igual que nuestra madre, con la excepción de que él, seguía vivo para el resto del mundo.

No sabía que estaba llorando hasta que sentí las lágrimas rozando mis labios y me las sequé con rabia.

—No voy a dejar que nos joda la vida de nuevo —hablé en voz alta.

Al día siguiente me desperté bastante temprano, pues tenía que ir a trabajar. Suerte que Henry no nos despidió por el altercado que yo mismo inicié. Vale que tenía motivos, pero igualmente estaba en mi puesto de trabajo y no podía hacer esas cosas.

Me duché, me vestí y me preparé un café y unas tostadas. Lo único que me jodió, fue no poder hablar con mi hermano, ya que él tenía que entrar antes y se había ido más pronto. Me senté a desayunar despacio, pensando en el día anterior. No obstante, no me gustaba llegar con la hora justa, así que me terminé el café y me levanté a la vez que le daba mordiscos a la tostada.

Cogí el casco y justo cuando iba a salir de mi casa, me encontré en la puerta al padre de Tracy a punto de tocar el timbre. Mis ojos se abrieron llenos de sorpresa, pero fruncí el ceño enseguida.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté de mala manera.

—¿Puedo pasar? —me respondió con otra pregunta.

Dudé, no me fiaba de él y, la verdad, no entendía muy bien a qué venía esa visita. Al final, me aparté y le di paso. Yo tenía bastante educación y, por mucho que ese señor no me gustase, era el padre de mi novia y merecía respeto solo por eso.

Entró observándolo todo y me molestó que mirase mi hogar con ese gesto lleno de desaprobación. ¿Qué se creía?

—Usted dirá —le insté a que hablase de una vez—. Tengo bastante prisa.

—Si es por el trabajo, puedes ir olvidándote de tu puesto. —Enarqué una ceja—. ¿No lo

sabes? Estáis despedidos, tanto tú como tu hermano. En nuestra empresa no queremos personas como vosotros.

—¿Personas como nosotros? ¿Qué clase de personas somos según tú? —le tuteé. Si él tenía la poca decencia de venir hasta mi casa para faltarme al respeto, ¿por qué yo debía hablarle de usted?

—No he venido hasta aquí para decirte cómo eres, tú ya lo sabes. —Carraspeó aclarándose la garganta—. He venido para exigirte que dejes a mi hija...

—Ni de coña —le interrumpí—. Puedes irte por donde has venido, porque eso no lo haré jamás —aclaré mientras cerraba los puños a cada lado de mi cuerpo, apretándolos con fuerza—. Me da igual perder el trabajo, pero nunca dejaré a Tracy. Nos amamos, aunque tengamos a todo el mundo en contra.

—¿Amor? Tú no sabes lo que es eso —soltó con asco—. Mira, Marcus. Así te llamas, ¿no? —asentí—. Sé a lo que te dedicas y no eres bueno para mi hija. ¿Quieres dinero? Te doy lo que me pidas.

—Claro que sabes a lo que me dedicaba, en pasado. Si tanto sabes de mí, Dixon te habrá contado que al último combate fui obligado. Desde que empecé con Tracy no he vuelto a pelear —le expliqué, aunque no se lo mereciera—. Y el dinero te lo puedes meter por el culo —negó con una sonrisa cínica en los labios.

Se acercó a mí, quedando a escasos milímetros de mi rostro, y volvió a mirarme de ese modo tan duro, creyendo que así me asustaría. Lo que no sabía era que los hombres como él no me daban miedo.

—Sé que eres un tipo inteligente, Marcus, y que harás lo mejor para Tracy. —Suavizó un poco la voz—. Si la quieres tanto como dices, la dejarás.

Se alejó para marcharse y pensé que ya me lo había dicho todo, pero no fue así. Volvió a mirarme desde la puerta para hablarme de nuevo y esa vez sí que tuve que escucharle.

—Si no la dejas, lo perderá todo por tu culpa. No tendrá dinero, ni casa y mucho menos podrá volver a la universidad. ¿Es eso lo que quieres para ella? —negué agachando la cabeza—. Eso pensaba.

—Yo la amo —declaré con el corazón en un puño—. No puedes hacerle eso a tu hija.

—Sí que puedo y por eso mismo lo hago. Más te vale dejarla lo antes posible o me veré obligado a quitarle todos los privilegios; estás advertido.

Tras amenazarme, abrió la puerta para salir y vimos a mi hermano llegar. Devon, al verle, hizo una mueca llena de odio.

Entró sin decirle nada, ¿para qué? Ya estaba todo dicho. Entonces lo pensé y fui en su busca para pedirle algo a cambio de dejar a su hija, aunque en ese momento lo que más quería era ir a por ella y llevármela lejos. No obstante, no podía permitir que perdiera todo lo que tenía por un amor que podría morir antes de que llegase a ser imparable.

—¡Tengo una condición! —exclamé alzando la voz para que me escuchara.

Se giró y se quedó en silencio esperando a que le hablara. Mi hermano se puso a mi lado sin saber de qué iba la conversación y mucho menos el motivo por el que ese hombre había venido a nuestra casa.

—Haré lo que me pides si readmites a mi hermano en el trabajo. —Sonrió con malicia, su gesto mostraba lo mala persona que era.

—Me lo pensaré —alegó cabreándome.

Esa vez fui yo quien se acercó a él tanto que hasta podía respirar su mismo aire. Si él quiso asustarme, no sabía de lo que yo era capaz de hacer por las personas que amaba.

—Entonces, no hay trato —aseguré con firmeza y achiné los ojos sin desviar la mirada ni un milímetro de mí.

—Tú ganas —dijo al fin—. Readmito a tu hermano y tú dejas a Tracy.

Tragué saliva, dándome cuenta de que había hecho un trato con el mismo diablo. Bajé la cabeza, evitando el contacto con Edward Ross para no perder el control y darle su merecido. Estaba seguro de que él si me denunciaría y acabaría conmigo mandándome a la cárcel de por vida.

El pecho me dolía, sentía que me faltaba el aire y aún no había sido capaz de decir una simple sílaba. Sí, esa pequeña palabra que marcaría un antes y un después en mi relación con el amor de mi vida. ¿Cómo iba a dejarla? ¿Cómo me pondría delante de ella y le diría que ya no podíamos estar juntos? No estaba preparado para hacerle sufrir, para dañarla de ese modo.

Asentí unos minutos después y se largó con el placer de haberme hundido sin la necesidad de golpearme, pues me había dado una paliza con solo pedirme aquello.

Giré sobre mis talones y entré en mi casa. Me tocaba contarle a Devon lo que había hecho. «Has perdido a la chica más increíble que la vida ha podido poner en tu camino», pensé reprimiendo las ganas que tenía que echarme a llorar.

—Marcus —me llamó—. ¿He escuchado bien? ¿Dejarás a Tracy? —Levanté la cabeza y asentí—. ¿Por qué? Me da igual el puto trabajo, puedo encontrar otro mejor... —negué disimulando mi tristeza—. No puedes dejarla por eso, hermano. Tracy y tú...

—¡No! ¡Ya no hay más Tracy y yo! ¿Entiendes? Y así debió ser desde el principio —grité y le di un puñetazo a la pared, haciéndome daño en los nudillos—. No debí enamorarme de ella, y hoy me he dado cuenta. Qué fácil hubiera sido mi vida si no me la hubiese encontrado en aquella fiesta. Pero la vi y me enamoré perdidamente de ella. ¡Joder! ¿Cómo se lo voy a decir? No quiero hacerle daño.

—¿Y qué hay de ti? Tú también estás sufriendo, Marcus —me recordó el dolor que estaba sintiendo en esos instantes, cómo mis pulmones me pedían oxígeno con urgencia porque hasta eso me quitó ese hijo de puta.

—Yo no importo.

CAPÍTULO 44

Tracy

Desde el día que mis padres se enteraron de mi relación con Marcus, habían cambiado mucho más conmigo. Mi padre me dejó claro que no quería que estuviera con él y mi madre secundaba lo que él decía. ¿Cómo no? Siempre iba a ser así y eso me dolía.

Cuando pensé que ella podría ponerse de mi parte, me demostraba que primero debía consultarlo con mi progenitor. Me dolía que no fuese capaz de tomar sus propias decisiones.

Llevaba varios días sin ver a Marcus, pues no me dejaban salir pensando que iría a verle a él. Vale, ya era mayor de edad y podía irme a donde me diese la gana y con quien quisiera, pero con unos padres como ellos, era demasiado complicado dar un paso sin que se dieran cuenta de ello. Prefería dejar que pasasen los días y esperar que se les olvidase.

Durante todo ese tiempo llamaba a Marcus y le mandaba mensajes, pero las respuestas que recibía eran bastante escuetas. Pensé que era por lo mal que lo estaba pasando por culpa de su padre, pero algo me decía que había algo más.

Lo único que supe era que ya no estaba trabajando en el restaurante por decisión propia. Me habría gustado saber el motivo real, aunque estaba segura de que no me lo contaría. Conocía a Marcus y, a veces, era muy hermético.

Esa mañana, cansada de llamarle y que no me cogiera el teléfono, me levanté con la clara intención de ir a buscarle a su casa. Cuando estaba a punto de salir, mi madre me vio y me cogió del brazo.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Necesito hacer algo importante que no puede esperar —respondí con seriedad, algo que no le gustó.

—¿Vas a verle a él? —asentí soltándome de su agarre—. A tu padre no le gustará.

—Me da igual lo que a él le guste o le deje de gustar, mamá. —No quería sonar borde, pero estaba cansada de tanto control—. Estoy harta de esta situación y llegará el momento en que explote.

—Tienes que entenderlo, Tracy. Ese tipo no te conviene —avisó poniendo cara de repulsión.

—¿Y quién me conviene? ¿Curtis? No, mamá. Yo estoy enamorada de Marcus y él lo está de mí, por mucho que intentéis separarme de su lado. —Me acerqué a ella cambiando mi expresión—. Mamá, solo necesito que me apoyes... por favor.

Por un instante, sus ojos me miraron con amor, con ese que yo creía que no sentía por mí, pero que me había estado demostrando por pedazos. Algo retenía a mi madre, mejor dicho,

alguien. Él era el culpable de que ninguna de las dos fuéramos felices y solo ella era la única que podía acabar con esa mierda de vida.

De pronto, endureció de nuevo su mirada y negó. Eso me cabreó, ya que pensé que había logrado su apoyo, pero no fue así. Le eché una última mirada y salí de mi casa sin decirle nada más.

Sabía que tendría problemas con mi padre, pero me importaba muy poco lo que pudiera decirme o hacerme. Solo necesitaba ver a mi novio.

Conduje bastante rápido, estaba ansiosa por llegar y el camino se me estaba haciendo eterno. Cuando aparqué el coche delante de la casa de Marcus me bajé sintiendo una presión en el pecho que no me dejaba respirar. No entendía muy bien el motivo por el que me sentía así y tenía miedo de que fuera por algo malo. Que me respondiera a los mensajes tan secamente y que no me cogiera el teléfono, daba muchos detalles de lo que podría pasar en cuanto me pusiera delante de sus ojos.

Suspiré unas cuantas veces antes de tocar el timbre y, al final, me armé de valor y lo hice. La puerta no tardó más de un minuto en abrirse y poner frente a mí al hombre del cual estaba enamorada. Sus ojos se clavaron en los míos y lo que vi en ellos me hizo añicos el corazón. La frialdad con la que me observaba me erizó la piel.

—¿Qué haces aquí? —Tragué saliva a la vez que entraba, ya que se apartó, dejándome pasar.

—Quería saber cómo estabas, amor. —Me puse delante de él, pegando mi pecho al suyo, y enseguida noté cómo se ponía nervioso.

—Estoy bien —respondió a la vez que se apartaba de mí, dejándome completamente desnuda ante él.

Estaba de espaldas a mí, ni siquiera podía mirarme y, en ese instante, creí que el suelo se abriría bajo mis pies en cualquier momento.

—Marcus, mírame. —Le obligué a hacerlo—. ¿Qué pasa? Puedes decirme lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Volvió a alejar su mirada de la mía y subió la cabeza a la vez que soltaba un bufido de pura frustración. Estaba claro que algo grave pasaba y que saldría de esa casa con el alma en las manos.

Rodeé su cintura con mis brazos. Marcus estaba sin camiseta y sentir su piel en mi rostro me tranquilizó. Escuché los latidos de su corazón que estaban frenéticos por mi acercamiento. Lo que fuera que le estuviera pasando, no tenía nada que ver con nosotros, de eso estaba segura.

—Tracy... esto se ha acabado —habló con la voz entrecortada, como si le costase decirme lo que acababa de escuchar.

Me había estado mintiendo a mí misma todo ese tiempo, creía que nuestro amor no se vería dañado por todo lo que había ocurrido aquel día. Me alejé de él, pues en ese instante su piel me quemaba, me ardía como si estuviera enfrente de una hoguera. No quería salir herida de allí, pero eso era algo inevitable... ya lo estaba.

Lo busqué con la mirada, intenté encontrar a ese joven que me pidió una apuesta y que se había empeñado en besarme. ¿Dónde estaba ese Marcus? Porque el que tenía delante no se parecía a él y echaba de menos su sonrisa.

—¿Por qué? Si es por mi familia... no podemos dejar que nos separen, amor. —Mi voz sonó cargada de agonía por culpa de las lágrimas que hicieron su aparición sin pedir permiso.

—No es por ellos. —Seguía sin poder mirarme—. Es que...

—¿Ya no me quieres? —le interrumpí con la esperanza de que no fuera por eso.

Entonces lo hizo, clavó sus intensos ojos azules en mí y asintió, endureciendo el gesto y matándome con ello. Yo no sabía pelear y él era un profesional, me estaba golpeando fuertemente sin tocarme.

—En realidad, nunca te quise.

—Oh, eso lo cambia todo.

Quería sonar dura, quería que no me viera llorar. Quería muchas cosas, pero no hice ninguna porque no me salía; estaba destrozada.

Que me dijera aquello no cambió lo que yo sentía por él y aunque tenía que creerme sus duras palabras, algo me decía que no eran verdad. Había algo escondido en ellas y no estaba preparada para saberlo, no en ese momento.

Caminé hacia la puerta, pasando por su lado y rozando su mano con la mía, buscando un ápice de amor y no lo encontré. Si estaba fingiendo, lo hacía muy bien. Esperé unos segundos antes de salir, rezando para que me lo impidiera. Lo único que necesitaba era un beso para sacarme de dudas.

Así que no lo pensé, solo lo hice. Me di la vuelta y corrí hasta él para, sin darle tiempo a reaccionar, besarle con ganas de hacerle recordar lo que sentía por mí y lo mucho que nos amábamos. Estaba segura de que me estaba mintiendo y había algo que no me quería contar. Porque lo nuestro no podía acabar así, sin luchar.

Marcus se dejó llevar, demostrándome así que aún le importaba, que todavía mis besos le hacían sentir. Subí mis brazos a su cuello y lo estreché contra mí, buscando profundizar y eso fue lo que hizo que se alejara, separando rápidamente su boca de la mía.

—Después de todo, ¿así es como acaba? —pregunté con el alma encogida.

—Te dije que esto era el principio del fin de nuestra relación —sentenció—. Tengo cosas que hacer.

—Claro, ya me voy... Adiós, Marcus.

Esa vez no esperé a que me impidiera marcharme y salí de allí sintiéndome perdida, hundida... Aunque en realidad no estaba sintiendo nada porque él se había quedado con mi corazón.

Me subí al coche y no podía siquiera arrancar, me desmoroné en cuanto me quedé a solas. Las lágrimas no me dejaban ver con claridad y debía calmarme antes de llegar a mi casa, lugar de donde no tenía que haber salido. Al final debía darle la razón a mi familia, Marcus no me convenía y había tardado en darme cuenta. No obstante, nuestro amor había sido tan intenso, que aún me costaba creer en sus palabras

Tardé más de lo que me esperaba, no es que hubiera demasiado tráfico, pero necesitaba estar sola el máximo tiempo posible y conduje más despacio de lo normal.

Cuando llegué me quedé un rato dentro del coche, sin ganas de salir de él. ¿Por qué me hizo

esto? Pasé de estar triste a cabrearme en décimas de segundos. Era eso o volver a echarme a llorar, y no podía seguir malgastando mis lágrimas por alguien que no me había querido nunca. Eso fue lo que me dijo, ¿no? Le di varios golpes al volante, desquiciada, a la vez que gritaba llena de rabia. Tenía la certeza que, de tenerlo delante, le golpearía a él hasta que reaccionara.

Tenía la cabeza pegada al volante cuando escuché unos toques en la ventanilla. Sin mirar quien era, la bajé y me sorprendí al ver a Curtis.

—Tracy, ¿estás bien? —Y solo hizo falta esa pregunta para volver a desmoronarme.

Me bajé del coche y me aferré al que había sido mi mejor amigo durante tantos años y que también era hermano del hombre que me había enamorado.

—Tranquila, Tracy. —Acarició mi cabeza—. ¿Qué ha pasado?

—Marcus me ha dejado —dije y, por su expresión, parecía que no se lo creía—. No me quiere, Curtis.

—¿Estás segura de eso? A ver, ya sabes que ese tipo nunca me gustó, pero la manera que tenía de mirarte no era de una persona que no te quiere —comentó completamente sincero y esa aclaración me ayudó a calmarme un poco.

Después de todo, nosotros nos habíamos peleado por culpa de mi relación con Marcus, y que Curtis se hubiera dado cuenta de ese detalle volvió a hacerme pensar en que había algo más en las palabras de mi nov... ni siquiera podía decirlo, pues ya no lo era.

—¿Quieres tomar algo? Así hablamos.

Sopesé varios minutos su propuesta, no estaba preparada para hablar con él y lo único que necesitaba era encerrarme en mi habitación varios días para seguir hundiéndome en mi miseria. Buena idea, ¿verdad? Pero al final acepté, seguramente me vendría bien y así saldría un rato más de la cárcel en la que se había convertido mi casa.

Nos fuimos en el coche de Curtis, ya que yo no tenía ganas de conducir. El camino lo hicimos en silencio, no me salían las palabras y le agradecí que respetase mi silencio.

Fuimos al bar al que íbamos en la universidad y nos sentamos en la misma mesa de siempre. No sabía si lo estaba haciendo para suavizar mi corazón, aunque ya estuviera lo suficientemente blando por culpa de Marcus.

Volví a pensar en él.

Volví a recordar su mirada, sus labios y me sentí tan perdida que mis ojos de nuevo se llenaron de lágrimas.

CAPÍTULO 45

Marcus

Estaba pasando los peores días de mi vida. Desde que Tracy vino a verme y tuve que mentirle diciéndole que no la quería, no había sido capaz de salir de mi casa. Aunque en algún momento tendría que ir a trabajar, aunque fuera de nuevo en el gimnasio.

Devon no estuvo de acuerdo en que la dejara y mucho menos para que él recuperase el trabajo. Claro que no era solo por eso, que su padre me dijera que la dejaría sin nada y que ni siquiera podría ir a la universidad fue el mayor motivo. Quería lo mejor para ella y yo no se lo podría dar jamás.

Me levanté esa mañana, tras varios días de encierro, con la intención de regresar al trabajo. Menos mal que Nick volvió a readmitirme, aunque tampoco es que tuviera mejores opciones.

—¡Por fin! Ya pensé que te quedarías para siempre en tu habitación —exclamó mi hermano nada más verme.

—Muy gracioso —respondí de mala manera.

—Anda, vamos a desayunar que estos días no has comido nada. —Me miró de arriba abajo— ¿Piensas salir a algún lado? —preguntó en cuanto se dio cuenta de que estaba vestido.

—Voy al gimnasio. —Me serví una taza de café—. Debo regresar al trabajo antes de que vuelvan a comernos las deudas.

Noté cómo mi hermano cambiaba de gesto y se acercaba para sentarse a mi lado. No era muy expresivo, pero parecía que tenía algo que contarme que no me iba a gustar nada. Últimamente me tomaba todo mal y cualquier cosa que me dijera me iba a cabrear tanto que no sabría cómo controlarlo.

—Marcus... no quería decírtelo, pero nuestro padre vino a verme un par de veces al trabajo. —Dejé la taza con tanta fuerza que se rompió al chocar con la mesa—. ¡Joder! Si lo sé no te digo nada.

—¿Qué cojones quiere? ¿De qué habéis hablado? —pregunté atropelladamente.

No quería enfardarme con mi hermano y mucho menos por culpa del hijo de puta de nuestro padre, pero tampoco iba a pasar por alto que hablase con él después del daño que nos había hecho. Nunca le perdonaría que nos abandonara y mucho menos que después no nos buscara.

—Devon, respóndeme. ¿Para qué te ha buscado? —insistí al no recibir respuesta.

—Nada, solo quería hablar conmigo y vernos a los dos juntos para... —solté una risa irónica, interrumpiéndole.

—Ni de coña voy a hablar con él y tú tampoco deberías —escupí cabreándome, aunque

llevase en ese estado desde que lo vi en el restaurante.

—Pero, Marcus. ¿Qué podemos perder? No creo que escucharle cambie algo en nuestras vidas, ¿o sí?

Abrí los ojos con sorpresa y comencé a negar. No podía estar escuchando eso de mi hermano. ¿Cómo lo sopesaba siquiera? No pensaba dejar que ese hombre entrara en nuestras vidas sin más, como si no hubiera hecho nada malo.

No le respondí, ¿para qué? En ese momento lo que más necesitaba era largarme de mi casa lo más lejos posible y no tener que seguir hablando de ese tema. Cuando me disponía a salir, agarró mi brazo y me hizo retroceder. Me di la vuelta y lo escruté con la mirada. Estaba furioso y necesitaba golpear algo, o a alguien, hasta que los músculos me pidieran clemencia.

—No te vayas así, Marcus —pidió en tono conciliador—. Solo he pensado que si él nos ayuda, no tendremos estos problemas económicos.

—¿En serio, Devon? ¿Crees que cogeré dinero de ese hombre? —Se encogió de hombros—. Qué poco me conoces, hermano.

—Lo único que no quiero es que vuelvas a pelear para ganar dinero. —Bajó la cabeza avergonzado.

—Prefiero que me paguen por partirme la cara a coger un centavo de un hombre que no nos quiere. ¡Entiéndelo de una puta vez! Ese señor no nos quiere y jamás nos querrá. Para él somos una piedra más que saltar en su camino.

Estaba siendo duro con él, lo vi en sus ojos y podría haber pensado las palabras antes de decirlas así, pero Devon tenía que entender que no podíamos tener una relación normal con el hombre que nos abandonó por irse con otra mujer. Claro que, después de saber que era el padre de Curtis, me daba cuenta de cuales fueron los motivos por los que se marchó. Supuse que nosotros no éramos suficiente para él y creó otra familia con la que pasar su vida.

Sin decirle nada más, y mucho menos mirarle porque me partía el alma verle así de triste, giré sobre mis talones y, tras coger el casco, salí de mi casa para largarme de una jodida vez.

Conduje deprisa sorteando a los demás vehículos y ganándome algún que otro insulto por parte de algunos conductores. No me importó que eso pasara y tampoco si me estrellaba contra un árbol. Lo único que quería era sentirme libre, aunque me notara como atrapado en mi mente.

Habían pasado muchas cosas en poco tiempo y eso me estaba pasando factura. Me molestaba saber que tenía un padre al que supuestamente le importábamos. Me enervaba demasiado y eso me tenía bastante jodido. No obstante, lo que más me dolía era haber perdido a Tracy. Porque sí, sentía que había perdido al amor de mi vida, a la única mujer que había sido capaz de hacerme olvidar todo lo malo que habíamos vivido. Ni siquiera me daban ganas de pelear y, en ese momento, la frustración que sentía había llegado al límite y necesitaba desfogar como fuera.

Cuando llegué al gimnasio entré directamente al despacho de Nick y le pedí que llamase a Dixon. No sabía si había arreglado su problema legal, aun sabiendo que el padre de Tracy era su abogado. Pero, seguramente, ya lo tendría todo arreglado. Quería volver a los combates, ganar dinero y no volver a salir de ese mundo en el que me metí hacía años.

—¿Estás loco?! —Se levantó de su silla sin dejar de matarme con la mirada—. No pienso llamar a Dixon para que acabes muerto o entre rejas. ¿De verdad es eso lo que quieres? ¿No

aprendiste la lección la última vez, muchacho?

«Claro que la había aprendido, pero me importaba una mierda todo y quería regresar», pensé para mis adentros. Obviamente no le diría eso. Es más, ni siquiera le diría el motivo.

—Quiero pelear —afirmé clavando mis ojos en él.

—Pues no pienso ayudarte en eso, así que no cuentes conmigo —sentenció de mala manera.

—¿Es tu última palabra? —asintió a la vez que desviaba la mirada y la clavaba en la ventana.

Se iba a quedar en ese gimnasio para siempre, dejándose llevar por un negocio que no le daba beneficios y que, al final, tendría que cerrar. Nunca lograríamos tener nada en la vida, solo deudas, y no estaba dispuesto a vivir así el resto de mi vida.

—Está bien. —Me miró creyendo que había claudicado—. Lo llamaré yo mismo. —Abrió los ojos y noté su cabreo—. Solo te lo dije para que me ayudases a entrenar, pero si no quieres, lo haré yo solo.

Me giré para comenzar con los entrenamientos, debía prepararme para cuando Dixon me dijese algo. Aún tenía que llamarle yo, aunque estaba seguro de que le iba a encantar tenerme de nuevo en su cuadrilátero peleando con sus campeones. Hasta me planteé pedirle que fuera mi entrenador y así no tener que pedirle favores a Nick.

Me encaminé hacia los vestuarios, Nick agarró mi brazo y me di la vuelta para saber qué cojones quería.

—Tú ganas. —Sonreí complacido—. Te ayudaré, pero tienes que prometerme una cosa, Marcus. En cuanto veamos que la cosa se pone peligrosa, lo dejamos y no volveremos a hablar del tema. ¿Queda claro?

—Tranquilo, será como si jamás lo hubiera dejado.

—Eso espero, muchacho. Eso espero.

Pasé toda la tarde entrenado. Nick me ayudó en todo momento después de haber llamado a Dixon. Me contó que a ese hijo de puta le sorprendió su llamada, aunque le gustó saber que quería volver y que ya me estaba preparando para ganarle a todos los cabrones que se me pusieran por delante.

Volví a sentirme libre, soltando toda la mierda que me tenía oprimido y tuve una sensación de *déjà vu* cuando miré al cuadrilátero que teníamos en el gimnasio. Mi pecho se oprimió y tuve que parar porque los recuerdos se proyectaron en mi mente como ráfagas de viento.

—¿Estás preparada, hoyuelos? —pregunté acercándome a ella peligrosamente.

Era el primer día que venía al gimnasio para que la enseñara a boxear. Estaba claro que no aprendería nada, pues nos pasábamos la mayoría del tiempo comiéndonos a besos y hasta me la llevé en una ocasión al vestuario para acariciar su cuerpo. Tampoco ayudaba que viniera con ese atuendo: unas mallas que le hacían el trasero más apetecible y un top con cremallera en el escote, la que bajé más de una vez para repasar su piel con mi lengua.

—Nací preparada, capullo —respondió mientras ponía sus manos en mi pecho, impidiendo

que me le acercara más de lo debido.

Cogí los guantes y se los puse sin dejar de mirar su rostro ni un segundo. Ella, en cambio, solo podía observar mis manos. Supuse que controlando que no la tocara porque ambos sabíamos cómo acabaríamos.

—Vamos, te ayudo a subir. —Le guiñé un ojo.

—Tú lo que quieres es cogerme el culo —comentó divertida y asentí sin un ápice de vergüenza.

—Será porque me vuelve loco —susurré muy cerca de su oreja, casi rozándole el lóbulo con mis labios.

—Para, Marcus, o no empezaremos nunca y quiero aprender. Para eso vine, ¿recuerdas? —ironizó haciéndome reír—. Después, cuando acabemos... te dejaré hacerme lo que quieras.

—Entonces, vamos, no perdamos más tiempo.

Carcajeándonos, subimos al ring y comencé a explicarle los movimientos, las técnicas que yo utilizaba y ella me miraba sin pestañear. Me estaba costando mucho concentrarme, así que pasamos pronto a la acción para no perder la cabeza y llevármela lejos de aquel lugar.

Me senté en el suelo sin dejar de mirar al cuadrilátero, jodido... muy jodido. La echaba tanto de menos que sabía que en cualquier momento iría a verla, aunque fuera de lejos. Pero debía ser fuerte y dejarla marchar, aunque eso consiguiera romperme en dos.

Nick se acercó y se sentó a mi lado a la vez que posaba su mano en mi rodilla. Eso me hizo despertar de mi letargo y pude alejar mis ojos de ese lugar, consiguiendo olvidar, por unos instantes, todo lo que habíamos vivido en tan poco tiempo y lo mucho que me hubiera gustado seguir sumando momentos a su lado. ¿De verdad tenía que acabar todo así? Solo hacía una semana que no la veía, que no podía estar con ella, que no besaba sus labios y los míos se sentían tan desnudos... Era una mierda notar esa presión en el corazón y en el estómago. Era peor que recibir la peor de las palizas.

—Sé que no quieres hablar del tema, pero cuando necesites contarme lo que ha pasado con Tracy...

—No, por favor. No quiero escuchar su nombre y mucho menos recordar el estúpido motivo por el que no estamos juntos. Es muy doloroso —le interrumpí antes de que dijera algo que me hiciera mucho más daño.

—Está bien, Marcus. No volveremos a hablar de eso.

Nos quedamos en silencio unos segundos, justo el tiempo que necesité para volver a ocultar mi dolor bajo llave y levantarme con más fuerza para prepararme para el primer combate.

Lo mejor era que cada uno siguiera su camino y ojalá no volviéramos a cruzarnos nunca más.

CAPÍTULO 46

Tracy

Estábamos sentados uno frente al otro. Curtis aún no había sido capaz de decirme ni media palabra y, aunque estábamos allí para conseguir que me olvidase de Marcus, era imposible hacerlo cuando solo hacía una hora que me había dejado.

Pedimos cada uno un refresco y, cuando la camarera nos lo trajo, Curtis se aclaró la garganta. Supuse que empezaría a hablar él y lo preferí.

—Tracy... —Tragó saliva—. Antes de nada, quiero pedirte perdón por haber sido tan hijo de puta. No sé lo que me pasó. Bueno, en realidad...

—¿Qué me quieres decir, Curtis? —pregunté.

Quería acabar lo antes posible para regresar a mi casa. Aún no me sentía cómoda con él, y aunque me pidiese perdón, no estuvo bien lo que hizo por muchos motivos que tuviera.

—No sé cómo empezar —suspiró pasándose las manos por la cara.

—Por el principio estaría bien, ¿no crees? —asintió agachando la cabeza avergonzado.

Que se sintiera mal no borraba las cosas tan horribles que dijo de sus propios hermanos. Vale, en aquel momento no sabía que lo eran, pero igualmente no se podía hablar de ese modo de nadie, ni opinar de las personas sin conocerlas. Me había criado con unos padres que juzgaban a todo el mundo y aprendí que había que conocer a la gente antes, y ni siquiera así podías sentenciar su vida sin ver antes la tuya propia.

Mi padre era un corrupto, no tenía pruebas, aunque estaba completamente segura. ¿Qué pasaría si todo el mundo llegaba a enterarse? Tenía la certeza de que no le gustaría que hablasen de él.

—Perdóname —se disculpó de nuevo—. Sé que no te sientes bien estando aquí conmigo, aunque para mí sea un regalo. —Enarqué una ceja—. Tracy, ¿de verdad nunca te has dado cuenta de cómo te miro? —Seguía sin poder entenderle—. Estoy enamorado de ti...

«Estoy enamorado de ti. Estoy enamorado de ti. Estoy enamorado de ti», repitió mi mente una y otra vez; y no me gustó sentir que, en realidad, no conocía a mi mejor amigo. ¿Era verdad lo que acababa de decir? Nunca me percaté de ello y, aunque lo hubiera hecho, no habría cambiado nada entre nosotros.

—No sé, no sé qué decir —musité echa un manojito de nervios.

—No digas nada, solo escúchame. —Cogió mis manos por encima de la mesa y miré como se veían así, haciéndome recordar a Marcus de nuevo.

Solo que me gustaría que fuera él quien cogiera mis manos y las acariciara. Solo quería que fuese él quien me dijera que me amaba, pero eso no iba a pasar jamás.

Levanté mi cabeza y clavé mis ojos en los de Curtis. Él me sonrió a la vez que asentía y me dieron unas inmensas ganas de salir corriendo, de escapar de esa mirada y sobre todo de lo que él me decía.

—Sé que tendría que habértelo contado antes, pero siempre te veía con un chico diferente y me di cuenta de que no tenía ninguna oportunidad de estar contigo —declaró con un hilo de voz—. Cuando te propuse ser novios de mentira para nuestras familias, lo hice con la intención de enamorarte, de pasar tiempo contigo y...

—¿Y qué pasa con tu novia? ¿La has engañado todo este tiempo? —le interrumpí y negó, dejándome completamente descolocada.

—Siempre lo supo e intentó hacer que te olvidara. —Me solté de su agarre, estaba incómoda—. Entonces llegó Marcus a tu vida y ahí supe que ya no habría ocasión de estar contigo.

—¿Por eso hablabas tan mal de ellos? —Se encogió de hombros.

—Estaba celoso y cabreado, y lo único que se me ocurrió fue intentar convencerte de que no era bueno para ti. —Bufó exasperado—. Ahora me siento la peor mierda de este mundo por haber dicho esas cosas de mis propios hermanos.

Eso me sorprendió, pues no me hubiera imaginado que Curtis reconociera que se había equivocado con ellos. Tampoco que tuviera la necesidad de conocerlos mejor, como me dijo después. El haberse enterado de que tenía dos hermanos le hizo replantearse muchas cosas, incluso había discutido con su padre por no haberle dado esa información. Su vida habría sido diferente de no haber sido hijo único.

—¿Piensas acercarte a ellos? —quise saber.

—Esa es la idea, sí. Aunque no creo que quieran saber nada de mí, sobre todo, Marcus. —Desvié la mirada, perdiendo la vista en mis manos inquietas.

Seguía sin poder creerme que apenas unas horas atrás Marcus me había dejado porque no me quería. Y ahí estaba, hablando con Curtis de él. ¿Por qué las relaciones eran tan complicadas? A veces pensaba que, de no haber ido a aquella fiesta, me habría ahorrado este dolor que me oprimía el pecho. «Pero tampoco hubieras vivido todos los momentos que compartiste con él», mi subconsciente hacía tiempo que no me decía la verdad.

Al final de la tarde y después de haber cenado, le pedí a Curtis que me llevara a mi casa. Sin intentar convencerme, asintió y nos levantamos para marcharnos de una vez.

No podía decir que el haber estado acompañada me hubiera servido para olvidarme de Marcus, pero sí me ayudó a sobrellevarlo de la mejor manera; aunque sabía que en cuanto entrase en mi habitación y me acostara, los recuerdos regresarían y no podría controlar las lágrimas.

Llegamos a mi casa y me acompañó a la puerta como cuando éramos amigos y salíamos juntos a cualquier lugar.

—Ha sido liberador, Tracy. Llevaba tanto tiempo guardando estos sentimientos que pensé que jamás podría decírtelo —aseguró sin dejar de mirarme a los ojos.

—Lamento que te hayas sentido así y no poder corresponderte. —Se encogió de hombros,

restándole importancia.

—Me conformo con que me perdones y volvamos a ser amigos.

Eso me hizo sonreír. Recuperar a mi mejor amigo sería bueno después de todo. Al menos no me sentiría tan sola. También tenía a Aylin, pero desde que era novia de Devon tampoco la veía tanto como antes; aunque me alegraba mucho por ella y esperaba que le fuera mejor que a mí. No obstante, la extrañaba.

Curtis extendió su mano, pidiendo borrar el pasado para comenzar de nuevo y la estreché.

—¿Amigos? —preguntó nervioso.

—Amigos. —Le di un beso en la mejilla y entré en mi casa.

Al cerrar la puerta, pegué la espalda en ella y me arrastré hasta el suelo desmoronándome. No quería que me viera nadie así, pero estaba tan mal que sabía que no llegaría a mi habitación sin dejarme llevar por las lágrimas y el dolor. Amaba a Marcus, me había enamorado de él como una auténtica gilipollas, y en ese momento lo que más quería era olvidarme de ese sentimiento.

Estuve unos minutos allí sentada hasta que cogí fuerzas y me fui a mi habitación, donde volví a encerrarme varios días.

Las siguientes jornadas fueron calcadas a la anterior. Me levantaba, me aseaba, desayunaba y regresaba a mi cuarto. No hablaba con nadie, ni siquiera con mi madre, aunque sabía que ella tenía la necesidad de acercarse, pues así me dio a entender las veces que la veía cuando llegaba del trabajo. Intentó comunicarse conmigo y de no estar así de mal, la habría escuchado con gusto. Sin embargo, no podía hacerlo porque una parte de mí me decía que ellos habían tenido la culpa de que mi relación se fuera a la mierda.

Aquella mañana, tras varios días de silencio absoluto, mi madre entró en mi habitación sin pedir permiso y cerró con el pestillo. Hizo todo bajo mi atenta mirada, hasta que se acercó y se sentó en la cama, justo a mi lado.

—Es hora de que hablemos, Tracy —dijo de pronto—. Tu padre no está, así que puedo contarte una cosa que he estado haciendo. —Hice una mueca de desagrado.

—Mamá, en este momento no me siento con ánimo de hablar de nada —respondí siendo completamente sincera con ella.

—Sé que estás pasando por un mal momento y, aunque no tengo constancia del motivo, me hago una ligera idea. —Desvié la mirada, clavando mis ojos en la pared que tenía enfrente—. ¿Ha pasado algo con Marcus? ¿Todo está bien? —Su interés me cabreó, parecía que estaba preocupada y no se lo permitía, no cuando ella misma no aceptaba mi relación con él.

—¿De verdad te importa lo que me pase con Marcus? —escupí cabreada, soltando todo el veneno que había ido acumulando días tras día.

—Pues claro que me importa, Tracy. Bueno, me importa que tú estés bien, aunque sea con él —suspiró—. He comprendido que lo único que deseo es tu felicidad. —La miré—. Eres mi hija y te quiero, aunque te haya tratado tan mal... —Arrugué la frente bastante confusa—. No me mires así, te estoy diciendo la verdad.

—No necesito tu compasión y mucho menos tu cariño —volví a responderle de mala manera

—. Aprendí que me tenía a mí misma y a nadie más. Tengo padres, claro que sí, pero jamás me habéis querido y eso...

No pude seguir hablando, las lágrimas no me dejaron. Mi madre me estrechó entre sus brazos, acariciando mi cabello mientras me pedía perdón una y otra vez. Me estaba dando ese consuelo que había necesitado durante tanto tiempo y que nunca me regaló.

—No tengo perdón, lo sé —dijo con un hilo de voz, también estaba emocionada—. Por eso necesito que me escuches, solo así entenderás que todo lo que hice no fue porque yo quisiera. —Alcé la mirada—. Hija, yo te adoro y jamás te habría tratado mal de no ser por las amenazas de tu padre.

—¿Cómo? —pregunté muy sorprendida. ¿Había oído bien?—. No te entiendo, mamá.

Christine Ross tenía un secreto, uno que comenzó a contarme y que me hizo comprender muchas cosas que anteriormente no entendía. Mi padre la tenía amenazada con largarse conmigo si no hacíamos lo que él decía siempre. Poco a poco se fue acostumbrando a tratarme tan estrictamente y eso la hizo perder mi confianza. Mi progenitor era malo, lo sabía y lo culpaba de todo, pero ella también tuvo su parte de responsabilidad.

—Siento que te he fallado todos estos años —habló tras una leve pausa—. ¿Podrás perdonarme algún día? —Se interesó volviendo su vista hacia mí y, tras sopesarlo varios segundos, asentí.

Por primera vez en mi vida veía verdad en las palabras de mi madre, en su mirada y sentí como una parte de mí se fue recomponiendo. Al menos, tenía el amor de ella para pasar el mal trago de la ruptura.

—Pero eso no es todo lo que me ibas a contar, ¿verdad? —Me di cuenta de que aún faltaban más datos.

—Así es —afirmó—. Alguien me está ayudando a conseguir pruebas en contra de tu padre. —Me quedé perpleja—. Todavía no puedo decirte quien es, lo sabrás a su debido momento.

Asentí y volvimos a quedarnos en silencio varios minutos. A veces, no decir nada decía muchas más cosas, y en esos instantes, nos hablábamos solo con la mirada.

Nos quedamos mucho rato encerradas en mi habitación, que mi padre no estuviera ayudó a que nos encontráramos más tranquilas. Sin embargo, últimamente regresaba a casa más temprano de lo habitual y eso complicaba un poco nuestra convivencia.

—¿Me vas a decir qué te ha pasado con Marcus? —preguntó cambiando de tema.

—Me ha dejado —dije sin más, sin darle ningún otro detalle—. Ahora podéis estar más tranquilos, ya no estoy con alguien de bajo nivel. —Eso también lo dije por ella.

No podía jurar que el cambio fuese completo. Que me aclarase el motivo por el que me trataba mal no me aseguraba que todo lo que hizo fue por estar coaccionada por mi padre. Volvió a pedirme perdón por todo y le dolió mucho que nuestra relación acabase así, de un día para otro.

Llegué a pensar que Marcus me buscaría.

Llegué a soñar que me besaría.

Llegué a creer que había sido un sueño. Y la realidad fue que era una pesadilla.

CAPÍTULO 47

Marcus

Los entrenamientos estaban siendo muy duros, pero merecía la pena porque así iría bien preparado al primer combate que sería pronto.

Tenía una reunión con Dixon antes de la pelea, y aunque no me gustaba la idea de verle sin ser estrictamente necesario, iría porque me interesaba saber todo lo que tuviera que contarme. No se me olvidaba que, gracias a él, el padre de Tracy se había enterado a lo que me dedicaba y por eso ya no estaba con ella. «¿Qué te hace pensar eso? Nadie te asegura que, de no saberlo, no te habría pedido que la dejaras», mi subconsciente lo ponía en duda. Pero tenía razón, ese hombre no soportaba que su hija se relacionara con personas de bajo estatus, así que lo de las peleas no fue el principal motivo.

Llevaba unos días sin hablarme con mi hermano, aunque lo agradecí. No podía contarle que había vuelto a hacer tratos con Dixon. Aun así, suponía que sabría que mi mejor opción era esa.

Llegué a mi casa sobre las nueve de la noche. Pensaba que no habría nadie y me encontré a Devon con Aylin a punto de cenar. Al entrar, no me quedó otra que saludar, ella no tenía la culpa de que nosotros hubiéramos discutido. Después de todo, haberme cabreado con él fue por culpa de nuestro padre y eso me daba rabia porque nunca nadie había conseguido eso. ¿Por qué él sí? Nos abandonó, no tenía derecho a influir en Devon.

—Hola, Aylin. ¿Qué tal estás? —le pregunté y me miró con una ceja alzada.

—Bien, gracias —dijo cortante.

Me imaginé que estaba así porque ya sabía que había dejado a su mejor amiga y no la culpaba. Era un cabrón y merecía que me trataran como tal.

—Me alegro. —Bajé la mirada pasando por su lado para encerrarme en mi habitación.

—Espera, Marcus. —La voz de mi hermano me frenó—. ¿Quieres cenar con nosotros?

Giré sobre mis talones y antes de aceptar la miré a ella buscando su aprobación. Como no la vi, negué y fui a mi cuarto sin decir ni media palabra. No quería ser el causante de una pelea entre mi hermano y su novia.

Una vez que me acosté, recordé las veces que Tracy había estado entre mis brazos en esa cama y de nuevo noté como mi pecho se comprimía, dejándome sin aliento y obligándome a incorporarme para poder respirar.

Me hubiera gustado tanto verla, aunque fuera de lejos, y llamarla solo para oír su voz... ¿Qué había hecho? ¿Por qué la dejé? Vale, la amenaza de su padre me obligó, pero podría haber luchado por ella, ¿no? A veces pensaba que era un cobarde, que no era capaz de luchar por lo que quería y dejaba que el tiempo pasase. Debía cambiar eso. Pensarlo era muy fácil, lo difícil

era ponerlo en práctica y habían pasado muchos días desde que rompimos. Por mucho que quisiera acercarme de nuevo a Tracy, el daño ya estaba hecho y no me perdonaría.

Intenté dormir pero me costaba mucho conciliar el sueño. Escuché marcharse a Aylin y supuse que mi hermano iría con ella porque no oí ningún ruido después. Aproveché para salir de mi habitación y comer algo; estaba hambriento. Debía alimentarme bien ya que los siguientes días serían bastante duros. No solo por la reunión que tenía con Dixon, donde me diría quién iba a ser mi contrincante, sino también por la propia pelea que sería al día siguiente.

Me preparé un bocadillo y, tras servirme un vaso de zumo, me senté en el sofá a ver la tele mientras comía.

Cuando terminé, me tumbé allí mismo y, sin darme cuenta, me quedé dormido. No fue hasta que oí la voz de mi hermano llamarme, que volví a despertarme y ya eran las cuatro de la madrugada.

—¿Llevas mucho rato aquí? —preguntó sentándose a mi lado.

—Desde que te fuiste —respondí con seriedad a la vez que bostezaba—. Has tardado —afirmé cuando vi la hora.

—Sí, me he quedado hablando con Aylin en la puerta de su casa —suspiró con una sonrisa en el rostro.

—Me alegro de que al menos a ti te vaya bien —comenté con la voz entrecortada y me levanté con la intención de alejarme de él.

—Espera, Marcus. ¿Podemos hablar? —Le miré y no respondí—. Oh, vamos. Ya sé que estás cabreado conmigo, pero no puedes estarlo para siempre.

—Lo sé. —Volví a sentarme—. Es solo que me cuesta entender todo lo que me dijiste aquel día. ¿De verdad creíste que yo podría llegar a coger dinero de nuestro padre? —negó y noté su vergüenza—. Quiero que sepas que no pretendo separarte de él. Ya eres mayorcito para tomar tus propias decisiones, pero me jodería muchísimo que te olvidases tan pronto de lo que nos hizo.

—No lo olvido y se lo he dicho en todo momento. ¿Crees que ya lo he perdonado? —Me encogí de hombros—. Sé que el que hayamos aparecido en su vida ha sido un caos para él y no pretendo ser parte de su vida.

Escuchar es, hizo que me sintiera bien. Al menos, algo en mi vida regresaba a su cauce. No me gustaba estar enfadado con mi hermano.

—Quiero lo mejor para ti y si crees que él puede ayudarte con los gastos de la universidad...

—¿Estás loco? No pienso pedirle dinero —me interrumpió—. Solo lo dije porque sé que acabarás de nuevo metiéndote en esas peleas que no te traerán nada bueno. —Enmudecí delatándome en el acto.

Devon me miró fijamente, buscando mi negativa, algo que le dijera que no había aceptado ese trabajo tan peligroso, pero no lo encontró y se levantó como un resorte; estaba bastante cabreado.

—¿En serio, Marcus? ¿Has vuelto? —no respondí—. ¡Habla, joder!

—Lo siento, pero lo necesito —admití al fin, aunque la respuesta que le di no fuera la que él quisiera escuchar.

—¿Que lo necesitas? ¿Por qué?

No sabía qué responder a eso, de verdad que no. Yo tenía la necesidad de boxear, de golpear duramente a quien fuera mi oponente, aunque supiera que podría salir gravemente herido. Me levanté y fui hasta la cocina sin responder y mi hermano me siguió, aún esperaba que le diera una explicación a lo que había dicho y yo seguía sin poder sincerarme con él.

—Marcus —me llamó y me giré para mirarle.

—Estoy jodido, ¿vale? ¿Eso querías escuchar? Odio mi vida sin Tracy. Odio haber sido el hijo de puta que la ha destrozado por ser un maldito cobarde, y los combates es lo único que me ayuda a sentirme mejor.

—¿Quieres decir que recibir golpes es tu castigo? ¿Crees que debes ser castigado por lo que has hecho?

—Ni yo lo habría dicho mejor —respondí duramente.

—¡Estás loco! ¿Lo sabías? ¡Jodido y loco! —Me abrazó sorprendiéndome—. No quiero que vuelvas a pensar que eres un hijo de puta, hermano. No conozco a una mejor persona que tú.

Sus palabras me emocionaron hasta el punto de derramar alguna lágrima. Me sentía tan triste, tan mal. No sabía si en algún momento volvería a notar la paz que Tracy me daba con solo una sonrisa.

Seguimos un rato más hablando y le pedí que me prometiera que no le diría a nadie que había regresado a los combates ilegales. Lo que menos quería era que llegase a oídos de ella, aunque no estaba tan seguro de que le importase lo que yo hiciera. Después de todo, fui yo quien rompió nuestro amor en pedazos, los mismos pedazos que ahora me veía recogiendo. No obstante, algunos de ellos no lograría encontrarlos, pues se los había llevado con ella.

Esa noche no volví a dormir, la cabeza no paraba de recordar y cada vez me sentía peor. Acabé sentado en mi cama, con la guitarra de mi madre sobre mis piernas, rozando las cuerdas con delicadeza como si estuviera acariciándolas. Hacía años que no la tocaba, que no tenía la necesidad de cogerla y pensé que nunca volvería a hacerlo. Y esa noche algo me hizo cambiar de idea. Lo peor de todo era que los recuerdos amenazaban con salir, con proyectarse con dureza, y no tenía fuerzas para eso en ese momento. Así que volví a dejarla en su lugar como si jamás la hubiera cogido y regresé a mi cama con la intención de descansar.

Había pasado toda la mañana entrenando. Nick no pudo ayudarme, ya que tenía cosas que arreglar antes de la reunión con Dixon. Almorcé algo rápido en el primer bar que me encontré de camino a la oficina de ese cabrón y quedé con mi entrenador media hora después para llegar juntos. Era la primera vez que iba al lugar donde trabajaba Dixon y, aunque lo único que conocía de él era la organización de los combates, tenía la certeza de que se dedicaba a algo más.

Llegamos cinco minutos antes y los guardaespaldas ya nos esperaban en la puerta. Me echaron una mala mirada y me dieron ganas de partirles la cara por lo que hicieron con mi hermano, pero intenté controlarme para no cometer una locura antes de tiempo. Si quería que Dixon volviera a confiar en mí, tenía que acatar sus órdenes, aunque eso consiguiera destrozarme.

—Otra vez me sorprendes, Marcus —comentó Dixon en cuanto me vio entrar en su despacho.

—Dije que vendría y aquí estoy —respondí a la vez que nos sentábamos frente a él.

Nick se mantuvo en silencio, supuse que quería primero escuchar lo que tuviera que decirnos y no lo culpaba, yo mismo quería saber qué era eso tan importante que quería contarnos antes de los combates.

—Bueno, vamos al grano —abordó el tema—. Sé que nosotros nunca nos hemos llevado bien, Marcus. Pero también tengo que reconocer que eres unos de los mejores boxeadores que han pisado mi *ring* y eso no es discutible.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunté ansioso.

—Quiero que seas mi campeón —habló sin tapujos, provocando en Nick incomodidad—. Esta vez estarás bajo mi protección y pelearás solo para mí.

Miré a mi entrenador y me encontré también con su mirada. Pero negó, no estaba de acuerdo en que aceptara ese trato. Yo, en cambio, no lo veía tan mal; después de todo, era algo que ya había pensado pedir. Asentí sin sopesarlo demasiado y Dixon sonrió complacido.

Nick se levantó cabreado y me pidió que saliéramos a hablar en privado unos minutos. Lo hice por no llevarle la contraria, pero la decisión estaba tomada desde antes de que me lo pidiera.

—No puedo creer que hayas aceptado. ¿En qué cojones estás pensando, muchacho? ¿Es que quieres acabar en la cárcel? —soltó atropelladamente en cuanto estuvimos solos.

—Siento que no estés de acuerdo conmigo —me disculpé, aunque realmente no lo sentía—. Creo que es lo mejor para mí y no voy a cambiar de opinión.

—¡Me importa una mierda! —gritó entrando en colera—. Tengo la obligación de cuidarte, ¿recuerdas?

—No, ya no —le recordé calmadamente—. Ya soy mayorcito para hacer lo que me dé la gana y tú no eres mi padre para darme órdenes. Así que estás conmigo o contra mí.

Sus ojos se abrieron llenos de sorpresa y decepción a la vez y eso fue lo que más me dolió, aunque hubiera sido yo quien le hubiera decepcionado.

Otra persona a la que hacía daño.

Otra más a la lista.

Estaba volviendo a ser esa persona hermética que era antes, la que conoció Tracy, y que ella misma había conseguido cambiar. «Las personas no cambian, solo camuflan lo que son realmente», pensé dándome cuenta de la gran verdad. La realidad era que yo siempre sería así; un cabrón que dañaba todo y a todos.

CAPÍTULO 48

Tracy

No sabía en qué momento había pasado tanto tiempo. No me di cuenta de hasta qué punto estaba destrozada hasta que vi a Devon con Aylin acaramelados. Eso me hizo recordar los momentos que habíamos pasado juntos.

Tantos abrazos, besos, caricias.

Tantas veces que me amó en la oscuridad de su habitación.

Tantas cosas por las que habría luchado y no lo hizo.

Ya había pasado un mes desde que Marcus y yo terminamos y, aunque Curtis me estaba ayudando mucho, aún me dolía el corazón como si lo tuviese en pedazos. «Así lo tienes, roto», pensé mientras suspiraba.

La relación con mi madre mejoró mucho en ese tiempo y eso me hizo volver a sonreír. No obstante, no podíamos darnos muestras de cariño delante de mi padre porque eso le haría sospechar y no podíamos permitir eso.

Al final, acabó contándome quién era la persona que la estaba ayudando y, aunque no me sorprendió ya que era el único que podría conseguir pruebas en contra de mi padre por trabajar con él, nunca lo habría adivinado. El señor Hale era su compañero en el bufete de abogados, y en cuanto mi madre le contó lo que estaba pasando, no lo dudó ni un segundo y le ofreció su ayuda. Mathew no podía creer que mi padre estuviera haciendo negocios con un tipo tan peligroso como Dixon y eso que no sabía que Marcus estaba de por medio. Pensé en decírselo, pero no lo hice. Total, ¿de qué serviría? Él y yo ya no teníamos nada y lo último que sabía era que había dejado aquella vida.

Esa mañana bajé a desayunar con mi madre como hacíamos cada día desde que habíamos hecho las paces. Siempre esperábamos a que mi padre se fuera para no tener problemas y así poder hablar con tranquilidad. Con lo que no contábamos ese día era que llegara Mathew Hale a nuestra casa bastante acelerado.

—Buenos días, Matt —lo saludó mi madre.

—Hola, Christine. Siento presentarme a estas horas, pero ya sabes que Eddy llega un poco más tarde y solo podía escaparme ahora —informó agitado—. Hola, Tracy. —Me miró.

—Hola —musité.

—¿Sabes algo de Marcus? —Esa pregunta tampoco me la esperaba y negué bajando la mirada hasta mis pies—. ¿Ha pasado algo entre vosotros?

Por su pregunta me di cuenta de que no sabía nada sobre la ruptura. Pensé que Curtis se lo

habría contado, pero recordé que mi mejor amigo no se hablaba con su padre.

—Marcus y yo hemos roto. —Enarcó una ceja—. Fue hace un mes.

—Lo siento, no sabía nada. —Me encogí de hombros—. Si puedo ayudarte en algo, no tienes más que decírmelo.

Me quedé pensando en la posibilidad de hablarle sobre Dixon, Marcus y las peleas. Algo me decía que debía contárselo, como si tuviera un presentimiento. Al no recibir respuesta por mi parte, se dirigió a mi madre con una carpeta llena de papeles en las que se veía claramente que mi padre y Dixon habían blanqueado dinero. No nos sorprendimos, ya sabíamos que algo había entre ellos.

—No puedo creérmelo. ¿Cómo ha podido? —Mi madre se pasó las manos por la cara con preocupación.

Entonces lo hice, les interrumpí para contárselo todo, creí que era el momento idóneo.

—Matthew, tengo que contarte algo que puede que ayude. Lo único es que Marcus está en medio de todo. —Frunció el ceño—. Dixon organiza combates de boxeo ilegales y Marcus es uno de los boxeadores.

—¿Cómo?

—Me enteré antes de que estuviéramos juntos y lo dejó por mí —suspiré reprimiendo las ganas que tenía de echarme a llorar—. Ahora no sé si habrá entrado de nuevo, pero Devon puede decírtelo.

—Hija, ¿por qué no me lo has dicho antes? —Me cobijó mi madre entre sus brazos y solo ahí me permití llorar—. Ya, cielo.

—Si Marcus y Dixon se conocen... tu padre también tiene que saber lo de esas peleas y que mi hijo estaba metido. —Bufó cabreado—. ¡Joder! —gritó dándole una patada a la silla—. Todo es por mi culpa —declaró con la voz rota—. Si no los hubiera abandonado, mi hijo no estaría jugándose la vida en esa mierda. —Se acercó a mí—. Tracy, tienes que decirme dónde viven mis hijos para poder hablar con ellos. Necesito que me escuchen y que Marcus deje eso.

No sabía si era buena idea darle ese detalle y lo sopesé bastante tiempo. Al final, le apunté en un papel su dirección. Si él estaba de nuevo boxeando en aquella mugrienta nave, esperaba que su padre lograra sacarlo de allí.

Quedamos en que yo averiguaría por mi cuenta y él por la suya, así conseguiríamos más datos y, además, estaba segura de que Devon no me engañaría.

Antes de marcharse, quedó con mi madre en que pondrían la denuncia presentando esas pruebas y, si todo salía bien, Dixon y mi padre acabarían en la cárcel antes de lo que pensábamos.

Cuando nos quedamos solas seguimos desayunando. Estábamos en silencio, no podía hablar, solo darle vueltas a la cabeza y me dieron unas ganas inmensas de ir a buscarle y de saber que estaba bien. No obstante, reprimí todos esos sentimientos y los guardé bajo llave en un lugar seguro.

—Tracy, ¿estás bien? —Veía la boca de mi madre moverse, pero no puse atención a lo que decía—. Hija, ¿me oyes?

—Eh, sí... lo siento. ¿Qué decías?

—Nada, solo quería saber si estás bien. ¿Lo estás? —volvió a formular la pregunta.

—No lo sé, mamá. Es todo tan raro... Todo iba bien con Marcus y justo cuando os enteráis de que estábamos juntos, me deja. ¿No lo ves extraño?

Se quedó en silencio, supuse que pensando una respuesta coherente.

—No sabría decirte, cielo. Al no conocer tu relación con ese muchacho no puedo opinar. Pero si dices que estabais bien y ha sido todo tan repentino es porque hay algo que no te ha dicho y puede que sea la causa de la ruptura.

Eso me dejó pensativa y me vi teniendo un hilo de esperanza, como si dentro de las palabras que Marcus me dijo hubiese algo más.

Me levanté como un resorte con la intención de ir a ver a Devon. Sabía que lo encontraría en el restaurante del club y no tardé mucho en salir de mi casa e ir hacia allá. Conduje tan rápido que llegué en menos de veinte minutos. Miré la hora en el móvil y comprobé que faltaban diez minutos para el descanso de los camareros con el turno de mañana. Aparqué el coche y me dirigí con pasos apresurados hasta la parte trasera del restaurante.

Me quedé fuera unos minutos esperando a que saliera alguien que pudiese decirle a Devon que lo estaba esperando, pero al no ver a nadie, entré sin pedir permiso; total, mi madre era la dueña. Lo busqué por la cocina y lo vi saliendo del vestuario de hombres. En cuanto me vio, se extrañó. Sin decirle nada, agarré su brazo y lo saqué de allí para poder hablar a solas. Lo que tenía que preguntarle no debía enterarse nadie más que él.

—¡Espera, Tracy! ¿Qué te pasa? —Alzó la voz, llamando la atención de alguno de sus compañeros.

—¡Cállate! No quiero que nadie venga a escucharnos —exclamé soltándole.

—¿Te pasa algo? —Se preocupó y eso me hizo sonreír.

La última vez que nos vimos estábamos con Aylin y no pudimos hablar demasiado, pero había llegado el momento en el que pondríamos las cartas sobre la mesa.

—Quiero saber cómo está Marcus —hablé con la voz entrecortada—. ¿Ha regresado a las peleas? —pregunté directa y Devon agachó la cabeza, respondiéndome así—. Tienes que decirle que salga de ahí cuanto antes.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Le expliqué todo lo que había pasado con su padre, contándole lo mucho que nos estaba ayudando y se sorprendió. Le di detalles que le hicieron preocuparse, pues si buscaban a Dixon en la nave justo en alguna pelea, podrían detener a Marcus y encerrarle también y eso no podíamos permitirlo.

—No hay modo de convencerle, Tracy —aseguró con tristeza—. Mi hermano es otra persona. No quiere que nadie se meta en su vida y mucho menos que lo ayuden. Está hundido.

Me senté en el banco que había al lado de la puerta, me estaba mareando por culpa de la presión a la que estaba sometida. Me tapé la cara con mis manos y comencé a llorar.

Que Marcus estuviera en ese estado volvía a demostrarme que no fue sincero el día que rompió conmigo y tenía que hablar con él. Se lo dije a Devon y me rogó que no lo hiciera, que

no era el momento.

—¿Cómo puedes pedirme eso? ¿Sabes cómo lo estoy pasando? Necesito hablar con él y que me diga la verdad.

—A veces la verdad hace más daño que la mentira. —Lo miré perpleja.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté de mala manera, no estaba para acertijos.

—Solo dale tiempo, él te buscará. Estoy seguro de ello —afirmó dándome esperanzas.

—Está bien, pero cuéntale lo que te he dicho antes de que sea demasiado tarde —asintió y me despedí haciéndole prometer que me mantendría al tanto de todo al igual que yo a él.

Regresé a mi casa obligada por Devon, pues no me dejaba hablar con Marcus. Cuando llegué, mis padres estaban discutiendo y estaba cansada de esa situación. A veces, me daban ganas de largarme a otro lugar, alquilarme un apartamento cerca de la universidad y vivir lejos de tanto odio.

Me acerqué sigilosa al salón, allí estaban. Me quedé en la puerta escondida con la intención de escuchar la conversación.

—Dime que no tuviste nada que ver y te dejaré en paz —pidió mi madre intentando calmarse.

—Y si así fuera, ¿qué? ¿Cambiaría algo? —La chulería de mi padre no tenía límites.

—Por supuesto, lo cambia todo, Eddy —rebatí ella con decisión.

—No hagas que me cabree, Christine, si no quieres que...

—¿Qué me vas a hacer? ¿Me vas a golpear de nuevo?

Abrí los ojos sorprendida y saqué un poco la cabeza para ver lo que pasaba. Mi padre estaba muy cerca de mi madre, agarraba sus brazos con fuerza y ella se quejaba por el dolor ocasionado. No sabía que la hubiese golpeado y eso explicaba muchas cosas. ¿Cómo había podido?

Sin pensarlo siquiera, porque de hacerlo no habría sido tan valiente, entré en el salón y aparté a mi padre de mi madre de un empujón que no se esperó. Cuando se dio cuenta de que había sido yo, se vino directo hacia mí hecho una furia.

—¿Qué haces? —Me miró con rabia—. ¿No ves que tu madre y yo estamos hablando?

—No estáis hablando... estás haciéndole daño y no voy a permitirlo —dije alzando la cabeza, demostrándole que no le tenía miedo.

—¡Vaya! Veo que tener un novio boxeador te ha hecho más altanera —escupió y frunció los labios, reprimiendo las ganas que tenía de gritarle.

—Déjala, Eddy —intervino mi madre.

—No, tiene que entender de una puta vez donde está su lugar —advirtió mirándola.

—Para tu información ya no estoy con Marcus y tranquilo, sé dónde está mi lugar y, según tú, no es cerca de personas como él. ¿Me equivoco? —Lo único que intentaba era que dejase a mi madre tranquila.

—Muy inteligente por tu parte. Ese chico no te convenía, no es de tu estatus social —apuntó con asco.

—Te equivocas. —Mi madre se puso a mi lado—. Te recuerdo que es hijo de Mathew Hale y él tiene mucho dinero, así que Marcus, es de nuestro mismo estatus.

Mi progenitor soltó una carcajada que me heló la sangre y me dieron ganas de que, en ese momento, llegase la policía para llevárselo de una vez. Posiblemente, habría personas que no entenderían que una hija deseara que su padre fuera detenido, pero detestaba cómo era, le odiaba, y tenía que pagar por todo lo que había hecho.

—Aun así, sigue siendo un bastardo que tiene prohibido acercarse a ti. —Sus ojos estaban inyectados en sangre y, por primera vez, noté un escalofrío recorrerme la espina dorsal, muerta de miedo. ¿Qué clase de padre tenía?

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté cuando pude controlarme.

«Tiene prohibido acercarse a ti», me repetí mentalmente esa frase, una que me hacía darme cuenta de muchas cosas. ¿Habría tenido mi padre algo que ver en nuestra ruptura? Si eso fue así, no se lo perdonaría jamás.

CAPÍTULO 49

Marcus

Tras el primer combate, vinieron muchos otros. Había sido un mes bastante largo y, aunque había perdido un par de ellos, los demás fueron un éxito y, la verdad, me gané el suficiente dinero para ahorrar y pasar unos meses más tranquilos.

La noche anterior había peleado contra Silver. Ya no era el campeón de Dixon, lo echó para cogerme a mí y eso le hizo venir tan cabreado que se le fue la fuerza por la boca. Al principio, comenzó muy fuerte, me golpeó duro, pero pronto cogí el control y acabé con él.

Estaba frente al espejo del baño curándome las heridas y me di cuenta del mal aspecto que tenía. No solo fueron los moratones en la cara, también tenía el labio partido y como no descansaba más de tres días, nunca llegaba a cicatrizar.

De pronto, escuché unos toques en la puerta. Sabía que era mi hermano, pero no le respondí. Nuestra relación se estaba enfriando, no le hacía caso y tampoco nos veíamos apenas. Él tenía su trabajo, su novia y yo... yo solo tenía los combates y pretendía quedarme con eso hasta que mi cuerpo aguantara.

—Marcus, abre la puerta, por favor. —Su voz sonó apagada, parecía preocupado.

Volvió a llamar más fuerte. Pensaría que no lo estaba escuchando y la realidad era que no quería abrir. Pero claro, eso él no lo sabía.

—¡Joder! ¿No piensas darme la cara nunca? Estoy cansado de rogarte y al final tendré que ir a uno de tus combates para poder verte —amenazó alzando la voz.

En cuanto escuché eso abrí la puerta para prohibírselo. No quería que mi hermano fuera a ese lugar tan peligroso y mucho menos para verme pelear. ¿En qué estaría pensando?

Salí del baño poniéndome frente a él y, cuando me vio, abrió los ojos con sorpresa, aunque no fue lo único que me mostró: también vi miedo, mucho miedo. Sabía que no estaba bien, pero aún me quedaban fuerzas para seguir peleando y así continuaría.

—Marcus —murmuró—. No estás bien, hermano. —Puso sus manos sobre mis hombros.

—No exageres, Devon. Solo son varios rasguños sin importancia. —Enarcó una ceja a la vez que su semblante cambiaba a uno lleno de enfado.

—¿Rasguños sin importancia? ¿Tú te has visto? No puedes seguir así ¡Mierda! ¿Cuándo piensas parar? Te estás metiendo en un pozo del que no podrás salir y yo no puedo...

—No te he pedido ayuda —le interrumpí—. Y no, no pienso parar.

Me alejé de él para ir hasta mi habitación y coger mis cosas. Tocaba entrenar un par de días seguidos para estar preparado para el siguiente combate. Mi hermano entró conmigo y cerró con

pestillo, poniéndose delante de la puerta con la intención de prohibirme salir.

—¿Qué pretendes, Devon? —pregunté con chulería.

—No voy a dejar que te vayas —sentenció con seriedad.

—Anda, aparta antes de que te aparte yo —lo amenacé poniéndome frente a él.

—¿Piensas golpearme? —inquirió—. No, no me respondas. Estoy seguro de que el Marcus que tengo delante sería capaz. —Sentí con cada palabra cómo la rabia se iba apoderando de mí—. ¿Y sabes qué? Que me importa una mierda que me pegues, igualmente no me quitaré.

Me estaba conteniendo, cerré las manos apretando tan fuerte que los nudillos se pusieron blancos por la fuerza. Me giré y le pegué un puñetazo a la pared que tenía al lado haciéndome sangre, como si no tuviera ya suficientes heridas. Estaba frustrado, cabreado, lleno de odio y de dolor. Sentía tantas cosas a la vez, que acabaría dándome un colapso.

Respiré profundamente buscando una calma que nunca llegó y le pegué una patada a la silla en la que la guitarra de mi madre reposaba. Lo hice tan fuerte que el instrumento cayó al suelo dañándose el mástil.

Todo pasó a cámara lenta y en cuanto la vi rota en el suelo, me quedé bloqueado sin poder hacer o decir nada.

—Marcus, has roto la guitarra de mamá.

Mi hermano corrió para cogerla y se sentó en la cama con ella sobre las piernas. Cuando reaccioné, estaba llorando.

—¡Lo siento, joder! —Me senté a su lado—. No quería que se rompiera lo único que...

Las lágrimas no me dejaron hablar, el dolor que en ese momento sentía en mi pecho era demasiado fuerte y me costaba respirar.

Mi hermano no me respondió, ni siquiera podía mirarme, así que cogí mis cosas y salí corriendo de mi casa con la intención de alejarme lo máximo posible. Era un egoísta, un cabrón insensible y si me hubiese importado mi hermano lo más mínimo, me habría quedado con él en este momento.

Algunas personas podrían decir que era solo una guitarra, algo que se podía reemplazar, pero no era así. Joder, era la guitarra de mi madre, lo único que nos quedó de ella, y teníamos tantos recuerdos con ese instrumento, tantas canciones que nos cantaba, tanto amor...

No podía seguir así, pero tampoco podía parar. Ya estaba perdido y tenía la certeza de que me iba a costar mucho volver a encontrarme a mí mismo.

Acabé aparcando la moto en el parque al que iba con Tracy. La extrañaba tanto, la amaba tanto que el corazón aún me dolía demasiado. Me senté en nuestro banco y perdí la mirada al frente observando todo, pero nada en concreto. Era increíble cómo podía cambiarte la vida de un segundo a otro y como uno mismo podía ser el causante de ese cambio.

—¿Por qué? —dije en alto. Era una pregunta simple pero, a la vez, complicada de responder.

Aprovechando que llevaba puesta la ropa de deporte decidí correr por los alrededores, necesitaba soltar un poco esa furia contenida, ese sentimiento mezclado con dolor que me ahogaba y que me estaba haciendo añicos poquito a poco.

Estuve allí más de dos horas y cuando noté cómo los músculos se contraían solos, regresé a mi casa. Con suerte, Devon no estaría y podría seguir flagelándome.

Conduje como siempre, sin mirar nada ni a nadie y a toda velocidad. No me importaba nada, estaba tan hecho mierda que pensé que si en ese momento tenía un accidente, sería lo mejor que podría pasarme. «Estás siendo demasiado duro contigo mismo», me decía mi subconsciente, pero medaba igual, llevaba tiempo sin hacerle caso, como a todos los que me rodeaban.

Ya ni siquiera tenía relación con Nick, había perdido todo contacto con él desde que decidí unirme al equipo de Dixon. Posiblemente fue la peor idea que había tenido en mi vida, pero era la que necesitaba en aquellos momentos.

Llegué a mi casa con la intención de descansar todo lo que fuese posible, algo que me iba a costar muchísimo pues estaba siempre en tensión. Lo que nunca me hubiera imaginado era encontrarme con mi padre a punto de tocar el timbre. Me quedé a su espalda observándole en silencio. Cuando se percató de mi presencia, se dio la vuelta, topándose con mi mirada, una llena de odio y rencor... una que me iba a costar quitar.

—Hijo —musitó.

—¿Qué haces aquí? —escupí obligándole a apartarse para abrir la puerta.

No sé por qué lo hice, pero dejé la puerta abierta en cuanto entré, sabiendo que me seguiría. Posiblemente, una parte de mí, una bastante escondida, quería escucharle. No obstante, cuando me daba cuenta, se arruinaba todo y volvía a ser el mismo hijo de puta que podría darle una paliza sin pestañear.

—Siento haber venido hasta aquí, pero tengo que hablar contigo de algo muy importante, hijo...

—El que me digas hijo cada vez que abras la boca, no te convierte en mi padre —siseé acercándome a él con la intención de terminar con esa conversación que no había pedido.

—Eres mi hijo, aunque tú odies serlo, Marcus —respondió sin amilanarse.

Estaba claro que Mathew Hale no me tenía miedo y, bueno, tampoco es que me importase lo que él sintiera. Lo único que quería era que acabase pronto y que me dejara en paz otros quince años.

Me senté en el sofá sin mirarle, dándole permiso a imitarme y sentarse en una de las sillas sueltas que tenía por la casa, frente a mí. Buscó mi mirada, mi atención, pero no la encontró. Lo escuché suspirar. De reojo, pude comprobar que estaba nervioso. Y para qué negarlo, yo también lo estaba. Sin embargo, mis nervios eran por tenerlo en mi casa, un lugar en el que había vivido mi madre y donde aún quedaban tantos recuerdos como grietas tenían algunas paredes. Las fotos que colgaban de la pared eran una pequeña muestra de todo.

Lo miré al fin y comprobé que tenía la vista perdida en ese lugar, donde la mejor imagen captada de mi madre colgaba de un cáncamo a punto de caerse por el pasar del tiempo.

—Es una foto muy bonita —mencionó con la voz cargada de agonía—. Era muy hermosa.

—Te pediría que no hablastes de ella, por favor —dije con dureza y me miró a la vez que asentía—. Ahora, di lo que tengas que decir y lárgate de mi casa.

Volví a tomar el control de mis pensamientos y eso me ayudó a coger fuerzas para aguantar esa visita.

—Sé que conoces a Dixon —anunció sorprendiéndome al instante—. También sé que ese tipo organiza combates de boxeo ilegales y que tú...

—¿Te lo ha contado Devon? —me interesé y él negó.

—Lo que menos importa es quien me lo ha contado. Necesito que te alejes todo lo que puedas de ese hombre, por favor. —Me levanté como un resorte.

—¿Con qué derecho vienes a mi casa a darme órdenes? No eres nadie, Mathew Hale.

—¡Soy tu padre! —gritó a la vez que también dejaba su silla—. Te guste o no, eres mi hijo y solo quiero que no te pase nada. ¿Es tan difícil de entender? —solté una risita irónica.

—¿Ahora te importa mi seguridad? Cuando te largaste te importó muy poco que acabásemos en la calle. ¿Dónde está el hombre que se largó hace casi quince años sin importar nada? Te llamé cuando murió mi madre y tu mujer me dijo que no nos querías, que no volviera a llamarte. ¿Qué respondes a eso? —Me acerqué a él, quedando a escasos milímetros de su cuerpo. Iba a decir algo, pero no lo dejé—. No, no me digas nada... Perdiste toda tu autoridad cuando decidiste dejarnos por una puta a la que dejaste embarazada.

No respondió y, por primera vez, me sentí bien al soltarle todo lo que tenía en mi interior, aunque todavía me quedasen cosas que gritar. Estaba siendo liberador. «¿Liberador? ¿Por eso tienes el corazón a mil por hora?», pensé mientras me giraba y volvía a separarme de él.

Empecé a negar rápidamente y ya notaba los músculos en tensión. Necesitaba que se largara, que me dejara solo de una jodida vez.

—Yo... —Bajó la cabeza—. No sabía nada de esa llamada, Marcus. Sé que no lo hice bien, pero si me dejaras explicarte...

—Por favor, no sigas —le interrumpí—. No se trata de venir y arrepentirte después de tantos años. No vas a conseguir nada, al menos conmigo. Haz cuenta de que has perdido a uno de tus hijos, como si me hubiera muerto, porque no podré mirarte a la cara nunca más, papá.

No entendía por qué le había llamado así y, cuando me di cuenta, comencé a respirar con dificultad, volviendo a acercarme a él, pero esa vez para echarle yo mismo.

Mi padre agarró mis brazos consciente de mi estado y comenzó a zarandearme con la esperanza de que reaccionara. Nunca me había dado un ataque de ansiedad y era como si me estuvieran apretando los pulmones, prohibiendo así que entrase el aire que necesitaba. Me senté en el suelo, pegando la espalda a la pared y agaché la cabeza, encerrándola entre mis piernas.

—Marcus, respira. —Le escuchaba lejano, pero le hice caso—. Inhala, exhala. Hazlo otra vez.

—Necesito que te vayas, por favor —supliqué con un hilo de voz cuando por fin empecé a recuperarme.

—No puedo dejarte así. —Alcé la mirada y se dio cuenta de la estupidez que acababa de decir—. Está bien, me iré. —Caminó hacia la puerta y, antes de salir, volvió a mirarme—. Espero que me hagas caso con lo de Dixon, Marcus. No me gustaría que te pasase nada cuando la policía vaya a por él.

Eso me hizo mirarle de nuevo y cuando iba a responderle para saber más, ya se había ido.

¿La policía iría a por Dixon? Tenía que averiguar más sobre eso y el único que podía ayudarme era mi hermano Devon.

Tras un rato sentado, me levanté más calmado. Supuse que me había puesto así por tenerle en mi casa, ¿no? En realidad, no sabía la causa del ataque de ansiedad, aunque llevaba varios días más nervioso de lo habitual. El haber peleado tan seguidamente me tenía exhausto, aun así, no podía dejarlo, y mucho menos después de haber aceptado a Dixon como mi entrenador dejando de lado a Nick.

De pronto, mi móvil comenzó a sonar y fui a cogerlo. Lo miré para saber quién era y no me sorprendió ver que Dixon estaba al otro lado de la línea.

—Dime —dije secamente.

—¿Estás preparado para el siguiente combate? —Fruncí el ceño, nunca me llamaba para hacerme esa estúpida pregunta.

—¿A qué viene eso? —me interesé.

—Te enfrentarás a Murray.

Aquello no me lo esperaba, ya que el hijo de Nick también era su pupilo. ¿De qué cojones iba todo eso?

—¿Sigues ahí, campeón? —Le escuché decir, lo que me hizo salir de mis pensamientos.

—Aquí sigo.

—El combate será en dos días, así que prepárate porque Murray viene a por todas —sentenció antes de colgar.

Me quedé mirando el teléfono como un auténtico gilipollas. Me había llamado únicamente para avisarme de que mi próximo combate sería el más duro porque Murray era un ganador, un boxeador profesional. Ya en la última ocasión me hizo papilla y no esperaba menos esta vez. Debía prepararme si no quería ser yo quien mordiese el polvo.

CAPÍTULO 50

Tracy

Seguía esperando una respuesta por parte de mi padre a la última aclaración que me hizo. ¿Qué había querido decir con que tenía prohibido acercarse a mí? Caminé hasta él poniéndome lo más cerca posible sin dejar de mirarle con altanería, y rezando porque fuese sincero y me dijera la maldita verdad que me empezaba a imaginar.

—Habla, papá —exigí y él sonrió irónicamente.

—No tengo por qué decirte nada, pero si tan interesada estás en saberlo, te lo diré —afirmó tranquilo, más de lo que yo misma podía estar en esos momentos—. Le ordené a ese tipo que se alejara de ti, que te dejara. —Abrí los ojos con sorpresa a la vez que comenzaba a negar.

Empecé a dar vueltas de un lado al otro, intentando serenarme, pero se me estaba haciendo imposible conseguirlo. ¿Cómo había podido hacerme eso? Y lo peor, ¿qué le diría a Marcus para convencerle de ello?

—Tuviste que amenazarle con algo, te conozco demasiado bien —escupí furiosa y negó con cinismo.

—No hizo falta y tú eres una tonta que cree en los cuentos de hadas —respondió insultándome—. Solo con despedir a su hermanito, conseguí lo que quería. Me pidió a cambio que lo readmitiera. ¿Te parece que una persona que hace eso te quiere de verdad? No sabes nada del amor, Tracy.

Me senté en el sillón agobiada, pensando en todo lo que había pasado, creyéndome las palabras de mi padre porque conocía a Marcus y sabía que haría lo que fuera por su hermano, incluso dejarme. No obstante, me dolía demasiado comprobar que no era lo suficiente importante para él como para luchar por nosotros sin importar los motivos que nos separaran.

Mi madre se acuclilló frente a mí y me hizo alzar la cabeza para que la mirase. Al comprobar que estaba llorando, secó mis lágrimas con la yema de sus dedos y me abrazó.

—Qué tiernas os veis en este momento —comentó con ironía.

—No puedo más, Eddy. —Mi madre se levantó—. Quiero el divorcio lo antes posible.

—Estás loca, mujer. No pienso dártelo —negó alejándose de ella.

—No te lo estoy preguntando. —Lo agarró del brazo para que la mirase de nuevo—. Nos has dado una vida llena de odio y rencor. No solo eso, encima has hecho que tu hija pierda a la persona que ama solo porque no te parecía suficiente para ella...

—¿Solo a mí? Porque te recuerdo que tú tampoco estabas de acuerdo con esa relación, así que no vengas ahora de mártir.

—¿Podéis parar ya?! —Me levanté con la intención de marcharme—. Estoy agotada, no puedo más con esta situación y he pensado que lo mejor es irme a vivir a otro lado.

Ni siquiera había pensado bien aquello, pero no podía seguir viviendo bajo el mismo techo que mi padre, que ese ser dañino que destrozaba todo lo que tocaba.

Mi madre negó sin parar y ya sabía yo que no iba a estar de acuerdo en que me fuera. Aun así, no estaba pidiendo permiso, ya era mayor de edad y podía largarme a donde me diese la gana sin necesidad de dar explicaciones.

—¿Ves lo que estás consiguiendo? —le preguntó a él—. No pienso dejar que te vayas, Tracy. Antes de marcharte tú, se va tu padre.

Él, al escuchar eso de mi madre, se cabreó mucho más y siguió discutiendo con ella.

Mientras tanto, cogí mis cosas y salí de la casa sigilosa, no quería que me oyeran. Subí a mi coche con la intención de ir a casa de Aylin. No estaba segura de que estuviera allí, así que la llamé por teléfono para comprobarlo antes.

Marqué su número varias veces y también el de Devon, pero ninguno de los dos me lo cogió. Eso me hizo perder bastante tiempo y ya era tarde. Como no quería regresar a mi casa, decidí que era mejor irme a la cabaña. ¿De qué me servía tener una casa si no le daba uso? Viviría allí hasta que consiguiera un apartamento cerca de la universidad o hasta que mis padres lograsen divorciarse. Claro que también estaba la posibilidad de que encerrasen a mi padre muchos años por el delito que había cometido junto a Dixon.

Cuando llegué a la cabaña dejé el coche aparcado en la puerta y entré con el corazón encogido. Por suerte, no había devuelto la llave a su cajita desde el día que me la devolvieron los Davis y la llevaba conmigo como una especie de reliquia personal. Los recuerdos de aquella noche, la primera noche que Marcus y yo hicimos el amor, se proyectaron en mi mente con tanta fuerza que hasta creí que estaba reviviéndolo.

Eché el cerrojo por dentro de la puerta, ya que la cabaña estaba bastante apartada y no me gustaba estar sola. Sinceramente, de haber encontrado a Aylin le habría pedido quedarme en su casa un par de días, pero no fue así. Tampoco la culpaba, estaba pasando por unos momentos muy bonitos en su vida y no quería estropeárselo con mis problemas.

Recorrí el sofá con la yema de mis dedos rememorando la cena, los besos y en esos momentos sí sabía que me amaba, que había sido todo una mentira. ¿Qué debía hacer? ¿Podría ponerme frente a él y exigirle que fuera franco, que no me escondiera sus sentimientos nunca más por mucho que mi padre le amenazara? Tenía miedo de hacerlo y que me rechazara de nuevo. Subí las escaleras y entré en la habitación que compartimos. Miré todo a mi alrededor y me senté en la cama, perdiendo la vista al frente.

De pronto fue como si lo tuviese a mi lado, acariciando mi brazo y agarrando mi mano para depositar un dulce beso en ella. Suspiré con fuerza y noté las estúpidas lágrimas recorrer mis mejillas con la misma fuerza con la que había suspirado. ¿Por qué dolía tanto? Nunca creí que llegaría a enamorarme de verdad y que amaría tanto a alguien que sintiera que mi corazón se me podía salir por la boca.

No sabía qué hora era, pero me sentía bastante cansada, así que me tumbé y me quedé dormida.

Por la mañana, abrí mis ojos a las diez de la mañana. Me levanté despacio y fui hasta la cocina para ver si, con suerte, había quedado algo de comida, pero solo había café. Oí mi móvil sonar y fui rápidamente a cogerlo ya que podría ser Aylin.

—¿Sí? —descolgué sin comprobar quién era.

—Tracy, ¿dónde estás? No viniste a dormir anoche. —Mi madre estaba muy preocupada.

—Lo siento, mamá. Necesitaba estar sola y me vine a la cabaña —respondí mientras volvía a la cocina para servirme una taza de café.

—Acaba de irse Mathew —mencionó de pronto—. Vino para decirme que tenía una cita con un juez amigo suyo.

—Espero que pase esto pronto o no sé qué voy a hacer. Lo que tengo clarísimo es que no voy a regresar a casa hasta que él no esté fuera de ella. No quiero volver a cruzar una simple palabra con ese señor —escupí cabreada, mucho, a decir verdad.

—Tranquila, ya le he pedido que recoja sus cosas y se vaya. Ya sabemos que no lo va a poner fácil, pero creo que se irá pronto de aquí. Tú sigue quedándote allí, hija.

Continuamos hablando un par de minutos más hasta que recordó que tenía que ir al club para arreglar un asunto. Me despedí de ella y dejé el móvil sobre la encimera. Desayuné y me senté en el sofá. No sabía qué hacer en ese lugar y estaba segura de que me iba a aburrir muchísimo sin tener compañía.

Pensé que sería buena idea buscar a Devon, pedirle ayuda para acercarme a su hermano, pero no quería molestarle. Tras haber intentado ponerme en contacto con ellos no me habían devuelto la llamada y no sabía el por qué. Decidí volver a marcar el número de mi mejor amiga y, tras varios tonos, lo descolgó al fin.

—Joder, Aylin. ¿Dónde has estado? Te he llamado mil veces —hablé atropelladamente, sin saludar siquiera.

—Lo siento, Tracy. Pasé la noche en casa de Devon y no escuchamos los teléfonos, pero estaba a punto de llamarte. ¿Ha pasado algo? ¿Quieres que vaya a tu casa? —preguntó preocupada.

—Estoy en la cabaña. Dile a Devon que te traiga, tengo que hablar con él, por favor —le pedí suplicante.

—Está bien, estaremos allí en una hora.

Dejé el móvil sobre la mesa y me sentí mejor. Que mi amiga viniera para estar conmigo me ayudaría bastante a sobrellevar lo que estaba viviendo en esos momentos. Todo estaba siendo demasiado duro y no estaba preparada para seguir sufriendo; lo único que necesitaba era tener de nuevo a Marcus a mi lado. ¿Y si no quiere verme? ¿Y si ha dejado de quererme en este tiempo? No podía seguir metiendo tonterías en mi cabeza sin saberlo de verdad.

Fijé la mirada en el sillón que tenía enfrente y me percaté de que había una prenda de vestir en una esquina. Me levanté y vi que era una camiseta de Marcus, aspiré su olor, aún desprendía su aroma, el mismo que yo había perdido en cuanto dejé de recibir sus abrazos. Me costó mucho soltarla de nuevo, así que me quité la mía y me la puse, buscando así un modo de tenerle conmigo.

Aburrida, me puse a recoger un poco; limpié el polvo y abrí todas las ventanas para que se

fuera ese olor a cerrado tan horrible.

No sabía cuánto tiempo había pasado, hasta que escuché una moto aparcarse delante de la casa. Corrí hasta la puerta y fui a saludarles. Mi mejor amiga me abrazó y comencé a llorar desconsoladamente. Eran demasiadas cosas las que me tenían así y no podía más con la presión.

—Tranquila, Tracy, ya estoy aquí. —Me apretó más fuerte—. Siento no haberme dado cuenta de lo mal que estabas.

Nos separamos y tras saludarle a él, entramos en la cabaña. Aylin y yo nos sentamos en el sofá, y él en el sillón donde había encontrado la camiseta. Devon, al reconocerla, me miró y frunció los labios a la vez que hacía un gesto cariñoso con su cabeza.

—¿Me vas a contar ya lo que está pasando? —preguntó Aylin y asentí a la vez que agachaba la cabeza.

Pensé que sería bueno empezar por mi ruptura con Marcus, así que miré a su hermano y le pedí que me fuera completamente sincero.

—Ya sé el motivo por el cual me dejó y, aunque me duele, lo entiendo —dije con calma—. Sé que mi padre fue a verle y que él aceptó dejarme para que tú recuperases el trabajo. ¿Es así?

Se quedó unos segundos callado, supuse que buscando las palabras adecuadas antes de responderme para no decir nada inadecuado. Sabía que no expondría a su hermano, pero prefería la verdad de golpe a seguir sufriendo por algo que no tenía marcha atrás.

—Esa parte es cierta —musitó nervioso.

—¿Cómo que esa parte? ¿Acaso hay algo más? —asintió.

—Lo que tu padre no te ha contado es que amenazó a mi hermano con dejarte sin nada si no rompía contigo. —Enarqué una ceja incrédula—. Lo de mi trabajo fue después de eso. Marcus creyó que, ya que estaba obligado a dejarte, podría aprovechar para pedir que yo no perdiera mi trabajo. Ni siquiera pidió regresar él, solo yo.

—¡No puede ser! ¡Joder! Otra vez he dejado que me manipule y que me engañe. Es un hijo de puta que merece ir a la cárcel.

Dije todo rápidamente, sin miedo a que supieran lo que estaba pasando, pues se lo iba a contar de todos modos. Aylin, al escuchar eso, me preguntó y le expliqué lo que estaba pasando y, aunque se enfadó con Devon por no decírselo antes, entendió que era un tema muy delicado.

Teníamos que conseguir sacar a Marcus de esa mierda y mucho más en aquel momento que sabía que sí me quería, que aún era importante para él.

Mi corazón comenzó a latir con la fuerza de un tambor y lo único que necesitaba para calmarme era abrazarle y sentir el suyo, uniéndose de nuevo con el propósito de no separarse nunca más.

CAPÍTULO 51

Marcus

Desde la llamada de Dixon no había parado de entrenar. Dejé el orgullo a un lado y busqué a Nick para pedirle perdón y ayuda, sobre todo, ayuda. En un principio, se sorprendió, ya que él pensó que jamás volvería a hablarle. Claramente, estaba equivocado. Vale que teníamos diferentes maneras de pensar, pero de ahí a no volver a dirigirle la palabra había un abismo. Él era muy importante en mi vida y eso no se podía borrar de un momento a otro.

Me dejó ir al gimnasio para prepararme. Se había enterado de que el combate era con Murray, su hijo, y eso le preocupó, recordándome cómo había acabado la última vez.

—No te preocupes, no se me ha olvidado —respondí poniéndome un guante—. Por eso necesito que me ayudes, eres el único que conoce todos los puntos débiles de Murray.

—¿Por qué no le has pedido ayuda a tu nuevo entrenador? —preguntó con ironía y enarqué una ceja.

—No seas rencoroso —contesté elevando la comisura de mis labios—. Ya te he pedido perdón. ¿Qué más necesitas?

—Que dejes esta locura y te centres en tu vida personal, Marcus. ¿Cuánto tiempo llevas sin hablar con tu hermano, sin pasar tiempo con él? Por no mencionarte a Tracy. —Le miré de mala manera al recordármela.

Seguía doliéndome escuchar su nombre y él lo sabía. ¿Por qué lo hacía? Sabía que no podía hacer nada para regresar con ella y para que me perdonase por haber sido tan gilipollas. Claro que me gustaría ir hasta su casa y pedirle perdón, decirle la verdad y besarla hasta el cansancio, aunque dudaba mucho que eso me fuera a agotar. La echaba tanto de menos que intentaba no pensar en ella para no desmoronarme; algo que me costaba muchísimo.

—Te prometo que después de esta pelea, pasaré más tiempo con mi hermano. Le diré a Dixon que no me llame para tantos combates. —Alzó una ceja incrédulo—. Créeme, lo haré —asintió alzando ambas manos en modo rendición.

Nos pusimos manos a la obra: Nick me gritaba los golpes, los movimientos y, aunque estaba acostumbrado a entrenar así, hubo un momento en el que me puse nervioso. No obstante, también me sentí bien; extrañaba mucho entrenar con él y hacerlo de nuevo fue algo increíble.

Tras golpear el saco varias horas con una foto de su hijo pegada en él, fuimos a su despacho para comer algo y continuar con el entrenamiento.

Estuvimos encerrados en el gimnasio hasta las doce de la noche y estábamos agotados. Aun así, yo quería seguir. El combate era la noche siguiente y, aunque ya llevaba dos días sin parar, debía descansar, así que Nick me obligó y me echó para que me fuera de una vez.

Tras ducharme, cogí mis cosas y me fui. No tardé demasiado en llegar a mi casa y pensé que vería a mi hermano, pero no había nadie. Cogí el móvil y lo llamé.

—Devon, ¿dónde estás? —pregunté en cuanto descolgó.

—Hola, hermano —me saludó—. Siento no haberte avisado de que no estaría.

—¿Es Marcus? —Escuché su voz, la voz de Tracy.

—¿Estás con Tracy? —Quise corroborarlo, aunque estaba seguro de que era ella.

—Sí, estoy con ella y con Aylin en la cabaña. —Me senté en el sofá en silencio, no sabía qué decir, pero me entraron unas ganas terribles de ir hasta allí para verla y saber cómo estaba—. Marcus, ¿sigues ahí?

—Sí.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya? —Noté su preocupación y eso me jodió bastante.

Mi hermano estaba llevando fatal mis cambios de humor, mi regreso a los combates y todo lo que había pasado en ese tiempo. Me estaba comportando como un hijo de puta con todo el mundo, él incluido y, aunque tenía constancia de ello, no podía dejar de hacerlo porque la rabia me cegaba y me salía solo. ¿Algún día regresaría el Marcus divertido, el que no se enfadaba por todo y vivía? Sin ella... no.

—No te preocupes, me voy a acostar —le comuniqué intentando sonar calmado—. Mañana tengo un día muy duro y por la noche... —Enmudecí, pues no sabía si contarle que tenía una pelea.

—¿Qué pasa por la noche?

—Te lo diré si me prometes que no le dirás nada a... ya sabes —no respondió—. Devon, prométemelo.

—Está bien, lo prometo.

—Mañana tengo combate con Murray y... no sé qué pasará. No quiero preocuparte, solo quería que lo supieras.

No esperé respuesta y colgué. Era mejor así, si seguía hablando con él, acabaríamos discutiendo porque no estaba de acuerdo en que lo hiciera. Tiré el móvil con fuerza al sofá y me eché hacia atrás a la vez que me pasaba las manos por el pelo.

Esa noche no cené, no tenía apetito y me fui a dormir. Di varias vueltas, pensando en ella e imaginándomela en la cabaña riéndose, como cuando estuvimos juntos. Recordé aquella noche, la primera vez que la hice mía y sentí cómo mi pecho se comprimía, apretándome con fuerza. Me incorporé dejando la espalda pegada a la pared y suspiré. ¿Por qué tuvo que complicarse tanto? ¿Por qué la vida se empeñaba en joderme de ese modo tan surrealista?

Había conseguido amar a alguien con tanta intensidad que dolía.

Había conseguido sentirme libre, percibir cómo cada parte de mí sanaba de un modo increíble y, cuando la dejé, regresó esa persona que odiaba en mí, mucho peor que antes.

No estaba seguro de lo que me depararía la vida o si volveríamos a vernos, pero, si eso pasaba, haría hasta lo imposible para que Tracy viviera feliz, aunque no fuera a mi lado.

Desde muy temprano estaba en el gimnasio de nuevo preparándome para esa noche. Recibí una llamada de Dixon diciéndome la hora y todo lo que debía saber. No es que fuera un combate diferente a los demás, pero las apuestas eran más grandes y si ganaba, me llevaría una buena tajada, más dinero del que había ganado anteriormente y eso era muy importante.

Nick llegó más tarde y fue directo a su despacho sin decirme nada. Dejé de golpear el saco y fui a buscarle.

—Hola, pensé que vendrías antes. ¿Ha pasado algo? —negó sin mirarme y eso me respondió lo contrario—. ¿Estás seguro? —Levantó la cabeza y clavó sus ojos en mí.

—No pasa nada, no te preocupes. Tú céntrate en la pelea de esta noche, ¿vale? Yo me encargaré de mis cosas —dijo secamente.

—¿Qué cosas, Nick? Habla de una vez —le exigí y se acercó a mí.

—No te interesa lo que pase conmigo, muchacho —espetó a la vez que se apartaba de nuevo.

—¡Nick, Nick! —Agarré su brazo—. Espera... claro que me interesa lo que te ocurre —declaré con sinceridad—. Eres muy importante para mí y lo sabes.

Rodó los ojos y salió de su despacho sin decirme nada. Lo busqué al salir y no lo encontré, por lo que creí que se habría marchado; así que seguí con mi entrenamiento, centrándome en recordar los puntos débiles de Murray.

Sobre las siete de la tarde y sin haber comido nada, decidí que era hora de terminar e irme a descansar un par de horas. Cuando llegué a casa, mi hermano no estaba. La tristeza me invadió y deseé tenerlo a mi lado, aunque fuera solo para discutir. Cogí mi móvil y marqué su número, pero esa vez no me lo cogió. Pensé telefonear a Aylin, pero ella seguía cabreada conmigo y deseché la idea. «Llama a Tracy», pensé a la vez que buscaba su número en la agenda. ¿Sería capaz de hacerlo? Estuve a punto, pero al final bloqueé el móvil y lo dejé sobre la mesa.

Me duché y cené tranquilamente viendo algo en la tele, necesitaba ocupar mi mente con otras cosas para no perder la poca cordura que me quedaba.

Sobre las once de la noche, cogí mis cosas y me largué al polígono industrial donde se organizaban todos los combates. No estaba demasiado lejos, así que llegué en menos de quince minutos. Dejé la moto aparcada en el mismo lugar de siempre y entré por la puerta trasera. Al hacerlo, me encontré con Dixon y me hizo ir hasta su despacho para hablar conmigo a solas, sin nadie que pudiera escuchar la conversación.

—Cierra la puerta —pidió en tono conciliador—. Siéntate. —Lo hice todo bajo su atenta mirada—. Esta noche tienes que dejarte ganar. —Fruncí el ceño a la vez que me levantaba como un resorte.

—¿Estás loco? Esta noche pienso ir a muerte —sentencié cabreándome—. Murray ya me ganó una vez, pero eso no volverá a pasar.

—¿Sabes cuánto dinero hay de por medio? Si te dejas ganar, te daré tal cantidad que no tendrás que volver a pelear.

Eso comenzó a interesarme. No es que quisiera dejar de hacerlo, pues me gustaba y

disfrutaba. Aun así, el dinero me vendría muy bien para ayudar a mi hermano y que no tuviéramos la necesidad de buscar a nuestro padre para nada.

Me quedé sopesándolo varios minutos hasta que me apremió, ya que el combate estaba a punto de empezar.

—¿Estás de acuerdo? Puedes aguantar hasta el quinto asalto si quieres, pero si caes antes, no pasará nada.

Asentí a la vez que salía del despacho y me iba al vestuario para prepararme. Me senté en el banco y suspiré unas cuantas veces.

Cuando escuché al presentador, me levanté y salí en cuanto me nombró como el nuevo campeón de Dixon. Subí al cuadrilátero y miré a mi alrededor buscando una cara conocida, aunque sabía que no habría nadie allí por mí.

La gente gritaba con euforia, sobre todo cuando llamaron a Murray. Para mí no era una sorpresa no ser el favorito del público, aunque tampoco pretendía serlo. Lo único que me jodía era dejarme ganar. ¿Por qué tuve que aceptar? «Todavía puedes ganar y que les jodan a todos», pensé agachando la cabeza.

De pronto, sentí la mano de alguien sobre mi hombro y me giré para saber quién era. Nick estaba allí para ayudarme y se lo agradecí con la mirada. Me coloqué el protector bucal y él me ayudó a ponerme los guantes.

—Tú puedes, hijo —dijo en mi oído—. Ya sabes sus puntos débiles, ataca ahí siempre. —Le di un abrazo delante de su hijo quien no dejaba de mirarnos.

Se escuchó el sonido de la campana, avisándonos del comienzo del primer asalto. Nos fuimos acercando poco a poco y Murray fue el primero en golpear, mientras que yo me cubría la cara. Un segundo después, le pegué duro en el costado, siendo este uno de sus puntos débiles. Lo hice con tanta fuerza que bajó la guardia unos instantes y seguí dándole sin parar en el mismo lugar, hasta que conseguí tumbarlo.

El primer *round* acabó bastante rápido y fui a mi esquina para que Nick me secara el sudor.

—Lo estás haciendo muy bien, muchacho. Sigue así y conseguirás ganarle —me animó y solo asentí.

En el segundo asalto, Murray me dio bastante duro, tanto, que llegué a quedarme sin aliento. Izquierda, derecha y golpe seco en la boca, tirándome al suelo de lado. Oí de lejos el conteo: uno, dos, tres. Y seguía sin responder. Cinco, seis. Reaccioné y me levanté tambaleándome. Regresé a la esquina y Nick me echó agua en la cara.

—¿Estás bien, Marcus? —preguntó preocupado a la vez que me quitaba el protector bucal.

—Sí, sí... bueno, no estoy bien, pero tengo que seguir. —Me levanté sacando fuerzas de donde no sabía.

El combate estaba siendo bastante rápido y, aunque hubo un momento en el que pensé que no tendría oportunidad de ganarle, después me di cuenta de que lo tenía todo de mi parte.

Pasaron varios *rounds* llegando al quinto, donde se suponía que debía dejarme ganar. Pude ver en las gradas a Dixon; realmente no sé por qué lo busqué, supuse que para demostrarle que jamás haría lo que él me dijera. Me hizo un gesto con la mano, avisándome de que había llegado el momento y negué a la vez que golpeaba con bastante impulso a Murray, lo que hizo que

pudiera seguir dándole puñetazos sin que pudiera defenderse y lo hice caer dándole el último en el pómulo.

De nuevo se escuchó el conteo y ya pensé que había ganado, pero se levantó antes de terminar.

—Sigue así y ganarás. —Le escuché decir a Nick a la vez que me levantaba de mi esquina para seguir.

La campana volvió a escucharse y, cuando se suponía que debía comenzar a golpear duramente a Murray, clavé mis ojos en la puerta, donde Tracy estaba observándome.

De pronto, noté los golpes secos de mi contrincante y me di cuenta de que este no tenía los guantes puestos. No supe reaccionar, no pude hacerlo porque me tenía tumbado en el suelo dándome la mayor de las palizas. Intenté defenderme con patadas, enredando mis piernas alrededor de su cuerpo. Lo tenía casi controlado, pero un objeto punzante se clavó en mi costado dejándome sin aire. Ni siquiera me había dado cuenta y, cuando quise levantarme, perdí la conciencia cuando cogió mi cabeza y la chocó con el suelo del *ring*.

CAPÍTULO 52

Tracy

No habíamos salido de la cabaña desde que llegaron para estar conmigo, incluso se quedaron a dormir y pretendían quedarse esa noche también. Se lo agradecí, pero me sentía mal por Marcus. Supuse que estaría solo en casa, aunque durante el día se lo pasara entrenando, como me había dicho Devon.

Lo único que hacíamos era ver la tele, hablar y jugar a algún que otro juego; cosas para distraer la mente y no seguir dándole vueltas a todo lo que estaba a punto de pasar. Me sentía agradecida por todo lo que estaban haciendo por mí, aunque a veces necesitaba algo de soledad, y acabé saliendo de la cabaña y sentándome en el porche cuando mis amigos comenzaron a ver la tercera película.

Antes de salir, le pregunté a Devon si había hablado con Marcus, pero no lo había hecho. Sin embargo, estaba segura de que Mathew iría a la pelea, así que después de un buen rato pensándolo, quise confirmarlo y cogí el móvil para llamarle. Justo cuando pretendía marcar apareció en mi campo visual Devon.

—¿Qué haces aquí sola? —se interesó.

No sé el tiempo que llevaba fuera, había perdido la noción del tiempo, pero por la poca claridad que había parecía tarde.

—Nada, solo...

—¿Pensando? —me interrumpió y asentí a la vez que se sentaba a mi lado—. Debes dejar de hacerlo, Tracy —aconsejó haciéndome soltar una pequeña risa nerviosa.

—Como si fuera tan fácil —dije sacándole una sonrisa.

—Sé que no lo es, yo mismo no paro de pensar en mi hermano. —Movié la cabeza, perdiendo la mirada en sus pies—. Me siento tan culpable... —suspiró a la vez que volvía a mirarme—. Creo que podría haber hecho algo más.

—No te culpes por nada, Devon. —Puse una mano en su brazo—. Marcus es muy testarudo y cuando toma una decisión no hay quien le haga cambiar de opinión.

Eso último lo dije más para mí, que para él.

—¿Lo dices por la ruptura? —afirmé reprimiendo las ganas que tenía de volver a echarme a llorar.

Me estaba quedando seca de tantas lágrimas que había derramado. ¿Llegaría el día en que dejase de hacerlo?

—Venga, vamos a comer algo —me apremió.

Preparamos la cena los tres juntos, aunque a Aylin no se le daba bien precisamente, así que ella se encargó de poner la mesa. Como siempre, la pasta era el plato estrella de Devon y, aunque me burlé de él por no tener más recetas en la cabeza, disfrutamos de la comida, ya que estaba bastante bueno. Además tampoco es que hubiera mucho en la despensa dónde elegir.

Sobre las once ya lo teníamos todo recogido. Aylin y yo pedimos ver una película, así que alquilamos la última de Avatar. Era bastante larga, lo que me ayudaría a disfrutar de más de dos horas sin recordarle. O eso pensaba yo, pues pasada las doce de la noche, Devon recibió una llamada de su hermano y me puse nerviosa.

Estuvieron conversando varios minutos y me dieron ganas de quitarle el teléfono de las manos para poder hablar con él. No obstante, me reprimí para no fastidiarlo todo.

—¿Marcus? —Me miró—. Ha colgado —dijo a la vez que regresaba al sofá para sentarse a nuestro lado.

—¿Estás bien, cariño? —Se preocupó Aylin mientras le daba un beso en la mejilla y él negó.

—Me ha hecho prometerle que no diría nada. —Bufó cabreado.

—¿De qué? —pregunté angustiada.

—No puedo... —Se quedó callado—. Está bien, no puedo guardarme esto después de todo lo que me has contado. Marcus tiene mañana un combate muy peligroso y tenemos que ir a sacarlo de allí.

Quería saber, claro que sí, pero cuando lo supe, me levanté como un resorte con el fin de ir en su busca y traerlo a la cabaña para esconderlo de todo lo malo que nos acechaba. Sin embargo, Devon me lo prohibió, algo que me cabreó muchísimo.

—¿Es que no te preocupa lo que le pase? Todavía podemos evitarlo y tú te quedas tan tranquilo.

Conforme lo iba diciendo, me arrepentí. No estaba siendo justa con él y noté lo mucho que le habían molestado mis palabras. Se alejó de mí para volver a sentarse con su novia y terminar de ver la película. En cambio, yo decidí que era mejor irme a mi habitación para descansar. Estaba claro que no podía hacer nada y tampoco quería seguir discutiendo.

Me costó mucho coger el sueño, pues los recuerdos no paraban de proyectarse en mi mente como si estuviera viendo una película en directo. Era como si tuviera a mi lado a Marcus, abrazándome, besándome. Suspiré y las lágrimas me ganaron una vez más la batalla.

Al día siguiente, me levanté sobre las diez ya que estaba bastante cansada. No vi a nadie despierto, así que fui a preparar el desayuno. Con suerte, el olor a café los haría salir de la cueva antes de que tuviera que ir a despertarles.

Después de eso, regresaría a mi casa. Ya llevaba dos días en la cabaña y, aunque no tenía ganas de volver a ver a mi padre, tampoco podía dejar a mi madre sola.

—Buenos días —saludó Devon.

—¿Café? —ofrecí, y aceptó a la vez que se sentaba.

Serví dos tazas y me senté a su lado con la intención de pedirle perdón. No estaba de acuerdo en lo que me pidió anoche, pero tampoco podía echarle la culpa por eso.

—Siento lo de anoche —dije al fin, tras pensar diferentes maneras de comenzar—. Sé que me pasé mucho contigo y no tenía derecho.

—No te preocupes, entiendo lo que estás sintiendo y, créeme, también me gustaría ir a por mi hermano antes de que pelee esta noche. —Tomó un sorbo de café.

A los pocos minutos se nos unió Aylin y cuando terminamos de desayunar, recogimos la cocina y todo lo que pusimos por medio en esos dos días.

Estuvimos en la cabaña hasta las cuatro de la tarde. Nos despedimos y cada uno se fue por su camino. Iba a extrañar mucho la tranquilidad que se respiraba en ese lugar en medio del bosque, en plena naturaleza. Mientras conducía, mi móvil empezó a sonar y lo descolgué sin mirar quien era, pues no podía apartar la mirada de la carretera.

—¿Dígame?

—Hola, Tracy. —Cuando escuché su voz, me puse nerviosa.

—Hola, Mathew. ¿Hay algún problema?

—No, no, todo lo contrario. Te llamaba para decirte que hoy la policía irá a por tu padre y a por Dixon. —Abrí los ojos como platos a la vez que formaba una «o» exagerada, mientras aparcaba en doble fila para poder hablar sin entorpecer al tráfico.

—¿En serio? Ha sido muy pronto, ¿no? Pensé que tardarían más.

—Con las pruebas que hemos entregado ha sido más que suficiente para el juez y ha ordenado la detención de ambos. Aún no he hablado con tu madre y no sé si tu padre se habrá enterado —suspíré exasperada—. Ya sabes que él tiene muchos contactos y seguramente lo han podido poner en preaviso.

Tenía que llegar rápidamente a mi casa para estar con mi madre y ayudarla en caso de que mi padre quisiera largarse. No sabía de qué era capaz Edward Ross.

De pronto, recordé lo de la pelea de esa noche y se lo conté, ya que la policía iría a por Dixon a ese lugar tan horrible teníamos que sacar a Marcus de allí antes de que eso pasara. No me perdonaría que lo detuvieran a él sin haber hecho nada malo. «Bueno, pelea en combates ilegales...», pensé a la vez que arrancaba de nuevo.

—No te preocupes, iremos a por él antes de que todo se vuelva un caos. ¿De acuerdo? —No me salían las palabras, estaba demasiado asustada y lo único que necesitaba era tenerle conmigo a salvo—. Tranquila, Tracy. No dejaré que le pase algo malo a mi hijo, te lo aseguro.

Me despedí de él y aceleré para llegar lo antes posible a mi casa. Estaba segura de que mi madre lo estaría pasando fatal, aunque por otro lado estuviera tranquila porque yo no estaba en casa en esos momentos tan complicados.

Poco más de quince minutos fue lo que tardé en llegar a mi hogar, el mismo que estaba siendo custodiado por varias patrullas de policía. Los vi en cuanto crucé la esquina que daba a mi calle. Estaban bien escondidos, desde dentro nadie los vería, pero yo los vi a todos.

Antes de entrar en mi propiedad un policía alzó la mano para que parase. Se acercó a mi

coche y me pidió que bajase la ventanilla.

—Buenas tardes, señorita. ¿Usted vive aquí?

—Sí, agente. Soy la hija de Edward Ross y sé que están aquí para detenerle —asintió entendiendo—. No voy a entorpecer su trabajo, solo quiero saber cómo está mi madre.

—Lo siento, pero no puedo dejarla entrar. —Enarqué una ceja incrédula—. Entiéndanos, no podemos confiar en nadie y no sabemos si usted irá a avisar a su padre —negué a la vez que me bajaba de coche.

—Si quieren podemos llamar a mi abogado para que le explique. Él ha sido quien nos ha ayudado con todo esto. ¿Cree de verdad que yo impediría que detuvieran a mi padre? —Se encogió de hombros.

—Lo siento, pero tengo orden de no dejar pasar a nadie y no puedo hacer la excepción con usted.

—Está bien, lo entiendo. ¿Puedo llamar a mi madre al menos? Seguramente estará muy preocupada —asintió, pero no se movió de mi lado para escuchar la conversación.

Cogí el móvil con manos temblorosas, todo este tema me tenía histérica y lo único que deseaba era que acabase de una vez por todas. Busqué el número de mi madre en la agenda y le di a la tecla de llamada; lo descolgó enseguida y noté su preocupación en cuanto dijo mi nombre.

—Mamá, tranquila. Estoy bien, ¿vale? ¿Tú cómo estás? —pregunté intentando sonar lo más calmada posible.

—Nerviosa, Tracy —respondió con la voz acongojada—. Tu padre está en su despacho y algo me dice que lo sabe todo porque no para de pegar golpes y de gritar. Le he escuchado hablar por teléfono unas cuantas veces, aunque no sé con quién. ¿Tú dónde estás? —hablaba demasiado deprisa y me entraron ganas de salir corriendo para sacarla de ahí.

—Yo estoy fuera, mamá —susurré bajito para que el policía no me escuchara—. No me dejan pasar.

—Dios mío... que termine esto de una vez —dijo a punto de echarse a llorar.

De pronto, vi a varios agentes bajarse de los vehículos y sacar sus armas a la vez que mi madre colgaba, y me puse más nerviosa aún. ¿Qué estaba pasando? Al menos unos diez fueron entrando en casa poco a poco y, aunque quise ir tras ellos para ver lo que estaba pasando, no me dejaron.

—¡Edward Ross, salga del coche! —Oí el grito de uno de los policías—. No se lo repetiré de nuevo.

Me escapé como pude para comprobar que mi madre estuviera bien. Entonces vi que estaban sacando a mi padre de su coche de mala manera, poniéndole la pistola en la espalda y otros agentes lo cogían para colocarle las esposas.

—¡Esto es un error! ¡No pueden detenerme! ¡No saben con quién están tratando! —Los gritos de mi padre resonaron en todo el lugar y, por mucho que le odiara, me dio pena que acabase así.

De repente, vi a mi madre salir de casa junto a un policía y corrí para ir en su busca. Por un momento, pensé que me detendrían, pero me dejaron en cuanto comprobaron que solo quería estar con ella.

Al pasar por su lado, se me quedó mirando y me acerqué a él para decirle una última cosa; después de todo, era mi padre. Me puse a escasos centímetros de él y dejaron que se acercara, aunque sin soltarle. Me miraba con incredulidad y odio. Ya estaba acostumbrada a sus formas conmigo; sin embargo, no me había preparado para este momento.

—Conseguiste lo que querías, ¿verdad? Por fin me has separado de tu madre —negué sin entender el porqué de sus palabras—. ¿No te importa que lleven preso a tu padre?

—¿Por qué debería? Eres un delincuente y tienes que pagar por lo que has hecho —respondí sacando esa valentía que él siempre intentó callar—. Creo que tú mismo te has llevado hasta aquí, papá. —Lo miré con altanería a la vez que mi madre llegaba hasta nosotros—. Espero que logres perdonarte a ti mismo... porque yo no puedo.

No me respondió y lo metieron en la patrulla para llevárselo de una vez. Giré sobre mis talones y abracé a mi madre. Por fin éramos libres de ese ser despreciable que nos humilló y maltrató durante tantos años. Por fin podríamos llevar la vida que queríamos... era hora de ser felices.

CAPÍTULO 53

Tracy

Mi madre y yo entramos en casa y nos sentamos en el sofá. Solo hacía unos minutos que habían detenido a mi padre y ya se respiraba paz en ese hogar, uno que nos tocaría llenar de buenos momentos y recuerdos felices.

—No sabes lo bien que me siento ahora —habló a la vez que un suspiro se le escapaba.

—Sí que lo sé, mamá... sí que lo sé —repetí y la abracé emocionada.

Comenzamos a llorar, aunque era de pura dicha. Parecía un sueño saber que ya no tendríamos ese odio que nos separaba. Porque sí, mi padre era el único culpable de que nosotras siempre nos hubiéramos llevado tan mal y ya no sería así nunca más.

—Creo que quiero vender esta casa —dijo de pronto y fruncí el ceño.

—¿Por qué? A mí me gusta. Es algo grande para nosotras dos, pero estoy acostumbrada a tener espacio —expliqué con sinceridad.

Siempre me había quejado de la casa que teníamos, de lo mucho que nos rodeaba y no necesitábamos, pero supuse que era porque no me sentía a gusto en ese lugar con mi padre a nuestro lado. Ya que no iba a estar, sería diferente y me daba igual donde viviéramos. No obstante, mi madre lo tenía decidido; vendería esa casa para comprar algo más pequeño. No es que me importara, iríamos a donde ella dijera siempre y cuando no fuera lejos de esa ciudad, lejos de... Marcus.

Me levanté como un resorte al recordar que debía evitar una pelea. Con todo lo que había pasado, me olvidé de lo más importante y era impedir que Marcus luchase. Ya era de noche, pero esos combates empezaban de madrugada.

—¿Qué pasa, cielo? —se preocupó.

—Tengo que ir a por Marcus antes de que detengan a Dixon, mamá. No puedo dejar que lo arresten a él también por estar con ese tipo —asintió mientras se levantaba para acompañarme—. ¿Estás segura de que quieres venir?

—No pienso dejar que te vayas sola a ese lugar y llamaré a Matt, Tracy. Él tiene que venir con nosotras.

—Él ya lo sabe —respondí.

Le conté la conversación que había tenido con el padre de Marcus mientras iba de camino a nuestra casa. Mi madre lo llamó para avisarle de que saldríamos en ese momento y él le pidió que lo esperásemos, pues estaba a punto de llegar. No me sorprendió, supuse que vendría en cuanto supiera que habían detenido ya a mi padre.

Tal como dijo, unos minutos después llegó y nos subimos a su coche para ir hasta el polígono. Yo no recordaba muy bien cómo se llegaba, pero Matthew tenía la dirección y eso nos facilitaba encontrarlo.

El camino se me estaba haciendo eterno y mientras él conducía, me encargué de llamar a Devon para decirle que íbamos a por Marcus con su padre. En un principio se enfadó conmigo por ponerlo al tanto, pues estaba seguro de que a Marcus no le iba a gustar; aun así, aceptó que su presencia nos vendría bien. Antes de colgar, me dijo que él iría también.

—¿Falta mucho? —pregunté con un hilo de voz.

—Tranquila, cielo. Ya verás que llegamos a tiempo —respondió mi madre.

—Ya estamos cerca, Tracy —anunció Mathew—. Entiendo que estés asustada, yo también lo estoy.

Unos larguísimos minutos después, encontramos el sitio exacto donde tenía lugar el combate. Por los gritos eufóricos de los espectadores, deberían llevar ya un buen rato peleando. Salí del coche a toda prisa y entré en aquella nave donde se respiraba odio, dinero y corrupción. Mis ojos viajaron hacia el cuadrilátero y vi a Marcus peleando con ese tal Murray del que tanto había oído hablar.

Me fui alejando de la puerta poco a poco, justo cuando él se fue a la esquina para descansar mientras que otro hombre contaba agachado delante de Murray.

Mi corazón iba a mil y se aceleró todavía más cuando la campana sonó y Marcus se acercó a su contrincante. Justo cuando iba a golpear, sus ojos viajaron hasta mí, algo que le hizo bajar la guardia y solo cuando lo vi en el suelo tumbado, con el otro boxeador sobre él dándole golpes sin parar, fue cuando reaccioné.

—¡¡Marcus!! —grité con todas mis fuerzas a la vez que mi madre y Mathew llegaban hasta mí—. Está mal... está mal —dije repetidas veces hecha un manojo de nervios.

—Hay que salir de aquí ya —nos apremió Mathew—. La policía está a punto de llegar, si no están ya fuera esperando la orden para entrar.

Aceleré mis pasos hasta el *ring* y subí con ayuda de Mathew. Me puse de rodillas delante de Marcus y vi lo malherido que estaba.

—¿Qué haces aquí, Tracy? —La voz de Nick me sacó del trance en el que me había metido al encontrarlo así—. Vámonos ya, hay que sacarlo de aquí.

Justo cuando Nick lo levantó, pudimos ver la sangre que brotaba de su costado: Murray lo había apuñalado. Comencé a llorar desconsolada y fue a por su hijo que aún estaba en aquel lugar.

No tenía fuerzas para cogerle yo sola, así que Mathew subió y entre los dos conseguimos bajarlo de allí.

—¿Y esa sangre? —preguntó mi madre asustada.

—Es de Marcus —dije con la voz entrecortada.

No supe cómo y mucho menos cuándo, pero llegamos al coche justo cuando Devon llegaba y nos siguió hasta el hospital por petición de su padre.

Mathew aceleró justo cuando las sirenas de la policía se acercaban al lugar. Por suerte,

podimos salir antes de que nos interceptaran y se metió en la autopista rápidamente.

Yo iba en el asiento trasero con Marcus. No podía dejar de mirarle y de taponar esa herida que podría acabar con su vida si no le atendían pronto. Mi corazón estaba a punto de explotar y busqué fuerzas de donde no sabía que tenía para estar bien, tenía que estar bien para él y no hundirme.

El tiempo parecía haberse congelado, como cuando tienes que parar en un semáforo en rojo interminable. Quieres acelerar, pero no puedes. Quieres salir corriendo, pero lo tienes prohibido. Así me sentía, así lo notaba y el miedo cada vez se hacía más y más grande, tanto, que pensé que moriría si él llegaba a hacerlo también. De pronto, escuché la voz de mi madre anunciándome que el hospital estaba a solo un par de minutos.

—Ya llegamos, amor. —Besé su frente—. Vas a estar bien, ¿me oyes? Y yo estaré contigo... siempre estaré contigo.

Al llegar, lo primero que pasó fue que unos enfermeros llegaron hasta nosotros con una camilla para llevarse a Marcus a toda prisa. Fuimos tras ellos, pero no nos dejaron pasar cuando llegamos a las puertas que separaban la sala de espera de los quirófanos.

Vi a Devon correr en nuestra dirección e hice lo mismo, abrazándome a él en cuanto lo tuve enfrente.

—Está malherido. Está muy malherido —sollocé sin poder parar.

—Tranquila, Tracy... mi hermano es muy fuerte —aseguró con la voz llena de agonía y pude comprobar que también estaba llorando.

Mathew se acercó a nosotros y me separé de Devon para que pudieran hablar a solas. Tenían muchas cosas que decirse, aunque no fuera ni el momento y mucho menos el lugar. Aun así, que estuvieran en el mismo sitio debían aprovecharlo y unirse en esos instantes tan duros para todos.

Pensé en mandarle un mensaje a Curtis, tenía que saber que su hermano estaba en el hospital, aunque no tuvieran una relación como tal. Además, en ese momento necesitaba a mi mejor amigo más que nunca.

Tracy: Hola, Curtis.

No sé cómo contarte esto...

Necesito que vengas al hospital.

Marcus está mal y te necesito.

Su respuesta no tardó en llegar, pidiéndome la ubicación del hospital ya que no estábamos en el que ya conocíamos y me prometió que llegaría enseguida. Miré mis manos, aún estaban llenas de sangre y me dieron ganas de matar al hijo de puta que lo había apuñalado. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué persona era capaz de matar a otra sin más? Porque eso era lo que quería, matar a Marcus.

—¿Hay algún familiar del joven que acaba de ingresar? —preguntó un médico y fuimos hacia él apresurados.

—Es mi hijo. Se llama Marcus Hale, doctor. —Devon y su padre se miraron—. ¿Qué ocurre? ¿Está bien?

—Marcus ha perdido mucha sangre y necesita una transfusión...

—¿Cuál es el problema? —volvió a preguntar ansioso.

—Él es cero negativo y eso complica las cosas.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que no tienen ese tipo de sangre aquí? —pregunté sorprendida y el sanitario asintió agachando la cabeza.

—Yo soy cero negativo —anunció Mathew—. Sáqueme toda la sangre que necesite para mi hijo.

Me percaté del estado en el que estaba Devon, me acerqué a él y lo abracé para que sintiera que no estaba solo, que tenía una familia que estaba haciendo todo lo posible para que su hermano estuviera bien.

Cuando conseguí calmarle, se acercó a su padre y lo abrazó sin decir nada, solo por la necesidad de contacto con ese hombre que tanto les había faltado.

—Muchas gracias por esto, papá. —Tragó saliva—. Lo que vas a hacer...

—No digas nada. Estoy haciendo lo que debo y lo haría por cualquiera de mis hijos. —Volvió a abrazarle—. Daría mi vida por vosotros, nunca lo olvidéis.

—Señor Hale, acompáñeme, por favor.

Mathew se fue con una enfermera y volvimos a quedarnos allí, en ese frío lugar a la espera de noticias.

Mientras esperábamos, mi madre me trajo un café y se lo agradecí. Estaba muy preocupada y se dio cuenta de lo importante que era Marcus para mí, mucho más de lo que creyó en su momento.

Cuando llegó Curtis, se sentó a mi lado y me abrazó, cobijándome entre sus brazos mientras lloraba desconsoladamente. Le conté todo lo que había pasado y lo que estaba haciendo su padre. Pensó que era el momento de guardar el hacha de guerra y acercarse a su hermano, estar con él y acompañarle en el peor momento de su vida. Vi como caminaba hasta Devon y se sentaba a su lado para hablar. En un principio, ambos estuvieron algo serios pero, poco a poco, se fueron relajando y acabaron dándose un abrazo que me llenó de esperanzas. Justo lo que necesitaba.

Mas de una hora después, vimos salir a Mathew por aquella puerta a la que ninguno le quitó la vista de encima. Curtis y Devon corrieron hacia él y los tres se abrazaron. Dejé que pasaran unos segundos y me acerqué para preguntarle cómo estaba Marcus. Necesitaba saber que estaba bien, que saldría de allí con los ojos abiertos, que volvería a escuchar ese *hoyuelos* de su boca y me besaría como tanto me gustaba.

—Mathew —lo llamé—. ¿Cómo está?

—Tranquila, Tracy, ya está fuera de peligro. —Lo abracé volviendo a llorar—. Ha costado, no te voy a engañar, pero es muy fuerte y no se rinde. Ahora está en cuidados intensivos, pero si en unas horas despierta, lo pasaran a una habitación para que podamos verle.

—Qué alegría, hija —dijo mi madre abrazándome por la espalda—. ¿Ves?, todo va a salir bien. —Besó mi cabeza.

Pasamos la peor noche de nuestra vida, la peor que recordaba al menos. Le pedí a Mathew que llamara a Nick para decirle dónde estábamos y que le contara si habían detenido a Dixon. Él podía averiguarlo por otro medio, pero ese hombre tenía que saber que Marcus estaba bien, se lo

merecía.

Me acerqué a una ventana y vi como amanecía un nuevo día, uno que prometía ser bueno y sonreí porque sabía que pronto lo vería, que lo tendría frente a mí y que ya nada ni nadie volvería a separarnos.

El medico regresó para avisarnos que ya podíamos pasar a verlo y pedí ser la primera, prometiendo que sería algo rápido para que los demás pudieran hacerlo también. Seguí al hombre que le había salvado la vida al amor de mi vida hasta la habitación doscientos cinco. Me quedé anclada en la puerta con la mano en el picaporte. Estaba nerviosa, demasiado, a decir verdad. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos que no sabía cómo me recibiría. Me armé de valor y giré el pomo para abrir de una vez.

Al entrar, sus ojos se clavaron en los míos y ahí supe que seguía amándome, que nunca había dejado de hacerlo.

—Tracy —susurró.

—Marcus.

CAPÍTULO 54

Marcus

La oscuridad me atraía como un imán y estuve a punto de ir tras ella para quedarme allí. Al otro lado no me esperaba más que sufrimiento, dolor. ¿Cómo iba a regresar a un lugar donde había hecho tanto daño?

De repente, recordé a Tracy mirándome en la puerta de aquella nave. Entre los gritos y los golpes de Murray perdí la noción de todo y mi cabeza giró y giró, dejándome donde estaba... en la casilla de salida. ¿Saldría de esa? ¿Sería capaz de encontrar las fuerzas suficientes para abrir los ojos y seguir? Tenía que hacerlo, aunque no quisiera haber personas muy importantes que esperaban que eso pasara.

Sin saber el tiempo que llevaba en ese estado, comencé a abrir los ojos despacio, acostumbrándome a la luz poco a poco. Me notaba incómodo y cuando pude ver con claridad, me di cuenta de que estaba en una habitación de hospital.

—Bienvenido, Marcus. —Oí una voz, pero no la reconocía.

Miré a mi derecha y observé a una enferma que miraba el gotero que conectaba con la vía de mi brazo.

—Pronto te subirán a una habitación para que tu familia pueda entrar a verte, ¿de acuerdo? — asentí con un movimiento bastante lento, me dolía todo.

—Tracy —dije con la voz algo áspera.

—¿Quién es, tu novia? —No sabía que responder a eso, aunque asentí de nuevo por decirle algo—. Tranquilo, seguramente estará fuera esperando para verte. —Me sonrió y salió de la habitación.

Me vinieron vagos recuerdos de la pelea y se proyectó en mi mente justo el momento en el que sentí cómo Murray me clavaba algo en el costado. Moví mi mano despacio y la llevé hasta ese lugar. Tenía una gasa puesta y con eso pude confirmar que no fueron imaginaciones mías, ese hijo de puta intentó matarme y estaba seguro de que había sido por orden directa de Dixon.

Media hora después, o eso creía yo, me sacaron de aquella habitación para llevarme a otra tal y como me había dicho la enfermera. Estaba deseando ver a mi hermano y, sobre todo, a Tracy. Aún no sabía cómo dirigirme a ella y se me instaló en el pecho ese miedo de nuevo, el miedo a no recuperarla nunca más.

Ya instalado en la nueva habitación, una más espaciosa —todo había que decirlo—, solo me quedaba esperar. Mis ojos viajaron hasta la puerta y vi cómo el picaporte se movía tan lentamente que se me saldría el corazón por la boca en cualquier momento. La puerta se abrió dejándome verla. Clavé mis ojos en los suyos y odié estar en aquella cama y no poder correr

hacia ella para encerrarla entre mis brazos.

—Tracy —musité con dificultad; aún me costaba hablar.

—Marcus.

Al escuchar su voz, las comisuras de mis labios se elevaron para regalarle la mejor de las sonrisas. No esperó más tiempo y, a pasos apresurados, se acercó a mí. Por fin la tenía conmigo. Por fin tenía la oportunidad de hacerle ver lo mucho que la amaba y cuánto la había extrañado. No dijo nada, solo bajó su cabeza, dejándola a escasos milímetros de mi rostro, y pegó sus labios a los míos en un intento fallido de contenerse. Volver a besarla fue el mejor bálsamo para mis heridas, tanto internas como externas. Ella, solo ella, era capaz de curarme por completo sin hacer mucho esfuerzo.

—Marcus —dijo con un hilo de voz a la vez que separaba su boca de la mía—. No sé cómo empezar... no sé. —Puse un dedo en sus labios.

—Soy yo el que tiene que hablar, hoyuelos. —Me sonrió y se le escaparon algunas lágrimas que sequé con la yema de mis dedos—. No quiero que vuelvas a llorar, amor.

—Estaba muy asustada... creí que te perdía —aseguró acongojada.

—¿Perderme? Eso jamás. Ni cuando rompimos me habías perdido —declaré nervioso—. Te mentí. —La miré fijamente a los ojos—. Te dije que no te amaba y no era cierto. Jamás he amado tanto a una mujer como a ti.

—Lo sé, lo sé. —Me dio un beso—. Sé que fue mi padre quien te amenazó para que me dejaras y lo odié por ello. —Abrí los ojos sorprendido—. Nunca he dudado de ti, de tus sentimientos, y estaba muy cabreada contigo por no luchar a mi lado.

—Perdóname —suspiré y negó—. Debí ser más valiente y mandar a la mierda a tu padre cuando me exigió aquella locura. Nunca tuve que haberte dejado.

—Eso ya no importa, amor... ya todo terminó y somos libres para estar juntos el resto de nuestra vida.

La besé con desesperación porque no me aguantaba las ganas de hacerlo.

La besé poniendo todo el amor que sentía por ella.

La amaba con cada parte de mi cuerpo, ¡joder si la amaba! y no podía ser más feliz de volver a tenerla a mi lado y esa vez sería para siempre.

Al separarnos, me comentó que todos estaban afuera, incluida su madre y mi padre. Al escuchar eso, mi humor cambió. No quería ver a ese hombre, no estaba preparado para que volviera a ponerse frente a mí como si nada. ¿Por qué había venido? A veces sentía que le importaba, pero al recordar mi pasado, me daba cuenta de que todo era un espejismo.

—Tienes que darle las gracias a tu padre, por él estás vivo. —Fruncí el ceño—. Necesitabas una transfusión y él era el único que tenía tu mismo grupo sanguíneo. Te dio su sangre, Marcus, y sin ella no estarías aquí ahora.

Tragué saliva con nerviosismo, pues no podía creer que Mathew Hale, el mismo que nos abandonó cuando éramos niños, me hubiese salvado la vida. «Es tu padre y un padre hace lo que sea por sus hijos, recuérdalo siempre», me habló mi subconsciente haciéndome razonar. Sí, eso era cierto, pero no podía olvidar que nos dejó. No podía olvidar que crecimos sin él, sin su apoyo

y su cariño porque se lo estaba dando a otro niño. ¿Cómo iba a olvidar eso?

—Tienes que empezar a perdonar, amor. Solo así volverás a ser totalmente feliz. —Mis lágrimas hicieron de las suyas y salieron a borbotones. Unas lágrimas que no pude controlar porque todo me estaba sobrepasando—. Calma, calma. —Me acunó entre sus brazos mientras besaba mi frente con cariño—. Si quieres, cuando él entre, estaré contigo.

—No, prefiero que venga con mis hermanos —respondí en plural, haciéndole ver que también quería ver a Curtis.

—Está bien, voy a llamarles. —Volvió a besar mis labios, quedándose unos segundos así, sin despegarlos.

—¿Volverás?

—No me moveré de aquí aunque el mundo se caiga a pedazos. —Me guiñó un ojo y salió para buscar a mi familia.

Unos minutos después, la puerta se abrió y entraron los tres. Devon vino corriendo y me abrazó con los ojos anegados en lágrimas y solo pude hacer lo que ambos necesitábamos, estrecharlo con la fuerza que me quedaba para que se diera cuenta de que estaba ahí, que no volvería a irme y mucho menos a ponerme en peligro.

Tras oír un carraspeo, nos separamos para que nuestro padre hiciera lo mismo. Me abrazó sin permiso porque sabía que, de hacerlo, podría negarme y no se la jugó. No recordaba lo que se sentía al recibir un abrazo de mi padre y mi corazón comenzó a latir muy rápido, estaba nervioso y noté una nostalgia que me hizo llorar de nuevo.

—Qué susto nos has dado, Marcus —dijo a la vez que se alejaba.

—¿Estás bien? —preguntó Curtis y asentí—. Marcus yo... quiero pedirte perdón por lo mal que me comporté con vosotros —suspiró—. Siempre me faltó algo en la vida y no sabía que erais vosotros hasta que supe que tenía dos hermanos. Espero que logres perdonarme y que podamos tener una buena relación.

—Perdóname también tú, fui un capullo y no debí golpearte tan duro aquel día.

—Menuda paliza me diste. —Nos carcajamos—. Pegas fuerte, ¿eh? —Extendió su mano y se la estreché, después tiré de él y conseguí abrazarle.

Mi padre seguía mirándome en silencio, esperando a que fuera yo quien hablase y no le hice esperar mucho más. Le pedí que se acercara y cogí su mano sin dejar de mirarle ni un segundo.

—Eres consciente de que me va a costar mucho, ¿verdad? —asintió—. No sé si algún día lograré perdonarte, papá... pero lo intentaré. —Sus ojos se humedecieron—. Gracias por salvarme la vida, es algo que nunca olvidaré.

—Era mi deber como padre y odio no haber estado cuando más me necesitasteis. Nunca más, escuchadme bien, nunca más os volveré a abandonar —habló con la voz rota por las lágrimas.

No solo había recuperado a mi padre, también gané un nuevo hermano y eso, junto con la chica de mis sueños, me hacía tan feliz que estaba deseando levantarme de la cama e irme con ellos de una vez.

Estuvieron conmigo un rato más hasta que Tracy apareció con Nick. No podía haber tantas personas en la habitación, pero entre mi padre y mi entrenador nos contaron todo lo que sucedió

después de la pelea. La policía detuvo a Dixon y a todos sus compinches antes de que pudieran escaparse, y estaban haciéndole compañía al padre de Tracy en la cárcel. Con ellos encerrados, la calma se instaló en mi pecho y deseé que no volviera a marcharse.

Nick estaba triste por lo que hizo Murray y no dudó en denunciarle, algo más que añadirle a ese dolor de tener un hijo y no poder estar con él. No obstante, él siempre sería parte de mi familia, como un padre para mí, y se lo hice saber para que no se le olvidara nunca.

Salieron todos de la habitación y me quedé a solas con Devon.

—¿Estás bien? —quiso saber—. ¿Quieres agua? ¿Una almohada? —Hizo tantas preguntas que dejé de escucharle en la segunda.

—Estoy bien, tranquilo. —Sonreí—. Estoy extrañamente feliz y me da miedo que se acabe. Nunca me había sentido tan pleno. —Expulsé todo el aire que no sabía que estaba reteniendo—. En parte todo te lo debo a ti, hermano. Eres el único que no me ha abandonado, ni siquiera en los momentos más duros. Gracias, muchas gracias por estar siempre a mi lado.

—¿Pretendes que siga llorando? Soy un hombre y no puedo salir de aquí con lágrimas en los ojos. ¿Qué pensará mi novia? —bromeó y me carcajeé.

—No me hagas reír, capullo. Aún me duele hasta el alma. —Se sentó en la orilla de la cama.

—Gracias a ti por luchar por mí siempre —murmuró emocionado—. Nunca te lo he dicho, pero estoy muy orgulloso de ti.

—Ahora seré yo quien llore y eso que soy un tipo duro. ¿Qué pensará mi novia? —Le imité.

—Pues que eres el hombre más maravilloso de este mundo. —Escuchamos la voz de Tracy.

Tras ella, Christine Ross me miraba seria. Supuse que esperaba que le diera permiso para acercarse y asentí. Después de todo, era la madre de mi novia y merecía respeto, y sabiendo como era su esposo me imaginaba que también había sufrido bastante por culpa de ese señor.

—Hola, Marcus —me saludó—. Por fin puedo conocerte como te mereces y déjame decirte que estoy feliz de que estés bien. —Miró a su hija y esta asintió—. También quería decirte que... os doy mi bendición. No me interpondré en vuestra relación nunca más. Fui una estúpida que se dejó llevar por un ser despreciable que no me dejaba ver la realidad, y sé que adoras a mi hija y con eso ya es suficiente. —Me dio un abrazo y creí sus palabras.

Mi hermano y mi suegra salieron de la habitación, dejándonos solos por fin y ella se sentó en la cama a la vez que agarraba una de mis manos.

Subí la otra hasta su mejilla y la acaricié, poniendo un mechón detrás de su oreja. Tracy cerró los ojos mientras besaba la palma de mi mano y volvió a abrirlos, dejándome ver ese brillo tan especial en esos ojos tan azules que parecían un océano en calma... mi calma, la única que necesitaba para controlar mi caos.

Me incorporé con su ayuda para sentarme en la cama y me quejé de dolor, no podía negar que Murray me había dejado destrozado. Cogí sus mejillas con ambas manos y pegué mi frente a la suya, cerrando los ojos unos instantes.

—Te amo tanto, hoyuelos —declaré con un hilo de voz—. No me va a alcanzar la vida para pedirte perdón, para demostrarte que mi vida será esa calma que tú necesitas y no el caos en el que te metí cuando nos conocimos.

—El caos no es tan malo —aseguró sorprendiéndome—. Mi vida tampoco era un mar en calma, amor, y solo cuando te conocí me di cuenta de que no era la única con ese desorden. Es más, me parece que nosotros siempre buscaremos ese equilibrio entre la calma y el caos. — Sonreí completamente atontado.

—¿Y si nos quedamos en medio? —pregunté sin poder aguantarme las ganas de besarla.

—Sí... juntos en medio del caos.

Y eso fue lo último que le dejé decirme porque pegué mis labios a los suyos, sellando esa promesa de vivir en medio de todo lo que nos rodeara, dando igual si era bueno o malo. Si había nubes o un sol resplandeciente. Ella y yo seríamos capaces de estar en medio de lo que fuera sin miedo a salir destruidos. Porque un amor como el nuestro podría con todo lo que se nos presentara.

EPÍLOGO

Tracy

Tiempo después.

Decir que estaba feliz era quedarse muy corta. Después de todo lo que habíamos vivido hacía ya más de dos años, me encontraba a punto de cumplir mi sueño de estudiar música. Primero terminé la carrera de derecho por petición de mi madre. Al final, me sinceré con ella y le conté lo que quería para mi futuro y, aunque en un principio no estuvo muy convencida, me pidió que acabase la carrera y que después decidiera lo que quisiera hacer y fue ser productora musical.

Todo este tiempo con Marcus a mi lado fue el mejor de mi vida y estaba dichosa ya que él me hacía muy feliz. Además, que mi novio sintiera esa calma que le fue arrebatada cuando era niño facilitaba mucho las cosas.

La relación con su padre y con Curtis fue mejorando muchísimo, y Mathew le ayudó a prepararse profesionalmente para el boxeo, pues ese era su sueño; y aunque nos costaba mucho no sufrir cuando tenía algún combate, teníamos que aceptar que eso era lo que a él le hacía feliz y yo siempre le apoyaría en todo lo que hiciera.

Aquella noche teníamos una fiesta en la misma hermandad en la que nos conocimos. Nos habíamos graduado y debíamos celebrarlo, y qué mejor que en el lugar donde nos dimos nuestro primer beso. Tras un día lleno de emociones por haber recibido el título de Derecho junto a Devon, nos fuimos a comer en familia; incluida la madre de Curtis que no le quedó otra que aceptar que su marido tenía dos hijos más. Al final, en esta vida tenías que tragar por amor, ¿verdad?

Me estaba preparando con Aylin en mi habitación. Nos quitamos esos vestidos largos que nos pusimos para la graduación para ponernos algo un poco más sexi o fresquito, como decía ella guiñándome un ojo.

—Estás cañón, tía —me halagó en cuanto me vio con un vestido negro ajustado.

—Tú no te quedas atrás, amiga. Sé de uno que va a querer arrancarte ese trapito con los dientes. —Nos carcajearon.

Terminamos de maquillarnos y cogimos los bolsos para bajar de una vez. Hacía un rato que nuestros novios nos esperaban en el salón y seguramente estarían locos por escapar de mi madre que se pasaba de cariñosa. Y es que mi madre era otra persona completamente diferente a la que había sido. Pasó de ser detestable a la mujer más amorosa del planeta.

Cuando nos vieron y los vimos suspiramos al unísono haciendo reír a Christine Ross. Caminé hasta mi novio y deposité un dulce beso en sus labios.

—Se me va a hacer eterna la noche, hoyuelos —susurró en mi oído, arrancándome una risita

nerviosa.

—Chicos, ¿me dejáis haceros una foto? Estáis todos guapísimos —asentimos y mi madre sacó la cámara que, sorprendentemente, ya tenía preparada.

Nos despedimos de ella y nos fuimos a la fiesta. Allí nos esperaba Curtis con su novia. Sí, se dio otra oportunidad con Sandree, esa chica era un encanto y lo quería muchísimo. Al fin y al cabo, el amor que decía sentir por mí debía olvidarlo.

Nos fuimos en mi coche, ya que no íbamos preparadas para subirnos a las motos. No obstante, recordé aquella noche de cumpleaños en la que tuve que subirme a la de Marcus con el vestido que llevaba puesto. Sonreí bobalicona al recordar un momento tan especial como ese.

Llegamos a la fiesta enseguida y estaba el ambiente bastante animado, tanto, que ya varios alumnos estaban borrachos.

—Han empezado pronto —dije soltando una carcajada.

Devon y Marcus fueron a buscar a su hermano y regresaron con él y Sandree y dos vasos de cerveza para nosotras. Saludé a mi mejor amigo con un abrazo y después a su novia. Hacían una bonita pareja y se les veía bastante felices.

De pronto, escuchamos gritos en el salón y caminamos hacia allí para ver el alboroto. Marcus y yo nos miramos cuando nos fijamos que estaban jugando al Beer Pong. Le sonreí y se acercó a mí peligrosamente para decirme algo al oído:

—¿Estás preparada para perder, hoyuelos? —Abrí los ojos a la vez que mis labios bastante sorprendida.

—¿Me estás retando? —apunté enarcando una ceja.

—Por supuesto y esta vez volveré a ganarte.

—¿Y qué quieres si ganas? —Me pegué a su cuerpo lo suficiente para que notase que no llevaba sujetador.

Me excitaba como no tenía idea, y solo con una mirada suya mi cuerpo temblaba como una hoja. Marcus rodeó mi cintura con sus brazos y besó mi cuello delicadamente.

—Si gano yo, te vendrás a vivir conmigo. —Lo miré perpleja. Iba a responderle, pero no me dejó—. Si ganas tú, haré lo que quieras, amor.

—Está bien, que así sea. —Besó la punta de mi nariz—. Prepárate para ganar, capullo.

Fue lo último que dije y con eso le respondí a su propuesta de vivir juntos. Aun así, se hizo el duro y asintió sin borrar esa sonrisilla canalla que me volvía loca.

La noche acabó como empezó, jugando al *beer pong* y con una apuesta de por medio. La primera vez me ganó, pero esa noche me dejaría ganar porque no había nada mejor que hacer feliz a la persona que amas.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Decir gracias parece fácil y, aunque sé exactamente a quienes tengo que nombrar, no deja de ser algo que me cuesta hacer siempre.

Gracias a Fanny y Rocío (Scarlett) por ser mi apoyo siempre, no sé qué haría sin nuestras charlas diarias. Mónica (Mlectora), Jenny (Paseandoentrelibros), Anabel (Tesorodeletras), y Nira (Lecturasdenira). Gracias por estar y darme tanto cariño siempre.

Artcane_ por la maravillosa portada que has creado para esta historia.

Patry (thebabypes) por esas preciosas ilustraciones de mis chicos.

Marta, mi editora de Romantic, por confiar de nuevo en mí y tratarme con tanto cariño.

A mi familia, que los amo con todo mi corazón.

Por último, pero no menos importante, a mis lectores que siempre, siempre, están ahí esperando mis historias. Sin todos ellos, esto no sería lo mismo.



Priscila Serrano.